

VERSATIL
juvenil

REFL EJOS

¿TE ATREVES A MIRARTE?

ELIA GINER

Título original: *Reflejos. ¿Te atreves a mirarte?*

© 2018 Elia Giner

Cubierta:

Diseño: Ediciones Versátil

© Shutterstock, *de la fotografía de la cubierta*

1.^a edición: septiembre 2018

Derechos exclusivos de edición en español reservados para todo el mundo:

© 2018: Ediciones Versátil S.L.

Av. Diagonal, 601 planta 8

08028 Barcelona

www.ed-versatil.com

Ninguna parte de esta publicación, incluido el diseño de la cubierta, puede ser reproducida, almacenada o transmitida en manera alguna ni por ningún medio, ya sea electrónico, químico, mecánico, óptico, de grabación o fotocopia, sin autorización escrita del editor.

Para Noa, mi niña, mi tesoro, el sueño más grande jamás soñado.
Para Darío, porque juntos lo hemos logrado. «Together we're
invincible».

«La vida es como un espejo: si sonrío, el espejo me devuelve la
sonrisa». Mahatma Gandhi

UNO

Pego la cabeza al cristal y observo cómo mi aliento empaña la ventanilla. El coche avanza lentamente, atravesando un barrio residencial de calles casi iguales, en el que cada una de las casas se parece a la anterior y a la que viene después...

«Aburrido», es la palabra que me viene a la mente.

Suspiro y echo una ojeada al interior del coche. Mamá conduce en silencio. Mi hermana Julia bosteza en silencio. Yo me mordisqueo las uñas en silencio. El silencio que envuelve el coche es tan intenso que casi puedo escucharlo, solidificándose a nuestro alrededor como una niebla tóxica.

Me sorprende que mi madre encuentre la energía necesaria para romperlo.

—Ya queda poco —dice, a nadie en particular—. Carla, ¿estás mareada? Tienes mala cara... —añade, mirándome por el espejo retrovisor.

—¿Cómo voy a estar mareada, mamá? Vas tan despacio que a veces creo que vamos hacia atrás —respondo, con una furia inesperada incluso para mí misma—. Haznos un favor a todos: pisa el pedal del acelerador, es el de la derecha.

Ella suspira, pero no dice nada y, por un momento, casi me arrepiento de haber sido tan brusca. Mi madre conduce como un caracol y, aunque eso suele ponerme de los nervios, lo cierto es que hoy no me molesta; tal vez porque no tengo ninguna prisa en llegar a donde nos dirigimos...

Aprieto la mandíbula mientras limpio el vaho de la ventanilla con la mano. Hace unos meses, mi madre me hubiese regañado por responderle en ese tono, pero esta vez se limita a permanecer callada. Sé la razón: se siente culpable por lo del divorcio. Si ella y papá no

hubiesen decidido ir cada uno por su lado, nosotras tres no estaríamos ahora metidas en el viejo Xantia, de camino hacia una nueva casa.

¡Y si solo fuese una nueva casa...! Pero no, se trata de una nueva casa, un nuevo instituto, una nueva ciudad... El *pack* completo, vaya. Cierro los ojos con fuerza. ¿Cómo puede mi vida haber virado tan de repente en tan solo unos meses?

Un nuevo suspiro de mi madre, más profundo que el anterior, me saca de mis ensoñaciones, avivando la chispa de culpabilidad que siento. Mamá debe estar cansada, lleva conduciendo muchas horas...

«¿Tantas como yo llevo compadeciéndome de mí misma, tal vez...?».

No. De eso nada. Sacudo la cabeza, irritada. Me niego a sentir lástima por mi madre. Estoy enfadada con ella. Muy enfadada. Punto. Por mucho que digan que ha sido de mutuo acuerdo, me da la sensación de que ha sido ella la que ha tomado la decisión de abandonar a mi padre...

La voz de mi madre vuelve a romper el silencio.

—Bueno, ya hemos llegado. —Mientras habla, manipula con torpeza el mando a distancia del garaje—. Es un *chalet* precioso, ¿verdad?

—Precioso —dice Julia, y mamá sonríe agradecida.

—Es exacto a todos los de las últimas tres manzanas —digo yo—. Y además, demasiado grande para nosotras tres solas.

Mi última frase crea un silencio incómodo y me arrepiento de haberla soltado así, tan alegremente. Mi madre baja la vista y finge buscar algo en el bolso. Frunzo el ceño. Sin darme cuenta he pronunciado dos de las palabras tabús: «Tres» y «solas» sustituyen ahora a «cuatro» y «con papá», y no son bienvenidas en ninguna conversación. Abro la boca para arreglar el desaguisado, pero mi madre me corta.

—Basta ya, Carla, cariño —dice, y acto seguido, añade, muy bajito—. Pero ¿dónde habré puesto las llaves?

Mamá tarda un poco en encontrar las llaves del *chalet*. Esto no es nuevo: el no encontrar nunca las llaves a la primera es una característica tan suya como el despiste lo es de Julia. Para solucionarlo, mi hermana y yo le regalamos un bolso en las últimas navidades. Pero no un bolso cualquiera, no. Un bolso perfectamente

organizado, tal como nos explicó la sonriente dependienta de El Corte Inglés que nos atendió. ¿Resultado? Sigue tardando lo mismo en encontrar las llaves, si no más. Al parecer, aún no se ha hecho a los intrínquilis de su superorganizadísimo bolso, que tiene la friolera de «veintiún compartimentos distintos», tal como me explicó ella misma —con un tonito que me sonó bastante acusador, la verdad—, la última vez que le eché en cara lo mucho que seguía tardando en encontrar cualquier cosa...

Cinco minutos más tarde, mi madre consigue abrir la puerta. La luz del recibidor ilumina tres rostros cansados. El de mi madre y Julia, las dos tan parecidas, rubias, menudas, de ojos azules y mejillas sonrosadas. Y el mío. Más de una cabeza por encima de mi madre y mi hermana, suspiro con fuerza. En los últimos meses he dado un estirón tremendo, como si me hubiesen abonado. Tengo los ojos y el pelo castaños y la piel blanca; soy alta y delgada; desgarbada, me dicen a menudo. Me parezco a mi madre y a Julia como un huevo a una castaña.

Sí, no hay duda de que yo he salido a mi padre...

El pensar en mi padre me provoca una oleada de añoranza. Hace solo unos días que no lo veo, pero ya lo echo de menos. Mi padre suele infundirme una sensación de confianza que me hace creer que, mientras le tenga cerca, nada puede salir mal.

Pero ahora no está cerca y... sí, ¿por qué no reconocerlo? Tengo miedo de que las cosas salgan mal.

Dos

—Vamos, primero revisad vuestras habitaciones —nos anima mi madre, mientras arrastra su *trolley* hasta el recibidor—. Comprobad que todos los muebles están donde deben y que no falta nada. Si no es así, decídmelo —mira su reloj de pulsera—, que aún estamos a tiempo de llamar a los de la mudanza; son solo las siete.

Dejo la mochila en el salón y subo las escaleras de dos en dos. Me conozco la casa; es la tercera vez que estoy en ella. Solo que las dos primeras veces estaba vacía y ahora, si los de la mudanza han hecho bien su trabajo, debe tener todos y cada uno de los muebles de nuestro antiguo apartamento. También hay otra diferencia, más sutil y escalofriante: las dos primeras veces íbamos solo a verla, y ahora nos disponemos a quedarnos... ¿durante cuánto tiempo?, ¿tal vez para siempre? Me esfuerzo por apartar estos pensamientos de mi cabeza y sigo subiendo escaleras.

Jadeo un poco cuando abro la puerta de la buhardilla y palpo la pared en busca del interruptor. Sí, por increíble que parezca, he conseguido agenciarme la buhardilla como habitación. Es de lo más *cool*: amplia y luminosa y con un techo inclinado surcado por gruesas vigas de madera que le da un toque bohemio y vanguardista. «Parece la habitación de una modelo parisina», recuerdo haber fantaseado la primera vez que puse mis pies en ella, hace ahora casi un mes.

—Yo quiero que este sea mi cuarto, mamá —exigí aquel día, casi sin pensar.

—Pero Carla, ¿estás segura? —preguntó mi madre, dubitativa—. Mira que vas a tener que subir y bajar los tres pisos cada vez que...

—No me importa —aseguré yo, casi sin dejarla acabar— tengo buenas piernas.

—Pero... —Mi madre se esforzó por buscar más argumentos para

disuadirme, y la de la inmobiliaria, que había estado presente en esa última visita, acudió, presta, en su auxilio.

—Las buhardillas son muy frías en invierno y muy calurosas en verano —me explicó, sonriendo arrebatadoramente, mientras arreglaba sus rizos cobrizos —, lo cual no resulta cómodo.

—No me importa, de verdad —me apresuré a decir—. Nunca he sido muy tiquismiquis con eso de la temperatura...

Y al final mamá había claudicado.

—Bueno, pues como quieras, cariño.

Tras la victoria, yo había experimentado sensaciones contradictorias. Por un lado, me alegraba de haberme salido con la mía, pero por otro, me molestaba que mi madre hubiese cedido tan rápido. Me fastidiaba porque no era normal, porque se debía, como todo en los últimos meses, al divorcio. Mi madre intentaba compensarnos, a mí y a Julia, de mil maneras distintas, sin darse cuenta de que no existía compensación posible por estar lejos de mi padre, de las amigas que tanto me había costado hacer en mi ciudad natal, de mi equipo de voleibol, que casi seguro ganaría la liga de la comunidad autónoma este año —¡sin mí!—, de mi viejo instituto... Suspiré. En realidad, yo no quería una buhardilla digna de un modelo y que mi madre no me regañase por nada. Quería mi antigua vida.

La luz. El interruptor oculto se ha dignado a aparecer... «Está justo detrás de la puerta», memorizo de forma mecánica. La luz artificial se derrama por la habitación, revelando lo que hace unos minutos, con la mortecina luz del atardecer, solo eran sombras. Doy unos pasos hacia delante, y hago inventario mental. Mi cama, mi librería, la mesa del ordenador, mi flexo, la silla roja, el baúl, el puf árabe que me regaló mi amiga Lorena para mi cumpleaños...

«Pues sí, parece que está todo», pienso para mis adentros.

Solo entonces lo veo.

«¡Oh!», se me escapa en voz alta. No solo está todo, sino que hay cosas de más, pienso, al observar el enorme espejo de cuerpo entero que se yergue orgulloso en el centro de la habitación. Está justo debajo del tragaluz del techo, y los últimos rayos de sol del día hacen resplandecer las motas de polvo suspendidas en el aire frente a él, creando un efecto... impreciso, casi irreal, como si fuese una aparición

en vez de un objeto tangible.

Me acerco con cautela. Se trata de un espejo muy grande, de madera caoba, que se sostiene gracias a un armazón rectangular que se abre en su parte trasera. Es como un inmenso marco de fotos. Y lo de inmenso no es ninguna exageración. Calculo que mide uno ochenta de alto y, a pesar de la impresión que me ha causado, al verlo ahí iluminado por los últimos rayos de sol, en seguida me doy cuenta de que, en realidad, es un espejo sobrio, severo, sin adornos. La madera es lisa y... Me acerco un paso más. Bueno, no tan lisa: tres líneas sinuosas, cinceladas en profundidad, recorren todo el marco de arriba abajo. Siguiendo un impulso, alargo la mano para tocar con la punta de los dedos el relieve de esas tres estrías. El espejo parece muy antiguo y...

«Me da la bienvenida».

Un cosquilleo recorre mis dedos, avanza hacia mi columna vertebral, y me provoca un escalofrío. Retiro la mano muy rápido, como si el espejo quemase y doy un paso atrás con la respiración contenida. Noto los latidos de mi corazón en las sienes. No, eso es una ridiculez. El espejo no me ha saludado.

«Los muebles no hacen esas cosas».

Hago acopio de aire.

—Solo es un espejo —murmuro en voz alta. Vuelvo a respirar profundamente antes de repetir—. Un espejo nada más.

No sé cómo, detecto la presencia de mi madre a mis espaldas. Me giro y la veo apoyada en el quicio de la puerta, observándome. Sus ojos azules tienen una extraña expresión inquisitiva.

—¿Y ese espejo? —pregunta, ladeando la cabeza—. No es nuestro.

—Debe de ser de los anteriores propietarios —aventuro con el corazón aun martilleándome en el pecho.

Mi madre frunce el ceño contrariada.

—Mira que les dije bien claro que se lo llevaran todo, que no dejaran ningún trasto... —suspira cogiendo su móvil—. Voy a llamar a la inmobiliaria para...

—No, mamá, déjalo —casi grito, sorprendiéndome a mí misma—. Me lo quedo.

Mi madre interrumpe la marcación en el teclado del teléfono y

levanta la vista, tan asombrada o más que yo.

—¿Cómo dices?

No sé cómo explicarlo. El espejo no es mío, es un mamotreto anticuado y no pinta nada en mi cuarto, lo sé. Pero contra cualquier lógica, siento que mi habitación es el lugar exacto donde se supone que debe estar. Es un pensamiento claro, pero el razonamiento resulta totalmente absurdo y..., sin embargo, cualquier intento de enfrentarme a él resulta disonante y chirría en mi cabeza.

—Digo que me gusta, que me lo quedo —insisto e intento aparentar normalidad.

Si le hubiese dicho que una horda de extraterrestres acababa de tomar la ciudad, no se hubiera sorprendido más.

—Te gusta —repite suspicaz.

Asiento con energía. La verdad es que es lógico que mi madre se sorprenda, porque yo soy la persona menos coqueta que puedas echarle a la cara. Siempre voy vestida con ropa deportiva, no me pinto, no me arreglo, y... sí, en definitiva, no debo de dar la sensación de ser la persona más pro-espejos del mundo. Mi hermana Julia, sin embargo, es todo lo contrario. Es presumida hasta decir basta; si pudiese, llevaría tacones para ir al instituto.

—De acuerdo —accede mi madre, mientras guarda su móvil. Parece aliviada de no tener que llamar a nadie—. Pues ve poniéndote cómoda, yo voy a ver qué tal va tu hermana.

Tres

El fin de semana pasa volando, deshaciendo maletas, colocando ropa, moviendo muebles y, en definitiva, haciendo de la nueva casa un lugar habitable. «No un hogar», puntualizo para mis adentros, mientras meto mis últimas camisetas en un cajón del armario y cierro de golpe; «tan solo un lugar habitable», remarco con fiereza, mientras una parte de mí se pregunta si podrá llamar algún día «hogar» a un sitio en el que nunca vaya a estar mi padre...

Me paso todo el sábado y la mañana del domingo intentando que la parte de mí que se pregunta esas cosas no piense, y ayudando a mamá a limpiar y a organizar la casa. Este zafarrancho de actividad me viene bien, porque mantiene mi mente ocupada y alejada de las otras dos preocupaciones fundamentales que martirizan mi cerebro: la primera, el misterioso espejo; y la segunda, el temido «primer día» en el nuevo instituto.

Con respecto a la primera, no sé ni qué pensar. ¿Por qué he decidido quedarme el espejo? No hay ninguna razón lógica. Lo miro de refilón, mientras me siento lentamente en la cama. Enorme y antiguo, con su aire colonial, desentona entre los muebles modernos de mi cuarto como un pez en medio del asfalto. Me muerdo el labio inferior, pensativa. Me lo he quedado siguiendo un impulso. Un impulso sorprendente y de origen desconocido.

Durante todo el fin de semana, ha habido un par de ocasiones en las que he creído ver algo por el rabillo del ojo, un ligero movimiento en la lisa superficie del espejo, una especie de... ¿ondulación? Pero cuando he fijado la vista en él, nada. Calma chicha. Si no fuese porque es del todo imposible, creería que el propio espejo me ha... manipulado de alguna manera para que me lo quede, y que esa maniobra, o tejemaneje o como quieras llamarlo, ha sucedido cuando

lo he tocado. Y ahora, una vez conseguido su extraño objetivo — quedarse en mi cuarto—, el espejo se ha sumido en una especie de letargo...

Yo misma me doy cuenta de que estas reflexiones son totalmente ilógicas, más propias de una mente perturbada que de una estudiante de tercero de la ESO normal, sana y, al menos en teoría, en su sano juicio, pero el saber eso no me ayuda lo más mínimo.

¿Hay algo raro en ese espejo, o son imaginaciones mías? ¿Es posible que el estrés del cambio de casa y los nervios por el nuevo instituto me estén jugando una mala pasada, haciéndome ver cosas que no existen?

¿Y si se lo cuento a mi madre?

Frunzo el ceño. No, pensaría que estoy loca de atar, y no quiero que la próxima actividad extraescolar a la que me apunte sea en el manicomio más cercano...

¿Y si se lo cuento a Julia?

No, contárselo a doña *Fashion Victim* tampoco parece la mejor opción.

Desde la cama, observo con resignación a mi hermana pequeña, que en este momento, se contonea de forma exagerada frente a la causa de mis desvelos... Suspiro. Sí. Increíble, pero cierto: Julia lleva ya un par de horas probándose modelitos frente a mi espejo, intentando que yo —iyo, la persona menos interesada en ropa del mundo mundial!—, le ayude a decidir que ponerse para...

La idea llega a mi cerebro como un relámpago, haciéndome ladear la cabeza, como un perro que olfatea un rastro. Julia lleva un buen rato ante mi espejo y no parece haber notado nada raro. Este dato tiene más importancia de la que parece porque, a diferencia de mí, Julia es una experta en espejos. Tiene dos en su propio cuarto y, aún así, todas las mañanas se las apaña para acaparar el del baño durante al menos... ¿cuarenta minutos? Vaya, si mirarse en el espejo fuera deporte olímpico, Julia sería... Michael Phelps, como poco.

La voz de mi hermana, subida de tono, me sobresalta.

—¡Eooo...! ¡Tierra llamando a Carla!

—Ehhh... ¿decías? —murmuro intentando que no se note que no he escuchado ni una palabra de su charla.

—Y luego la despistada soy yo... —refunfuña ella—. Decía —continúa, abordando sin piedad mi segundo tema de preocupación— que qué me pongo mañana para ir al instituto... ¿esto? —Señala los *leggings* verde manzana que lleva puestos—. ¿O esto? —Señala una faldita morada con unas flores naranjas en el dobladillo y en los bolsillos.

—Oye, Julia, ¿qué te parece mi nuevo espejo? —No viene muy a cuento, pero me da igual—. ¿Te gusta?

Julia lanza una mirada distraída al espejo.

—No está mal —dice encogiéndose de hombros—. Si sirve para que te arregles más, bienvenido sea...

Suspiro, decepcionada. Pues claro. ¿Qué esperaba?

—Bueno, ¿la falda morada o los *leggings* verdes? —insiste Julia, impaciente.

Que Julia tiene estilo con la ropa es evidente. Un estilo propio y retador. Viste a la última, sí, pero en su *look* nunca falta un toquecito transgresor que desafía los dictados de la moda. Lo que también es evidente es que tiene tanto estilo como poco sentido práctico. A ver, ¿dónde vamos mañana, al instituto o a tomar café con Agatha Ruiz de la Prada?

Carraspeo.

—Julia, yo que tú me pondría algo más discreto...

Julia frunce el ceño. Mira con atención su falda morada, como preguntándose qué diablos hay de indiscreto en ella.

—¿Cómo más discreto? —pregunta finalmente, con aire suspicaz.

—Por ejemplo, unos vaqueros y un jersey.

—Unos vaqueros y un jersey... —Julia arruga la nariz, como si le hubiese sugerido que se revolcase en mierda para completar su atuendo.

—Al menos el primer día —insisto—, hasta que veas qué tipo de ropa se estila aquí...

—Pero Carla —se queja—, ¿no vivimos ahora en la capital? Esto es Madrid, ¿no se supone que aquí todo el mundo va como quiere?

—Julia, estamos en las *afueras* de Madrid —recalco la palabra *afueras*, a ver si así entra con más facilidad en la terca cabezota de mi hermana—. Por lo que hemos visto del barrio y demás, esto se parece más a un pueblo que a una gran ciudad.

Julia guarda silencio un momento, como reflexionando sobre lo que le acabo de decir, y luego suspira y se encoge de hombros.

—Y tú, ¿qué te vas a poner?

—Eso. —Y señalo hacia el puf árabe, donde he dejado la ropa preparada para el día siguiente.

Julia se dirige hacia el montón y lo examina con desaprobación. Vaqueros, deportivas, y una sudadera amplia con capucha azul marino.

—Carla... —Entorna los ojos—. Esas deportivas están asquerosas.

—¡No es cierto! —protesto—. Solo están un poco viejas.

—¿Quieres parecer una sin techo? ¿No? Pues ponte al menos las Converse nuevas que te regalaron para tu cumpleaños y, por favor, no te hagas una coleta.

—¿Por qué no me puedo hacer una coleta? —pregunto sorprendida—. ¡Muchos días llevo coleta!

Julia se permite un bufido ambiguo.

—Con esa ropa y una coleta, la gente va a pensar que vas al campo, a unirme a la recogida de la fresa, en vez de a clase... Además, tienes un pelo bonito. —Mi hermana coge unos mechones de mi pelo y los examina con aire experto—. Ondulado natural y sin rastro de encrespamiento. —No puedo evitar poner los ojos en blanco al oírla hablar como si fuese la protagonista de un anuncio de champú—. Chulo. Compensará un poco... —Julia hace una pausa, buscando sin duda la palabra adecuada— ... todo lo demás —concluye haciendo un amplio ademán con la mano que engloba mi propia persona y la ropa del puf.

Muy a mi pesar, me río un poco. No sé si sentirme molesta o divertida.

—No sé... —digo.

—Anda, hazme caso: solo el primer día, hasta que veas qué ropa se estila aquí... —me parafrasea ella, alzando la nariz y las cejas, claramente satisfecha por haberme robado la frase.

Vuelvo a reír bajito, y me encuentro de pronto pensando que hacía mucho, muchísimo tiempo, que no mantenía una conversación tan larga con mi hermana pequeña. No sé si es por la diferencia de edad (yo tengo quince años y Julia trece), o por la diferencia de caracteres,

pero lo cierto es que no pasamos mucho tiempo juntas.

Sonrío, mientras observo cómo Julia, ahora enfundada en su falda morada, camina hacia el espejo moviendo exageradamente las caderas, como si fuera una especie de Cara Delevingne en miniatura. Suspiro... Si no fuese tan bajita, no tendría ninguna duda de que mi hermana se encamina con paso firme hacia una prometedora carrera de modelo de pasarela pero, vista su estatura, o da un estirón, o su futuro profesional me da un poquito de miedo...

Cuatro

He convencido a mi hermana para ir al instituto andando en vez de en autobús pero, tras más de cinco minutos esperándola en la entrada, estoy empezando a pensar que tal vez no ha sido la mejor idea del mundo...

—¡Juliaaaa! —grito por tercera vez desde el recibidor, y esta vez añado—: ¡Me voy sin ti!

—¡No, no, espera que ya voy! —grita ella, también por tercera vez.

Al menos ahora va en serio, porque oigo sus pasos bajando las escaleras. Respiro aliviada, porque no me apetece llegar sola al nuevo instituto, donde seguro que todo el mundo va en grupitos... Entorno los ojos. En el día de hoy, Julia va a ser algo así como mi camuflaje.

—¡Hija, qué prisas! —se queja la muy caradura, pasando por delante de mí para abrir la puerta—. ¡Uy, que frío! Voy a buscar la bufanda...

Le dirijo mi «mirada intimidatoria» —llevo años practicándola; consiste básicamente en mirar al otro imaginándote que es una cucaracha—, y debe salirme bastante bien porque, cosa rara, Julia da marcha atrás.

—Bueno, bueno, tampoco hace tanto frío —suspira, y se sube el cuello de la cazadora—. Venga, vamos.

La miro de reojo mientras caminamos y frunzo el ceño al comprobar que yo le he hecho caso en todo —he sustituido mis viejas deportivas blancas por las Converse nuevas y llevo el pelo casi suelto, retirado de la cara únicamente por dos horquillas—, mientras que ella no me ha hecho caso en nada y, en vez de vaqueros y jersey, lleva puesta su extraña falda morada con florecillas naranjas. Me da la sensación de que, con esa falda, mi hermana no va a ser tan buen «camuflaje» como pensaba... Ajena a mis reflexiones, Julia camina a mi lado, con pasitos cortos, menuda y elegante, tan airosa que a su lado yo no

puedo evitar sentirme torpe y desmañada, como una especie de araña de patas largas. Miro el reloj y mi ceño se acentúa. Las ocho y veinticinco. Vamos justas.

—¿No puedes ir más rápido? —la apremio—. Vamos a llegar tarde.

—De eso nada. No pienso llegar a mi primera clase jadeando y chorreando sudor —Julia me mira con aire de suficiencia—. ¿Tú no has oído eso de que la primera impresión es la que cuenta? —Su voz suena cargada de autoridad.

Resoplo con fuerza mientras seguimos caminando hacia el instituto. Mi hermana charla por los codos, vertiendo sobre mí un inagotable torrente de información sobre no sé qué centro comercial, y yo me limito a asentir con la cabeza de vez en cuando, demasiado nerviosa como para prestarle verdadera atención. Mi cabeza bulle con mil preguntas: ¿cómo será mi nueva clase?, ¿pasaré mucha vergüenza al entrar?, ¿conseguiré pasar desapercibida?

A juzgar por su alegre parloteo, mi hermana no está en absoluto preocupada por ese tipo de cuestiones. De verdad, a veces Julia me maravilla: con solo trece años, tiene más aplomo que muchos adultos. Me muerdo la mejilla por dentro, y siento un poco de envidia... Yo podría contarle que apenas he dormido de los nervios y que mi estómago está tan apretado como un puño, aunque ¿para qué?; con esa confianza en sí misma, es imposible que pueda entenderlo.

—... Y me han dicho que ese centro comercial está cerca de casa y que, además, no cierra hasta las diez de la noche —está diciendo mi hermana—. ¿Te imaginas, Carla, qué guay? Podemos ir hoy, cuando...

—Julia —suspiro.

—¿Qué?

—Imagina menos y camina más, por favor.

Como era de esperar, llego a mi clase cinco minutos tarde. Estoy pensando qué excusa poner —que mi hermana sea tardona y alérgica al sudor no suena convincente, a pesar de ser la pura verdad—, cuando una señora morena, de unos cuarenta y pico años, me aborda antes de que alcance la puerta.

—Tú debes ser Carla Vinci —me dice—. Me llamo Leticia. Soy la profesora de Biología y, además, tu tutora. —Hace una pausa y me mira de arriba abajo—. Bonito apellido, *Vinci* —añade, en un intento

por ser amable—, ¿es italiano?

Intento concentrarme en responder a su pregunta en vez de en su cara que, por alguna razón que no acierto a expresar, me resulta muy llamativa.

—Sí, mi abuelo... paterno era... italiano —balbuceo, mientras caigo en la cuenta de lo que me ha resultado tan llamativo: es el tono de su piel. Su bronceado es... excesivo. Mi tutora es, literalmente, marrón.

Los ojos de Leticia, ya de por sí pequeños, se estrechan todavía más cuando sonrío, mientras me arrastra sin miramientos hacia el interior de la clase.

—¡Chicos! —chilla, intentando hacerse oír por encima del barullo—. Os presento a Carla Vinci, vuestra nueva compañera. —Me pasa un bronceadísimo brazo por los hombros con gesto protector, mientras yo soporto como puedo una oleada de pánico en la boca del estómago. Decenas de caras comienzan a volverse hacia mí—. Espero que la ayudéis en todo lo que necesite, y que hagáis fácil su adaptación.

—Hola —consigo murmurar yo, de puntillas al borde de un ataque de nervios. Espero que el temblor de mi voz haya sido solo producto de mi imaginación. Retuerzo el borde de mi sudadera entre los dedos. ¿Por qué, de repente, me siento tan pequeña como un insecto?

Mis nuevos compañeros se van callando poco a poco para observarme con la misma atención con que mirarían a un animal exótico recién llegado al zoo; y yo contengo la respiración, roja como un tomate, rezando porque nadie me eche cacahuetes.

Cinco

Me siento en la penúltima fila, cerca de la ventana, y procuro volverme invisible. Las mesas están colocadas de dos en dos pero, por suerte, el sitio que está junto a mí está vacío. Aguanto con resignación las clases de Biología, Lengua e Inglés, e intento no hacer mucho caso a los cuchicheos y miraditas de que soy objeto. La profesora que más me gusta es la de Lengua, una mujer mayor llamada doña Ángela, que parece enamorada de su asignatura; al menos de la parte de Literatura española que está impartiendo en estos momentos. La de Inglés, doña Leonor, es demasiado seria y, en cuanto a doña Leticia... no sé, no me acaba de caer bien: es gritona y se enfada con facilidad.

Para cuando llega el recreo, he tenido tiempo suficiente para darme cuenta, no sin cierto horror, de que, aunque las tres profesoras son muy diferentes, sus asignaturas tienen una cosa en común: todas van más adelantadas con el temario que en mi antiguo instituto. En fin, es lo que tiene incorporarse a una clase nueva en marzo, a mitad de curso. Siento un ramalazo de resentimiento hacia mis padres: ¡por lo menos, podían haber tenido el detalle de divorciarse en verano...!

Y para colmo de males, Leticia Cara Marrón ha anunciado que habrá un examen de Biología la próxima semana... Gimo por lo bajo. ¿Quién dice que no soy una chica con suerte?

Decido dedicar la media hora de recreo a descubrir si hay equipo de voleibol y cuándo son los entrenamientos; así hago tiempo y tal vez se note menos que estoy más sola que la una...

Vago sin rumbo por el pasillo hasta que veo a un señor con bigote y bata azul que barre las escaleras con parsimonia. En el bolsillo de su bata hay una chapita metálica en la que puede leerse «Conserjería».

—Disculpe —pregunto tímidamente—. ¿Sabe dónde puedo enterarme de qué días entrena el equipo de voleibol de chicas?

El hombre se rasca la cabeza y frunce el ceño con una cara de concentración que cualquiera diría que le he pedido que me recite la tabla periódica. Su silencio se prolonga tanto que pienso que se ha quedado traspuesto. Estoy a punto de repetirle la pregunta cuando deja de rascarse la cabeza y sugiere:

—¿Por qué no miras en el tablón de anuncios? Creo que allí vienen todas las actividades extraescolares... Está al fondo del pasillo, planta baja —añade señalándome el camino con el dedo.

Bajo las escaleras y camino por el pasillo. Efectivamente, allí está.

«Voleibol: lunes, miércoles y viernes, de tres y media a cinco».

Un rayo de esperanza prende en mi corazón; al menos, en eso, mi madre no me ha mentado: el nuevo instituto tiene un equipo de voleibol femenino.

El descubrimiento me pone de buen humor, pero también aumenta mis nervios. Subo las escaleras de dos en dos, de regreso a mi clase, mientras hago planes, excitada. El entrenamiento es hoy mismo; podría acercarme, hablar con el entrenador, enterarme de qué tengo que hacer para apuntarme...

Como no me da tiempo a ir a casa antes del entrenamiento, paso por la cafetería después de la última clase para comprarme un bocata, que me como sentada en el césped, sola, mientras escucho música y miro videos de YouTube en mi móvil. Mi móvil nuevo, último modelo. ¡Para lo que me sirve...! El sábado hablé con mi amiga Lorena, pero desde entonces no me ha llamado absolutamente nadie. Aprieto las mandíbulas. Tecnología punta para recordarme que mi número de amigos en esta nueva ciudad es cero. Lo único que he recibido es un WhatsApp de mi madre, por la mañana, con un emoticono sonriente y la frase: «¡Suerte en tu primer día!».

Qué triste... ¿¿Hay algo más patético que *whatsapp* con tu madre??

A las tres y veinte, me levanto y me dirijo al polideportivo. Me siento arriba del todo, en una esquina, medio oculta por una columna.

Las chicas no tardan mucho en salir a la pista. Van de punta en blanco, equipadas con una camiseta blanca y amarilla, y unos pantaloncitos azul marino muy ajustados, con muñequeras y rodilleras a juego. Lo de llevar muñequeras y rodilleras conjuntadas

me parece una pijada, pero bueno, tiene un pase, cosa que no ocurre con esos diminutos pantalones... Arrugo la nariz. ¿Acaso no saben que existen prendas que, además de ser igualmente deportivas, tapan el culo? Creo reconocer a dos chicas de mi clase. El resto deben de ser del otro tercero o incluso de otros cursos, porque no me suenan de nada y parecen mayores. Comienzan a calentar por parejas: toques de dedos, antebrazos, remates... Tienen pinta de jugar muy bien. El entrenador, un chico musculoso de unos veintipico años, con el pelo cortado a cepillo, llega diez minutos más tarde. Está tan cachas que a su lado Chris Hemsworth parece un tirillas. Saca un bloc, se lleva el silbato a la boca y, tras el primer pitido, las jugadoras se arraciman a su alrededor, riendo y bromeando.

Después de observar el primer cuarto de hora del entrenamiento, trago saliva, intimidada. No es que tengan pinta de jugar muy bien... ¡Es que juegan rematadamente bien! Mucho mejor que yo, de hecho. Y tienen un aire tan..., no sé, tan ¿sofisticado?, ¿profesional? Me muerdo el labio, inundada por una súbita y triste sospecha: ay, madre, ¿y si yo no encajo en ese equipo de chicas mayores y cuasiperfectas, con su equipación último modelo y ese entrenador, que parece sacado de la mismísima película de *Thor*?

Me arrastro hacia casa en mis Converse nuevas, sintiéndome más sola que nunca.

Seis

Cuando llego a casa, mi madre está en la puerta, charlando animadamente con un desconocido.

—Hola, cariño —dice, dándome un rápido beso en el pelo—. ¿Qué tal ha ido tu primer día de instituto?

Me encojo de hombros e intento adoptar una expresión neutra.

—Bien —digo, intentando que el desánimo no se asome a mis ojos.

—Este es Mauro, el vecino de al lado. —El vecino y mi madre se miran y sonríen casi al mismo tiempo, y esa extraña compenetración me pone en guardia—. Nos ha traído una tarta de bienvenida... —continúa mi madre—. Y la ha hecho él mismo, ¿no es un detalle encantador?

—Sí, sí que lo es —contesto, mientras examino al tal Mauro. Me molesta que no sea especialmente feo o desagradable. La manera en que observa a mi madre me hace desear que le asome pelo por los agujeros de la nariz o que lleve un trozo de lechuga entre los dientes, por ejemplo, dos detalles que sé que a mi madre le horrorizarían.

—Hola, Carla. —Mauro me dedica una sonrisa amplia, amable y, para mi decepción, limpia de restos de comida—. Espero que te guste el nuevo barrio. Por mi parte —su sonrisa machacona vuelve a tener como objetivo a mi madre—, cualquier cosa que esté en mi mano para que os sintáis bien y en casa, consideradla hecha.

—Ay, eres muy amable, Mauro —suspira mi madre—, así da gusto...

Avanzo hasta la cocina, dejo la mochila en la encimera, abro el frigorífico y me sirvo un vaso de leche. Bebo un traguito y me acerco a la puerta, atenta a la conversación que, aunque amortiguada, aún me llega desde el recibidor.

—...Tienen doce salas —está diciendo Mauro, con tono animado— y están bastante cerca, a unos veinte minutos andando. Yo voy a ir este

jueves con mi hijo a ver la última de Pixar...

—¡Me encantan las películas de Pixar! —le interrumpe mi madre, y aunque no la estoy viendo, me la imagino poniéndole la mano en el brazo con familiaridad—. ¡Son tan divertidas! *Buscando a Nemo* es mi favorita...

—¡Pues no se hable más, Elisa! —Mauro suena encantado—. ¡Os venís con nosotros a verla!

Arrugo la nariz, oliéndome lo que se avecina...

—¡Carla! —Previsible como el bocinazo de un tren, la voz de mi madre sube varios decibelios—. ¡Carlaaaa! —Decido asomar la cabeza desde la puerta de la cocina.

—Dime, mamá.

La cara de mi madre es la viva imagen de la felicidad.

—Carla, ¿te apetece ir al cine el jueves? Mauro nos...

—Imposible, mamá —la corto, componiendo una expresión compungida—. Tengo un examen de Biología la semana que viene... —doy otro traguito a mi vaso de leche—, y bueno, prefiero quedarme a estudiar, no quisiera empezar con mal pie en el nuevo instituto... —añado, orgullosa de haber podido librarme de la cita sin haber tenido que mentir demasiado.

Mi madre me observa durante unos momentos con un aire extraño. Algo baila en el fondo de sus ojos azules. Algo que no acierto a comprender... Cambio el peso de un pie a otro, incómoda por aquella extraña mirada. ¿He metido la pata? Intento beber otro traguito de leche, pero casi me atraganto. ¿Ha adivinado mi madre que soy una asocial a la que no le apetece ir al cine con los nuevos vecinos?

—Ay... —suelta de improviso mi madre, viniendo hacia mí y estrujándome entre sus brazos como una boa constrictor—. ¡Pero qué responsable es mi niña...! —dice con los ojos húmedos.

Farfullo un débil: «¡Pero mamá...!», me zafo de su abrazo y consigo escabullirme escaleras arriba. Me detengo en el primer piso y aguzo el oído, decidida a no perderme ni un segundo de la conversación.

—Ay, Mauro, discúlpame —dice mi madre—, es que me emociono de ver lo rápido que crecen.

—No te preocupes, mujer... —contesta él—. A mí a veces me pasa lo mismo.

Me imagino a mi madre secándose una lagrimita y a Mauro rodeándola con el brazo para consolarla. Me enfurezco solo de pensarlo. Se me ocurre de repente que tal vez tendría que haber aceptado acompañarles al cine, solo para tener vigilado al Mauro de las narices. ¿Y si resulta ser un psicópata? ¿Y si...?

El ring del teléfono interrumpe mis paranoicas meditaciones.

—¡Carlaaaaa! ¡Cógelo tú! —me grita mi madre desde abajo—. Debe de ser tu padre, ha llamado hace un rato, pero como no estabas, ha dicho que llamaría más tarde.

Bajo las escaleras casi derrapando, directa hacia el teléfono del salón.

—Papá... —resoplo al coger el auricular.

—¡Hola, princesita! —me saluda mi padre. Suena tan cercano, tan cálido, que casi creo notar sus brazos a mi alrededor. Me río un poco. En mi casa, mi padre es el único que tiene la estatura suficiente como para llamarme algo que acabe en diminutivo sin que quede raro.

—Hola, grandullón —respondo hundiéndome en el sofá.

—Tenía muchas ganas de hablar contigo. ¿Cómo estás?

—Estamos bien. —El plural es lo suficientemente ambiguo para considerar que no miento; yo no estoy en mi mejor momento, pero mamá y Julia parece que se las apañan bastante bien.

—¿Qué tal el nuevo barrio? Me ha dicho un pajarito que es muy agradable y tranquilo... —Arrugo la nariz. «Tranquilo». Sí, es un bonito eufemismo para describir la aburrida y monotemática urbanización a la que nos hemos mudado. Igual podríamos estar en las afueras de Madrid que en una ciudad del antiguo oeste: a partir de las siete de la tarde, no hay ni un alma por la calle; si estoy atenta, creo que pronto podré ver las bolas de hierbajos secos cruzando la calle...

Por suerte, mi padre sigue hablando sin esperar respuesta:

—¿Y la casa? Creo que es una unifamiliar preciosa, ¿no?

—Sí, no está mal... —No me apetece mucho hablar de ningún aspecto de mi nueva y espantosa vida, y eso incluye el *chalet*, así que intento cambiar de tema—. ¿Qué tal tú? ¿Cómo es tu nuevo laboratorio? ¿Te apañas con el idioma?

Mi padre es investigador, especializado en algo llamado «Nanotecnología». Si no sabéis lo que es la Nanotecnología, ya os

advierto que yo no voy a ser de mucha ayuda... Hace no mucho, mi padre intentó explicármelo, pero lo único que saqué en claro es que es algo así como tecnología a escala diminuta. Lo de ser investigador y tener una especialidad tan rara puede sonar genial, incluso glamuroso, pero ya os digo yo que no lo es en absoluto... Papá siempre ha dependido de becas y subvenciones y... aunque no estoy del todo segura, creo que esto ha sido una de las cosas que ha provocado el divorcio. Una vez se lo eché en cara a mi madre, en una discusión terrible que tuvimos, cuando yo aún estaba tan furiosa por la noticia que no podía ni pensar, y creo recordar que ella lo negó. Pero no me hagáis mucho caso: aquel día me puse como una auténtica fiera, y le grité a mi madre unas cosas tan horribles que me alegro de no acordarme de casi nada...

—El nuevo laboratorio es genial, muy moderno. Tengo la impresión de que aquí voy a avanzar mucho con mi proyecto. —Hace una breve pausa—. Y con el idioma me manejo estupendamente, como no podía ser de otro modo. —Se ríe, y yo me río con él; los dos sabemos que el inglés nunca ha sido su fuerte—. No, en serio, me apaño, que no es poco...

—Qué guay, me alegro un montón, papá.

—Sí, y la ciudad es impresionante. Te encantaría. —Hace otra pausa y, por cómo suena su voz, sé que está sonriendo—. Mejor dicho, ¡te encantará!, porque voy a buscar dos fines de semana y a hablarlo con tu madre para que tú y Julia vengáis a visitarme... ¿Qué te parece?

Casi se me para el corazón de la alegría.

—¡Papá! ¡Eso sería...GENIAL! —Me emociono.

La voz de mamá interrumpe mi conversación con mi padre justo en su momento cúspide.

—¡Carlaaaa!! —grita desde la cocina—. ¿Aún sigues hablando con tu padreeeee?

—¡Síiiii! —grito yo de vuelta, desde el sofá.

Frunzo el ceño. Me molesta esa manía que les ha dado a los dos —a mi madre y a mi padre, se entiende—, de referirse al otro como si fuese un ente externo, una especie de meteorito que, por alguna misteriosa razón, ha caído en nuestras vidas... Me explico: mi madre ahora siempre se refiere a papá como «tu padre». «Ha llamado *tu*

padre». «¿Sigues hablando con *tu padre*?». Como si fuese algo exclusivamente mío, como si no fuese ella la que se hubiese casado con el susodicho y hubiese tenido nada más y nada menos que dos hijas... «Tu padre», dicho además con ese tonillo desagradable, como si estuviese hablando de un dolor de muelas, una diarrea o una apendicitis... Sacudo la cabeza intentando librarme de estos incómodos pensamientos y centrarme en otros mucho más agradables.

—Papá, ¡me muero de ganas ir a verte a Copenhague!

—Sí, ¿verdad? Bueno, habrá que esperar un tiempo. Acabo de llegar y tengo que hacerme con mi nuevo trabajo... Además, el apartamento aún no está preparado.

—¿Cuánto tiempo? —Yo me quedo en la primera parte de la frase, que es la única que me interesa... Me imagino en Copenhague, paseando del brazo de mi padre, lejos, muy lejos, de este nuevo instituto que no me acababa de gustar, lejos de esta nueva casa que no tiene posibilidades de ser un hogar, lejos de Leticia Cara Marrón y sus malditos exámenes...

Mi padre se ríe ante mi entusiasmo.

—No mucho, cielo —promete—. Bueno, y cuéntame algo más de ti, que casi no me has dicho nada. ¿Qué tal tu primer día en el nuevo instituto?

Siento un nudo en el estómago. ¿Por qué no podemos seguir hablando de nuestro futuro fin de semana juntos en Copenhague?

—Bien... —respondo con vaguedad. Mi primer día ha sido un desastre, pero no quiero preocupar a mi padre. Al fin y al cabo, él está a miles de kilómetros, no puede ayudarme.

Se hace un silencio.

—¿Has hecho muchas amigas?

El nudo de mi estómago asciende hasta mi garganta.

—Alguna... —vuelvo a mentir, tragando saliva.

Mi padre es bueno leyendo entre líneas y, además, me conoce bien.

—No te preocupes si al principio te cuesta un poco, cariño —dice, serio—. Es normal... Me dijo tu madre que ibas a apuntarte a voleibol, como en el antiguo instituto. Me parece muy buena idea, ¡seguro que te lo pasas fenomenal y conoces a muchas chicas!

Intento decir algo, pero el nudo se ha hecho tan grande que me impide hablar.

—Papá... —consigo articular. Odio como suena mi voz: débil, tensa, ansiosa.

—Dime, princesita.

Sin previo aviso, se me llenan los ojos de lágrimas. Apoyo las palmas de las manos sobre los ojos, intentando empujarlas hacia adentro, pero no funciona.

—¿Carla?

Alejo el teléfono de mi boca.

—No te oigo bien, papá... —farfullo.

—Carla, ¿estás ahí?, ¿me oyes?

—Te pierdo...

Cuando cuelgo, ya tengo dos lágrimas gordas y brillantes en los ojos, dispuestas a rodar hacia mis mejillas. Quiero seguir hablando con mi padre, de veras; me reconforta oír su voz, pero no quiero que me oiga llorar.

Me escabullo hacia mi cuarto sin hacer ruido y enciendo el ordenador. Las lágrimas me nublan la visión y disuelven la pantalla en una masa azulada, en la que apenas distingo los iconos. Estoy parpadeando, intentando recuperar el control, cuando capto algo por el rabillo del ojo, a mi derecha: un ligero movimiento en el espejo.

¡El espejo! Se me acelera el corazón. Tras todo el día en el instituto, casi me había olvidado de él. Me incorporo y me quedo mirándolo, tensa. Nada. Durante unos minutos sigo contemplándolo sin mover un músculo y casi sin pestañear. Nada. Y, sin embargo, estoy convencida de que no han sido imaginaciones mías. Algo se ha movido bajo la lisa superficie del espejo...

Me levanto despacio y me acerco. Me detengo a unos tres pasos, presa de sensaciones contradictorias: el espejo me atrae como un imán y, al mismo tiempo, me repele. Es como si una parte de mí quisiese acercarse, volver a tocarlo, mientras que la otra solo desease estar lejos de él, lo más lejos posible.

Y mientras me seco las lágrimas, tengo un presentimiento, una intuición certera: ese espejo no es lo que aparenta. Mis ojos no son capaces de verlo, pero mi instinto lo adivina... Algo sucede con ese

espejo. Algo que no estoy segura de querer averiguar.

Siete

Antes no solíamos cenar con la tele puesta, pero desde lo del divorcio, mi madre se ha acostumbrado a ponerla. No la culpo. Se creaban unos silencios muy raros en la cocina, silencios pesados, melancólicos, como nubes oscuras; silencios que acababan sentándose a la mesa, como un invitado más.

Así que esta noche, la tele escupe su sarta de malas noticias mientras nosotras tres cenamos ensalada y pavo a la plancha. La verdad es que esta noche en concreto no hubiese hecho falta la tele, porque el parloteo de Julia hubiera hecho imposible que ningún silencio de cualquier tipo, forma y tamaño, se instalase, ni en nuestra mesa ni en la de nadie en cinco kilómetros a la redonda.

Julia está contando a mamá todo sobre su primer día de instituto, y cuando digo todo, no exagero: la ropa que ha llevado, donde se ha sentado en clase, las asignaturas que ha dado, lo simpática que es una tal Amaya a la que ha conocido en el recreo, cómo un chico llamado Damián ha intentado pasarle una notita durante la tutoría... Mamá sonrío, asiente y responde con un animoso: «Ajá» a todos sus comentarios.

Me da envidia ver lo bien que le ha ido a Julia en su primer día — sobre todo porque, en comparación, mi día ha sido un auténtico desastre—, y además, la manera atropellada de hablar de mi hermana cuando está excitada me pone la cabeza como un bombo, así que me centro en el telediario.

«El noroeste de la Comunidad de Madrid, en alerta ante dos posibles secuestros», es el titular de la noticia. «Qué bien, una buena dosis de optimismo, justo lo que necesito», pienso para mis adentros mientras remuevo mi ensalada sin ganas.

«Se continúa sin saber el paradero de las dos niñas desaparecidas el

pasado viernes, aunque todo indica que...».

—Mamá, ¿puede venir mañana Amaya a estudiar a casa? —pregunta mi hermana de improviso—. Tengo que fotocopiar sus apuntes y...

Intento crear una cortina que me aisle de la voz de pito de Julia y subo el volumen de la tele.

«La Unidad Central de Secuestros y Extorsiones de la Policía Nacional se encuentra detrás de la pista de un posible sospechoso, cuyo *modus operandi* podría haber consistido en atraer a las menores con engaños hacia un coche—, dice una atractiva presentadora con expresión contrita—; se desconoce si las familias están siendo extorsionadas, aunque hay sospechas de que...».

El sonido de un móvil me hace dar un respingo. Bufo. Si fuese un gato, habría hinchado la cola.

—¡Uy! —bota Julia—. Mi teléfono, ¡debe de ser Amaya!

Mi hermana descuelga, baja de su taburete de un salto, y sale de la cocina, charlando alegremente. Casi al mismo tiempo, mi madre apaga la tele, me mira y carraspea.

En mi madre, el carraspeo nunca ha sido una buena señal... Me meto un trozo de pavo en la boca y lo mastico despacio esperando lo peor.

—Carla, ¿te pasa algo?

Trago con dificultad el bocado y mantengo la vista fija en el plato para evitar topar con los ojos azules de mi madre, que presiento fijos en mí.

—No, nada —digo.

—Es que... —La voz de mi madre tiene un timbre extraño que no sé identificar—. Te noto rara y... —Me doy cuenta de que mi madre intuye algo y no se atreve a decirlo, pero tras unos segundos de silencio, se lanza—. No te habrá molestado que quede con el vecino para ir al cine, ¿no?

La pregunta de mi madre me pilla desprevenida y, para qué negarlo, su intuición, casi telepática, me fastidia. El trozo de pavo que tengo en la boca se hace una bola y se empeña en quedarse atascado en mi garganta.

—¿Qué? —consigo articular.

—No pasa nada si te molesta, Carla —dice con suavidad—. Puedo entenderlo. Lo de tu padre es muy reciente y tal vez tú hayas pensado,

de forma errónea, que...

Otra vez. «Tu padre». Y con ese tonillo de fastidio...

—Deja de decir «tu padre», mamá —digo arrastrando las palabras—.
Suena raro. Di «papá», como siempre, se trata de la misma persona.

Mi madre decide ignorar mi último comentario.

—No pasa nada si te sientes molesta, cariño —dice con cuidado—.
Puedo...

No la dejo ni terminar la frase.

—Acabamos de mudarnos, no tengo amigas en la ciudad, hoy ha sido mi primer día de instituto, voy retrasada en todas las asignaturas, tengo un examen la semana que viene... —suelto de carrerilla—, y si estoy «rara» —pronuncio esa palabra con amargo desdén—, ¿se debe a que tú vas a ir cine con el vecino y el engendro de su hijo? —Clavo el tenedor en un trozo de pavo con una fuerza innecesaria—. ¡Por Dios, mamá, deja de creerte el ombligo del mundo!

Las palabras suenan duras, fuertes, como bofetadas. Mi madre abre mucho los ojos y se aparta un mechón de cabello rubio de la mejilla, un pequeño gesto que la hace parecer muy vulnerable.

—Carla... —Intenta protestar, pero se le quiebra la voz.

—No tengo más hambre —digo, mientras me levanto de la mesa. Sé que no estoy siendo justa, pero no puedo dar marcha atrás... Las palabras han salido de mi boca sin permiso, se han deslizado entre mis labios casi a traición. Y además, se me están llenando los ojos de lágrimas.

Subo a toda prisa las escaleras y me encierro en mi habitación. Por segunda vez en el mismo día, intento luchar contra las ganas de llorar. Lo intento, pero no lo consigo: al final, los ojos se me llenan de lágrimas y, como no parpadeo para apartarlas, todo lo que me rodea se funde en una especie de borrón confuso. Un nudo me oprime la garganta, casi me ahoga.

Recuerdo haber leído en algún sitio que las madres son robots programados biológicamente para querer a los hijos. ¡Menos mal! Si no fuese así, haría ya semanas que la mía me odiaría a muerte.

Ocho

—El corazón es un órgano musculoso del tamaño de un puño que se localiza en la parte central del tórax, entre los dos pulmones. Su función es bombear sangre a todo el cuerpo a través de los vasos sanguíneos. —Leticia apoya las manos en las caderas y pasea sus ojillos de ratón por la clase—. ¿Alguien puede decirme en cuántas partes se divide el corazón?

Me oculto tras el compañero de delante y observo de reojo a la profesora. Así, con los brazos en jarras y ese bronceado tan desmesurado, parece un botijo. Un botijo al que parece no gustarle que, en toda la clase, solo haya una mano levantada.

—Elena —dice Leticia frunciendo un poco el ceño.

—Pues se divide en dos aurículas en la parte de arriba, y dos ventrículos en la parte de abajo.

Elena es un espécimen raro. Es la tía buena oficial de la clase y, además, la que mejores notas saca, dos cosas que normalmente no suelen coincidir en una misma persona.

Leticia asiente.

—Muy bien, ¿y sabrías decirme cómo se llama el tejido que forma las paredes del corazón?

Elena vacila, y su amiga Lucía aprovecha ese instante de duda para adelantarse.

—Miocardio —dice.

Elena mira a su amiga con mala cara, pero Lucía no parece darse cuenta. Lucía también es muy guapa. En mi opinión, si Elena ostenta el título de tía buena en vez de ella es solo porque tiene unas tetas gigantescas que, además, no tiene ningún pudor en lucir. En cambio, Lucía es tan plana como yo.

—Exacto. El miocardio, que es responsable de la contracción

involuntaria del corazón —afirma Leticia con expresión complacida, y mira fugazmente el reloj—. Recordad bien lo que hemos visto en la clase de hoy y repasadlo el fin de semana, por favor, porque es lo que veremos en las prácticas de laboratorio del próximo jueves. —La campana que marca el final de clase la interrumpe y ella eleva la voz para imponerse al bullicio que ha estallado de pronto en clase—. Recordad: serán en el laboratorio B, tercera planta. ¡Pasad buen fin de semana!

Metó los libros en mi mochila y me dirijo a la puerta.

¡Por fin viernes...!

El segundo día de instituto transcurrió de forma parecida al primero, y al tercero y al cuarto y... por desgracia, también al quinto —es decir, hoy viernes—. Sigo sintiéndome un poco como una isla solitaria en clase y, aunque he hablado con algunas compañeras, aún no he hecho nada ni remotamente parecido a una amiga... Lo cual me lleva a un segundo problema: no me he atrevido a pedirle a nadie los apuntes de Biología y la verdad, no sé cómo me las voy a apañar con el examen de la próxima semana. O sucede un milagro o voy a suspenderlo. Elena y su grupo de amigas sacan muy buenas notas y me he sentido tentada de pedirles los apuntes en varias ocasiones, pero al final no me he atrevido. Supongo que por temor a un desplante o un rechazo; la valentía nunca ha sido mi principal virtud. Suspiro. En momentos así, no me importaría ser un poco más como mi hermana Julia...

Así pues, el viernes ha llegado y, a pesar de que mi fabuloso plan para el fin de semana consiste en empollar Biología para muy casi seguro suspender, mientras camino hacia casa, me siento algo más animada. Tengo por delante dos días enteros sin ir a ese planeta hostil llamado instituto, y espero sacar un rato para investigar sobre el misterioso espejo...

Esa idea ocupa todos mis pensamientos cuando llego a casa, recojo el contenido del buzón —que se reduce a un folleto de «Compro oro», un anuncio de comida a domicilio y una revista—, y avanzo hacia la puerta de entrada. La revista resulta ser un catálogo del Círculo de Lectores que viene a nombre de una tal Susana Garragosa. La anterior propietaria, sin duda. Estoy tan abstraída hojeándola que no me doy cuenta de la presencia de Mauro, el vecino, hasta que no lo tengo

delante de las narices.

—Carla, ¡que te chocas! —A tan corta distancia, su sonrisa de dientes blancos ocupa casi todo mi campo visual y me sobresalta.

—¡Uy, perdón! ¡No te había visto! —Me sonrojo—. Hola, mamá.

Mi madre había llamado a Mauro el mismo jueves para anular lo del cine. La oí, hablando con él por teléfono y diciéndole que tenía tres patentes que entregar el viernes y que le iba a resultar imposible ir. Mamá es traductora, especializada en documentos relacionados con temas de propiedad intelectual, sobre todo patentes de empresas, pero creo que eso es lo único que había de cierto en toda la perorata que le soltó al pobre Mauro. Si no fue al cine, fue por el estallido que tuve yo el lunes durante la cena, eso es seguro, y saberlo me hace sentir mal y a la vez, bien. Sé que mi madre está divorciada, y que eso significa que está libre y que puede rehacer su vida, pero... aun así, no me apetece que salga con nadie. Al menos durante un tiempito; pongamos... ¿los próximos cien años?

—Hola, cariño. —Mi madre está apoyada en el quicio de la puerta con los brazos cruzados. Su postura pretende sugerir abandono y en cambio, transmite cierta rigidez. Me doy cuenta en seguida de que ella también se está acordando de la discusión del lunes.

—Toma. —Le tiendo el catálogo del Círculo de Lectores—. El resto es publicidad.

Mi madre coge el catálogo distraídamente.

—Lo llevaré mañana a la inmobiliaria —dice dejándolo en la mesita del recibidor, junto a su bolso.

—¿A la inmobiliaria? —pregunta Mauro, extrañado.

—Sí, me dijeron que todo lo que llegase a nombre de los anteriores propietarios lo llevase allí —escucho sin mucho interés mientras comienzo a subir las escaleras—. Ellos tienen la nueva dirección y se ocuparán de reenviárselo.

Cuando llego a mi cuarto, tiro la mochila al suelo y me lanzo sobre la cama. Me quedo tumbada con los brazos detrás de la nuca mirando al techo. Me pregunto qué pensaría mi padre de este vecino tan pesadito... Entorno los ojos. Seguramente no se sorprendería. Mi madre todavía es guapa; es normal que otros hombres le tiren los trastos. Pero seguro que gracia tampoco le haría.

Pensar en mi padre me pone un poco triste. Va a pasar un año entero en Copenhague. Trago saliva con fuerza. Un año es mucho, muchísimo tiempo...

Nueve

Me despierta la combinación de la voz de mi madre más la luz del sol.

—Carla, son las diez —dice mientras descorre las cortinas—. Ayer me dijiste que te despertase a las diez, que tenías que estudiar para un examen...

Parpadeo y levanto la mano para protegerme de la luz, con los ojos aún cerrados. El sol atraviesa el cristal de la ventana, mis párpados y taladra mi cerebro.

Refunfuño no sé qué y me doy la vuelta para ponerme de espaldas a la ventana.

—Carla... —Mi madre me zarandea con suavidad.

—Ya voy —gruño.

—Te voy preparando el desayuno. —Y por fin sale de la habitación.

Media hora más tarde, ojeo animosamente las páginas de mi libro de Biología. Estudio —o lo intento, porque la verdad es que me distraigo cada dos por tres—, durante toda la mañana —¿quién dice que no hago cosas divertidas los sábados?—, pero, para cuando mi madre me llama para comer, cualquier rastro de ánimo ha desaparecido de mi mente.

No me va a dar tiempo. Es demasiado temario y el examen es el lunes. Los apuntes podrían haberme orientado sobre qué cosas habían dado y qué cosas no, pero no los tengo. Durante la comida, estoy a punto de contárselo a mi madre, al menos para que no se lleve una decepción cuando traiga el suspenso a casa (yo nunca he sido una Einstein, pero mi madre está acostumbrada a que vaya aprobando...). Lo tengo varias veces en la punta de la lengua, pero al final no se lo digo. Me da vergüenza confesar que en toda la semana no he sido capaz de intercambiar más de tres frases con mis compañeros de clase, sobre todo porque al lado de Julia, mis escasas habilidades

sociales brillan con luz propia. En su segundo fin de semana aquí, mi hermana ya tiene plan. La tal Amaya, su nueva amiga, va a venir esta tarde a estudiar a casa, y luego las dos se van a ir al centro comercial con otros compañeros de clase.

Con la excusa del examen, consigo subir a mi cuarto nada más terminar de comer. Intento seguir estudiando, pero las palabras parecen flotar en la página sin orden ni concierto; cuando me doy cuenta de que he leído la misma frase cinco veces seguidas sin enterarme, decido dejarlo. Me instalo frente al ordenador, y abro la página de Google.

«Espejos de pie antiguos», tecleo con decisión. El buscador me responde con una lista de páginas poco prometedoras de tiendas de muebles y antigüedades. Tras cotillear un poco buscando entre las fotos algún espejo que se parezca al mío, introduzco una nueva búsqueda: «ondulaciones en espejos». Tampoco hay suerte; solo encuentro páginas de Física que intentan instruirme sobre las ondas electromagnéticas y las propiedades de reflexión de los espejos. Bostezo, tapándome la boca con la mano.

Tras pensar un poco, vuelvo a escribir: «espejos y misterios». Esta tercera búsqueda me mantiene ocupada durante más rato. Encuentro varios artículos que hacen referencia a la leyenda de la Verónica. Leo con atención el primero de ellos:

La Leyenda de la Verónica es probablemente una de las más conocidas. Si te pones frente a un espejo a medianoche, iluminado por la luz de unas velas, con unas tijeras abiertas hacia ti y dices su nombre tres veces —Verónica, Verónica, Verónica —, aparecerá reflejada en el espejo una mujer de pelo negro y largo, ojos oscuros como el asfalto y cara blanquecina.

Frunzo el ceño. Por supuesto, esto solo es una leyenda urbana. Una leyenda urbana muy utilizada en las noches de campamentos, e incluso en el cine de terror actual. ¿No hay una película en la que un ser fantasmal sale de los espejos cuando alguien pronuncia su nombre cinco veces frente a su reflejo, para luego asesinar a diestro y siniestro?

Sacudo la cabeza y consulto el siguiente *link*, que cuenta cómo, en algunos pueblos castellanos, se tapan los espejos cuando alguien fallece. La costumbre me parece tan extraña que sigo leyendo con interés:

Esto se debe a la creencia de que los espejos son portales a otras dimensiones o mundos. Por esa razón, tapando los espejos cuando alguien muere, se cree que se evita que el fallecido pueda volver a la casa desde el otro lado.

No puedo evitar estremecerme. La idea de que un muerto esté intentando ponerse en contacto conmigo desde el más allá me pone los pelos de punta...

Salto a la siguiente página, algo aturdida al comprobar la gran cantidad de leyendas fantásticas que tienen como protagonistas a los espejos. Muchas les atribuyen poderes mágicos:

Los espejos también aparecen con frecuencia en leyendas y cuentos infantiles convertidos en objetos mágicos, capaces de proyectar imágenes que ocurrieron en el pasado o que ocurrirán en el futuro, o incluso hechos que están sucediendo en la actualidad en otro lugar.

Navego por la red durante un rato más, pero a media tarde, cuando la luz natural comienza a extinguirse y me veo obligada a encender el flexo, lo único que he sacado en claro es que, desde los principios de la humanidad y en muchas culturas distintas, los espejos han estado ligados a lo oculto y lo esotérico.

Miro mi espejo de soslayo. Enhiesto y orgulloso, parece contemplar mis indagaciones con actitud despectiva. Los últimos rayos del sol bailan sobre él, reflejándose con un precioso matiz rosado. Me aparto el pelo de la cara, pensativa. Los espejos siempre han despertado suspicacias. Las leyendas fantásticas en torno a ellos han traspasado las barreras de los siglos y de las distancias para instaurarse en la conciencia popular.

Me giro en la silla rotatoria para contemplar el espejo de frente. ¡Es

tan bonito! Seguramente por eso deseé quedármelo cuando lo vi por primera vez. Admiro su sobria elegancia, el halo de misterio que lo envuelve. A pesar de que es muy antiguo, su madera caoba brilla como recién barnizada bajo los últimos rayos de sol. Es sencillo, sin florituras. Y al mismo tiempo, es difícil mirarlo sin desear acercarse, tocarlo, acariciarlo, apoyar la frente en aquella lisa superficie que está adquiriendo un gris sutil, un color parecido al de la niebla...

Jadeo al darme cuenta de que estoy de pie, junto al espejo. Casi sin darme cuenta me he ido acercando y ahora mis manos se encuentran a escasos centímetros de ese marco tentador de suave madera pulida... Ese marco cuyo único adorno consiste en tres líneas sinuosas. Contengo el aliento mientras, presa de un impulso inexplicable, mis dedos se acercan inexorablemente a la madera.

Diez

Cuando toco el espejo, los acontecimientos se precipitan. Algo tira de mí. Intento resistirme, pero el tirón es muy fuerte. Doy un paso. Es como si atravesara una cortina de luz blanca y densa, tan deslumbrante que tengo que cerrar los ojos; al mismo tiempo, un ruido atronador hiere mis oídos, como si todos los sonidos del mundo se hubiesen concentrado en un único estruendo. Y todo ello en el espacio de un paso imposible de medir. Avanzo otro paso, tambaleándome.

«Me he vuelto loca».

Es lo primero que pienso cuando abro los ojos. El marco del espejo sigue allí, a mi espalda, pero yo no me encuentro en el mismo lugar.

Estoy en mi instituto. En mi clase, para ser más exactos, apoyada en la pared del fondo. Respiro muy rápido y noto el latido de mi corazón en todo el cuerpo: en las sienes, en las muñecas, en las piernas, en el cuello...

«¿Cómo he llegado hasta aquí?».

Algo raro pasa en clase. Mis compañeros están sentados en sus sitios. Leticia, mi tutora, se pasea por el aula. Hay un extraño silencio y la expresión de todos es seria y concentrada.

En ese momento, suceden dos cosas que me hielan la sangre. Primero: veo el calendario de la profesora, colgado en la pared, junto a su mesa, con el rectángulo rojo colocado en el 13 de marzo.

«¡13 de marzo! Eso es...».

De pronto, todo cobra sentido: el silencio, las caras concentradas de mis compañeros, los vigilantes paseos de Leticia... Es lunes. El próximo lunes. Me estremezco mientras mi pasmado cerebro ensambla las piezas del puzle: ¡estoy en el examen de Biología!

Segundo, y aún más escalofriante: me veo a mí misma, sentada en

mi sitio, escribiendo afanosamente. Reprimo un grito. Estoy de espaldas, pero no hay duda: soy yo. Mi pelo castaño y ondulado recogido en una coleta se derrama sobre mi espalda. Tengo las piernas cruzadas, y una de ellas se mueve sin parar, a una velocidad frenética...

Un momento. Alguien más me está mirando... Un chico gordito que se sienta en la última fila. Ahora lo tengo justo delante y sí, no hay duda. Tras las gafas, sus ojos claros están clavados en mí.

«¡Cómo me gustaría ser alto y delgado como la nueva! Vaya, escribe como si se hubiese peleado con el boli; como siga apretando tanto acabará rasgando el papel...».

Me muerdo el labio sobrecogida. Empiezo a inspirar y a espirar, tratando de mantener la calma y de no pensar en el hecho de que... ¡¡he oído sus pensamientos!!

Inspiro y espiro. Inspiro y espiro. Inspiro y espiro...

«Me he vuelto loca», pienso por segunda vez.

El chico se acaba de quitar las gafas y las limpia, pensativo, con la orilla del jersey. Tiene marcas rojas en la nariz, allí donde se le clava la montura de pasta. Un nuevo pensamiento emana de él, envuelto en un opaco halo de tristeza:

«Ayer me la crucé por la calle y no me saludó. Seguro que le caigo mal porque soy gordo... Como a todos».

En realidad, no oigo sus pensamientos. Los siento, como si fuesen corrientes de aire frío. Cierro los ojos y rezo porque todo esto no sea sino una alucinación.

«Estoy en mi casa, en mi habitación», gimo para mis adentros.

Pero cuando abro los ojos, sigo en el aula. A mi alrededor flota una especie de maraña de pensamientos enredados, que identifico como pertenecientes a mis compañeros. Es una sensación extraña, como si mis sentidos se hubiesen agudizado...

Algunos me llegan claros como el agua, como el de ese chico grandón, de manos enormes y nariz chata que se sienta delante del gordito, y que no deja de soltar tacos porque no se sabe bien las preguntas. Me fijo en él, atónita. El chico resopla y gira la cabeza de un hombro a otro, como si intentase deshacer un nudo de tensión; su nuca emite una serie de crujidos lúgubres y no puedo menos que

admirar su capacidad para meter tantas palabrotas en un mismo pensamiento.

Otros me llegan entrecortados, como bombillas que parpadean. Algunos de mis compañeros piensan en lo pesados que son sus padres, en salir de clase, en comprar, en ir al cine, en chicos o chicas que les gustan, en ropa, en partidos de fútbol..., pero, a decir verdad, la mayoría de los pensamientos tienen que ver con el aparato respiratorio, el digestivo, el excretor y el circulatorio: el examen de Biología ocupa, ahora mismo, el noventa por cien de la mente de los presentes.

Miro a Elena, cuyos apuntes tanto he deseado, y me sorprende comprobar que observa de reojo a su amiga Lucía, deseando que no saque más nota que ella. Es un pensamiento fuerte, casi palpable, que flota sobre su rubia cabeza como una nube grisácea. Arrugo la nariz asqueada. ¿Qué tipo de amiga es esa?

Un cuchicheo mental llama mi atención. Proviene de las dos chicas a las que vi el lunes en el entrenamiento de voleibol. Sandra y... Sacudo la cabeza. No recuerdo el nombre de la otra.

«Necesito que me pases la pregunta cinco, Sandra», piensa una de ellas.

«Gloria tiene pinta de querer preguntarme algo», piensa la otra con el ceño fruncido.

Intercambian una mirada cómplice y esquinada. Tras unos instantes de duda y un rápido vistazo a la posición de la profesora, Sandra gira su hoja para que su amiga pueda echar un vistazo a su examen.

Sonrío. Durante la semana que llevo en el instituto he visto que son muy amigas, uña y carne. Por eso no me sorprende al comprobar que emanan un cálido y anaranjado sentimiento de camaradería. Se entienden bien, leo en sus pensamientos, tan bien que a veces se sienten como si estuvieran en una burbuja invisible en la que todo son risas y confidencias. Esos pensamientos me ponen un poco triste y me hacen acordarme de mi amiga Lorena.

Gimo por lo bajo. ¿Qué ha ocurrido? ¿Qué hago yo ahí? Paseo la mirada por el aula. ¿Por qué nadie parece reparar en mi presencia? Vuelvo a mirar hacia mi otro yo, el que está sentado en su silla, haciendo el examen. Una pequeña espiral de pánico se empieza a

formar en mi estómago. ¿Cómo puedo estar en mi silla y, al mismo tiempo, al fondo de la clase?

Mis neuronas están en estado de *shock*, pero aun así, se esfuerzan heroicamente por buscar una explicación a lo que está sucediendo ¿Que decía aquel artículo de internet, el último que leí ayer? Decía algo así como que algunos espejos podían ser portales a otras dimensiones, y mostrarte momentos pasados o futuros, o incluso otros lugares... Parpadeo asombrada. ¿Es posible que el espejo me esté mostrando el futuro, concretamente el lunes próximo, en la hora justa del temido examen de Biología?

Intento ralentizar el frenético ritmo de mi corazón. Eso podría explicar por qué nadie me ve y por qué hay otra «Carla» sentada en mi mesa. En realidad, yo no estoy aquí. Mi presencia en la clase es... virtual, por así decirlo. Tan solo me estoy asomando al balcón del futuro, gracias a este espejo misterioso.

Respiro hondo y doy unos pasos al frente, deseosa de probar mi teoría. El chico gordito vuelve a escribir en su hoja, concentrado. Tiene una letra limpia y precisa, nada que ver con los típicos garabatos de la mayoría de los chicos, y exhala sentimientos de seguridad y confianza en relación con el examen. ¿Por qué no se me ha ocurrido pedirle a él los apuntes? Parece majo y, desde luego, mucho más cercano y accesible que Elena y su bien pastoreado grupito de amigas. ¿Cómo se llama? No tengo ni idea de su nombre. ¿Cómo es posible que, hasta el momento, ese chico me haya pasado totalmente desapercibido?

Poco a poco, el miedo está dando paso a algo parecido a la emoción... Un plan se está fraguando en mi cabeza. Un plan llamado: «Cómo Aprobar Milagrosamente el Examen del Lunes».

Me inclino para ver por encima del hombro del gordito, que se llama... Carlos Rodríguez, según ha escrito él mismo con su pulcra caligrafía en la cabecera del examen. Me prometo a mí misma recordar su nombre —y su aspecto!—, para poder saludarlo la próxima vez que me lo cruce por la calle. Sin poder contener una sonrisa nerviosa, leo las preguntas. Son diez. Estoy repitiéndolas en voz alta para asegurarme de que las he memorizado a la perfección, cuando algo interrumpe el curso de mis pensamientos. No es nada en

concreto, solo una intuición, un presentimiento. Me giro despacio. El marco del espejo está comenzando a difuminarse, a temblar.

Casi sin pensar, echo a correr hacia él. Un pensamiento domina ahora sobre todos los demás:

«¡Tengo que largarme de aquí!».

Es mío, y tiene un color rojo intenso, como las señales de peligro de las carreteras.

Once

Abro los ojos tiritando y con el estómago encogido.

«¿Dónde estoy?».

A pesar de la oscuridad, reconozco los relieves familiares de mi habitación. Me froto los ojos y me levanto. Poco a poco, voy recordando lo que acaba de suceder...

«Porque ha sido real, ¿verdad? No lo he soñado ni nada por el estilo».

Un escalofrío recorre mi espalda, y no se debe solo al frío... Me froto los brazos y vuelvo a mirar en derredor. Parece ser noche cerrada. ¿Cuánto tiempo ha pasado desde que toqué el espejo? ¿Qué hora es?

Abro la puerta de mi cuarto y salgo al pasillo, mientras mi cerebro empieza poco a poco a funcionar. La habitación de Julia está a oscuras, pero hay luz en la de mi madre. Y ella suele acostarse sobre las doce, así que deduzco que es antes de esa hora.

Justo cuando estoy empezando a tranquilizarme un poco, la puerta de la habitación de mi hermana se abre, haciéndome pegar un respingo.

Julia me lanza una mirada inquisidora poco acorde con su pijama de Hello Kitty.

—¿Se puede saber que haces plantada como una seta en medio del pasillo?

Frunzo el ceño contrariada.

—He bajado a beber un vaso de agua —miento.

Algo en mi expresión debe delatarme, porque mi hermana arruga sus finas cejas.

—¿Y por qué no llevas el pijama?

Medito un poco antes de responder.

—Es que aún no me había acostado. Estaba estudiando para el

examen del lunes.

—Ya... —suspira ella mientras entra en el cuarto de baño. —Pues que sepas que tienes una pinta espantosa, parece que has visto un fantasma.

Estoy abriendo la boca para responderle que se meta en sus asuntos, cuando oigo la voz de mi madre, desde su cuarto.

—Chicas, ¿pero aún estáis despiertas? —suena enfadada. Supongo que hemos interrumpido su rato de lectura en la cama, algo que le encanta—. ¡Acostaos en seguida, son casi las doce de la noche!

El somier de su cama cruje y me la imagino incorporándose y quitándose las gafas de leer.

—¡Ya nos acostamos, mamá! —grito para apaciguarla, al tiempo que entro en mi cuarto.

Cierro la puerta con suavidad, enciendo la luz y me miro en el espejo. Mi hermana tiene razón. Tengo mala cara. «Cara de loca», susurra una vocecita insidiosa en mi cabeza. Aprieto la mandíbula al darme cuenta de que esa voz impertinente puede tener razón. Una de dos: o bien el espejo me ha mostrado un fragmento del futuro, o bien estoy como un cencerro. Ladeo la cabeza y miro de reojo mis libros de texto. Lo cierto es que hay una forma bien fácil de saberlo...

Coloco la almohada bajo la rendija de la puerta, para que nadie vea la luz saliendo de mi habitación, enciendo el flexo y abro con decisión mi libro de Biología. Tengo diez preguntas. Diez pruebas como diez soles. El lunes podré comprobar si lo que ha sucedido es cierto o si mi destino pasa por acabar mis días internada en un psiquiátrico.

Doce

Llego a clase unos minutos antes de la hora, y me sorprendo al comprobar que casi todos mis compañeros ya están allí. Mientras me quito el abrigo, observo de reojo a Elena y su grupo de amigas, que están sentadas sobre las mesas, compartiendo cotilleos y risas. El triangulito del tanga de varias de ellas, asomando por encima de sus vaqueros, acapara las miradas del cincuenta por cien de los chicos de la clase. El otro cincuenta intenta repasar el contenido del examen o aclarar dudas de última hora.

El chico gordito de la última fila, aquel que había visto en el espejo, entra en clase jadeando y emite un sonoro suspiro de satisfacción al ver que la profesora aún no ha llegado.

—Hola, Carlos —le saludo, al tiempo que abro el estuche y saco mis bolis.

Carlos, que acaba de derrumbarse en su silla, me mira como si me hubiese brotado un tercer ojo en la frente. Su boca se abre, luego se cierra y luego se abre de nuevo.

—Ho... hola —farfulla torpemente.

Me apoyo en mi mesa. Me siento mal por no haberlo saludado por la calle. En realidad, me siento mal por no haberme fijado siquiera en él, sentándose como se sienta en la fila de detrás de mí.

—Pensaba que llegaba tarde... —dice él, tratando de iniciar una conversación.

—Pues ya ves que no. —Espero no haber sonado borde. Me pasa a veces y no es adrede. Sonrío para suavizar la frase, por si acaso...

—¿Qué tal llevas el examen? —me pregunta Carlos con timidez.

—Bueno..., llevo estudiando todo el fin de semana —respondo—. Pero me ha resultado un poco agobiante. En mi antiguo instituto íbamos mucho más retrasados con el temario.

Él me mira con atención.

—Claro, ya me imagino. Oye, si necesitas los apuntes de cualquier cosa, no tienes más que pedírmelos... —añade, sonrojándose.

—Pues igual sí que te pido algunos —suspiro aliviada—. Muchas gracias.

Carlos se pone tan contento como si el favor se lo fuese a hacer yo a él y no al revés. Me muerdo el labio. Es realmente majo. Me siento mal al pensar que él había creído que no me caía bien por ser gordo...

—Buenos días a todos. —Leticia acaba de entrar en clase con un taco de folios bajo el brazo—. Espero que estéis preparados para cincuenta y cinco minutos de gloriosa Biología.

Me giro en mi silla, nerviosa. Leticia está repartiendo los folios del examen boca abajo, mientras nos advierte que, desde ese mismo instante, está terminantemente prohibido hablar.

Respiro hondo. Ha llegado el momento de comprobar si lo que el espejo me mostró es verdad. Giro el folio y contengo la respiración mientras leo.

Lo es...

A pesar de que en la clase no hace frío, me estremezco, como si una corriente helada me hubiese rozado.

¡Lo es, lo es, lo es...!

Se me ha puesto de punta hasta el vello de la nuca. Ahí están: las diez preguntas. Las únicas diez preguntas que, al final, me había estudiado.

Y, mientras me pongo cómoda y agarro con fuerza mi boli favorito, no puedo evitar que un sentimiento de triunfo, primitivo y visceral, se expanda por mi pecho. Mi espejo no es una mera superficie reflectante: está lleno de posibilidades...

«Como el sombrero de un mago», sonrío y empiezo a escribir.

Trece

Llevo más de media hora en mi habitación mirando el espejo, y aún no sé por dónde empezar... Frunzo el ceño y me asomo por la ventana, pensativa. He acabado el examen la primera y me he ido directa a casa. Ha sido un impulso, nada premeditado. Mi madre iba hoy al centro de Madrid a entregar unas traducciones, así que sé que estará fuera toda la mañana. Y yo... Suspiro. Después del examen, no podía esperar ni un minuto más para averiguar más cosas sobre mi misterioso espejo.

Me giro y vuelvo a contemplarlo. Aunque es del todo imposible, me da la sensación de que él también me observa, de que se ríe de mí.

—Tonterías —digo en voz alta, tratando de infundirme valor—. Comenzaré por lo primero, por lo más obvio.

Y lo primero siempre es un reconocimiento visual, ¿no? Me acerco al espejo y lo observo con atención. El color es bonito, brillante. Un caoba fuerte, como el vino tinto, que no parece teñido, sino el color natural de la madera. Sin duda, lo más interesante —por no decir lo único interesante— del espejo, son las tres líneas que tiene cinceladas. Esas tres líneas sinuosas recorren todo el marco y son su único adorno visible...

«Visible».

Por alguna razón, esa palabra reverbera entre las paredes de mi cerebro. «Visible». Hay una parte del marco del espejo que no puedo ver. La inferior.

Me pongo de rodillas y pego la cara al suelo. Sí, las líneas siguen su ondulante recorrido por la parte baja del marco, pero... Achino los ojos para ver mejor. ¿No se interrumpen en un breve trecho, justo en el centro? Intento acercarme más, pero solo consigo que el polvo me haga estornudar.

Me incorporo y me sacudo dos pelusas que se me han adherido al pelo. Por primera vez en la vida, pienso que es posible que mi madre tenga razón cuando me dice que mi cuarto es una pocilga.

Cruzo los brazos sobre el pecho y me muerdo el labio. Tengo que tumbar el espejo. Es la única manera de ver bien la parte de abajo... Me arremango la sudadera hasta los codos y doy un paso; sin embargo, me freno en seco antes de tocarlo. No he olvidado lo que sucedió la última vez que mis manos entraron en contacto con aquella madera color sangre. Y hoy no estoy de humor para viajes en el tiempo ni experiencias sobrenaturales...

Me estremezco involuntariamente e intento alejar esos pensamientos de mi cabeza. Seamos claros: el espejo me ha ayudado. Es un aliado, no un enemigo. Gracias a él voy a aprobar el examen de Biología... Y esto es solo el comienzo. Me va a permitir saber cosas, cosas que de otro modo sería imposible conocer, cosas que harán mi vida más fácil justo cuando se ha vuelto más difícil. Eso es lo importante, ¿no?

Asiento con la cabeza. Sí, eso es lo importante..., pero, de todas formas, no tengo ninguna intención de tocar el espejo ahora. Solo por si acaso, bajo a la cocina y me enfundo los guantes de fregar. Son rosas y me llegan casi hasta el codo. Su tacto húmedo y *plástico* me produce dentera y, al mismo tiempo, una agradable sensación de seguridad. Satisfecha por haber tomado precauciones, vuelvo a subir a mi cuarto y, tras muchos esfuerzos, consigo tumbar el espejo.

Me apoyo en la pared, jadeante. ¡El espejo pesa como un muerto, mucho más de lo que aparenta!

Vuelvo a ponerme de rodillas. Sí, efectivamente, las tres líneas grabadas se interrumpen en el centro de la parte baja. Se interrumpen, y en el espacio que dejan libre, hay algo...

Me acerco más. Hay... ¿letras? Sí, hay tres frases en el espacio dejado por cada una de las líneas.

Veritati serviunt, leo con dificultad, en el hueco de la primera línea.

Necessitate est clavem, dice la segunda frase.

Enarco una ceja. ¿Qué es esto? ¿Una broma? ¿Un acertijo? ¿Una adivinanza?

Omne trinum perfectum, concluye la tercera.

Arrugo la frente. Estoy pensando que las adivinanzas nunca han sido mi fuerte cuando oigo un ruido familiar. Un ruido conocido. Un ruido que hace que mi corazón lata más rápido y que mis piernas corran hacia la ventana para confirmar mis temores: el Citroen Xantia de mi madre está frente a la cancela, que ya comienza a abrirse...

—No, no, no... —repito bajito.

¡Mi madre va a pillarme en casa en horas de clase!

Miro hacia todos lados como un animalillo acorralado. Mis pies parecen haberse pegado al suelo del susto; no puedo moverme, no puedo respirar... Tardo unos segundos en reaccionar. Cuando lo logro, mis ojos se clavan en el espejo. Con los dientes apretados, lo agarro y empujo con todas mis fuerzas. ¡Tengo que levantarlo!

Catorce

Mi madre entra en mi cuarto justo cuando acabo de poner el espejo en pie. Intento respirar con normalidad para que no note que estoy jadeante por el esfuerzo.

—Carla, ¡gracias a Dios que eres tú! He oído ruidos y he subido a ver... ¡Me has dado un susto de muerte! —Tras la primera impresión, su tono cambia para hacerse más afilado—. ¿Qué haces aquí? ¿Por qué no estás en el instituto?

La pregunta de mi madre es lógica, muy lógica. Intento pensar con rapidez.

—Verás, es que hoy a primera hora he tenido el examen de Biología... —comienzo dubitativa.

—¿Y?

—Pues que ayer estuve casi toda la noche estudiando —continúo con más seguridad, horrorizada al comprobar la facilidad con la que me salen las mentiras últimamente—. Y hoy, después del examen, he aguantado las dos siguientes horas, Mates y Lengua, pero se me caían los ojos de sueño, así que me he venido a casa a dormir un poco.

Mi madre me mira con los ojos azules entrecerrados, como calibrando la veracidad de mis palabras.

—Has hecho... ¿pellas?

«Pellas». Madre mía, no creo que nadie use ya esa palabra del Cretácico, pero no me parece que sea el momento de andarme con remilgos lingüísticos, así que me limito a asentir:

—Pero solo he faltado a dos horas, mamá, y la última era la de Educación Física —me justifico—. Es que me moría de sueño —añado bostezando para darle más credibilidad a la historia.

Mi madre suspira.

—Sí, la verdad es que tienes mala cara. Tienes ojeras...

Me relajo un poco. Ha colado. Visto que no hay nada por lo que regañarme, mi madre también parece relajarse un poco. Se apoya en el marco de la puerta.

—Bueno, ¿y qué tal te ha salido el examen?

—Creo que muy bien... Valió la pena no dormir.

Sonreímos las dos a la vez, y noto cómo se disipa la tensión.

—Está bien. Acuéstate y... —Mi madre se interrumpe y se queda mirando fijamente mis manos—. Carla, ¿por qué llevas puestos los guantes de fregar?

—Ah, ¿esto? —Levanto las manos y miro los guantes rosa chicle, intentando ganar tiempo.

Mi madre vuelve a entrecerrar sus ojos azules.

—Pues iba a fregar los cacharros que había en el fregadero.

Mi madre abre mucho los ojos, sorprendida.

—Pero... ¿para qué, cariño? Para eso está el lavavajillas.

Me encojo de hombros, sin saber muy bien qué decir.

Mi madre niega con la cabeza y chasquea la lengua.

—Anda, anda, acuéstate..., que estás que no riges de sueño.

Asiento sin convicción y me dejo llevar hasta la cama. Mi madre me tumba y me pone por encima una mantita. Me acaricia el pelo con las manos y cierro los ojos, disfrutando de la sensación. Me encanta que lo haga, aunque ya no pueda decírselo... Finalmente, me da un beso en la frente.

—Te bajo un poco la persiana —dice.

Cierro los ojos y oigo el ruido de la persiana. Cuando los abro, mi madre ya no está en el cuarto. Allí, en la penumbra, me muerdo el labio. Mi cabeza no deja de pensar en las inscripciones que acabo de leer en el espejo.

Veritati serviunt.

Necessitate est clavem.

Omne trinum perfectum.

¿Qué quiere decir eso? Parece latín...

Frunzo el ceño. Yo nunca he dado latín en el instituto.

¡Un momento! Me incorporo de golpe en la cama. Mi madre es de letras, seguro que dio latín en el instituto o en la carrera, y... ¡qué leches! ¡Además, es traductora! Seguro que ella sabe...

De repente, me viene a la cabeza la forma en que mi madre ha mirado los guantes rosas de fregar hace unos minutos. Soy consciente de que acabo de hacer equilibrios en la cuerda floja de la credibilidad materna y que no me he caído de milagro. Niego con la cabeza. No, es mejor no preguntarle a mi madre. Podría parecerle raro y... Bastante bien he salido del paso después de que me haya encontrado en casa en horas de instituto.

«Haciendo *pellas*», pienso, sonriendo para mis adentros.

Una nueva idea acude a mi cabeza.

«Google».

Me levanto y, con la mantita aún enrollada al cuerpo, enciendo el ordenador. La pantalla parpadea perezosamente mientras se inicia Windows. Tamborileo con los dedos en la mesa, impaciente.

«Traductor latín», escribo.

Espero mientras se procesa la búsqueda. No tengo muchas esperanzas. Recuerdo haber oído o leído que el latín es una lengua muerta y, aunque no estoy muy puesta en la materia, me imagino que eso quiere decir que no la habla nadie. O que la hablan cuatro gatos. Cuatro gatos muy viejos.

«Google Traslator»

Lógico. La primera opción que me da el buscador es su propio traductor. Leo por encima la descripción: «El servicio gratuito de traducción *on line* de Google traduce páginas web y textos en inglés, irlandés, islandés, italiano, japonés, kannada, lao, latín...».

¡Latín! ¡Está el latín! Claro, que igual no es tan sorprendente. Si traduce cosas de un idioma llamado «kannada»... ¿Dónde hablarán eso?

Sacudo la cabeza. No es momento de dispersarse. Pulso en el *link* de la página con una mano, con la otra, cruzo los dedos...

Veritati serviunt, escribo.

«Sirvo a la verdad», es la traducción que me ofrece el ordenador. La apunto en un papel, nerviosa.

Necessitate est clavem.

«La necesidad es la clave».

Arrugo el ceño, no muy convencida de que concuerde bien con la primera frase, pero lo apunto también.

Omne trinum perfectum.

«Todo tres es perfecto», es la aún más enigmática respuesta que aparece en pantalla.

Ladeo la cabeza y observo las tres frases enfurruñada. No parecen tener relación entre sí. Tampoco por separado ofrecen mucha más información. Odio reconocerlo, pero... Cuanto más investigo, menos entiendo.

Quince

—... Quedándonos entonces dos ecuaciones: «x» más «y» igual a sesenta, y dieciséis «x» más veinte «y», igual a mil cien.

Mordisqueo mi boli, sin prestar mucha atención a lo que don Anselmo, el profesor de Matemáticas, está explicando.

Veritati serviunt, neccesitate est clavem, omne trinum perfectum. Las tres frases que he encontrado grabadas en el espejo se repiten sin cesar en mi cabeza...

—Recordad que, ahora que el problema ya está planteado, solo resta encontrar un par de números, «x» e «y», que satisfagan a la vez ambas ecuaciones. Para ello...

Y han resultado ser tres frases en latín. «Sirvo a la verdad, la necesidad es clave, todo tres es perfecto» Tres frases, a cada cual más desconcertante... ¿Qué querrán decir?

—Si despejamos la «x» en la primera ecuación, nos queda que «x» es igual a sesenta menos «y», ¿estáis de acuerdo?

Entorno los ojos y pienso en las delicadas filigranas que componían las letras talladas en la madera. Las frases se habían grabado durante la construcción del espejo. No después. Y estaban en latín. Eso quiere decir, sin duda, que el espejo es muy, muy antiguo. Vuelvo a mordisquear la parte de atrás del boli, que cruje y se parte, mi boca se llena de astillas de plástico.

—Puaj —musito mientras las escupo con disimulo.

—Sustituyamos ahora la «x» por sesenta menos «y» en la segunda ecuación y... *ivoilà!*, ahora solo tenemos una incógnita, ¿veis que fácil?

¿Cuántos años tendrá mi misterioso espejo? Ayer por la tarde había vuelto a examinarlo en busca de alguna pista. Sé que no es raro que, en las obras de arte, el autor grave la fecha de finalización. En

ocasiones, incluso se firman, como los cuadros. Pero no había habido suerte. Aunque el espejo era, sin duda alguna, una obra de arte, una antigüedad que debía ser muy valiosa, no había encontrado ni fechas ni firmas.

—... Lo que nos conduce directos a la solución del problema: «y» es igual a treinta y cinco, y dado que «x» es igual a sesenta menos «y», podemos deducir que...

Me sorprendo dibujando un estilizado signo de interrogación en el margen de mi cuaderno. Esa es otra cuestión interesante. ¿Por qué alguien abandonaría un espejo que debe valer mucho dinero? Repaso de forma mecánica el signo de interrogación con el boli. Si sus dueños no lo querían, podían haberlo vendido, ¿no?

La idea llega a mi mente como un relámpago, y me enderezo en mi silla, el aire se detiene en mi garganta ¡Claro! ¿Cómo he sido tan estúpida? ¡Ya sé por qué camino seguir con mis indagaciones sobre el misterioso espejo! Me contengo para no dar palmas de alegría. Está claro, clarísimo: tengo que localizar a sus propietarios que son, con toda seguridad, los antiguos habitantes de mi casa. ¿Por qué no se llevaron el espejo a su nueva vivienda? ¿Por qué lo dejaron allí? Frunzo el ceño... ¡Apuesto a que su abandono tiene que ver con sus extrañas y esotéricas propiedades!

«Susana Garragosa...».

Ese es el nombre que aparecía en el catálogo del Círculo de Lectores que yo había encontrado la semana pasada en el buzón... Como si estuviesen unidas a ese nombre por un invisible cordón de recuerdos, las palabras de mi madre se perfilan en mi cabeza, tan nítidas como si las estuviese escuchando en este preciso momento:

—Dámelo —había dicho cogiendo la fina revista—, lo llevaré a la inmobiliaria mañana. Me dijeron que todo lo que llegase a nombre de los anteriores propietarios lo llevase allí. Ellos tienen la nueva dirección y se ocuparán de reenviárselo.

Desde luego, de lo que ha explicado don Anselmo no me he enterado mucho, pero he conseguido resolver con sobresaliente el problema de cómo continuar mis pesquisas... ¡Ni Sherlock Holmes lo hubiera hecho mejor!

Sonrío complacida y comienzo a pintar en el margen de mi cuaderno

una mano con el dedo gordo hacia arriba, en señal de triunfo.

—Buen trabajo, Carla —murmuro satisfecha conmigo misma.

Un extraño silencio en clase me hace levantar la cabeza. Todo el mundo me mira. Los ojos claros de don Anselmo también están clavados en mí. Siento que se me encoge el estómago y un hormigueo de miedo recorre mi cuello. Imagino por un momento que eso mismo debe sentir el conejo que se sabe observado por un lobo...

—¿Qué murmura en voz alta, señorita Vinci? —pregunta Anselmo—. ¿Y por qué estaba sonriendo tanto? —añade, ladeando la cabeza.

Guardo silencio, sin saber qué decir. En estos momentos, vendería el alma por unos segundos de invisibilidad.

—Mmmm... —Don Anselmo se rasca la cabeza, calva como una bola de billar y entorna los ojos, fingiendo estar pensativo—. ¡Debe ser que le entusiasman los sistemas de ecuaciones que estamos resolviendo! —concluye esbozando una sonrisa irónica.

La clase entera se ríe, celebrando el chiste.

Yo trago saliva.

—En ese caso, no le importará salir a la pizarra y compartir con nosotros su... *éxtasis* matemático. —Don Anselmo enfatiza la palabra *éxtasis*, lo que provoca que vuelvan a oírse risitas.

Suspiro lúgubrementemente, mientras me levanto de mi silla.

—Preste atención, señorita Vinci —continúa hablando mi profesor—. Antonio le dice a Pedro: «El dinero que tengo es el doble del que tienes tú», y Pedro le contesta: «Si tú me das seis euros, tendremos los dos la misma cantidad y...».

La cantinela de don Anselmo me acompaña mientras camino, resignada, hacia la pizarra.

Dieciséis

—Inmobiliaria Hábitat, ¿dígame...?

—Buenos días...

—Buenos días, ¿en qué puedo ayudarle?

—Verá, me llamo Carla Vinci —empiezo con cierta timidez—. Mi madre, Elisa, compró hace un mes el *chalet* de avenida Laietana...

—¡Ah, sí! ¡Me acuerdo! —intuyo una sonrisa al otro lado de la línea—. Yo soy Eva, la comercial que os atendió en vuestra última visita a la casa.

—Hola, Eva, yo también me acuerdo de ti —contesto, y me viene a la cabeza la vaga imagen de una chica arreglándose continuamente sus bonitos rizos cobrizos.

—¿Qué tal va todo? ¿Al final te instalaste en la buhardilla? ¡Estarás harta de subir y bajar escaleras!

—No —sonrío—, estoy encantada, de verdad. Mi cuarto es precioso.

—Bueno, me alegro entonces de no haberte convencido... ¿Y por qué llamabas, Carla? —Detecto un ligero matiz de ansiedad en su voz—. No habrá surgido ningún problema, ¿no?

—No, no... —me apresuro a aclarar.

—Ahhh. —Aunque bajito, oigo el suspiro de alivio de la comercial.

—Verás —prosigo, sabiendo que me acerco a la parte escabrosa—, te llamo porque ayer nos encontramos una carta en el buzón dirigida a una tal Susana Garragosa, que creo que es la anterior propietaria de la casa, y...

—¡Ah, sí! Traédmela, cuando podáis —me interrumpe, y oigo como sus dedos aporream un teclado. Me la imagino frente a su ordenador, con el teléfono entre el hombro y el mentón, escribiendo a toda velocidad al mismo tiempo que habla conmigo—. Nosotros tenemos la dirección de los antiguos propietarios y nos comprometemos a

reenviarles durante un año todo el correo que les llegue a su nuevo domicilio.

Frunzo el ceño. El primer escollo. Por suerte, ya lo había previsto.

—Lo sé, Eva, lo que pasa es que la carta es del Ministerio de Hacienda y lleva una especie de sello azulón que pone «urgente», en letras mayúsculas. —Esos sellos existen, lo sé porque mi propia madre, que es autónoma, recibió una carta similar, al menos por fuera, hace unos años, y la cosa acabó con una sanción por no haber declarado no sé qué ingresos a tiempo...

—Ah, vaya... —Intuyo que, al otro lado de la línea, Eva está haciendo un mohín de disgusto—. Pues sí que es una contrariedad, porque nosotros pasamos por Correos cada quince días, y hasta finales de la semana que viene no tenía pensado...

—Por eso me ha dicho mi madre que os llame, Eva —miento descaradamente—. Resulta que yo voy a ir esta misma tarde a Correos a enviar una carta para mi padre... —Hago una pequeña y estudiada pausa—. Como mis padres se han divorciado y eso... Bueno, el caso es que yo echo mucho de menos a mi padre, que ahora está en el extranjero y... —Suspiro, y hago una nueva pausa, como si se me estuviese quebrando la voz. La verdad es que me siento fatal por usar el tema del divorcio y mis sentimientos hacia mi padre para manipular a esta buena mujer, pero... Quien algo quiere, algo le cuesta, como suele decir mi hermana Julia siempre que se depila con cera.

A pesar de mis remordimientos, el teatrillo está surtiendo efecto, porque Eva deja escapar un «Ohhh» que pretende transmitir calidez y comprensión.

Yo hago unos ruiditos con la nariz, fingiendo que estoy a punto de echarme a llorar, pero que intento reponerme... Estoy tan metida en el papel que me falta poco para no creérmelo. Si fuera actriz, esta interpretación me valdría un Oscar, por lo menos.

—Ay, pobre... —murmura Eva enternecida, mientras yo sonrío para mis adentros. Eva debe ser aficionada a los melodramas, porque la trola está funcionando.

—Bueno, no te quiero aburrir con mis problemas —prosigo, suspirando—, pero el caso es que esta misma tarde yo voy a ir a

Correos a echar una carta para mi padre, y me ha dicho mi madre que os llame porque, si me dices la dirección actual de..., a ver... —Finjo buscar el nombre en la carta imaginaria que sostengo entre las manos —. Susana Garragosa, pues puedo aprovechar y enviársela a la vez.

Silencio. Eva debe estar meditando mi propuesta.

Decido darle un empujoncito:

—Al ser una carta de Hacienda... Puede ser algo importante. Y mi madre dice que no querría que esta mujer, la señora... Garragosa tuviera problemas con el fisco por no haber recibido alguna notificación a tiempo.

Cruzo los dedos de la mano derecha y contengo la respiración.

Eva suspira, probablemente poniendo en una balanza su compromiso de confidencialidad y lo poco que le apetece darse un paseo extra a Correos...

—¿Y tú se la enviarías esta misma tarde?

Presiento la victoria.

—Sí, como en media hora.

Un nuevo suspiro de Eva:

—Vale, apunta.

«Premio», pienso, mientras quito el capuchón al boli que tengo en la mano, preparado desde hace rato...

Diecisiete

La orientación nunca ha sido mi mejor virtud, así que no es de extrañar que tarde más de la cuenta en localizar el dichoso laboratorio B. Mi corazón se encoge cuando, al abrir la puerta, compruebo que debo de ser la última en llegar...

—En la práctica de hoy, vamos a diseccionar un corazón de cerdo — está diciendo Leticia. Por el tono áspero de su voz y la tensión de su cuello, deduzco que mi profesora no está del mejor humor del mundo —. Nuestro objetivo es ver las aurículas, los ventrículos, las válvulas mitral y tricúspide, y las entradas y salidas de los distintos vasos sanguíneos que rodean...

Entro con sigilo y me dirijo en silencio hacia la última mesa, la única que queda libre. Me siento. Al verme, doña Leticia aprieta los labios e interrumpe su explicación:

—Por favor, os rogaría que fueseis puntuales en las prácticas —dice secamente. Todas las cabezas se vuelven hacia mí y yo rezo en silencio para que me trague la tierra—. Somos muchos y vamos justos de tiempo; interrumpir es una falta de respeto.

Miro a mi alrededor, roja como un tomate. Es verdad que somos muchos; Leticia ha juntado a los dos cursos de 3.º de la ESO para hacer la práctica.

—Lo siento —murmuro bajando la vista.

Casi al mismo tiempo, la puerta vuelve a abrirse. Respiro aliviada al comprobar que el recién llegado, un chico alto de pelo oscuro, acapara ahora todas las miradas, y también la ira de mi profesora; sin embargo, el alivio se convierte en pánico cuando caigo en la cuenta de que solo queda un sitio libre: junto a mí. Le observo mientras camina hacia mi mesa; me llama la atención su postura relajada, la confianza en sí mismo que irradia al andar.

La expresión de Leticia se endurece mientras el chico se instala a mi lado.

—A partir de ahora, los que lleguen tarde, suspenderán directamente la práctica —sentencia con brusquedad antes de retomar su explicación—. Bueno, como ya os he dicho, hoy vamos a diseccionar un corazón. Para ello contáis con un bisturí, unas tijeras, y una varilla de vidrio. Lo primero de todo, quiero que coloquéis el corazón en la bandeja de disección y dediquéis cinco minutos a examinar el esquema del corazón que tenéis en la primera página...

Mientras Leticia habla, me doy cuenta de que el grupito de Elena y sus amigas me mira y cuchichea en voz baja. Frunzo el ceño. Desde que vi los pensamientos de Elena en mi excursión en el espejo, me cae mal. ¿Me miran a mí? ¿O tal vez a mi silencioso e improvisado compañero de mesa?

Mi compañero elige ese momento para dejar de ser silencioso:

—Hola, me llamo Hugo —dice con naturalidad, repanchigándose en su silla.

Trago saliva.

—Yo Carla —contesto.

Oigo cómo el boli de Hugo se desliza por su cuaderno mientras toma apuntes, y me atrevo a mirarle de reojo. Sus rasgos son algo aniñados, lo cual es engañoso, ya que no hay nada de infantil en sus ojos negros, muy negros, a juego con su pelo.

El sonido de unos pasos me hace levantar la vista. Elena se acerca, contoneándose ligeramente al andar. Cuando llega, se apoya sobre nuestra mesa con los brazos cruzados; en esa postura, sus pechos parecen dos globos a punto de explotar. Incluso yo, que soy una chica, aparto la vista, incómoda...

—¿Tenéis un boli de sobra? —pregunta batiendo las pestañas. Nos pregunta a los dos, aunque es evidente que su atención está centrada en él. Observo su pestañeo con curiosidad casi científica; seguro que ella piensa que eso resulta *sexy*, aunque a mí me parece que se le ha descolocado una lentilla...

Sin embargo, el pestañeo debe de tener el efecto deseado, porque Hugo se ruboriza. Casi puedo oír como traga saliva. El chico abre su estuche, carraspea, cierra el estuche, lo vuelve a abrir, saca un

bolígrafo, carraspea de nuevo.

—Aquí tienes —responde, se lo tiende, y se esfuerza por mirarla solo a los ojos. Es un boli normal, de esos transparentes con capuchón de plástico azul, pero me llama la atención porque está en perfecto estado, sin mordisquear y con la tapita del final intacta. Siempre me ha parecido que los bolis dicen más de lo que parece sobre la personalidad de sus dueños... Lo que no revela nada bueno de mí, tal vez. Todos mis bolis están mordisqueados y más cortos de lo normal, porque me los voy comiendo, literalmente. Ya sé que es asqueroso, pero no lo puedo evitar... Me pregunto qué cara hubiese puesto Elena si yo me hubiese adelantado a Hugo, ofreciéndole uno de mis bolis carcomidos y rechupeteados. La idea me hace gracia y eso, unido a los nervios de tener a Hugo sentado al lado, y a Elena mirándolo como si quisiese desayunárselo delante de mí, hace que me entre la risa tonta. Una risa que rápidamente transformo en tos gracias a años de práctica. Acto seguido, me pongo a pensar en el hambre en el mundo, en conejitos atropellados en la carretera, y en todo lo triste que se me ocurre, hasta que creo haber recuperado una expresión serena e inescrutable.

Elena me lanza una mirada gélida, coge el boli que Hugo le ofrece, le echa el aliento a la punta poniendo morritos, y comprueba que funciona en la palma de su mano.

—Cuando acabe la práctica te lo devuelvo —le asegura con una sonrisa seductora.

Anoto en mi cabeza el probar delante del espejo el «batir de pestañas» y la «sonrisa seductora». No para usarlo, sino por... curiosidad científica, digamos; al fin y al cabo mi padre es investigador, algo debo haber sacado de él.

—No hace falta —se apresura a decir Hugo—. De verdad que no, puedes quedártelo.

El episodio me hace fijarme más en Hugo. Lo cierto es que, ahora que lo pienso bien, es mono... Lleva el pelo un poco demasiado largo para mi gusto, sus labios son tal vez demasiado finos —aunque bien definidos—, y su mandíbula inferior sale un poco hacia fuera, como si dijese: «Eh, ¿y tú qué miras?», pero en general, resulta guapo. Lo mejor que tiene son los ojos, de un color tan oscuro que casi impide

distinguir las pupilas. Entorno los párpados, pensativa. En realidad, Hugo es uno de esos chicos que, estando bastante bien, no me hubiera llamado la atención de primeras. No sé si me explico... Uno de estos chicos que no te das cuenta de lo bien que está hasta que te enteras de que le gusta a otra chica. Elena Pechugona, en este caso. Y a partir de ahí, como que le miras con otros ojos...

Leticia sigue a lo suyo:

—Bueno, chicos, poneos los guantes de silicona y limpiad el corazón de las porciones de grasa que lleve adheridas. —Hugo y yo obedecemos, él con decisión y yo con cierto titubeo—. Ahora, coged el bisturí y realizad una incisión en cada uno de los ventrículos.

Hugo se estira para coger el bisturí y, de pronto, lo tengo tan cerca que prácticamente puedo oler su colonia. Al parecer, yo no le impongo tanto como Elena, porque me dirige una sonrisa relajada, y pregunta:

—¿Empiezo yo?

—Sí, sí, por favor —respondo aliviada. Aquel corazón sanguinolento me da repelús. Me estremezco solo de pensar en tocarlo.

—Ahora introducid con cuidado la varilla por la abertura. Empujad un poquito. Notareis una membrana que os interrumpe el paso—. Hugo sigue con soltura las instrucciones de Leticia y yo noto como, sin razón aparente, una fina capa de sudor comienza a perlar mi frente y mi respiración se acelera—. Se trata de una válvula. ¿Alguien podría decirme el nombre?

Cuando la voz de Leticia comienza a llegarme desde un lugar lejano, me doy cuenta de que estoy empezando a marearme.

«Maravilloso», pienso.

—¿Quieres seguir tú? —me pregunta Hugo hurgando con la varilla en el corazón.

Trago saliva, mi estómago da un vuelco poco prometedor.

—Me tengo que ir —digo bajito, más para mí misma que para él.

—Pero si acabamos de empezar —replica Hugo levantando la vista.

Respiro hondo, lo cual es casi peor, ya que el aire está impregnado de olor a sangre vieja, y este olor, pegajoso y ligeramente metálico, penetra en mis fosas nasales, haciendo que mi estómago se contraiga de nuevo.

Miro a Hugo. Por alguna razón, no me apetece decirle que me encuentro fatal, a punto de vomitar hasta la primera papilla... Estoy segura de que eso no resulta nada *sexy*.

—Es que me ha surgido... un imprevisto —me excuso con toda la educación que puedo, y comienzo a meter mis cosas en la mochila.

Hugo me mira, esperando sin duda que sea un poco más explícita. Como sigo recogiendo sin decir nada, vuelve a preguntar:

—¿Qué imprevisto?

La pregunta es lógica. Intento inventarme algo creíble, pero bastante tengo con respirar hondo y contener las náuseas.

—Ejem... No estoy segura.

La incongruencia de mi respuesta reverbera en el aire, acrecentando mi sensación de malestar. Intento no respirar durante el tiempo que me queda cerca de ese hediondo corazón de cerdo.

Hugo enarca una ceja.

—¿Cómo dices? —pregunta. Hace un gesto de apartarse el pelo de los ojos, pero de repente parece recordar que sus guantes de silicona están manchados de sangre y se sopla el flequillo, que queda todo revuelto sobre la frente.

La visión de la sangre en sus manos es la gota que colma el vaso.

—Pues por eso es un imprevisto. Si no, sería un «previsto», ¿no crees? —gruño, mientras noto la primera arcada.

Hugo me mira con cautela, como si tratase con una loca peligrosa, pero yo ya he salido pitando, mochila en mano. Las suelas de goma de mis deportivas chirrían sobre el suelo, mientras rezo porque me dé tiempo a llegar al baño antes de vomitar.

Dieciocho

«ASEOS».

¡Por fin! Entro en tromba y me detengo en seco; no se oye ningún ruido.

«No hay nadie», pienso aliviada, mientras me introduzco en uno de los baños y cierro la puerta. Después de varias arcadas infructuosas, porque apenas he desayunado, me siento en la taza y cierro los ojos.

Tras unos minutos, me voy encontrando mejor. Salgo del lavabo y me echo agua en la cara. Me miro al espejo, y estoy a punto de soltar un grito al ver a la chica alta y desgredada que me observa al otro lado. Suspiro. Tengo el pelo todo revuelto, y la cara tan pálida y ojerosa que parezco la novia cadáver de Tim Burton...

Estoy intentando peinarme un poco con los dedos cuando oigo unos pasos que se aproximan. Pasos y voces.

«¿Voces de... chico?».

Cada vez se oyen más cerca; se dirigen hacia mí. Sin cerrar siquiera el grifo, me introduzco en uno de los baños, el más alejado de la puerta. Consigo echar el pestillo justo en el momento en que un ruidoso grupo entra.

Lo siguiente que oigo es un largo y sonoro eructo, claramente masculino, seguido de risas, golpes y carcajadas.

«Sí, son chicos. Mierda, ¿¿me he metido en el baño de chicos??».

Me siento sobre la tapa del váter, intentando no hacer ruido y subo los pies, para que no se vean por debajo de la puerta. Me esfuerzo por tranquilizarme: solo tengo que quedarme quietecita, a la espera de que se vayan. Hay cinco baños más, además del que yo ocupo. Nadie se va a enterar de que yo estoy allí...

Ajenos a mis cuitas, los chicos charlan a voces entre ellos y se ríen. Uno de ellos abre la puerta del baño de mi izquierda y se pone a mear.

Oigo el chorro cayendo sobre el agua del inodoro y me encojo. Incómoda, escucho cómo se sube la bragueta y, lo que es peor, no escucho el sonido de la cadena. Finalmente, el chico abre la puerta y se reúne con sus amigos que, a juzgar por los ruidos que hacen, se han enfrascado en una especie de guerra de agua. Oigo las salpicaduras, los gritos, y los deliciosos apelativos con que se increpan entre sí:

—¡Capullo!

—¡Que te den!

—¡Que te den a ti, comemierda!

Me siento fatal allí oculta. ¿Qué pasará si me descubren? ¡Quedaré como una perturbada! Oculto la cara entre las manos. Tenía que haber salido del baño al principio, aunque me hubiese cruzado con ellos en la puerta.

«Nadie va a darse cuenta de que estoy aquí escondida, nadie va a darse cuenta de que estoy aquí escondida», me repito mentalmente, varias veces, para tranquilizarme.

Suspiro con alivio cuando por fin se van. Espero unos segundos con el oído alerta, antes de salir corriendo del cubículo en el que me encuentro, y dirigirme a la puerta de los aseos. ¡No se abre! Forcejeo con el picaporte. ¿Por qué no se abre? La idea de haberme quedado encerrada en el baño de chicos me pone histérica. Empujo con todas mis fuerzas...

Cuando la puerta se abre al fin, lo hace tan de repente que salgo disparada y me precipito directamente a los brazos de alguien. Estoy convencida de que vamos a ir de bruces al suelo, pero el chico —sí, creo que es un chico—, aguanta el impulso como puede. Sin soltarme, da un paso atrás.

—¡Ay! —grito.

—Uff —masculla él sorprendido.

Unos brazos fuertes me sostienen y me ayudan luego a recobrar el equilibrio. Levanto la cabeza, confusa. ¡Hugo, mi compañero de prácticas! Noto cómo se me sube la sangre a la cabeza. Él me apoya con delicadeza en la pared y luego me mira de arriba abajo. Bueno, sería mejor decir que lo intenta; soy demasiado alta para eso, y noto que eso le choca...

«Claro. Es monísimo. Seguro que las chicas con las que sale son menudas y delicadas, no caballos percherones como yo».

El corazón me late tan fuerte que miro a Hugo de reajo por si también él lo está oyendo. Él también me está observando, aunque no a hurtadillas como yo, sino bien de frente, sin disimular la curiosidad. Eso hace que me ponga aún más nerviosa. Sus ojos son tan negros como el azabache y brillan como si fuesen líquidos.

—Venía a ver si te encontrabas bien —dice con suavidad y sin soltarme—. Te has puesto un poco blanca ahí dentro, ¿sabes?, pensé que tal vez estabas vomitando...

—Me encuentro perfectamente —digo, desembarazándome de su abrazo—, no he vomitado.

—Entonces, ¿cuál era tu imprevisto? —Su boca se mueve, formando una sonrisa tan leve que apenas está ahí. Es difícil decir si es burlona o amistosa—. ¿Te ha entrado un apretón?

Abro mucho los ojos.

—¿Qué?

Por increíble que parezca, mientras este humillante diálogo tiene lugar, una parte de mi cerebro sigue registrando la anatomía de Hugo. Hombros anchos, cintura estrecha, pelo encrespado...

—Al menos podías haberte metido al baño de chicas —dice él riendo entre dientes.

Frunzo el ceño.

—Me he confundido. ¿Por qué te hace tanta gracia? —le increpo.

Hugo me observa con interés. Tiene un modo de mirarme que me incomoda un poquito; como si nada se le escapara.

—¿Por qué eres tan antipática? —pregunta—. Que yo sepa, no te he hecho nada...

Esto es demasiado.

—Tengo que irme. Adiós —digo con toda la dignidad que puedo, y me giro para enfilear el pasillo.

—Estás como una cabra, ¿no? —dice él a mis espaldas.

Antes de que pueda responderle, escucho la voz de Leticia:

—¿O sea que primero llegáis tarde, luego salís en estampida a mitad de la práctica sin decir palabra, y ahora estáis aquí, de «jiji, jaja»? —Leticia nos clava una mirada asesina que, claramente, quiere decir:

«Os vais a enterar», y Hugo y yo nos quedamos paralizados, como dos conejillos deslumbrados por la luz de un coche en la carretera.

—Muy bonito, sí, muy bonito... —Leticia nos observa con sus dos bronceadísimos brazos en jarras. Sus ojos relampaguean, y puedo percibir su furia en el aire, creciendo con cada segundo que pasa. Antes he pensado que mi profesora no estaba de buen humor, pero ahora veo que me he quedado corta con la apreciación... ¡Parece estar de un humor de perros!—. Faltáis al respeto a vuestros compañeros, me faltáis al respeto a mí, faltáis al respeto a mi asignatura... —nos sermonea.

Hugo y yo estamos tan pasmados que no acertamos a replicarle.

—¡Al despacho de la jefa de estudios ahora mismo! —finaliza ella apuntándonos con un dedo acusador.

Diecinueve

La jefa de estudios nos recibe en su despacho con una sonrisa fría. Se llama Leonor y es también la profesora de Inglés. Tiene los ojos de un gris metálico y lleva una coleta prieta de la que no escapa ni un pelo. Me viene a la cabeza mi reflejo en el espejo del baño de chicos, hace apenas unos minutos: desgredada, con toda la pinta de acabar de levantarme. Intento imaginarme el aspecto que tendrá Leonor recién levantada, pero me es totalmente imposible. Me da la impresión de que esos ojos fríos y afilados no deben cerrarse nunca, ni siquiera para dormir.

—Bueno, bueno... —dice Leonor, juntando las manos como si rezase—. Leticia está muy disgustada. Habéis llegado tarde, habéis interrumpido su práctica y dice que os habéis reído de ella. Cree que deberíais reconsiderar vuestro comportamiento...

Suspiro. Se me pasa por la cabeza que Leticia también debería reconsiderar ciertas cosas, como por ejemplo la cantidad de rayos UVA que toma, pero aprieto los labios y no digo nada.

—... Y debo decir —continúa Leonor—, que no puedo estar más de acuerdo con ella. No pienso tolerar que se falte al respeto a ningún profesor de este instituto. —Nos mira directamente a los ojos al decir esta última frase, y su mirada es tan gélida que casi me extraña que no se nos congele la cara.

Me miro los zapatos y me hundo en la silla. No se me ocurre qué responder; mi mente se ha quedado en blanco. Por suerte, Hugo asume el control de la situación. Unos tentadores hoyuelos que hasta ahora no había visto, hacen su aparición a ambos lados de su boca:

—Disculpe, doña Leonor, creo que ha habido un malentendido —dice—. Carla se ha mareado al ver la sangre y ha salido corriendo de clase para ir al baño. Al ver lo pálida que estaba, yo he temido que se

desmayase por el camino y he ido detrás.

Se hace un breve silencio.

—¿Es eso cierto, Carla? —La voz de Leonor me sobresalta. Sus ojos grises, fríos como el hielo, me recorren durante una fracción de segundo, pero eso basta para que lea la amenaza que hay en ellos.

Asiento con energía. Lo último que necesito es una llamada de la jefa de estudios a mi madre por mal comportamiento...

—Sí, señorita. —Me esfuerzo por mostrarme seria y compungida.

—En ningún momento hemos querido interrumpir la práctica ni, por supuesto, molestar a doña Leticia —continúa Hugo—. Sentimos mucho haberla disgustado.

Yo vuelvo a asentir, corroborando las palabras de mi compañero. Hugo tiene buena labia y una sonrisa estupenda, y a mí se me da bien leer a los adultos: poco a poco la está engatusando...

Leonor ofrece una última resistencia.

—Leticia me ha dicho que os estabais riendo cuando ella ha llegado —dice.

—Es cierto —Hugo se inclina hacia delante y baja la voz, como si le hiciese una confidencia—. Resulta que Carla es nueva en el instituto y no debe conocerse muy bien la tercera planta, porque se ha metido al baño de chicos.

La expresión de doña Leonor se ha suavizado. Suspiro aliviada al comprender que nos hemos librado de una buena.

—¿Sigues encontrándote mal, Carla? —me pregunta.

—No, señorita.

—Si alguna vez vuelves a encontrarte mal en clase, debes decírselo a la profesora, no salir corriendo.

Asiento con la cabeza.

—Sí, señorita.

—Bien, entonces hablaré con Leticia y le explicaré el... malentendido.

—Suspira como si se armase de paciencia—. Vosotros reincorporaos a las siguientes clases y no hagáis que tengamos que repetir esta reunión, ¿de acuerdo?

Una vez en el pasillo, creo que oigo a Hugo bufar, pero es un sonido muy suave, así que no puedo estar segura. Se apoya despacio contra la pared y tuerce un poco la boca, como si fuese a sonreír pero se

hubiese arrepentido antes de completar el movimiento.

—«Sí, señorita», «no señorita» —me imita con sorna mientras hunde las manos en los bolsillos.

Lo miro boquiabierta.

—¿Te estás burlando de mí?

Él entorna aquellos ojos negríssimos y frunce el ceño:

—Solo digo que si llega a depender de tu *locuacidad*, salimos de aquí castigados...

Me apoyo en la pared, a su lado, y respiro hondo. Mal que me pese, tiene razón. Toda la razón del mundo.

—Sí, no he estado muy lúcida que digamos... —reconozco en un arrebató de sinceridad poco frecuente en mí.

Se hace un breve silencio y giro la cabeza para mirarlo. Solo entonces me doy cuenta de que él también se está girando. En menos de lo que se tarda en parpadear, nuestras caras están a tan sólo unos centímetros de distancia, y sus ojos negros me atrapan como un imán. Trago saliva intentando ignorar la danza nerviosa de mi estómago.

Nos miramos con fijeza durante unos segundos. Me esfuerzo por adoptar una expresión serena e imperturbable, pero creo que no lo consigo... Aunque le estoy mirando a los ojos, soy extrañamente consciente del movimiento de expansión y contracción de su pecho cada vez que respira; de la tensión de sus brazos, que desmienten el estudiado abandono de su postura; de la media sonrisa que merodea por su boca, sin llegar a asomar. Me descubro pensando que, si bien ninguno de sus rasgos es excepcional en sí, el conjunto resulta muy atractivo...

En ese momento, los músculos de sus mandíbulas se mueven bajo la piel, como si fuese a decir algo y, casi al mismo tiempo, siento el repentino impulso de ponerle una mano en la boca, para que no hable, y otra en el pecho, para ver si su corazón está latiendo tan deprisa como el mío...

«Ay, Dios mío. Estoy loquísima».

Me aparto de él tan deprisa que me hago un lío con los pies y estoy a punto de caer. Él hace amago de sujetarme, pero me aparto. Buscando el apoyo de la pared, recupero el equilibrio.

Hugo me mira. De nuevo, parece sorprendido.

—¿Estás bien? —pregunta. Da un paso hacia mí. No sé si son imaginaciones mías, pero da la impresión de que se me acerca con cuidado, como quien se aproxima a un animal salvaje.

Con manos temblorosas, cojo mi mochila, mientras rezo para que no haya notado el rubor de mis mejillas.

—Tengo que irme —me oigo decir, como si estuviera a kilómetros de distancia.

—¿Otro imprevisto? —pregunta él, y aunque ya no le estoy mirando, por como pronuncia las palabras, sé que esa media sonrisa burlona ronda de nuevo por su boca.

Veinte

—Cinco con cuarenta y cinco —dice el taxista.

—Gracias —murmuro, rebusco en mi monedero y le pago.

—El número dieciséis es el siguiente; te he parado aquí para no quedarme en doble fila, ¿vale?

—Sí, sí, vale, está bien... Adiós.

Mientras me despido del taxista, mis dedos estrujan el papel donde el miércoles apunté la dirección que me dio Eva, la de la inmobiliaria.

«Avenida de Bolarque, número dieciséis, Guadalajara».

El taxi arranca y, cuando desaparece al fondo de la calle, me siento sola y un poco ridícula. Me meto el papel hecho una bolita en el bolsillo de los vaqueros, miro a mi alrededor y suspiro... Estoy en una ciudad desconocida a sesenta kilómetros de mi casa. ¿Tiene algún sentido lo que estoy haciendo?

Espero que sí lo tenga, porque llegar hasta aquí no me ha resultado nada fácil: he tardado más de una hora en llegar en metro hasta avenida de América y, una vez allí, he tenido que esperar cuarenta y cinco minutos hasta coger un autobús que ha tardado casi otra hora en llegar a Guadalajara. A mi madre le he dicho que comía en el instituto para coger sitio en la biblioteca y, además, me he pirado las dos últimas horas de clase. Así y todo, he preferido pillar un taxi para llegar a la avenida de Bolarque; si quiero que en casa no se enteren de mi *excursión*, no me sobra el tiempo...

Conclusión: espero que el viaje me sea útil, porque entre el transporte público y el privado, me he fundido casi toda la paga del fin de semana. Y por si esto fuera poco, he vuelto a faltar a clase y a mentir a mi madre, dos cosas que últimamente se están convirtiendo en el pan nuestro de cada día.

Me acerco hasta la puerta y me pongo de puntillas para atisbar por

encima. La nueva residencia de Susana Garragosa es un *chalet* estupendo. Nada que ver con el adosado que nosotras ocupamos ahora en Madrid, con su raquítico jardín. Este tiene una parcela enorme y bien acondicionada, con césped y árboles: un auténtico vergel, vaya.

Ensayo una sonrisa que pretende ser natural, me aclaro la garganta y respiro hondo varias veces antes de llamar...

El delicado tono del timbre, como una campanilla, es seguido del sonido de unos pasos y, finalmente, la puerta se abre, dejando ver a una mujer morena de mediana edad. Lleva el pelo oscuro recogido en un peinado informal que le deja sueltos algunos rizos. Sus manos están sucias de tierra y sostiene un pequeño rastrillo en la mano derecha. De fondo se escucha la tele, bastante alta.

—Hola —saluda mientras se limpia un poco las manos en el pantalón.

—Buenos días —respondo yo sonriendo débilmente.

Aunque he preparado el diálogo con antelación, se me seca la boca de la vergüenza y los nervios.

—Me llamo... me llamo... Carla —comienzo.

—Hola, Carla —sonríe la mujer morena apartándose un mechón oscuro de la frente. Al hacerlo, se tizna un poco la sien y la mejilla de tierra, pero, o no se da cuenta, o le da igual, porque no se limpia—. Yo me llamo Susana. —Hace el gesto de darme la mano que tiene libre, pero de repente, cae en la cuenta de lo sucia que está y se echa a reír.

No sé por qué, pero ese gesto tan natural y desenfadado me tranquiliza un poco. También su risa, sencilla y cordial.

—Verá, no quiero entretenerla, Susana, pero mi madre compró hace un mes el *chalet* en el que antes vivía usted en... en Madrid...

—El de avenida Laietana —me ayuda ella.

—Exacto, y ahora nosotras, me refiero a mi madre, mi hermana y yo, pues vivimos allí, las tres juntas, claro, y... —Me sudan las manos. Esto no está saliendo como yo lo había ensayado. ¿Por qué me aturullo al hablar? ¿Por qué no puedo decir las cosas de forma ordenada?

Susana me mira con curiosidad y me hace un gesto para que entre.

—Anda, pasa, no te quedes en la puerta.

La sigo, aliviada. No me ha cerrado la puerta en las narices y, por ahora, tampoco me ha preguntado de donde he sacado su dirección, así que, de momento, vamos bien...

Susana me conduce hasta el salón, donde una puerta corredera, abierta de par en par, comunica la casa con el jardín. Tiene la tele encendida y girada para verla desde el patio, donde debía de estar trabajando antes de que yo llamase.

—¿Quieres algo de beber? —pregunta—. ¿Una Coca-Cola, tal vez?

—Pues... un vasito de agua estaría bien, gracias.

Susana va hacia la cocina y mientras, yo intento tranquilizarme. Miro hacia el jardín. Cinco maceteros con frondosas plantas de flores rojas colocados en línea parecen esperar pacientemente a su dueña...

En la tele están contando de nuevo la noticia que ya oí el otro día, y que debe ser el *boom* informativo del momento: dos niñas han desaparecido en la zona noroeste de Madrid y el sospechoso es un hombre de mediana edad que la policía se esfuerza por identificar y localizar. Las niñas tienen diez y once años y llevan ya una semana fuera de su casa. Ahora mismo están poniendo sus fotos. Siento pena por ellas. Son muy guapas y tienen un aspecto tan infantil e inocente...

—Qué horrible, ¿verdad? —dice Susana señalando la pantalla de la tele—. Esas pobres niñas... Hay mucho loco suelto.

Asiento. Me tiende un vaso de agua y yo bebo un traguito.

—Bueno, Carla, ¿y que querías exactamente? —pregunta mientras baja el volumen de la tele.

—Pues verá, es una cosa que tampoco tiene mucha importancia... A ver, cómo le explico, resulta que cuando llegamos a la casa, en la buhardilla había un espejo antiguo muy bonito y pensamos que os lo habríais dejado...

—¡Ah, sí! —Susana no parece darse cuenta de lo nerviosa que estoy. Tampoco parece sorprendida por lo que acabo de contarle—. El espejo.

Mi corazón acelera su ritmo. Sabe de qué espejo le hablo. Lo sabe, lo sabe, lo sabe...

—Sí, el espejo —repito con cautela.

—Pero ese espejo no es nuestro —dice ella mientras se limpia la

tierra de las manos con un trapo.

—Ah, ¿no? —Intento que la decepción no asome a mi voz.

—No. —Susana dobla el trapo y lo apoya en su regazo—. Apareció en la puerta de casa el día de antes de que nos fuésemos.

—¿Apareció solo?

Susana ríe.

—No, mujer. Supongo que lo traería alguna empresa de mensajería o de transportes, porque estaba muy bien embalado, apoyado junto a la puerta. Como no tenía remite ni dirección ni nada lo desembalamos para ver qué era. Lo cierto es que es un espejo enorme y muy bonito, ¿verdad?

—Pues... sí.

—Supusimos que era de los nuevos propietarios, que estaban ya enviando muebles y cosas para instalarse... Al fin y al cabo, era nuestro último día en esa casa. —Susana sonrío, mientras mira embelesada el jardín y abre los brazos—. Lo que no me da ninguna pena, porque ahora tengo lo que siempre soñé... Un jardín grande con buena luz donde poder tener un montón de plantas.

Aunque sigo dándole vueltas al asunto de la procedencia del espejo, su felicidad es tan contagiosa que yo también sonrío.

—Mira —dice ella señalando las macetas que habían llamado mi atención unos minutos antes—. Son geranios. No sabes la de flores que sacan; en abril y mayo se ponen preciosos.

—Me alegro de que esté tan contenta con su nueva casa.

Susana ríe de nuevo.

—Gracias.

—Pero entonces... ¿el espejo no es suyo? —Igual estoy siendo pesada, pero no quiero dejar cabos sueltos.

—No, no lo es. —Ladea la cabeza, y su tono cambia cuando pregunta—. ¿Tampoco es vuestro?

Niego con la cabeza.

—Qué raro... —murmura ella entornando los ojos.

Y tanto que es raro. Un espejo del tamaño de un armario ropero aparece de repente. No es de los antiguos propietarios ni de los nuevos. ¿De dónde ha salido? ¿Quién lo envía? ¿Y con qué propósito?

—¿Y seguro que no tenía ninguna dirección, ni nada escrito en el

embalaje? —insisto.

—Juraría que no, pero... —Piensa un momento—. De todas maneras, puedes volver a comprobarlo, si aún no habéis tirado el papel del embalaje. Dejamos en el sótano tanto la caja de cartón en la que venía como el papel, por si acaso. Aunque igual ya lo habéis tirado.

«No, no lo hemos tirado», pienso para mis adentros, excitada. De hecho, casi ni hemos puesto un pie en el sótano. Seguro que los restos del embalaje del espejo siguen allí, intactos.

«Esperándome».

Asiento rápidamente. Ahora toca una nueva mentira. No quiero que cuando me marche, Susana se quede dándole vueltas a la inexplicable procedencia del espejo...

—Lo más probable es que el espejo sea de mi padre —digo, con convencimiento. Lo de mentir cada vez me sale mejor; cualquiera diría que soy una delincuente profesional en vez de una estudiante de 3.º de la ESO...—. Mis padres se han divorciado hace poco y su comunicación es... vaya, casi nula —concluyo y me levanto.

—Qué pena... —dice ella.

—Ya ves... —De pronto me ha entrado prisa, mucha prisa por regresar a casa—. Gracias por atenderme, Susana —digo tendiéndole la mano.

Una vez en la calle, suspiro con la satisfacción del deber cumplido. Susana Garragosa me ha proporcionado otra nueva pista que seguir. Empiezo a sentirme como en una *gymkana*... Y pista a pista, presiento que voy acercándome a mi objetivo.

Veintiuno

Cuando llego a casa, deseando bajar al sótano para ver si todavía están los restos del embalaje del espejo, me encuentro un buen barullo. Julia está allí con su amiga Amaya, charlando a lo que parecen ser mil decibelios de potencia. Ambas enseñan algo a mi madre que, obviamente, por la ropa que lleva puesta, está a punto de marcharse a algún lado... Me contengo para no saltar de alegría al darme cuenta de este detalle; me viene fenomenal, porque no quiero darle explicaciones de qué busco o dejo de buscar en el sótano...

—Mamá, ¡mira que *tablet* le han regalado a Amaya!

Mi madre taconeá de acá para allá, buscando sus llaves, y no presta mucha atención a mi hermana. La examino con disimulo: lleva los zapatos azules de tacón alto, lo que quiere decir que va a salir... ¿con un hombre? Este descubrimiento enfría notablemente mi entusiasmo, pero tampoco puedo decir que me sorprenda. Suspiro resignada. Apuesto a que hasta adivino quién es el afortunado...

Ajena a mis preocupaciones, Julia sigue a lo suyo:

—Mamá, ¿podré yo tener una *tablet* para mi cumpleaños?

Mi madre parece distraída. Sigue sin hacer caso a Julia. Me da la sensación de que le preocupa algo más que el no encontrar las llaves.

—¡Mamá! —El suspiro de frustración de Julia la hace reaccionar.

—Pues... es que es muy cara, Julia —contesta finalmente sin mirarla.

—Julia, pero si solo tienes trece años —digo yo—. No le vas a sacar partido.

—¡Sí que le voy a sacar partido! —protesta ella.

—¿Y tú qué sabes si le va a sacar partido o no? —le apoya Amaya. Aunque ahora me esté llevando la contraria, reconozco que la nueva amiga de mi hermana me cae bien. Es muy guapa, gordita, morena, con los ojos y el cabello muy negros. Lo que más me gusta de ella es

que es la espontaneidad hecha persona; habla por los codos, soltando todo lo que le pasa por la cabeza sin filtro ni pudor alguno. Sonrío. Desde luego, no tiene nada que ver con las esnobs estiradas con las que Julia solía salir en Zaragoza... Aunque a estas alturas, en lo que a «amigas de mi hermana» se refiere, he bajado mucho el listón y creo que cualquiera que no se pinte como una puerta para ir al instituto es una buena influencia para ella.

—Bueno, bueno, no discutáis... —interviene mi madre.

—Mamá, mi ordenador es super viejo y, ¿Julia va a tener una *tablet*? —me quejo. Es verdad que no me parece justo, pero en realidad, estoy protestando más de la cuenta para espantar a mi madre, a ver si se va de una vez. Últimamente, las discusiones entre Julia y yo suelen tener ese efecto. El «Efecto Estampida», lo llamo.

—Pero ¿tendré la *tablet* o no, mamá? —insiste Julia, que tiene un objetivo marcado.

—Ya veremos, cariño. —Suspira finalmente mi madre revolviéndole el pelo con cariño.

Pongo los ojos en blanco. Ese «ya veremos» es un sí. Julia, que también lo ha comprendido, me lanza una mirada triunfante por encima del hombro mientras entra en el salón con Amaya.

Cuando Julia se marcha, mi madre me mira y solo entonces comprendo lo que le ocurre.

—Voy a ir al cine, Carla —dice muy seria.

—Vale.

—Con Mauro —añade. Cruza los brazos y me observa con una expresión en la que se mezclan, a partes iguales, la preocupación, la cautela y una firme autoridad materna.

—Vale —vuelvo a decir.

—Es muy majo y el otro día me sentí mal por darle plantón —dice sin quitarme los ojos de encima—. Carla, quiero que entiendas que no hay nada con Mauro, simplemente es un hombre agradable con el que voy a salir una tarde. Llevo toda la semana trabajando como una mula y necesito un rato de desconexión. —A partir de aquí, mi madre comienza a hablar cada vez más rápido—. Además, soy una mujer divorciada y tengo todo el derecho del mundo a salir con otras personas; to-do-el-de-re-cho —remarca, sílaba a sílaba, a toda

velocidad—, no pienso ser la típica divorciada cabra loca que necesita tener tres novios al año para sentirse en forma, pero eso no quiere decir que vaya a convertirme en la, también típica, divorciada sufridora profesional, que se amarga la vida y...

Suspiro al verla tan embalada.

—Mamá, mamá... —la interrumpo posando una mano sobre su brazo —, que me parece bien.

—¿Sí?

Sin duda, mi madre esperaba algo de oposición, porque vuelve a la carga:

—Pero el otro día...

—Olvídalo, mamá. El otro día me porté como una idiota. Vete y pásalo bien. —Es cierto que el otro día no me comporté bien y lo sé, pero también es cierto que tengo tantas ganas de que se vaya de una vez, que si me llega a decir que ha quedado con Jack el Destripador para desmembrar cadáveres, también me hubiera parecido estupendo.

Mi madre me contempla durante unos larguísimos, interminables segundos, antes de decir:

—Entonces... ¿todo arreglado?, ¿seguro?

—Mamá, Mauro ya está en la puerta, vas a hacerle esperar —digo saludando al vecino desde la ventana.

Desde la cancela, Mauro me devuelve el saludo y mi madre me estampa un beso de tres minutos.

—¡Ay, pero que madura es mi niña cuando quiere...! —murmura cuando empiezo a retorcerme.

Me suelta y se dirige hacia la puerta, taconeando feliz.

—Volveré pronto. Por cierto, Julia y Amaya van a ver una serie. A Amaya luego la vienen a buscar. —Rebusca en su bolso—. Su padre, Ernesto... Estate atenta, ¿vale?

La oigo farfullar su consabido: «¿Dónde estarán mis llaves?», y escucho cómo tantea la estantería del pasillo y hurga por los cajones del recibidor. Tras unos minutos, oigo el tintineo triunfal de las llaves, seguido del chirrido de la puerta al cerrarse, y suspiro satisfecha.

Vuelvo al salón, donde Julia y Amaya siguen pegadas a la dichosa *tablet* como dos sanguijuelas.

Hago balance de la situación: mi madre se ha ido, lo cual me viene de perlas; mi hermana Julia no me preocupa en exceso, aunque de poder elegir, casi prefiero que tampoco me vea rebuscando por el sótano...

Decido tantear el terreno.

—Chicas, ¿qué serie vais a ver? —pregunto.

Julia y Amaya están descalzas y enroscadas en el sofá como dos gatos satisfechos. Amaya está metiendo su adorada *tablet* en una funda rosa. Mi hermana tiene en una mano el mando del DVD y en la otra una bolsa de gusanitos.

—Una de vampiros —responde Amaya—, sale un montón de sangre. Y los vampiros están buenísimos... Si quieres verla con nosotras, te dejamos.

Sonrío ante la generosidad de la oferta. Estoy a punto de rechazarla cuando la canija de mi hermana se me adelanta.

—A mi hermana la sangre la marea, y los tíos no le interesan —dice despectivamente.

—¿Y eso? ¡Qué raro! —se sorprende Amaya abriendo los ojos como platos—. Lo de los tíos, digo —aclara en seguida.

Suspiro. Menudo par... Qué pavazo tienen.

—¿Eres hermafrodita? —me pregunta Amaya con interés.

Julia lanza una sonora carcajada.

—No, lo que es, es una rancia —dice creyendo tal vez que así ayuda.

—¿Nunca has salido con un chico, Carla? —pregunta Amaya, casi al mismo tiempo.

—Nooooo —responde Julia por mí alzando las manos en un ademán que es una mezcla de dramatismo e impotencia, y mirando a Amaya como si dijese: «¿Te lo puedes creer?».

Ahí mi sabihonda hermana se equivoca. En Zaragoza salí con un chico de mi clase, Adrián. Me convenció Lorena, que acababa de empezar a salir con su amigo Nando, seguramente con la esperanza de que nuestro trío se convirtiera en doble pareja. En qué momento... Ni una semana duró esa relación, no digo más.

—Pues ya va siendo hora, Carla —se escandaliza Amaya, sacándome de mi ensimismamiento.

Decido acabar con esta ridícula conversación de una vez.

—Me subo a mi cuarto —digo—. Amaya, ¿a qué hora te vienen a buscar?

—En un par de horas.

—Perfecto. Bueno, chicas, os cierro la puerta, para que estéis tranquilas.

Julia me mira con suspicacia.

—¿Para que estemos tranquilas nosotras o tú?

Cierro la puerta mientras le saco la lengua.

Tema resuelto. La ecuación es fácil: mi madre por ahí + mi hermana pegada a la tele con su nueva mejor amiga = vía libre para bajar al sótano sin que nadie se entere.

Veintidós

Me alegro de haber cogido la linterna, porque las escaleras que bajan al sótano son muy estrechas y la única iluminación de la que dispongo es la luz mortecina y raquítica de una bombilla que parpadea en el techo.

Mientras bajo las escaleras, siento una punzada de miedo. El sótano es húmedo y frío y todo resuena demasiado. Las pisadas, mi propia respiración, la saliva deslizándose por mi garganta... Tengo los pelos como escarpas. Me viene a la cabeza la peli *Sé lo que hicisteis el último verano*, y la manera en la que todos sus protagonistas van muriendo uno tras otro, precisamente por ir a su aire, haciéndose los valientes por sitios oscuros... Frunzo el ceño. Yo bajando por las escaleras a paso de tortuga, sería una escena que encajaría a la perfección en un *film* de esa temática; solo me falta ir diciendo con voz trémula: «Michael, ¿estás ahí?», o alguna cosa por el estilo...

Doy un traspié.

—Ay —se me escapa, y mi quejido resuena como un eco en el techo y en las paredes desnudas.

«Concéntrate, Carla, concéntrate».

Aprieto fuerte la linterna y paseo el haz de luz por la habitación. El sótano está casi vacío. Sé que en muchas casas el sótano se usa como una especie de trastero y está a rebosar, pero nosotras somos tres, y nuestra casa actual es tan grande que hay cuartos vacíos más accesibles que cumplen esa misma función. Sin contar, además, con que acabamos de mudarnos y aún no nos ha dado tiempo a acumular trastos...

Suspiro y sigo bajando escaleras.

¿Para qué diablos habremos venido a vivir a una casa tan grande? Ha sido cosa de mi madre... Me da la sensación que ella consideró que ir

a vivir a un apartamento era dar un paso atrás y que, sin embargo, mudarnos a una unifamiliar es un paso adelante. Y que tenga jardín, aunque sea una mísera parcela de veinte metros cuadrados, hace que, a sus ojos, el supuesto paso sea aún más grande. A veces creo que mi madre considera lo del divorcio un fracaso, una especie de retroceso en su vida que debe compensar de alguna manera con un avance, cualquiera, el que sea... Para mí, el *chalet* no es un paso adelante, y la parcela minúscula, asilvestrada y llena de piedras, es solo la causa de que vivamos en las afueras en vez de en el centro, como hubiese preferido.

Uff, casi me la pego otra vez..., las escaleras son muy estrechas, no me cabe el pie entero y además, no hay barandilla.

Suspiro aliviada cuando llego abajo. Como había visto desde arriba, el sótano está casi vacío. Solo hay un bulto. Un bulto muy grande...

—¡Bingo! —murmuro y miro a mi alrededor, alegrándome de que nadie pueda oírme. Desde que ese extraño espejo ha aparecido en mi vida, he empezado a hablar sola, y sé que no es buena señal... Ya dudo a veces de mi cordura, así que lo último que necesito son conversaciones imaginarias.

En cualquier caso, lo piense o lo diga en voz alta, está claro que he encontrado lo que buscaba. Son papeles y cartones y, aunque algunos están rasgados, su tamaño revela que han contenido algo enorme. Un escalofrío recorre mi cuerpo como una corriente eléctrica.

Enfoco los cartones con la linterna y los repaso uno por uno. Nada.

Miro hacia arriba. La bombilla parece estar en las últimas. Será mejor que me dé prisa...

Con un suspiro, comienzo la inspección del papel. Al principio he pensado que era papel de embalar, porque es de un color marrón clarito, caqui, pero no, es una especie de papel de regalo muy grueso con unas florecillas rosas minúsculas, casi imperceptibles de lo pequeñas que son. Lanzo un suspiro de decepción. No hay etiquetas ni pegatinas ni nada que contenga una dirección, un nombre..., una letra siquiera. Aún así, rasgo un trozo con los dedos y lo guardo en el bolsillo de mis vaqueros.

Me levanto y comienzo a subir la escalera hacia la planta principal. Con cada escalón que subo, mi decepción se transforma en tristeza.

No he encontrado ninguna pista. Nada que me indique por dónde continuar.... Estoy en un punto muerto. ¿Es posible que mi investigación haya llegado a su fin?

Veintitrés

El fin de semana ha sido tan aburrido que —¡lo nunca visto!—, incluso he experimentado ganas de que pase pronto para volver al instituto. Sé que es un síntoma malísimo, que quiere decir que estoy socialmente acabada, a punto de tocar fondo... Y para colmo de males, hoy lunes me he pasado casi todas las clases dándole vueltas a la idea de que mi investigación sobre el espejo se ha estancado sin remedio.

Cuando llego a casa, aún rumiando mi desgracia, me encuentro a mi madre, a Julia y cómo no, a Amaya —que últimamente es un apéndice de mi hermana—, en la cocina. Mi madre está firmando un papel, y Julia y Amaya charlan como gallinas cluecas. Tras unos minutos, consigo enterarme de lo que pasa: mi madre está firmando una autorización para que mi hermana Julia vaya a la granja-escuela Jaramilla. Al parecer, las dos clases de 1.º de la ESO van el próximo viernes en una excursión organizada por el instituto. Las reacciones de Julia y Amaya ante esa noticia no pueden ser más dispares: Julia no para de refunfuñar y Amaya, en cambio, está encantada...

—Mira, Julia —Amaya hojea el folleto de la granja escuela, en un claro intento de animarla—, tienen un montón de animales: vacas y terneros, cerdos, cabras, ovejas, caballos, burros, conejos...

Sentada sobre la mesa de la cocina, mi hermana balancea las piernas con desinterés.

—Pues mira qué bien... —gruñe.

—¿Y dónde está esa granja-escuela? —meto baza yo mientras cojo un cartón de zumo de la nevera y me sirvo un vaso.

—No muy lejos —me contesta mi madre—, a unos veinte kilómetros. ¡Llega el autobús urbano, no te digo más! Es la última parada de la línea... —consulta la hoja—, de la línea 25. Ay, cariño, ¡esta es la ventaja de vivir en las afueras! Tienes el campo a tiro de piedra —

concluye feliz.

Yo tengo mis dudas acerca de esa supuesta ventaja y, por su expresión, Julia tiene muchas más, pero no decimos nada.

Amaya sigue empeñada en despertar el entusiasmo de Julia por la excursión.

—Pero Julia, hay talleres que molan mucho. —Le pone una hoja delante de la cara—. Taller de telares, taller de transformación de alimentos, taller de ordeño y elaboración de queso, taller de huerto e invernadero, taller de apicultura, taller de jabón... —enumera.

—Suenan muy divertidos —la ayuda mi madre.

—Pues la señorita dijo que había que escoger tres de esos talleres —apunta Amaya.

—Sí —coincide mi madre señalando la hoja que acaba de firmar—, tienes que marcarlos con una «x» aquí.

—¿Cuál cogemos, Julia?

Mi hermana resopla y se cruza de brazos.

—¿Cuál, cual, cuál, cuál...? —canturrea Amaya.

Suelto una carcajada.

—Déjala pensar, Amaya, que está intentando decidir en cual se manchará menos.

Mi hermana me dirige una mirada furibunda y sé que he acertado, lo que me hace reír con más ganas.

—A ver —suspira Julia—. Pon el de jabón, el de telares y... —duda—. ¿Qué es la apicultura? —pregunta insegura.

Mi madre frunce el ceño.

—Julia, ¿cómo es posible que no sepas lo que es la apicultura? ¡Dios, qué falta de vocabulario, a tu edad! Es el cuidado de las abejas para que luego podamos tener miel y...

—Vale, vale —la interrumpe Julia, que no parece en absoluto avergonzada por la supuesta escasez de su vocabulario—. Ese no, que suena de lo más pringoso...

—¿Ponemos el de invernadero? —propone Amaya.

Julia se encoge de hombros resignada.

—¡Qué remedio!

Vuelvo a reírme. Mi hermana, tan urbanita, en una granja-escuela. No puedo evitarlo: la idea me hace gracia. Mi madre, que ahora está

enjuagando platos para meterlos en el lavavajillas, ríe conmigo.

—Julia, pero piénsalo bien —digo— te libras de ir al instituto durante todo un día.

—Prefiero ir al instituto —gruñe ella—. Al menos allí piso asfalto, no boñiga de vaca.

El sonido del timbre interrumpe nuestra conversación. Mi madre cierra el grifo y se da la vuelta hacia nosotras mientras se seca las manos con un trapo de cocina.

—Vienen a por Amaya. Carla, cariño, abre tú, que tengo las manos húmedas.

Aún riéndome, me dirijo a la puerta y abro esperando ver al padre de Amaya, un señor de pelo entrecano al que conocí el otro día.

Mi sorpresa es mayúscula cuando veo quién aguarda al otro lado.

—¡¡Tú!! —consigo decir cuando me sacudo de encima el estupor—. ¿Qué... qué haces tú aquí?

Por toda respuesta, Hugo mira a su alrededor, descolocado, y da un paso atrás para comprobar el número de la puerta.

—Vengo a buscar a mi hermana. ¿Qué haces tú aquí?

Está guapísimo. Lleva una sudadera negra y unos pantalones vaqueros algo gastados. Sin pretenderlo, me viene a la cabeza lo que ocurrió al salir del despacho de la jefa de estudios, el día de la disección del corazón de cerdo. Recuerdo su cara muy cerca de la mía, sus ojos negros a contraluz, el rítmico movimiento de su pecho bajo la camiseta, el pequeño espacio privado que casi pareció crearse entre nosotros mientras duró esa... Trago saliva. Esa mirada.

Sacudo bruscamente la cabeza para ahuyentar esos pensamientos que no me convienen nada. Fuera, fuera, fuera.

—Vivo aquí, Hugo —respondo, apoyándome en el quicio de la puerta. Intento hablar de forma displicente, pero me estremezco al pronunciar su nombre. Me rodeo los brazos con las manos para fingir que ha sido por el frío.

Hugo abre mucho los ojos negros.

—¿Eres la hermana de Julia?

—¿Eres el hermano de Amaya?

Atamos cabos a la vez. Por eso las dos preguntas son pronunciadas al unísono y con idéntica sorpresa. Ya ubicado, Hugo sonrío.

—¡Nooo! —exclama, echándose a reír—. Y dime, ¿cuál de las dos es la adoptada?

Frunzo el ceño.

—Muy gracioso... —contesto. Julia y yo somos como el día y la noche, pero ahora que lo pienso, Amaya sí se parece a él. ¿Cómo no me he dado cuenta antes? Que es su hermana me parece ahora una verdad genética incuestionable: tiene los mismos ojos oscuros y relucientes, y el mismo pelo, tan negro como el azabache. Solo que Hugo es alto y estilizado, mientras que Amaya es redonda y tersa como una manzana.

—¡Amayaaaa! —grito—. Tu hermano ha venido a recogerte.

La Manzana Adolescente aparece a mis espaldas, dando saltos de alegría.

—¡Hugo! —Salta a sus brazos. Hugo la coge al vuelo y da un paso atrás; durante un momento, Amaya rodea con sus piernas la cintura de su hermano. La maniobra le levanta un poco la sudadera, y el pantalón, de talle bajo, me permite ver la curva del hueso situado sobre la pelvis. Trago saliva. Por alguna razón, ese hueso me parece muy... ¿sexy? Intento desviar la mirada... Dios, ¿qué me pasa? ¡Debo haberme puesto tan roja como un tomate!

Hugo deposita a su hermana en el suelo con suavidad.

—¡Qué bien! —me dice Amaya, palmoteando—. ¡Hoy me voy en moto!

—Qué suerte... —digo intentando sonreír de forma natural.

De repente, Amaya parece caer en la cuenta de algo. Mira a su hermano, luego sus ojos se encuentran con los míos, y yo me estremezco de terror al recordar que, si algo caracteriza a la amiga de mi hermana, es la ausencia de pelos en la lengua. Amaya abre la boca y yo siento un latigazo de pánico al pensar en que va a decir lo que es obvio...

—Uy —dice mirando a mi hermana Julia con el aire de quien ha hecho un gran descubrimiento—. Pues va a resultar que tu hermana no es hermaf...

Por suerte, Julia le tapa la boca antes de que siga hablando.

—Menos mal que te la llevas ya, Hugo —dice guiñando un ojo con picardía—. Nos está poniendo la cabeza como un bombo.

Hugo se echa a reír.

—Ay, qué me vas a contar... —Suspira poniendo cara de mártir.

Veinticuatro

He sacado un ocho y medio en el examen de Biología.

Es muy buena nota.

Mi madre se va a poner muy contenta cuando se lo diga.

En todo eso pienso mientras subo lentamente las escaleras hacia mi cuarto...

Resoplo. Mierda, entonces, ¿por qué no estoy contenta?

Abro la puerta de golpe y me veo reflejada en el espejo. ¿Tal vez porque mi vida social es un completo desastre, aún no he hecho amigas, no me he atrevido a apuntarme al equipo de voleibol...? Cierro los ojos; la lista de cosas que no van bien en mi vida podría seguir y seguir... De pronto, siento como si tuviera una piedra en el estómago. Una piedra muy pesada. La única cosa que parece haberme salido bien desde que llegué a Madrid es el puñetero examen de Biología... Frunzo el ceño. Y ni siquiera lo he conseguido por mí misma.

Entro en la habitación y cierro dando un portazo. Me arranco la goma de la coleta y el pelo se desparrama sobre mis hombros mientras lanzo la mochila sobre la cama. Suspirando, me piso el talón derecho con el pie izquierdo para quitarme la zapatilla. Cierro los ojos e intento concentrarme en el placer malévolo que me ha producido la cara de asombro de Elena Pechugona cuando Leticia ha dicho mi nota en clase, pero no es suficiente...

Lanzo la zapatilla derecha y aterriza sobre el puf árabe, desmoronando el inestable montón de ropa que había encima. Suspiro de nuevo... Soy una calamidad.

No sé por qué me viene a la cabeza la pregunta que Hugo me hizo en la puerta del baño de chicos, tras mi precipitada salida de la práctica de Biología: «¿Por qué eres tan antipática?».

«¿Por qué eres tan antipática?, ¿por qué eres tan antipática?, ¿por qué eres tan antipática?». La frase rebota entre las paredes de mi cerebro como una pelota. ¿Es cierto que soy antipática? Pienso un poco. En Zaragoza, Lorena era casi mi única amiga. ¿Y no es cierto que fue ella quién me escogió a mí, y no al revés...? Ladeo la cabeza. Bueno, también estaban las chicas del equipo de voley, ¿no?

Mi ceño se acentúa. Si soy sincera conmigo misma, debo reconocer que mi dificultad para hacer amigos viene de largo... Esta deducción me irrita muchísimo porque, últimamente, me siento mucho mejor cuando puedo echarle la culpa de todos mis males a cualquier cosa ajena a mí. Al maldito divorcio, por ejemplo.

«Mierda, mierda, mierda».

Echar la culpa a otro siempre ayuda, por mezquino que sea.

La segunda zapatilla se encasquilla. Furiosa, doy una patada al aire. La zapatilla sale disparada y se estrella contra el flexo, y yo doy un paso atrás sobresaltada, con tal ímpetu que choco contra el espejo. Me apoyo para no perder el equilibrio y...

Cuando siento el tirón, ya es demasiado tarde.

He vuelto a tocarlo.

Veo la luz. Intento retroceder, pero el tirón es muy fuerte y me obliga a avanzar. Por segunda vez en mi vida, me veo inmersa en una cortina de luz blanca y atronadora que me hace entornar los párpados y taparme los oídos con las manos; intento resistirme, pero es como si el espejo me aspirase, como si una fuerza invisible tirase de mí hacia dentro. Casi a ciegas, doy otro paso adelante.

Cuando abro los ojos, ya no me encuentro en mi habitación. Estoy en...

Trago saliva. Estoy en nuestra antigua casa, en nuestro piso de Zaragoza. Y no está triste y vacío como la última vez que lo vi, sino lleno de vida y desorden, como cuando lo habitábamos. Siento una punzada de melancolía. Mi madre está frente a mí, apoyada en la encimera de la cocina, mirando algún punto de las baldosas del suelo, entre sus pies. A su lado, el microondas emite su característico zumbido; una taza gira y gira en su interior.

La realidad de la escena me sobrecoge. Yo también estoy. Al igual que la otra vez, ver un duplicado de mi persona me provoca una

extraña opresión en la boca del estómago. La segunda Carla está de espaldas a mi madre, con los brazos cruzados sobre el pecho, mirando por la ventana.

Me giro para comprobar que el marco del espejo sigue allí, a mi espalda, y me relajo un poco al comprobar que es así. Algo muy dentro de mí me dice que no debo perderlo de vista...

—Carla —me llama mi madre bajito.

Mi *alter ego* no dice nada. Sigue mirando por la ventana. Por el rictus de su boca y la rigidez de su mandíbula, sé que está tan enfadada que casi no puede ni hablar ni mucho menos razonar. Un hervidero de emociones negativas bulle a su alrededor; entre ellas destacan la ira y la ansiedad.

—Carla, dime algo —suplica mi madre.

De golpe y porrazo, reconozco el momento al que me ha transportado el espejo. Mi madre acaba de decirme lo del traslado a Madrid. Recuerdo perfectamente ese día porque, aunque mis padres ya nos habían dicho lo del divorcio, fue la noticia del traslado a Madrid la que, de alguna manera, le dio un aire definitivo a su separación. Antes de eso, yo creía que todo acabaría arreglándose; que, de alguna manera, mientras siguiésemos los cuatro juntos, existía la posibilidad de que las cosas se solucionasen, de que todo volviese a ser como antes... A partir de ese día, fui dolorosamente consciente de que nada iba a arreglarse, sino todo lo contrario: el cambio de ciudad era la puntilla, el golpe de gracia, la prueba real e irrefutable de que mi vida, tal como la había conocido hasta el momento, se deshilachaba como un jersey viejo...

De pronto, siento una necesidad imperiosa de salir de allí. Un horrible sexto sentido me dice que lo que viene a continuación no me va a gustar. Me dirijo hacia el espejo e intento entrar: lo toco, lo sacudo, me aplasto contra su lisa y fría superficie... Nada, imposible. El maldito espejo se comporta ahora como un espejo corriente.

—¡Quiero largarme! —grito, mientras aporreo el marco de madera. Siento ganas de vomitar, de desmayarme o de gritar a pleno pulmón, no logro decidirme.

Estoy atrapada. Me giro lentamente. No me queda más remedio que observar la escena que tiene lugar ante mis ojos...

Veinticinco

—Carla... —insiste mi madre.

Mi otro yo guarda silencio. Un silencio que augura peligro.

—Carla, por favor...

—Pero ¿qué quieres que te diga, mamá? —La otra Carla se da la vuelta. Su mirada es tan dura como el acero—. ¿Acaso vas a tenerme en cuenta para tomar alguna decisión? —Hace una pausa y ladea la cabeza con ironía—. Nooooo, ya las has tomado tú todas, ¿verdad?

—Carla, en Madrid voy a tener acceso a muchas más empresas, y...

—El trabajo. ¿Es por el trabajo, mamá?, ¿todo esto ha sido por el trabajo? —Su voz es gélida y, al mismo tiempo, arde de ira—. ¿Por el tuyo o por el de papá? Nunca te ha gustado el trabajo de papá, no mientas...

Ella frunce el ceño, pero no lo niega. «No me hagas hablar, Carla, no me hagas hablar», está pensando. Me estremezco... ¡Dios, de nuevo puedo oír los pensamientos de los demás! ¿Cómo es posible?

—No ganaba lo suficiente, ¿no es eso? —le pincha mi otro yo rabioso—. ¿Papá no es lo suficientemente bueno para ti?

Mi madre salta.

—Carla, es cierto que las cosas no nos han ido muy bien en los últimos meses, pero no ha sido cuestión de dinero. Lo que pasa es que tu padre y yo no tenemos la misma idea de a qué debemos dedicar nuestro tiempo, y eso nos ha ido separando hasta llegar a...

«Tu padre solo piensa en su trabajo. Se va temprano, regresa tarde... ¡Solo piensa en su puñetero trabajo, tan absorbente como mal pagado!». El pensamiento de mi madre es oscuro, como un mal presagio, y rebosa amargura...

Pero la Carla que está frente a ella no lo oye. Y aunque lo hubiera escuchado, hubiese hecho oídos sordos. Trago saliva. A la Carla que

está frente a ella con los brazos cruzados, le da igual todo. Su enfado arde como una hoguera. Solo quiere hacer daño.

—Ya, incompatibilidad de caracteres, ¿eh?, ¿y habéis necesitado dieciséis años para daros cuenta de eso? —ladra—. No sois espabilados...

Mi madre abre la boca. Parece que va a responder, pero mi doble la corta.

—Vosotros cometéis un error y lo pagamos Julia y yo. Vosotros queréis empezar de cero, y Julia y yo tenemos que irnos a Madrid. Vosotros, vosotros, vosotros... Mierda, ¿y nosotras, qué? ¿Por qué sois tan egoístas?

—Carla, a veces hay que tomar decisiones que, a primera vista, pueden...

Mi doble no atiende a razones:

—¡Podíais haber decidido no casaros, podíais haber decidido no tener hijos!

—Carla, Julia y tú sois lo más importante de mi vida; te prometo que vamos a estar bien, de verdad... —dice mi madre, y casi se le rompe la voz, parece tan vulnerable...

La otra Carla está desencajada. Yo me muerdo el labio inferior y miro hacia otro lado. Sé de buena tinta que falta poco para el verdadero estallido...

—¡No, yo no voy a estar bien! —aúlla histérica con la cara contraída en una mueca de perro rabioso—. ¡Yo no quiero irme a Madrid, yo quiero quedarme aquí! ¡No tienes derecho, no tienes ningún derecho a joderme la vida así!

Mi madre se queda lívida. Junto al espejo, yo también. Mi voz suena chillona y estridente; me produce la sensación de arañas gordas y peludas correteándome por la espalda... Creo que incluso la habitación se ha oscurecido un poco, como si mis gritos la hubieran ensombrecido.

«Soy un fracaso como madre y como esposa», piensa ella, y el sentimiento que flota sobre su cabeza es tan mortecino y autodestructivo que tengo ganas de gritarle que no, que no lo es...

—¿Sabes lo que te digo? —La otra Carla se acerca a ella hasta que sus caras quedan a escasos centímetros de distancia; está tan cabreada

que incluso la salpica de saliva al hablar—. ¡QUE TE ODIO...! —chilla finalmente, y sale de la cocina dando un portazo.

Mi grito de «¡Te odio!» me atraviesa el cráneo como un taladro.

Cuando mi doble abandona la habitación, un silencio atroz se apodera de la estancia y mi madre se encoge, como si le hubiesen dado un puñetazo en el estómago. Se deja caer en una silla y respira profundamente, tratando de recuperar el aliento. Luego coge el teléfono y veo sus lágrimas rodar por sus mejillas.

Habla con alguien; no sé con quién, tal vez con alguna amiga... A mí me cuesta respirar; la vergüenza se cierra sobre mí como un cepo, y siento que la culpabilidad me va a romper en mil pedazos de un momento a otro.

—La estoy perdiendo —solloza mi madre—, la estoy perdiendo...

No oigo lo que la otra persona le dice. Mi madre saca la taza del microondas. Le tiemblan las manos. Está demacrada. Tiene los bordes de los párpados enrojecidos, como si llevase varios días sin dormir. Parece mayor, gris y cansada, muy cansada. Devastada, es la palabra.

—Mi familia se desmorona... —gime mi madre al teléfono inspirando con fuerza entre los dientes, como si le doliese algo—. Mi hija... —Y a continuación, rompe a llorar con tal desconsuelo que mi corazón se encoge. Oigo un murmullo al otro lado de la línea. No entiendo lo que dice, pero por el tono de su voz, debe de estar intentando tranquilizarla. Pero mi madre, envuelta en lágrimas, no parece capaz de parar de llorar, le digan lo que le digan. La tristeza la envuelve, tan palpable y sólida como una mortaja.

No puedo soportarlo más. Cruzo la cocina y me acerco a ella.

—Lo siento, mamá —murmuro a través del nudo que me oprime la garganta.

Pero ella no me oye, no siente siquiera mi presencia. Cuelga el teléfono y oculta la cara entre las manos. Sus hombros se agitan al ritmo de sus sollozos. Todo su cuerpo se estremece. El dolor de mi madre me atraviesa el pecho como un cuchillo, sobre todo porque yo, y solo yo, soy la culpable...

De repente, una sensación conocida me hace levantar la cabeza.

«Peligro».

No es la primera vez que la experimento. De forma instintiva, me

vuelvo a mirar el espejo. El marco tiembla, diría que se difumina...

Mi alarma mental aumenta su potencia.

«¡Peligro, peligro, peligro!».

Sé que debo irme. Vacilo... No soporto la idea de dejar a mi madre así. En ese instante de duda, caigo en la cuenta de que alguien se está acercando sigilosamente a mí. Es... ¿un hombre?

Parpadeo, demasiado atónita para hacer algo más que observar.

¿Quién es? ¿Por dónde ha entrado? Y sobre todo... ¿cómo no lo he visto antes?

Ahora que se sabe descubierto, sus pasos se han ralentizado hasta casi detenerse. Me mira, y su expresión tiene algo que me aterroriza como nada ha conseguido aterrorizarme jamás en mi vida. Además, está en la misma dimensión virtual que yo, porque me ve.

¡Me ve! Ladeo la cabeza. Esto es nuevo. Nuevo y desconcertante. Dentro del espejo nadie parece advertir mi presencia, pero él...

Él sí.

¿Quiere decir eso que es como yo?, ¿que viene de fuera del espejo?

Ajeno a mis dudas, el hombre continúa observándome con fijeza y, aunque sus ojos están entrecerrados en dos diminutas hendiduras, reconozco la mirada del depredador. Su expresión es... extraña, difícil de describir. De repente, caigo en la cuenta de que lo que me aterroriza de su expresión es lo que falta... Sí, falta algo, aunque no sé qué es. En ese momento, la cara del desconocido se contrae con tanta intensidad que le palpitan las venas de las sienes. Intuyo que huele mi miedo.

«Viene a por mí».

Como si hubiese leído mis pensamientos, el hombre comienza a andar de nuevo; sus pasos son más resueltos; se mueve con convicción y... sí, viene hacia mí.

Mis pulsaciones se aceleran. ¿Qué hago? ¿Intento hablar con él o echo a correr?

Ni siquiera tengo que pensarlo. En menos de lo que se tarda en respirar, echo a correr hacia el espejo y él me imita. Solo unos metros me separan de mi objetivo, pero mi perseguidor es rápido. No tardo mucho en notar su aliento en mi nuca y sus dedos de hielo crispándose en torno a mi brazo. Consigo zafarme y sigo corriendo;

pongo en estas últimas zancadas toda la fuerza que me queda, cada partícula de mi deseo de vivir, cada esquirla del profundo miedo que me espolea. Estoy corriendo por mi vida: esto es algo que sé de un modo confuso pero certero. Consigo agarrar el fluctuante marco del espejo. Noto un tirón en mi camiseta, oigo el ruido de la tela al rasgarse y escucho, a mis espaldas, un grito de frustración... Pero ya estoy dentro.

Mis rodillas se doblan como si fuesen de gelatina, suspiro aliviada. Siento un dolor agudo en la muñeca, pero no me importa. Estoy dentro....

Veintiséis

Alzo la cabeza y contemplo la oscuridad que se cierne sobre mí. Estoy tensa; tengo los puños tan apretados que me duele intentar abrir los dedos.

«¿Dónde estoy?».

Mi corazón late a tanta velocidad que creo que voy a sufrir un ataque, y mi cabeza es un torbellino de emociones. Vuelvo a cerrar los ojos... Los abriré cuando me tranquilice, cuando mi corazón deje de galopar. ¡Han pasado tantas cosas... increíbles!

En primer lugar, el espejo me ha transportado al pasado, no al futuro. Y lo que he visto no me sirve de nada, ya que no se puede cambiar.

En segundo lugar: ¿quién era ese tipo horrible que me perseguía? No lo conocía, no lo había visto en mi vida, ni siquiera podía recordar bien su cara; pero aun así, había reconocido el sentimiento en mis tripas:

«Pánico».

Había habido algo en ese hombre, algo que no había podido identificar, que me había provocado verdadero terror, un terror profundo y visceral.

—Pero ahora estoy a salvo, he conseguido escapar... —Aunque tembloroso, el sonido de mi propia voz me tranquiliza un poco.

Abro los ojos con cautela y lo que veo me hace sentir mejor: estoy en mi habitación, tirada en el suelo. He debido de caerme al salir del espejo.

Me levanto con cuidado, abro la puerta de mi cuarto y compruebo que todo está en silencio. El único ruido que oigo es el de mi respiración.

—¡Mamá! —grito.

No hay respuesta. Bajo las escaleras como un cohete.

—¡Julia! —Nada. Mi voz retumba en las paredes de la casa vacía; suena extraña, como si no fuera la mía.

Entro al baño de la planta de abajo. La luz mortecina de la bombilla del espejo ilumina con crueldad mi cara de pasmo. Hago un inventario de los daños. Tengo una pequeña herida en la cabeza, que debo haberme hecho al caer al suelo, y me duele mucho la muñeca derecha.

«Qué mal. Mamá va a regañarme».

Trago saliva sobrecogida al comprobar que también tengo la marca de unas uñas en el antebrazo y la camiseta rota por la parte de atrás. Estos daños no tienen ninguna importancia, pero me producen un pavor especial... precisamente porque no me los he hecho en la caída: esas uñas que, por la marca que han dejado, se adivinan anchas y cuadradas, pertenecen a un hombre. A un desconocido que me ha atacado en otra dimensión.

Suena de locos, lo sé. Intento apartar estos pensamientos de mi cabeza y trato de ser práctica.

«Mamá».

La muñeca me duele mucho. No tengo más remedio que llamarla. Subo a mi cuarto, cojo el móvil y marco su número. Aprovecho el tiempo que tarda en cogerlo para idear una mentira creíble. En esto último estoy cogiendo mucha práctica.

—¿Sí?

—Mamá...

—Hola, Carla, cariño.

—Necesito que vengas a casa —digo intentando aparentar serenidad mientras abro el armario y busco una camiseta limpia—. Me he caído... por las escaleras.

Veintisiete

Para no variar, llego tarde a clase de gimnasia. Por suerte, la tirita en mi sien derecha y el vendaje en la mano acaparan la atención de mi profesora, eclipsando mi falta de puntualidad. La señorita López enarca una ceja cuando los ve.

—Carla, ¿qué te ha pasado? —pregunta preocupada.

—Me caí por las escaleras de casa, señorita, pero no es nada. —No miento. El doctor que me atendió ayer cuando mi madre me llevó al centro médico, me dijo que la herida de la cabeza era «aparatoso», pero «de ninguna gravedad». Al parecer, las heridas en la cabeza tienden a sangrar mucho porque se trata de una zona muy «vascularizada». Eso dijo el médico. Aún me acuerdo de la palabreja, ¿cómo olvidarla, si a mi madre —que estaba histérica—, tuvo que repetírsela unas cien veces? En cuanto a la muñeca, una simple contusión.

—¿Y puedes hacer gimnasia hoy? —pregunta la señorita López—. Ya sabes que toca baloncesto.

—Sí que puedo, el médico me dijo que no era nada.

—¿No prefieres quedarte aquí conmigo, ayudándome con el arbitraje?

Dudo un momento. Hace un frío que pela y mucho viento. Lo que menos me apetece es quedarme quieta arbitrando un partido soporífero de chicas patosas que probablemente metan solo una canasta en toda la hora, y eso, siendo optimistas...

—Puedo jugar, señorita —respondo. Sí, hoy prefiero formar parte de la horda de chicas patosas.

—Está bien. —La señorita López hace sonar su silbato—. ¡A ver, chicas! Toca hacer los equipos. Elena y Lucía, seréis las capitanas. Id echando a suertes los equipos mientras voy a buscar mi libreta.

—¿Lo echamos a pares o nones a ver quién escoge primero? — propone Elena.

—Vale —responde Lucía, ocultando ambas manos tras su espalda—. Yo pares. Una, dos y tres...

—Escojo yo —dice, tras contar los dedos que suman entre ella y su amiga—. Mmmm... Pues... —Mira a su alrededor—. Sandra —dice convencida.

—Yo Gloria.

—Yo...

Un ruido tremendo interrumpe la siguiente elección de Elena, haciendo que me retumben los tímpanos. No soy la única que ha pegado un respingo. Todo el mundo mira alrededor asustado. ¿Qué es ese ruido infernal? Es una especie de sirena, pero muy, muy potente... La señorita López no tarda en sacarnos de dudas:

—¡La alarma de incendios! —grita mientras se acerca a nosotros—. Por favor, vamos a dirigirnos a la salida de forma ordenada.

Echo a andar junto a mis alborotados compañeros de clase. Oigo trozos de conversaciones aquí y allá: «No creo que pase nada, debe ser un simulacro», «¿Aprovechamos el barullo y, cuando estemos fuera, nos acercamos a comprar chucherías?». Cuando llegamos al punto de encuentro —el aparcamiento del instituto—, yo estoy tiritando. Frunzo el ceño. Me había quitado la sudadera para el hipotético partido de baloncesto y no me he acordado de cogerla al salir, así que voy en camiseta. El viento helado me corta la piel de la cara y los brazos. Me encojo abrazándome el torso con las manos para intentar mantener el calor.

No funciona.

Las ráfagas de viento sacan mechones de cabello de mi coleta; mi propio pelo me azota la cara.

«Qué bien».

Mientras las manadas de estudiantes se van agrupando en el centro del aparcamiento, oigo susurros y risitas. Alguien comenta que, probablemente, algún gracioso haya accionado la alarma para gastar una broma.

«¿Y tiene que hacerlo a primera hora, y a bajo cero?», me lamento, y me doy la vuelta buscando una posición en la que el viento me aparte

el pelo de los ojos.

—¿Te has pintado los labios de morado o es el frío? —dice una voz masculina con un ligero toque de guasa.

Me giro y me sonrojo casi a la vez. Es... ¡Hugo! Y me está mirando. A mí. Trago saliva. Intento pensar algo que decir. Algo interesante sería lo ideal. Qué digo, con que sea coherente me conformo...

—Vaya, ¿pero es que no está de moda? —intento bromear.

Hugo lanza una carcajada tan sonora que el grupo de chicos más cercano interrumpe su conversación y se vuelve a mirarnos. Sin decir nada, baja la cremallera de su sudadera gris y se la quita despacio. Yo contengo el aliento; mi corazón va a mil por hora, tan rápido que casi duele. Antes de que pueda reaccionar, me pone la sudadera alrededor de los hombros y me encaja la capucha en la cabeza. El interior de la prenda, de suave forro polar, aún conserva el calor de su cuerpo. Sé que es una sensación ridícula, pero me siento un poco como si me abrazara. Me pongo aún más colorada, si cabe.

—Mejor, ¿no? —pregunta él metiéndose las manos en los bolsillos. Se ha quedado en manga corta, pero no parece tener frío.

—Mucho mejor, gracias.

Está muy cerca de mí. En camiseta. ¡Y Dios, me está mirando a los ojos con tal intensidad que el medio metro que nos separa parece... disolverse! Sus ojos oscuros recorren mi cara, de la nariz a la boca, y de la boca a la mandíbula...

—Gracias —repito aturullada.

«Carla, bonita, que eso ya lo has dicho. Va a pensar que tienes menos vocabulario que Pocoyó»...

—Yo...—comienzo. Pero el sonido de un silbato me interrumpe. El maldito silbato de la señorita López, que parece ser la única persona en un kilómetro a la redonda que se está tomando en serio el dichoso simulacro.

—¡¡A ver!! —grita mi profesora—. ¡Mi clase, que se reúna aquí conmigo; vamos a hacer recuento!

Comienzo a quitarme la sudadera, pero Hugo me detiene con un gesto.

—No te preocupes —dice—. Hoy salgo una hora más tarde, tengo Francés. Déjala en conserjería cuando te vayas, y yo la recojo al irme.

Camino —io sería mejor decir, floto...!— hacia la señorita López y el resto de mis compañeros de clase.

Veintiocho

He decidido pasarme la tarde del martes en la biblioteca del instituto por dos razones fundamentales: primera, desde mi supuesta caída, mi madre está más pendiente de mí que nunca; segunda, aunque no menos importante: me inquieta estar en la misma habitación que el espejo. Entrecierro los párpados. Desde mi última experiencia con él, el espejo me asusta. Se trata de un miedo profundo y muy real, y no me avergüenza reconocerlo porque no es en absoluto infundado...

Pero a pesar de mi miedo, quiero saber.

Necesito saber.

Aprieto la mandíbula. Que el espejo haya llegado hasta mí es una casualidad tan asombrosa que me niego a creer que sea un capricho del azar.

¿Cuál es su origen? ¿Quién lo ha enviado? ¿Por qué a mí? ¿Y con qué motivo?

Estas preguntas y muchas otras se repiten como fogonazos en mi cabeza. He tratado de engañar a mi cerebro para que piense en otras cosas, pero eso no hace más que empeorar la situación...

¿Se está convirtiendo el espejo en una obsesión?

Tal vez sí, tal vez esa sea la razón de que lleve toda la tarde pateándome la sección de «Culturas Antiguas» de la biblioteca en busca de algún libro que me dé una pista, una idea, un chispazo de inspiración..., lo que sea, con tal de encontrar una manera de seguir avanzando con mis averiguaciones.

Entorno los ojos pensativa. Los dos únicos libros interesantes que he encontrado reposan ahora sobre mi mesa; llevo un rato hojeándolos, pero al igual que mis búsquedas por internet, no han sido de mucha utilidad...

Uno se titula *Los espejos en la cultura egipcia*, y en él he leído que

los faraones tenían espejos a los que atribuían propiedades mágicas: fundamentalmente, la posibilidad de hacer consultas sobre el pasado, el presente y el futuro. Suena más interesante de lo que luego ha resultado ser, porque el autor pasa páginas y páginas dándole vueltas a la misma información, sin tratar de encontrar ningún tipo de explicación.

El otro es *Secretos de la antigua Roma*. Lo he cogido porque las frases del espejo estaban en latín y, según tengo entendido, Roma fue la cuna de esa lengua. En este segundo libro he encontrado algo que me ha resultado curioso: al parecer, las matronas romanas tenían espejos a los que atribuían propiedades mágicas, como la capacidad de transporte a otros mundos o dimensiones. Algunos autores culpan de este hecho a algunos cosméticos con propiedades alucinógenas que estas mujeres romanas se aplicaban sobre el rostro —y, consecuentemente, inhalaban de forma involuntaria—, cuando se embellecían frente a sus espejos. Otros autores opinan, en cambio, que se trata de una leyenda más de las muchas que, desde siempre, se han tejido en torno a los espejos.

Entorno los ojos. Consultas sobre pasado, presente y futuro, viajes a otras dimensiones... Y todo esto, en libros que hablan de culturas tan antiguas como la de los faraones egipcios o el poderosísimo imperio romano. Vale, vale, sé que son solo leyendas, pero... ¿qué son las leyendas sino historias que inventa la gente sobre hechos que no puede explicar? Mis dedos tamborilean nerviosos sobre la mesa. Las leyendas suelen tener un germen de verdad, unos cimientos de realidad sobre los que se asentaron...Y las similitudes entre lo que he leído y lo que me está sucediendo a mí son imposibles de ignorar. Me viene a la cabeza que tal vez no soy la única, a lo largo de la historia, que se ha topado con un espejo singular.

Mis cavilaciones son interrumpidas por el ruido de una silla deslizándose sobre la tarima de madera. Levanto la vista. El chico que está de pie al otro lado de la mesa, con aspecto de estar a punto de sentarse junto a mí no es otro que... ¡Hugo!

—Hola —saluda.

—Hola —Intento mantener una expresión serena, a pesar de que mis entrañas están dando volteretas.

—¿Puedo sentarme aquí?

Trago saliva. Miro a mi alrededor. Hay un montón de mesas vacías. ¿Por qué querrá sentarse conmigo?

—Bueno, ¿puedo sentarme, o esperas a algún compañero *imprevisto*?—. Pronuncia la palabra *imprevisto* muy despacio.

Su broma —una clara alusión a nuestro primer encuentro en las prácticas de Biología— me arranca una sonrisa.

—Está libre —contesto más relajada—. Y no, no espero a nadie.

—¿Qué estás leyendo? —La sonrisa ha desaparecido de los labios y se ha refugiado en sus ojos negros.

Me sonrojo. Si ya piensa que soy rarita, cuando vea los libros, va a convencerse de que soy como un perro verde.

Voy a responder, pero justo entonces, Hugo cae en la cuenta de que tengo una herida en la sien derecha. Su cara de preocupación me hace sentir bien.

—¿Que te ha pasado? —pregunta serio.

Me toco la tirita instintivamente. A decir verdad, casi ni me acordaba de ella.

—Me he caído por las escaleras de mi casa —digo sonrojándome un poco más.

—Vaya, lo siento, ¿te duele?

—No, casi nada. Parece más de lo que es.

—¿Lo tenías ayer cuando nos vimos en el simulacro? —Hugo ladea la cabeza como un gato curioso y frunce los labios—. No me fijé.

La verdad, no me extraña. Entre el viento, la cortina de mi propio pelo y la capucha de su sudadera...

—Gracias de nuevo por la sudadera —sonrío—. Seguramente me salvaste de pillar una pulmonía.

—No tiene importancia. —Me devuelve la sonrisa y mira los libros que estoy leyendo—. Oye, ¿por qué has cogido estos libros? —El desconcierto ha dibujado una arruga en su frente, como si tratase de desentrañar un misterio—. ¿Estás interesada en la Historia?

—Pues... —Intento buscar una explicación razonable—. Estoy haciendo un trabajo —digo finalmente.

—Pero no del instituto...

—No, no del instituto —reconozco un poco avergonzada. Claro, él

también está en 3.º de la ESO, aunque en la otra clase. Sabe de sobra que no tenemos que hacer ningún trabajo ni sobre Egipto ni sobre Roma. Qué torpe soy, va a pensar que soy una empollona. Una empollona y una pupas.

Tras hojear los libros, Hugo me mira con más atención, si cabe.

—Oye, quería preguntarte... —carraspea—, ¿qué planes tienes para el sábado?

—Pues... no sé, ¿por qué?

—Había pensado que tal vez te apetecería ir a ver una peli. —Hugo escruta con atención la portada de *Los espejos en la cultura egipcia*.

Abro mucho los ojos. ¿Juntos? ¿Se refiere a ver una peli juntos? ¿Me está invitando a salir? Este pensamiento me pone tan nerviosa que, al ir a apartarme el pelo de la cara, doy un manotazo a *Secretos de la antigua Roma*, que cae al suelo y se abre. El ruido hace que varias cabezas se vuelvan hacia nosotros. Suenan algunos «shhh».

Me agacho a recoger el libro, muerta de vergüenza y, al incorporarme, me doy un cabezazo contra la mesa.

—¡Ay!

Por suerte, ha sido en el lado contrario al de la herida.

—¿Te has hecho daño?

—No... —miento.

Todo me da vueltas.

—A ver, déjame ver —dice él. A pesar de estar aturdida, noto que hace esfuerzos por no sonreír. No le culpo. La situación debe ser muy cómica vista desde fuera.

«¿Por qué siempre me pasan estas cosas?».

Hugo se inclina hacia mí y sus dedos se deslizan despacio por mi frente hasta llegar al lugar donde me he golpeado. Aguanto la respiración. Siento calor, mucho calor, como si estuviese demasiado cerca de un fuego. Mis pulsaciones se aceleran.

—Tienes que tener más cuidado, Carla; al paso que vas, con tanto golpe, cuando acabe el curso no te va a quedar ni una neurona. —La burla rezuma un tono inequívoco de dulzura.

Me río débilmente. Lo tengo tan cerca que casi puedo sentir su cálido aliento en la mejilla. El contacto de sus dedos en mi piel es agradable; me descubro pensando que no quiero que pare...

—Creo que te saldrá un chichón —concluye él—, pero tranquila, no te impedirá salir conmigo el sábado. —El humor chispea en sus ojos negros.

—Mmm... Pues...

Se hace un breve silencio.

—Bueno, si es que te apetece, claro... —dice. Mi titubeo le ha restado confianza, lo noto perfectamente. Aunque quiere dar la impresión de que está seguro, ahora detecto timidez en su mirada; esto me conmueve, porque es lo que suelo sentir yo cuando me acerco a la gente.

—Sí, sí me apetece —digo.

—¿Te paso a buscar a las siete y media?

—Vale.

Cuando Hugo se marcha, inspiro hondo y me obligo a parpadear...

¿Me ha pedido que salga con él?

Sencillamente, no doy crédito: ¿de verdad me ha pedido salir?

Veintinueve

—Hoy vamos a comentar un precioso poema de Lope de Vega, chicos —doña Ángela, la profesora de Lengua y Literatura, se ajusta bien las gafas sobre la nariz antes de pasear su mirada por la clase—. Lope de Vega fue uno de los poetas más importantes del Siglo de Oro español, además de uno de los más prolíficos...

Mientras, de forma mecánica, abro el libro por la página indicada por la profesora, mi mente vuela lejos... Mi espejo no es tan fantástico como en un principio había pensado. Es cierto que la primera vez me fue útil, pero ahora... Frunzo el ceño. Ahora sé que puede mostrarme cosas horribles, cosas que no quiero ver. Cierro los ojos; no me puedo sacar de la cabeza la discusión que tuve con mi madre el día que me dijo que nos mudábamos a Madrid. ¿Por qué razón me la mostró el espejo? No me gustó revivirla, precisamente porque no estoy nada orgullosa de cómo me comporté ese día. Mi ceño se acentúa. Pero podía haber sido peor. Podía haberme mostrado la muerte de un ser querido, o quién sabe, mi propio funeral...

¡Contemplar mi propia muerte! Me estremezco solo de pensarlo. Decididamente, no siempre es recomendable saber lo que se avecina. De la misma manera que tampoco es agradable revivir malos recuerdos del pasado...

Doña Ángela ha comenzado a leer la primera estrofa con su voz alta y bien modulada:

Desmayarse, atreverse, estar furioso,
áspero, tierno, liberal, esquivo,
alentado, mortal, difunto, vivo,
leal, traidor, cobarde y animoso

—¿Qué os dice esto, chicos? —pregunta al finalizar. Sus gafas de

montura dorada han ido resbalando mientras leía, y ahora se apoyan en la punta de su delgada nariz.

—Pues que este tío está hecho un lío —dice Juanjo, el chico de nariz chata que soltaba tantos tacos mentales en el examen de Biología.

Se oyen un par de risitas y Juanjo se remueve incómodo en su asiento.

—Bueno, bueno, Juanjo no ha dicho ninguna tontería —sonríe doña Ángela, condescendiente, volviendo a colocarse bien las gafas—. Sigamos, a ver si las siguientes estrofas nos aclaran algo más. A ver, Sandra, tú misma, continúa leyendo...

Sandra obedece. Su entonación monocorde hace pensar que no está considerando mucho el sentido de las palabras que está pronunciando y, envuelta en su rítmico sonsonete, vuelvo a abstraerme.

Mi espejo no solo no es tan fantástico como pensaba, sino que, además, es muy peligroso... No quiero obsesionarme con ello, pero de todas maneras el pensamiento se abre camino a codazo limpio: en mi segunda experiencia dentro del espejo, ha estado a punto de pasarme algo malo.

«Ese hombre...».

Mordisqueo el boli, nerviosa, y oigo el crujir del plástico entre mis dientes. Había algo despiadado en ese individuo, en su expresión salvaje, en su boca prieta, en la forma en que se las había ingeniado para transmitir un odio feroz sin hablar, sin gritar, sin amenazar, sin hacer gestos, sin golpear...

Resoplo. Y por mucho que me pese, todo fue real, muy real, como la marca de sus uñas en mi antebrazo me obliga a recordar.

Sandra ha leído la segunda estrofa y tal vez la tercera, cuando la mirada miope de doña Ángela recorre la clase en busca de una nueva víctima.

—Carlos, sigue tú.

Carlos se aclara la voz antes de comenzar:

huir el rostro al claro desengaño,
beber veneno por licor suave...

Desconecto de nuevo. Está claro: el espejo ha pasado de ser un

aliado a ser un problema. Un problema que *yo* debo solucionar, puesto que *yo* me he metido solita en este berenjenal...

Una posible solución —muy lógica, además—, es no volver a utilizar el espejo. Me pasa por la cabeza la idea de deshacerme de él, pero en seguida la descarto. Sería difícil deshacerse de semejante mamotreto y además, ¿cómo lo explicaría en casa? Niego con la cabeza y sigo cavilando... ¿Y si, a partir de ahora, actúo como si nada hubiese ocurrido y no vuelvo a tocarlo ni a mirarlo nunca jamás? Podría tal vez cubrirlo con ropa o con una sábana. Valoro la idea mientras dibujo un sol en mi cuaderno.

Olvidarme del espejo.

No mirarlo.

No tocarlo.

No volver a pensar en él.

¿Es posible que pueda volver a la tranquila cotidianeidad que se supone debe reinar en la vida de una chica normal de 3.º de la ESO? Sin espejos mágicos, sin visiones del pasado o del futuro, sin extraños atacantes de otras dimensiones...

«Sí, por favor».

Sonrío. Sin saber muy bien cómo ni por qué, la imagen de Hugo aparece en mi mente. Es una instantánea muy clara en la que se quita despacio la sudadera... Me acelero solo de pensarlo. Justo cuando estoy decorando los rayos de mi sol con pequeños corazones, oigo mi nombre.

—Carla.

Me enderezó automáticamente en el asiento. Toda la clase me está mirando.

—¿Perdón? —digo sonrojada.

—Buenos días —me regaña con suavidad doña Ángela; se oyen algunas risitas—. Carla, decía que si puedes leer la última estrofa.

Menos mal que había dicho «la última». Si me hubiese pedido que leyese la siguiente, no habría sabido por dónde empezar. Carraspeo para aclararme la voz y comienzo a leer:

creer que un cielo en un infierno cabe,
dar la vida y el alma a un desengaño;

esto es amor, quien lo probó lo sabe.

Cuando el poema acaba, se hace un breve silencio.

—Bueno, ¿qué crees que quiere decir Lope de Vega con este poema, Carla? —me pregunta mi profesora.

No he hecho mucho caso a las anteriores estrofas, así que decido no arriesgarme mucho...

—Mmmm. Creo que ha sufrido un desengaño amoroso —digo vacilante y, al advertir que doña Ángela sigue pendiente de mí, pienso a toda prisa en algo más—, y que está muy... triste.

Ángela reflexiona un poco y luego asiente.

—Carlos, ¿qué opinas tú?

—Yo creo que el poema describe las contradicciones del amor, que es capaz de hacernos inmensamente felices, de ahí la alusión al «cielo», pero también de provocar mucho sufrimiento, por eso la expresión «en un infierno cabe». —Carlos hace una pausa—. En realidad, aunque fue escrito hace mucho tiempo, resulta bastante actual.

—¡Muy bien! —lo felicita doña Ángela—. Sí, lo que has dicho refleja muy bien la esencia de este soneto. Antes de continuar, vale la pena señalar que Lope tuvo una vida amorosa muy ajetreada: se casó varias veces y, según cuentan, tuvo numerosas amantes. Siempre es interesante encuadrar el poema en un contexto que ubique bien al autor y a la época en la que fue escrito...

Suspiro aliviada y sigo decorando los rayos de mi abigarrado sol con minúsculos corazoncitos. Aunque de forma no muy brillante, he salido del paso y ya no tengo que soportar las miradas de todos fijadas en mí. Pero... sigue habiendo alguien que me observa, lo noto perfectamente.

Cuando levanto la vista, Elena me está lanzando una mirada fría que me recorre de arriba abajo, desde la raíz del pelo hasta la punta de los dedos del pie. Lleva unos pantalones negros muy ajustados y una camiseta rosa cuyo escote en pico deja poco a la imaginación. Aunque me fastidie reconocerlo, es bastante estilosa, sobre todo si comparamos su atuendo con mis raídos vaqueros y mis botas camperas. Me sorprende la antipatía que expresan sus ojos... Si su mirada tuviese conectado un termómetro, marcaría menos quince

grados. Entorno los ojos y repaso mentalmente nuestros encuentros previos en busca de algo que explique esa aversión. De repente se me ocurre que tal vez me vio ayer con Hugo en la biblioteca. No la vi al entrar, ni a ella ni a su grupito de subalternas, pero bueno, la biblioteca es enorme...

¿Qué pensaría si supiese que voy a salir con Hugo el sábado? Porque Hugo le gusta, eso es de las pocas cosas que tengo claras sobre ella.

Elena sigue mirándome con todo el descaro del mundo. Cruzo los brazos y alzo el mentón, molesta. No lo puedo evitar. La antipatía es recíproca, y en cuanto al tema Hugo...

«Carla uno, Elena cero», pienso malévolamente para mis adentros, mientras le devuelvo la mirada e intento imprimirle la misma frialdad.

Por suerte, la voz de doña Ángela interrumpe este duelo silencioso:

—Elena, ¿podrías decirme qué figuras o recursos literarios vemos en este poema?

Treinta

Salgo del instituto corriendo y, una vez en la puerta, observo con intensidad la fila de coches hasta localizar el Citroën Xantia de mi madre. Está estacionado en doble fila —como casi todos los demás vehículos de la calle—, y las luces de emergencia parpadean bajo la lluvia. Distingo la silueta de mi madre en el interior; mueve la cabeza y hace gestos con las manos, lo que me hace pensar que está hablando por el móvil.

Me ajusto la capucha y corro hacia el coche, intentando mojarme lo menos posible. Suspiro aliviada cuando consigo abrir la puerta del copiloto y derrumbarme en el asiento.

—Hola —digo mientras me bajo la capucha.

—Sí, la tarifa de traducción del español al inglés es de diez céntimos por palabra. —Mi madre sonríe cuando entro y me hace un gesto de saludo con la mano—. Si necesita que la patente esté traducida en veinticuatro horas, la tarifa sube hasta quince céntimos por palabra, pero claro, por supuesto que puede hacerse.

—¡Ups! —Yo apenas escucho a mi madre. Me he sentado sobre algo duro. Levanto el culo y saco una cosa metálica que parece... una llave antigua. Pero es enorme, casi de la longitud de mi antebrazo, y... un poco rara.

—Sí, en cuanto llegue a la oficina, le envío una oferta personalizada —dice mi madre, que sigue a lo suyo.

Hasta que no doy la vuelta a la llave y veo los pequeños soportes que se alinean en el cuerpo de metal, no comprendo lo que es. Miro a mi madre y sonrío.

—Por supuesto, señor Cembreiros. —Mi madre me mira, se encoge de hombros y pone los ojos en blanco, como diciendo «¡Qué pesado...!»—. Sí, sí, lo incluiré también. —Una pausa—. Claro, en otra

línea, si lo prefiere así.

La llave gigantesca que tengo entre las manos es un adorno para colgar llaves y, la verdad, a mi madre le viene al pelo.

Mi madre cuelga el teléfono, por fin. Justo a tiempo, porque en ese preciso momento, otro coche toca suavemente el claxon, pidiéndonos con educación que nos movamos.

—¡Madre mía, cómo se pone esta calle a la hora de salida del instituto! —murmura mi madre, mientras arranca y activa el intermitente izquierdo.

—¿Y esto, mamá? —le pregunto, señalando la gigantesca llave que ahora reposa en mi regazo.

Mi madre sonrío y cambia de marcha. Hoy está muy guapa. Se ha maquillado un poco y lleva el pelo rubio suelto sobre los hombros, lo que le hace parecer más joven de lo que es. Me descubro pensando que Julia y ella son dos gotas de agua.

—Me lo ha regalado Mauro —dice con timidez—. Se ha empeñado en que necesito un soporte de estos para colocar las llaves y tenerlas siempre localizadas. Había pensado en colgarlo en la pared del recibidor, sobre la cómoda. ¿Qué opinas?

—Pues que Mauro tiene razón —digo, y enciendo la radio—. Y que en el recibidor quedará perfecto.

—¿Has tenido un buen día? —pregunta mi madre, mientras nos incorporamos lentamente a la fila de coches que intenta alejarse del instituto.

—Mmmm. Sí, normal —respondo. En la radio están hablando otra vez de las dos niñas secuestradas hace pocas semanas. Arrugo la nariz y suspiro. No me apetece oír desgracias, así que muevo el dial en busca de una emisora de música.

—¿Algo interesante que contar? —Mi madre me mira de reojo y luego vuelve a mirar hacia adelante, atenta al tráfico.

—Poca cosa —digo. Por un instante, estoy tentada de hablarle de Hugo y de mi cita del sábado, pero en seguida me arrepiento—. ¿Te importa si dejo Los 40 Principales? —pregunto, en cambio.

—Como quieras.

Paramos en un semáforo y los dedos de mi madre tamborilean sobre el volante.

—Odio conducir con lluvia —comenta bajito.

—Sí, todas las calles se atascan, es una lata —coincido y me estiro en el asiento, buscando una posición más cómoda—. Uy, ¿qué hay aquí? —pregunto, cuando mis pies chocan con algo blando y crujiente.

El semáforo se pone verde y mi madre cambia de marcha.

—Nada —responde distraída mientras el coche coge velocidad—, será el papel de regalo donde venía envuelta la llave de Mauro. Cógelo y lo tiramos al llegar a casa.

Me incorporo con el papel en la mano. Está arrugado y ahora, gracias a mí, pisoteado, pero algo hace clic en mi cabeza cuando lo miro...

«Este papel me es familiar», pienso mientras bajo un poco el volumen de la radio.

Mi cerebro se estruja intentando recordar dónde lo ha visto antes. La lluvia repiquetea contra la ventanilla poniendo banda sonora a mis pensamientos. Hago como que doblo el papel para que ocupe menos y aprovecho para observarlo mejor. Es un papel muy grueso, color caqui, de estilo *vintage*, con unas florecillas rosas minúsculas, casi imperceptibles de lo pequeñas que son...

En ese momento, el móvil de mi madre empieza a sonar, y mi cerebro escoge ese preciso instante para reconocer el papel de regalo. Parpadeo con rapidez, como si esto fuese a hacer que el papel que estoy mirando se transforme ante mis ojos, y me tapo la boca con la mano para ahogar un resoplido.

«¡Es el mismo papel que envolvía el espejo!».

Respiro deprisa y siento un calor intenso a pesar de que la calefacción del coche no está encendida.

«¡Es el papel que encontré en el sótano de mi casa tras hablar con Susana Garragosa!».

A mi izquierda, el móvil sigue sonando con insistencia. Mi madre echa un vistazo rápido a la pantalla y gruñe por lo bajo.

—Perdona cariño, tengo que contestar —se disculpa con tono de fastidio—. Es el Señor Cembreiros otra vez...

—Contesta, contesta —la animo, feliz de poder quedarme a solas con mis pensamientos.

Treinta y uno

Estoy sentada frente al ordenador pero, en vez de mirar a la pantalla, mis ojos están fijos en dos muestras de papel de regalo que reposan sobre mi mesa. A la derecha, el que encontré en el sótano; y, a la izquierda, el que cogí del coche de mi madre. Mi mirada pasa de uno a otro y de otro a uno...

Sí, no hay duda: son lisa y llanamente *exactos*.

El papel de regalo es el mismo.

«Y es bastante peculiar».

De lo cual se puede deducir que es posible que ambos objetos, llave y espejo, procedan del mismo sitio.

«¿De la misma tienda?».

Entorno los párpados, mientras mi cerebro desgrana las consecuencias de esta conclusión... ¿Es posible que haya encontrado por fin una pista sólida capaz de conducirme al origen del espejo?

Solo de pensarlo tiemblo de emoción.

En ese momento, la tarima de madera de fuera de mi habitación cruje anunciando la llegada de alguien, y tengo el tiempo justo de tapar las dos muestras de papel de regalo con mis apuntes, antes de que la puerta se abra de golpe para dar paso a Julia, que entra en mi cuarto en tromba.

—¡¡Dime que no es cierto!! —chilla con los ojos relucientes de excitación.

Aún sobresaltada, alzo la vista. No tengo que alzarla mucho, ya que mi hermana no levanta más de metro y medio del suelo.

—¿Que no es cierto qué? —gruño y compruebo que el papel de regalo está escondido bajo mis apuntes—. ¿Que entrar sin llamar es un signo de mala educación? Pues siento decirte que sí, Julia, que es cierto.

Julia cruza los brazos sobre el pecho y adopta una expresión de

fastidio.

—No te hagas la listilla conmigo, Carlita...

Me estremezco. Me revienta que me llamen Carlita y Julia lo sabe. Que lo esté haciendo quiere decir que sabe algo en serio, que juega con ventaja, que no va de farol...

«Ay, ay, ay...».

—No me estoy haciendo la listilla, Julia, es que no sé de qué me hablas. —Intento mantener una expresión imperturbable, pero mucho me temo que no me sale del todo bien... ¿Acaso ha averiguado mi hermana algo sobre el espejo? ¿Sabe que no me caí por la escalera? ¿Se ha enterado de que he faltado a clase? ¿Me ha pillado en alguna de mis numerosas mentiras? ¿En cuál? Últimamente he dicho tantas que ya ni llevo la cuenta...

Julia hace una pequeña mueca de disgusto con la boca y pone los brazos en jarras.

—¿Vas a salir con Hugo mañana? —pregunta a bocajarro.

Su pregunta me deja sin habla. Me esperaba casi cualquier cosa, pero no eso.

—Pues...

—¿Vas a salir con él sí o no?

Se hace un silencio.

—¿Y a ti que te importa? —salto a la defensiva, finalmente.

—¡¡¡Entonces es cierto!!! —exclama, abriendo mucho los ojos.

Una vez conseguida la confesión, mi hermana se relaja. Se sienta en mi cama, pensativa, y yo giro mi silla rotatoria para enfrentarla.

—¿Cómo lo sabes? —pregunto.

—Lo he oído en el instituto. —Hace una pausa—. Carla, nuestro instituto es pequeño, y todo se sabe.

Frunzo el ceño. No me hace gracia formar parte de los cotilleos del instituto. Sobre mi cama, mi hermana se quita las zapatillas y cruza las piernas a lo indio. Mi ceño se acentúa. El que se acomode tanto me escama... No tendrá intención de quedarse, ¿no? Tengo cosas más importantes que hacer que chismorrear con ella, cosas como, por ejemplo, averiguar dónde compró Mauro la llave que regaló a mi madre.

—Julia, ¿qué haces? —Miro hacia mis apuntes—. Estoy estudiando.

—Ya... —Suspira mi hermana enarcando una ceja.

Yo la miro, cada vez más perdida. ¿Qué quiere?

—Carla, he venido para ayudarte.

—¿Ayudarme? —pregunto con la vaga esperanza de no haber oído bien.

—Exacto.

—¿Ayudarme a qué?

—A comprar algo adecuado para tu cita de mañana con Hugo. ¿O piensas ir en chándal? Si tuviésemos la misma talla, podría prestarte algo, pero como eres un insecto palo...

Me quedo en blanco. La verdad, he estado tan obsesionada por el asunto del espejo que apenas si he tenido tiempo de pensar en la cita con Hugo. Aun así, tengo las mismas ganas de ir de compras con Julia que de que me peguen una patada en el culo... Lo que de verdad quiero hacer es ir a hablar con mi vecino.

—Ni hablar, ahora no tengo tiempo —respondo y miro el reloj. Son las cinco de la tarde. ¿Habrá llegado Mauro a casa?, ¿será demasiado pronto para hacerle una visita?, ¿tendrá costumbre de echarse la siesta?...

Mi hermana ignora mi negativa.

—Venga, vístete —me ordena con aplomo.

—Pero ¿qué dices?, ¿te has vuelto loca? ¡No me apetece ir de compras ahora...!

—Ah, ¿no...? —Mi hermana se recuesta sobre mi almohada y escruta con atención sus uñas, pintadas con brillante laca roja—. Pues entonces igual a mí tampoco me apetece seguir convenciendo a Amaya de que no te mueres por los huesos de su querido hermanito...

—Levanta la vista para calibrar mi reacción.

—Mmmm... —Finjo estar muy interesada en la tela de mis pantalones de pijama—. ¿Y por qué Amaya piensa eso?

—Pues no sé... —La voz de mi hermana rebosa sarcasmo y yo noto cómo me voy poniendo colorada—. Tal vez tuvo algo que ver el que el otro día, cuando vino a buscar a Amaya, no parases de mirarle como un perro mira un filete.

Trago saliva.

—¿Yo... mmm... hice eso? —Sigo alisando mecánicamente la tela de

mis pantalones, una manera tan buena como cualquier otra de evitar la mirada burlona de mi hermana.

—Solo te faltaba babear y menear el rabito, hija... —Julia profiere un suspiro dramático y se incorpora—. Pero tranquila, le tapé la boca en el momento justo y no creo que él se enterase.

Es cierto. Recuerdo lo oportuna que estuvo mi hermana haciendo callar a Amaya, y resoplo aliviada.

—Gracias por taparle la bocaza a tu amiga, Julia —digo con sinceridad.

—Además, le he prohibido, bajo amenaza de muerte, que le diga nada a Hugo.

—Gracias —suspiro.

—¡Genial!, dos «gracias» seguidos; entonces estamos de acuerdo, ¿no?

De verdad, a veces me cuesta seguir los razonamientos de mi hermana.

—¿De acuerdo... en qué?

—En que me debes una, así que... ¡a vestirse!

Me estrujo el cerebro buscando algo que me ahorre la visita al centro comercial. De repente recuerdo que es viernes.

—Pero... ¿tú no tenías que estar en no sé qué granja-escuela cuidando abejas y pisando boñiga de vaca? —gimo.

Julia rebota alegremente en mi cama unas cuantas veces en su camino hacia el borde.

—Eso es el próximo viernes, despiste, no este —responde y baja de la cama de un salto— ¡Hala, guapa, que no tenemos toda la tarde! —me espolea.

A pesar de mis quejas, una vez en el centro comercial, me alegro de que Julia me haya obligado a pensar con antelación en lo de mi ropa para la cita de mañana. Hago caso omiso a sus propuestas descabelladas y acabo comprándome una camiseta azul clarito con un arcoiris dibujado en el pecho y unas botas negras hasta la rodilla. Me miro en el espejo del probador con ambas prendas y llego a la conclusión de que me quedan muy bien.

De buen humor por mis compras, invito a mi hermana a un batido y un *croissant* en una cafetería. Estoy cansada. Probarme cosas me agota... Mi hermana Julia se ríe cuando se lo digo, como si hubiese hecho un chiste.

—Ay, qué rarita eres, hija... —Suspira.

Me encojo de hombros, sin tenérselo en cuenta, totalmente ajena a que mi hermana me reserva otra sorpresita:

—Bueno —dice mordisqueando el cuerno del *croissant* —pues ya solo nos queda la ropa interior.

Me atraganto con mi Coca-Cola de tal forma que Julia tiene que darme palmaditas en la espalda para que deje de toser.

—Pero... ¿qué dices, pirada? Hugo y yo... De ninguna manera vamos a llegar a nada que... a nada que implique que él... ¡vislumbre siquiera el más pequeño e insignificante pedacito de mi ropa interior!

—Ya lo sé, pánfila mía —se ríe ella—. Pero aun así, tienes que llevar ropa interior bonita. Verás, es cuestión de actitud —comienza a explicarme, pero algo en mi expresión le hace sacudir la cabeza y cambiar de argumento—. Mira, no pensarás que voy a dejarte ir a una cita con ese *look* de tetiplana, ¿no? Carla, eres mi hermana. —Y su voz adquiere un ápice de mayor solemnidad cuando, poniéndose una mano en el pecho, añade—: Mi reputación también está en juego.

Treinta y dos

Llamo al timbre y cruzo los dedos. ¡Espero que Mauro esté en casa! Miro el reloj. Son las diez y media de la noche. Tras unos segundos, vuelvo a llamar.

«Que esté, que esté, que esté...».

Miro de reojo hacia mi casa. Las cortinas están echadas, pero vislumbro luz en el salón, donde he dejado a Julia y a mamá medio dormidas en el sofá viendo la tele. Bueno, ellas se empeñan en decir que no se duermen, sino que se quedan «traspuestas». A mí me da igual cómo quieran llamarlo: el caso es que, cuando me he ido, las dos tenían la barbilla apoyada sobre el pecho en una postura bien innoble que les marca la papada, y emitían ese ruidillo tan característico de sus «trasposiciones» que suena algo así como «Jjjjjj»...

El chasquido de la puerta al abrirse interrumpe mis cavilaciones.

—Hola, Mauro.

—Hola, Carla. —Mauro abre mucho los ojos, sorprendido—. ¿Querías algo?

Cambio el peso de un pie a otro, nerviosa.

—Pues la verdad es que quería saber dónde compraste el soporte para colgar llaves que le regalaste a mi madre. —Mauro me mira con extrañeza y me apresuro a continuar hablando antes de que me malinterprete—. Verás, es que me gustó mucho y...

—¿Te gustó? —La cara de Mauro se ilumina.

—Sí, es muy bonito.

—¿A tu madre le gustó?

—Claro, le encantó —sonrío—, y si ese cacharro consigue que tenga las llaves localizadas, Julia y yo te estaremos eternamente agradecidas.

Mauro suelta una carcajada y yo decido continuar hablando,

aprovechando su buen humor.

—Pues eso, que como el próximo mes es su cumpleaños, había pensado pasarme por esa tienda a ver si veo algo que me cuadre. A mi madre le encantan las antigüedades, ¿sabes?

—Ah. —Mauro ha ido asintiendo con la cabeza mientras yo hablaba—. Pues sí, claro que te puedo decir dónde lo compré, me parece que incluso cogí una tarjeta con la dirección, espera un momentito.

Mauro desaparece durante unos minutos. Desde donde estoy, vislumbro una puerta entreabierta, a través de la cual veo parte de lo que debe de ser su salón. Hay un gran sofá rojo, de cuyo respaldo asoma una cabeza de rizos castaños. Debe de ser el hijo de Mauro que, si no recuerdo mal, tiene un par de años menos que Julia. Entorno los ojos pensativa. Sí, unos once o doce años. Me pregunto, de repente, qué ocurrirá si, lo que sea que Mauro ha iniciado con mi madre, sigue adelante... Sin previo aviso, me viene a la mente la imagen de dos cabezas más, asomando del respaldo del sofá rojo, junto a la de los rizos: una es rubia y la otra castaña. El pensamiento me resulta tan perturbador que aparto la vista de inmediato, avergonzada...

Por fortuna, Mauro reaparece en ese preciso momento con una tarjeta en la mano. La miro y mi corazón se acelera. «El Desván de Braulio», rezan unas letras doradas y angulosas sobre fondo marrón. «Anticuario», leo debajo, en letras más chiquititas.

—Aquí tienes —dice—. Pero pilla un poco lejos, ¿eh? Está en una placita en pleno Rastro. Si vas en metro, la parada que mejor te viene es La Latina, pero... —Se rasca la frente pensativo—. Mejor que no vayas en fin de semana; los sábados y los domingos esa zona se pone hasta arriba de gente.

Intento que no se note lo excitada que estoy.

—No te preocupes, Mauro. Queda mucho para su cumpleaños y pensaba ir al Rastro con unas compañeras de clase.

—Ah, entonces vale. Pues me alegro de haberte ayudado.

—Hasta luego, Mauro. —Sonríe—. Y muchas gracias.

—De nada.

Mauro ya ha empezado a cerrar la puerta cuando vuelvo a hablar:

—Mauro, una última cosa —digo intentando sonar natural—,

¿podrías no decirle nada a mi madre? Si encuentro algo allí, me gustaría que fuese una sorpresa.

—Claro, claro, cuenta con ello.

Con la tarjeta en la mano, vuelvo a mi casa corriendo con los dedos cruzados para que mis dos bellas durmientes sigan «traspuestas» frente al televisor.

Treinta y tres

Media hora antes, ya estoy vestida y preparada para mi cita. Me he puesto mi camiseta nueva y mis botas y, aunque me he negado en redondo a que Julia me maquille, al final he consentido en ponerme un poco de máscara de pestañas y unos toques de *gloss* en los labios. Acostumbrada a no pintarme en absoluto, me siento un poco rara... Por ejemplo, lo del *gloss* no lo acabo de ver: parece que he metido los morros en un tarro de miel; y en cuanto a la máscara de pestañas, tengo un poco de miedo de que se me queden pegadas las de arriba con las de abajo —algo que no parece tan descabellado, teniendo en cuenta que muchas de ellas ya se han adherido a sus compañeras de al lado...—. Sin embargo, cuando le he expresado estas preocupaciones a mi hermana, se ha tronchado de la risa y luego me ha dicho su ya característica frase: «Ay, hija, que rarita eres». Igual no se lo tenía que haber dicho mientras me pintaba las uñas, porque se reía tanto que se ha salido, y ahora tengo laca roja por las cutículas y parece que me sangran los dedos.

No sé muy bien por qué, pero Julia está disfrutando de lo lindo con toda esta historia de la ropa y el maquillaje. Cualquiera diría que la que va a salir por ahí es ella en vez de yo...

—¿Estás nerviosa? —me pregunta por decimoquinta vez.

—Pues claro que no.

—Sí que lo estás...

—Julia, ¡no seas ridícula!

No pienso confesarlo, pero sí estoy nerviosa... Creo que por fin entiendo lo que la gente quiere decir cuando afirma que tiene «mariposas en el estómago», aunque la expresión no me parece del todo acertada: lo mío parecen más bien avispa rabiosas.

Julia da un paso atrás y me contempla con los ojos entrecerrados y la

cabeza ladeada, como un pintor que toma unos pasos de distancia para apreciar mejor el conjunto de su obra. En mi tripa, las avispas rabiosas campan a sus anchas, como Pedro por su casa.

—Estás muy guapa, Carla. Qué pena que normalmente te saques tan poco partido...

Doy un salto cuando mi madre entra en mi cuarto... —¡sin llamar!—, con un montón de sábanas limpias entre los brazos. Resoplo. Lo de entrar en mi habitación sin llamar se está convirtiendo en un hábito bastante generalizado, a la par que molesto...

—Hola, Carla, vengo a... —Mi madre se interrumpe de golpe cuando nos ve. Noto que le choca vernos juntas a Julia y a mí. Pero solo la mitad de lo que le choca mi aspecto... Me doy cuenta en seguida cuando me mira.

—¡Carla! ¡Estás... guapísima, hija! Pero... —Deja las sábanas sobre mi cama, mira a Julia, me mira a mí, y sus ojos van y vienen inquisitivos, como si estuvieran asistiendo a un partido de tenis—. ¿Me estoy perdiendo algo?

Suspiro.

Cómo no, quiere enterarse.

¡Qué fastidio...!

Por suerte para ella —y por desgracia para mí—, allí está mi hermana, deseando compartir su información con ella, y con todo aquel que se le ponga por delante...

—¡Carla va a salir con un chico, mamá!

«¡Hala, venga! ¡Maravilloso!».

—¡Ohhhh! —Creo que mi madre está tan sorprendida que no sabe si alegrarse o preocuparse; o tal vez su expresión aturullada se deba a que está haciendo ambas cosas a la vez.

Se hace un breve silencio durante el cual me da la sensación de que las neuronas de mi madre trabajan sin descanso procesando la información.

—Pero... —comienza dubitativa.

Rezo en silencio para que a mi madre no se le crucen los cables. No ahora, por favor. No ahora, cuando quedan apenas diez minutos para que llegue Hugo.

—Pero Carla... —Mi madre pone los brazos en jarras—, ¿un chico te

ha pedido salir y ni siquiera me lo has dicho?

—Es que no tiene importancia, mamá. Simplemente es un compañero del instituto con el que voy a ir al cine a ver una peli.

—Es Hugo, mamá, el hermano de Amaya, ¿te acuerdas de él? —Aquí reconozco que el comentario de Julia ayuda, porque mi madre se relaja.

Julia y mi madre intercambian una mirada cómplice. Noto que intentan no sonreír, pero sus esfuerzos son infructuosos. Me doy la vuelta y salgo del cuarto, irritada.

—¡De verdad, cómo sois! Os encanta hacer una montaña de un granito de arena, ¿verdad? —refunfuño y empiezo a bajar las escaleras.

Mi madre y Julia bajan detrás de mí, cuchicheando y riéndose como dos colegialas. En ese momento, suena el timbre.

—¡Voy yo! —grito, pero no puedo evitar que ambas me sigan hasta la puerta.

Cuando abro, noto la presencia de mi madre y mi hermana a mis espaldas, cada una a un lado. Les falta posarse en mis hombros, como dos pajarracos curiosos y bien entrenados.

—Hola, Hugo —saludo. Está guapísimo. Lleva el pelo negro un poco despeinado y con las puntas aún mojadas, como si acabase de salir de la ducha. Y sí, debe ser eso porque huele... realmente bien, como a una mezcla de jabón y hierba fresca.

—Hola —responde él apoyado en el quicio de la puerta. Y su mirada pasa de mí a mi madre y a mi hermana—. Hola, Julia, hola, señora Vinci. —Sonríe educado.

—Nos vamos, mamá... —empiezo a decir, pero mi madre me ignora totalmente y, agarrando a Hugo del brazo, tira de él hacia el interior de la casa.

—¡Hugo! ¡Cómo me alegro de verte! —dice efusivamente—. Y dime, ¿cómo está tu padre?

—Bien. —Hugo se encoge de hombros—. Trabajando mucho, como siempre.

—Ay, sí, la última vez que vino a recoger a Amaya ya me comentó que estaba hasta arriba de trabajo, pobre... —comenta ella con tono compasivo.

—Nos vamos, mamá... —Lo intento yo de nuevo.

—Pues claro, cariño —me dice mi madre, y luego se vuelve hacia Hugo y suspira—. ¡Qué bien que vayáis al cine, la verdad es que Carla apenas ha salido de casa desde que llegamos a Madrid!

¡Toma ya! Me pongo roja como un tomate.

—Bueno, ha salido para ir al instituto, claro —añade mi hermana, no vaya a pensar el muchacho que soy una monja de clausura, o algo así.

¡Dios, pero qué par...! Yo las mato. Tienen menos empatía que un geranio. Intento contener las ganas de estrangular a mi familia mientras agarro mi cazadora y empujo a Hugo hacia la salida.

—Bueno, bueno, que nos tenemos que ir...

Mi madre se ha quedado callada, como pensativa, lo que me hace pensar que esta vez voy a conseguir sacar a Hugo de casa. Sin embargo, no tengo esa suerte...

—¡Un momentito! —dice mi madre—. Dejadme que os haga una foto.

Me da algo. Pero ¿qué le pasa a esta mujer? ¿No se da cuenta de que está avergonzándome? ¿Por qué actúa como si yo tuviese diez años? Intento expresarle todas estas quejas en una mirada furibunda, pero no debe darse cuenta, porque se apoya con familiaridad en el hombro de Hugo y le explica:

—Ay, Hugo, es que como Carla no se arregla nunca, ¡hay que aprovechar!

Hugo, que parece encontrar todo esto muy divertido, lanza una carcajada:

—Pues claro, como usted quiera, señora Vinci.

Mi madre suelta unas risitas.

—Ay, ¡pero qué educado eres...! Llámame de tú, de tú, por favor, que no soy tan mayor —dice coqueta mientras va a por la cámara.

Cuando, tras el humillante Momento Foto, consigo hacerme fuerte y arrastrar a Hugo a la calle, aún tengo que aguantar que diga entusiasmado:

—Oye, ¡tu madre y tu hermana son supersimpáticas!

Treinta y cuatro

Al salir del cine, Hugo se ha empeñado en ir a picar algo al Burguer King, donde acabamos de pedir dos menús completos —con hamburguesa, patatas y Coca-Cola—, más una ración de aros de cebolla y otra de palitos de queso rebozados para compartir. Enarco una ceja, mientras esperamos a que nos den las bandejas. Su concepto de «picar algo» me parece bastante... amplio, aunque no lo verbalizo.

El establecimiento está muy lleno pero, en el piso de arriba, encontramos una mesa libre junto a la ventana. Comemos, nos reímos, charlamos... Hemos comenzado hablando de películas, pero... —no me preguntes cómo, porque yo soy la primera sorprendida—, sin darme apenas cuenta, he acabado contándole un montón de cosas sobre mi vida, mi familia, mis primeras semanas en Madrid...

Cojo aire asombrada, saco mi pajita del papel y la clavo dentro del vaso de refresco. Es increíble, con lo reservada que soy, el ataque verborreico que estoy experimentando... Sacudo la cabeza y miro a Hugo de reojo. ¿Me habrá puesto algo en la bebida?

—¿Y regresareis a Zaragoza cuando tu padre vuelva? —pregunta él y da un bocado a su hamburguesa.

Pienso un poco. Me gustaría poder responder que sí, pero sé que mi padre tiene más oportunidades de trabajo fuera de España. Fue mi madre la que ancló su culo inquieto a Zaragoza durante tanto tiempo; sin ella... ¿quién sabe lo que hará mi padre tras pasar un año en Copenhague?

—No creo —digo mientras aplasto mi hamburguesa con la mano para que me quepa en la boca —Mi padre es científico; sus mejores ofertas de trabajo siempre han venido de otros países. De hecho, si no se ha ido antes ha sido por mi madre y por nosotras, por Julia y por mí.

Hugo analiza la información.

—Bueno, tampoco está tan mal —razona—. Podrás conocer mundo, viajar, aprender idiomas, tal vez estudiar algún año en el extranjero...

Por alguna razón, su respuesta me sorprende. No sé, esperaba que me compadeciera, como todo el mundo.

—Hombre, así pensado...

—Además, que tu padre esté fuera ahora te ha librado de elegir.

—¿Cómo de elegir?

—Sí, de elegir con quién quieres vivir. Imagínate qué marrón...

Me echo a reír. Tal vez debido a mi propia tendencia al drama, me gusta la forma de ver la vida de Hugo. Es... gratificante.

—¿Siempre le encuentras un lado positivo a todo? —pregunto.

Hugo se encoge de hombros con desenvoltura. Pienso de repente en lo cómoda que me encuentro con él. Me siento a gusto, relajada; no tengo que filtrar continuamente mis palabras. Y es una sensación agradable. Creo que podría acostumbrarme. Ladeo la cabeza mientras le observo, pensativa... Desde luego, esto no se parece nada a mi primera cita con Adrián, que fingía escuchar cuando en realidad, se limitaba a esperar su turno para volver a hablar.

—¿En qué piensas? —me pregunta Hugo entornando sus ojos negros.

Desde luego, no tengo ni la más mínima intención de compartir con él mis actuales pensamientos, así que sonrío y cambio de tema:

—¿Y tus padres? ¿Qué me dices de ellos? —pregunto antes de darle un nuevo mordisco a mi hamburguesa.

—A mi padre ya le conoces, creo. Es abogado y me llevo muy bien con él. La única pega que tiene es que trabaja demasiado, porque le acaban de hacer socio de su bufete. Y mi madre... bueno, murió en un accidente de coche.

—Vaya, lo siento...

—No te preocupes, no podías saberlo. —Creo que veo un destello de algo en sus ojos. ¿Tristeza? ¿Dolor?—. Además, fue hace mucho tiempo, yo era bastante pequeño cuando eso sucedió —dice mientras levanta la mano—. ¿Me trae más ketchup, por favor? —le pide a una camarera que pasa cerca.

Me siento un poco ridícula. ¡Yo pensando porque mi padre va a estar

un tiempo lejos, mientras que Hugo ha perdido a su madre para siempre...! Tal vez no estaría mal que fuese un poco menos quejica. Y más, teniendo en cuenta que hablo con mi padre todas las semanas y que dentro de poco voy a pasar un estupendo fin de semana en Copenhague... Mientras me abstraigo pensando en mi próximo viaje a Dinamarca, Hugo saluda con el brazo a un par de chicos. Miro de refilón y me doy cuenta de que se nos quedan mirando y cuchichean entre ellos. Me sonrojo. Hugo se da cuenta de mi apuro.

—Son de mi equipo de balonmano —explica.

—¿Juegas a balonmano? —tomo otro sorbo de mi Coca-Cola.

—Sí.

—¿Y eres bueno?

—Pues... nada del otro mundo. ¿Y tú? ¿Juegas a algún deporte? Con lo alta que eres, podrías ser buena en baloncesto.

—No, no se me dan bien los deportes de contacto... —digo, y siento una punzada de nostalgia al pensar en mi equipo de voleibol.

Se produce un silencio, durante el cual Hugo me mira con atención, como si hubiese detectado el pinchazo de añoranza en mi voz, y no supiese qué explicación darle.

—En mi antiguo instituto jugaba a voleibol y lo echo de menos —confieso.

—En este instituto también hay equipo de voleibol, ¿no lo sabías?

—Pues... sí —admito—, sí que lo sabía.

—¿Y por qué no te apuntas?

—Pues... —Dudo, pero, por alguna razón, decido contárselo. Supongo que me apetece desahogarme un poco con alguien—. Fui un día a ver un entrenamiento y... me dio la sensación de que las chicas eran mayores, y de que jugaban mucho mejor que yo.

—Pero Carla... —empieza a decir él. Y hay algo en el modo en que entreabre los labios para pronunciar mi nombre que hace que el corazón me lata con fuerza—, muchas de las chicas del equipo son de Bachillerato, pero hay dos chicas de tu clase, Sandra y Gloria, y una de la mía, Raquel. Además, ¿qué importancia tiene que tengan un año más o un año menos?

—Ya, pero... es que eran pijísimas, guapísimas y... —Hugo abre la boca y... ¡oh, error! Seguramente va a decirme que yo también soy

muy guapa o alguna galantería similar para que me sienta mejor, lo cual tendrá el efecto contrario, y hará que me ponga colorada por enésima vez delante de él, así que cojo carrerilla y sigo hablando sin dejarle intervenir—. ...Y, además, me dio la sensación de que tenían más nivel que yo, de que eran un grupo ya consolidado y de que no iba a encajar en el equipo. —Así, dicho en voz alta, suena inmaduro y poco consistente, la verdad.

Hugo me mira fijamente, como si pudiese ver a través de mí, pero no dice nada.

—Olvida lo que te he dicho —digo—, la verdad, no me apunté porque llevaban pantalones minúsculos. —Intento bromear para quitarle hierro al asunto.

Hugo se ríe, pero después va directo al grano.

—Vaya, que fuiste al entrenamiento y te acojonaste —dice.

Desde luego, su capacidad de síntesis es admirable. Y un poquito molesta, también. Me muerdo el labio. El resumen de Hugo está demasiado cerca de la verdad para que me sienta cómoda.

—Bueno, dicho así... —farfullo.

—Deberías apuntarte, Carla, no seas cobardica. No puedes pensar que no va a salir bien sin ni siquiera probarlo... ¿Sabes lo que te diría Séneca? —Hugo entorna los ojos y me apunta con una patata para dar más énfasis a sus palabras—: «Admira a quien lo intenta, aunque fracase».

La alusión a Séneca me hace gracia.

—¿Séneca? —Enarco una ceja—. Perdona, señor, ¿de qué siglo es usted?, ¿dónde ha aparcado su máquina del tiempo?

Hugo se ríe, pero me doy cuenta de que, por primera vez desde que nos conocemos, el que se ha ruborizado es él.

—No seas tonta —dice—. La frase sale en un libro que estoy leyendo. Pincho un aro de cebolla. Esto se pone interesante...

—¿Y qué libro es?

—Pues... —Hace una pausa, como si dudase sobre si contármelo o no—. Saqué unos libros sobre Psicología en la biblioteca y uno de ellos comienza con unas citas de filósofos antiguos.

—¿Te interesa la Psicología? —La verdad, no me lo esperaba—. ¿Desde cuándo? —añado.

—No sé... —vuelve a vacilar—. Desde que pienso que a lo mejor estudio eso cuando acabe el Bachillerato.

Me río.

—¿Por qué te hace gracia? —pregunta él entornando los ojos con aire suspicaz.

Bebo un trago de mi Coca-Cola.

—Creía que los chicos de tu edad no leían libros de Psicología. Al menos, no los que tienen tu aspecto. —Me atraganto con el refresco al darme cuenta de lo que acabo de decir. Rezo por no ruborizarme, pero no puedo evitarlo; el calor se me extiende por el pecho y el cuello, y luego por todo el rostro.

Finjo concentrarme en colocar bien la lechuga dentro de lo que queda de mi hamburguesa, pero sé que me está mirando; noto sus ojos negros clavados en mí.

—Creo que me tomaré eso como un piropo —dice tras una breve pausa, y cuando me atrevo a mirarle, está esbozando una sonrisa lenta y burlona—. Pues que sepas que las chicas con *tu aspecto* —pone un énfasis lento y deliberado en estas palabras— tampoco suelen ir por ahí leyendo libros sobre la antigua Roma —añade luego robándome un aro de cebolla.

Noto un vuelco en el estómago que se parece bastante a la felicidad. ¿Me está devolviendo el piropo?

De repente, caigo en la cuenta de que le estoy sonriendo de oreja a oreja. Tengo las mejillas arreboladas y la sensación de que me tiran los músculos de la cara; creo que es porque no estoy acostumbrada a sonreír durante tanto rato seguido...

Hugo se aparta el flequillo de la frente y me devuelve la sonrisa. Intento no respirar, para que no se esfume el hechizo que nos envuelve, pero el gesto ha hecho que su reloj se deslice hacia abajo por su muñeca, permitiéndome ver...

Abro mucho los ojos.

¿¿¿¿Las once y media????

¡Es imposible que ya sean las once y media!

—¡Dios, tenemos que irnos! —Me levanto de un salto—. ¡Mi madre me va a matar!

Treinta y cinco

Hugo baja de la moto, se quita el casco, y se pasa los dedos por el pelo, que se le ha quedado aplastado; cuando me mira, la confianza que transmite su postura me hace dudar. Yo también me quito el casco y sacudo la melena, enredada por el viento y la velocidad; mientras hago todo esto, miro en derredor, intentando evitar sus ojos.

—Bueno... —comienzo dubitativa. Estoy nerviosa; mis pensamientos están tan enredados como mi cabello. No sé si el fin de la primera cita tiene que acabar con un Primer Beso. Si es que sí, la verdad, no me apetece mucho. Solo he dado un Primer Beso antes y, para qué mentir, no tengo muy buen recuerdo de la manera en que la blanda lengua de Adrián irrumpió en mi boca como una especie de molusco viscoso e invasivo. No estoy segura de que me apetezca repetir la experiencia...

La voz de Hugo me saca de mis pensamientos:

—Vamos, te acompaño —dice.

Me obligo a apartar mis pensamientos de la lejana cita con Adrián y a procesar en mi mente lo que Hugo acaba de decir.

—¿Qué?

—Que te acompaño hasta la puerta —repite él.

—No hace falta —protesto débilmente. Si pudiera, me teletransportaría al interior de mi casa en un nanosegundo. Lo he pasado bien con Hugo; no quiero estropear el final de esta cita con una despedida incómoda...

—Si tu madre está en la puerta, te vendrá bien que vaya yo —insiste él y cuelga los cascos del manillar de la moto—. Me echaré la culpa de que llegemos tarde y asunto arreglado.

Recuerdo sus estupendos hoyuelos y cómo manejó la situación con doña Leonor en su despacho y accedo:

—Venga, vale —suspiro.

Caminamos hasta la puerta con precaución, yo delante y él detrás. No se oye nada.

—Parece que no hay moros en la costa —susurro.

—Mejor, ¿no? —pregunta él muy bajito.

—Sí —coincido. Y cuando me giro, me lo encuentro cerca, muy cerca.

«¿Demasiado cerca, tal vez?», susurra en mi interior mi sentido común, lanzándome una leve advertencia. Lleno de aire los pulmones, intentando tranquilizar los nervios que estrujan mi estómago.

—Lo he pasado muy bien, Carla —dice Hugo con suavidad, mientras su mano derecha se desliza por mi cintura.

Me apoyo contra la puerta. El estremecimiento de mis terminaciones nerviosas podría medirse en la escala de Richter. Intento que no se me note.

—Yo también —tartamudeo. Mi cuerpo entero bulle con una emoción extraña e indefinida.

«Dios, ¿pero qué me pasa con este chico?, ¿por qué tiene este efecto sobre mí?».

Hugo me mira fijamente y, por la expresión de sus ojos, que irradian calor, se que está pensando en besarme. Noto un calor en el pecho, una especie de llamada que surge desde algún recóndito lugar en lo más profundo de mi ser.

Quiero que lo haga. El pensamiento me martillea la cabeza tan fuerte como el corazón me aporrea el pecho. Y es un pensamiento que me sorprende, porque hace unos segundos estaba pensando justamente lo contrario.

Ladeo la cabeza confundida.

¿Quiero o no quiero?

Mientras yo dudo, Hugo se acerca más aún, hasta apoyar su frente contra la mía. A pesar del frío, su piel está caliente, como si tuviese fiebre. Su respiración es entrecortada.

Sigo echa un lío. Un delicioso y confuso lío... Y con Hugo tan cerca, no puedo pensar con claridad.

Levanto la cabeza un poco y nuestros ojos se encuentran. Hugo me mira fijamente y frunce un poco el ceño. A continuación, extiende la

mano y me toca los labios con la punta de los dedos. Siento que me derrito por dentro, pero al mismo tiempo...

Cierro los ojos. Una parte de mí quiere besarlo, pero la otra no está segura de que sea buena idea. Todo muy lógico, para no variar.

No es justo... En las películas todo es mucho más sencillo: los personajes saben cuándo tienen que besarse porque aparece una música romántica que no deja lugar a dudas. Pero yo, ¿cómo se supone que voy a saberlo, eh?

Ajena a mi debate interno, la mano de Hugo asciende por mi cuello y se enreda suavemente en las ondas de mi pelo. Abro los ojos al notar que su respiración se ha hecho más pesada y que el espacio que nos separa se ha reducido al máximo, hasta ser prácticamente inexistente; estamos tan cerca que creo notar en mi propio cuerpo los latidos de su corazón. Apoyo la mano en su pecho, sin saber muy bien si quiero acercarlo o empujarlo lejos de mí...

De pronto, Hugo se queda quieto, muy quieto, como si algo lo hubiese distraído. Me da la impresión de que contiene el aliento. Por alguna extraña razón, su repentina inmovilidad acaba con mis dudas. Mis dedos suben hasta llegar al límite de la camiseta con la suave piel de su cuello. Hugo me mira con más intensidad, si cabe, y sus ojos, tan negros que parecen toda pupila, contienen una pregunta. Una pregunta y un anhelo...

—Carla... —susurra él con voz ronca. Está tenso; lo tengo tan cerca que noto la tensión de su cuerpo en el mío.

Respiro profundamente. Pues claro que quiero besarlo. ¿Cómo he podido siquiera dudarle? Estoy a punto de pasar la mano por detrás de su nuca para atraerlo hacia mí cuando oigo crujir la tarima de madera y luego la puerta abriéndose, a mi espalda:

—¿Sabes que llegas más de media hora tarde?

La voz de mi madre me hace dar un respingo. Cada vez estoy más segura de que desciende directamente de un perro de caza. Hugo y yo tenemos el tiempo justo de separarnos antes de que la puerta se abra del todo.

—¡Estaba muy preocupada! —Mi madre me mira con reproche mientras se aprieta con fuerza el cinturón de la bata.

Abro la boca para responder, pero Hugo se me adelanta:

—Lo sentimos muchísimo, señora Vinci. —Su rostro es la viva imagen de la pesadumbre y el arrepentimiento—. Ha sido culpa mía: le dije a Carla que no se preocupase, que la alarma de mi móvil sonaría a las once, pero luego... se me olvidó encender el teléfono a la salida del cine. Lo siento mucho, de verdad.

Mi madre se cruza de brazos y me mira. Me ha venido bien que Hugo haya hablado primero; así he tenido tiempo de recomponer la expresión de mi rostro para que no delate lo que acaba de pasar...

—Mamá... —comienzo dubitativa.

—¡Ni mamá ni mamá! Deberías haber sido tú la que estuviese pendiente de la hora —me acusa mi madre—. Te creía más responsable.

Yo decido utilizar la baza emotivo-manipuladora; otras veces me ha dado resultado.

—Tienes razón, mamá —suspiro, rodeo su cintura con el brazo y le doy un beso en la mejilla—, ha sido la falta de costumbre, como salgo tan poco... ¿me perdonas?

Treinta y seis

Estoy en la cama. Debe de ser la una de madrugada por lo menos... Intento dormir, pero no lo consigo.

Hoy he acabado el día a lo grande, con una mentira aún más gorda que todas las precedentes: por primera vez en mi vida, he falsificado un justificante para faltar a clase. Me ha costado; he tenido que repetir la firma de mi madre unas veinte veces, pero creo que al final ha quedado muy bien. Lo voy a entregar mañana lunes, a segunda hora, en clase de Biología, para no ir a clase el martes. Trago saliva. Estoy nerviosa. Muy nerviosa. Espero que mi tutora no sospeche nada... Me siento fatal por este nuevo embuste, pero de ninguna manera puedo esperar hasta el sábado para ir al Desván de Braulio. Mordisqueo con furia la uña de mi dedo índice. Y, después de las últimas clases que me salté para ir a Guadalajara, faltar más sin un justificante de por medio sería un suicidio: mi tutora llamaría a mamá.

Suspiro profundamente.

Espero que mi madre no se entere de todo este lío de las faltas.

No quiero que me regañe ni que me castigue.

Además, tampoco quiero darle un disgusto, ahora que sé que es frágil y vulnerable...

Tiro de la ropa de cama hacia arriba y parpadeo en la oscuridad profunda de mi habitación. Esa puede ser otra de las razones por las que no consigo dormir: desde mi segunda incursión en el espejo, en mi cabeza da vueltas una tormenta de imágenes que no me dejan olvidar lo que vi...

La dureza de mi mirada.

Mis acusaciones.

Mi madre sollozando en la cocina de nuestro antiguo apartamento.

Yo gritándole que la odio.

Su aspecto triste, cansado, devastado.

Me estremezco sin poder evitarlo. Son como fogonazos de recuerdos que me persiguen; no hago más que verlos una y otra vez, sobre todo por las noches.

Me subo la manta aún más, hasta tapar la barbilla, como si eso fuese a arreglar el sentimiento de frío que me atenaza el estómago.

Hoy mi madre me ha echado una charleta por llegar tarde ayer, cuando salí con Hugo, pero al final no me ha castigado.

—No te voy a castigar, Carla —ha dicho seria.

—¿No? —he preguntado yo extrañada.

—No, porque confío en ti —ha respondido con firmeza—. Te creo cuando dices que no te has dado cuenta de la hora y que la próxima vez tendrás más cuidado. Pero considera esto como una advertencia, ¿eh?; si vuelves a llegar tarde, no habrá excusa que valga, ¿estamos de acuerdo?

Me revuelvo en la cama, incómoda. ¿Soy digna de tanta confianza? Yo creo que no...

Sin saber muy bien qué pretendo, me levanto y abro la puerta de mi cuarto. Hay luz en la habitación de mi madre. Miro la hora. Las doce y media. ¿Estará aún leyendo? Descalza y en pijama, atravieso el pasillo sigilosamente y, muy despacio, abro la puerta de su cuarto.

Mi madre se ha quedado dormida con la luz encendida, el libro abierto sobre el pecho y las gafas de leer apoyadas en la punta de su nariz. Entro en la habitación y me siento junto a ella, en el borde de la cama. Verla dormir me transmite una agradable sensación de tranquilidad. Duerme en su lado de la cama, muy pegadita al borde, como si esperase que en cualquier momento alguien llegase para ocupar el otro lado.

«El de mi padre».

Y es tan chiquitita que, sin el corpachón de mi padre, la cama parece enorme. Enorme y vacía. Eso me produce un poco de tristeza...

Casi me alegro de que esté dormida. No sé ni qué pretendía decirle, la verdad.

Le quito el libro, lo cierro y lo dejo sobre la mesilla. Le estoy quitando las gafas con mucho cuidado cuando abre los ojos.

—Carla —murmura adormilada.

—Mamá, te has quedado frita leyendo...

—Ya veo. —Se incorpora un poco en la cama—. ¿Querías algo, cariño?

—No...

Se incorpora del todo y me mira de hito en hito, ya totalmente despejada.

—¿No puedes dormir?, ¿te encuentras bien? —Sus ojos azules se entornan mientras me observa—. ¿Te duele la herida de la cabeza?

Me retira el pelo de la cara. Sus dedos son suaves, como los de un hada, y su tono transmite tanto amor que no puedo contenerme.

—Mamá..., perdona lo que te dije aquel día.

—¿Qué día? —Mi madre parece ahora alarmada—. Ay, madre, ¿se puede saber de qué hablas, cariño? —Aparta la manta y me toca la frente con la mano—. ¿De verdad que te encuentras bien?

—El día que me dijiste que nos mudábamos a Madrid me porté como una bruta, y esas cosas que te dije... —Trago saliva—. Bueno, pues no las pensaba, no las pienso, ¿sabes? Solo quería que supieses —me armo de valor— que lo siento, mamá.

Mi madre me observa con una expresión que no acierto a identificar. Creo que está... emocionada, porque tiene los ojos muy brillantes.

—Ya lo sé, cariño —dice tras unos segundos con voz trémula. Cierra los ojos como si estuviese luchando contra algo y, de repente, me doy cuenta de que sí que está luchando contra algo: contra las ganas de llorar.

Es curioso. Cuando era pequeña —y hasta hace bien poco—, mi madre me parecía inquebrantable, sólida como una roca en contraste con su pequeño tamaño. Solo ahora, en los últimos meses, me voy dando cuenta de que no es tan irrompible como pensaba, de que el divorcio ha hecho que se le vean las fisuras... Me pregunto qué más cosas de mi madre desconozco. ¿No es raro hasta qué punto puedes conocer a alguien sin llegar a conocerlo en absoluto?

Mi madre parece querer decir algo, pero en vez de hablar, me abraza. Mi cabeza encaja en su hombro como si fuese la pieza del puzle que faltaba. Suspiro. Igual es la primera vez en mi vida que me disculpo por algo sin que me obliguen o sin esperar algo a cambio. Y tal vez debería hacerlo más a menudo, porque... ¡Dios, qué bien sienta!

Treinta y siete

Es un local bastante viejo, con los cristales del escaparate casi opacos por el polvo. Se me ocurre que, si no hubiese ido buscándolo, jamás me habría fijado en él. El rótulo que indica el nombre —El Desván de Braulio— es pequeño y está un poco caído, y las letras, negras sobre fondo marrón, apenas llaman la atención... Entorno los ojos. Es como si también el rótulo quisiese contribuir, de alguna manera, a que el establecimiento pase desapercibido.

Llevo más de diez minutos observándolo desde fuera, sentada en un banco de la plaza y ensayando qué decir a... quien quiera que sea que encuentre dentro. La verdad, no me está resultando fácil dar con las palabras adecuadas. A ver, tiene que ser algo claro —que no deje lugar a dudas sobre cuál es el espejo por el que pregunto—, y al mismo tiempo, lo suficientemente ambiguo como para permitirme una escapada digna —es decir, que no parezca que estoy como un cencerro —, en caso de que el propietario de esta tienda de antigüedades no sepa ni de qué le hablo.

Finalmente, me armo de valor y entro en la tienda. Lo que veo mejora mi primera impresión. Aunque es un establecimiento algo decrepito, la profusa y variopinta mezcla de objetos que lo pueblan —candelabros, lámparas, baúles, cuadros, libros antiguos, adornos de forja...— le da un encanto muy particular.

«Atípico, decadente y algo casposo, pero encanto, al fin y al cabo».

Un anciano de pelo entrecano y cejas prominentes, con una edad más apropiada para estar jubilado que al frente de un negocio, me observa desde el mostrador. Sus ojos curiosos, a medio camino entre el azul y el gris, y rodeados de multitud de arrugas, están separados por una enorme nariz.

—Buenos días, jovencita. —En contraste con su aspecto añoso, su voz

es firme y bien timbrada—. Soy Braulio, ¿en qué puedo ayudarte?

Después de más de diez minutos pensando en la forma adecuada de decirlo, finalmente tomo aire y lo suelto tal cual y, además, de corrido:

—Buenos días, me llamo Carla y quería saber si por casualidad saben algo de un espejo de cuerpo entero muy grande que llegó hace algunas semanas a mi casa sin remite. Es de color caoba y tiene tres líneas cinceladas que recorren todo el marco. Si no saben nada, debe ser que me he equivocado de tienda... —añado sin olvidar el importantísimo asunto de la «salida digna».

Se hace un breve silencio.

—Vaya, vaya, vaya... —Braulio entorna sus ojos grisáceos, arruga su enorme narizón y me mira con atención—. ¡Rosaaaa! —llama.

Una voz de mujer le responde desde lo que imagino que debe de ser la trastienda.

—¿Quééééééééééé?

—Ven aquí, mujer, quiero mostrarte algo.

Tras unos segundos, una señora regordeta aparece por la puerta que hay detrás de Braulio. Es bajita y lleva el pelo blanco recogido en un moño flojo. Sus mejillas son redondas y sonrosadas como las de un gnomo y, a juzgar por sus líneas de expresión, acostumbran a sonreír.

—Rosa —dice el anciano, señalándome con cierto aire pomposo y teatral—, te presento a la nueva propietaria del *Speculum Veritatis*.

—Bienvenida. —Sonríe ella—. Nos preguntábamos cuándo vendrías.

Su comentario me parece bastante raro —¿cómo iban a saber ellos que yo iba a acudir a su tienda?—, pero apenas consigo farfullar una respuesta inteligible, porque una bombilla se ha encendido en mi cabeza al escuchar el extraño nombre que Braulio ha dado al espejo.

«¡*Speculum Veritatis!*!». Estas dos palabras rebotan entre las paredes de mi cráneo como una enloquecida pelota de *pinball*.

—*Speculum veritatis* significa «espejo de la verdad», en latín —me aclara Braulio, como si hubiese leído mi mente.

¡Por supuesto! El nombre le viene al pelo. ¿Acaso no me ha dicho la verdad en todas las ocasiones en que lo he utilizado? Primero me mostró el examen de Biología y... ¿no habían sido ciertas las preguntas, una por una? Luego me mostró la discusión que mantuve

con mi madre el día que me dijo que nos mudábamos y, ¿no había presenciado la conversación exacta, palabra por palabra, tal como aconteció aquel día? Aprieto la mandíbula. Sí, sí, sí. En mi cabeza, las piezas comienzan a encajar... Es más, en cada una de las ocasiones en que he oído los pensamientos de los demás, ¿qué eran, sino verdades como puños? De repente, recuerdo las palabras grabadas en la primera línea del espejo, *Veritati serviunt*, y todo cobra más sentido aún si cabe...

Salgo con dificultad de mi embeleso.

—¿Salió de aquí ese espejo, ese... ejem, *Speculum Veritatis*?

—Sí, salió de aquí.

—¿Y quién me lo ha enviado?

Braulio me mira de una forma rara: como si estuviese loca o como si pensase que bromeo.

—Nadie te lo ha enviado —dice con cautela, pronunciando cuidadosamente todas las sílabas—. El *Speculum Veritatis* nunca interrumpe su eterno viajar y siempre es él quien decide a dónde dirigirse.

Decido obviar que está hablando del espejo como si en lugar de un mueble fuese un turista adinerado escogiendo su próximo destino de vacaciones. En cambio, le sigo la corriente:

—Bueno, y ¿por qué «decidió», según usted, venir a mi casa, concretamente a mi habitación?

El anciano se toma un tiempo para reflexionar antes de responder:

—Pues no lo sé... Dime, ¿estás pasando por un momento particularmente difícil de tu vida?

—Braulio, ¡no seas tonto! —le interrumpe cariñosamente su mujer—. A su edad, todo el mundo pasa por momentos complicados. ¡Los adolescentes son criaturas atormentadas, siempre a punto de morir, metafóricamente hablando, claro! —Se acerca a mí y me dice más bajito, como si fuera una confidencia—. Algunos dicen que es por eso que el noventa por ciento de la gente que entra en el espejo, los caminantes, tiene aproximadamente tu edad.

La pregunta de Braulio me ha pillado por sorpresa, y el comentario de Rosa me ha terminado de noquear. Pienso en el divorcio, en la mudanza, en la nueva ciudad, en el nuevo instituto, en las discusiones

con mi madre, en lo lejos que está mi padre, en mis sentimientos hacia Hugo...

—Pues... sí, podría decirse que sí estoy pasando por una época difícil —reconozco finalmente.

Braulio asiente, satisfecho.

—Los momentos difíciles en la vida de uno a veces abren fisuras en el entramado convencional de nuestras mentes que hacen posible la entrada de elementos anómalos como el *Speculum Veritatis*.

Me doy cuenta de que tengo la boca ligeramente entreabierta y la cierro de golpe. ¿Fisuras en el entramado convencional de nuestras mentes? ¿Elementos anómalos? ¿De qué está hablando este hombre? No he entendido nada de lo que acabo de oír, pero una idea muy clara se perfila en mi mente: o Braulio está muy loco, o realmente sabe mucho.

—¿Y en qué consiste ese... elemento anómalo? —pregunto.

—El elemento anómalo es el propio espejo —apunta Rosa.

—El *Speculum Veritatis* permite que se entrecrucen distintos planos dimensionales de la realidad, permitiendo a quien entra visualizar presente, pasado o futuro, en función de su elección —explica Braulio sonriendo con dulzura a su mujer.

Suena de locos, pero sé que me está diciendo la verdad. La primera vez el espejo me mostró el futuro; y la segunda, el pasado.

Braulio parece leer mis pensamientos porque, de repente, baja la voz y pregunta:

—¿Cuántas veces has entrado?

—Dos.

«Y no pienso entrar ni una más», pienso para mis adentros. Estoy a punto de decírselo, cuando Braulio murmura:

—Mmmm... Rosa tiene razón, has esperado mucho para venir. —Su expresión se ha fruncido en un gesto de preocupación.

Abro la boca para preguntar cómo se supone que podría haber venido antes si ni siquiera sabía que tenía que ir a algún lado, ni mucho menos dónde, cuando Braulio vuelve a hablar, aún más bajito:

—¿Y te has topado con algún vigilante? —pronuncia la palabra «vigilante» con aprensión, lo noto perfectamente.

No me preguntes cómo, pero nada más escuchar la palabra, sé a

quién se refiere. La imagen de un hombre, de mirada dura y labios apretados, se estrella contra mi cabeza como un tren de mercancías: vuelvo a ver el odio en sus ojos, la rabia que emana de cada poro de su piel mientras corre a mis espaldas intentando atraparme. Me estremezco.

—Sí, vi a uno. —Respiro hondo, aliviada de poder compartir la horrible experiencia con alguien—. Fue terrorífico. Tuve la sensación de que venía a por mí, de que quería hacerme daño.

—Es que iba a por ti, querida, y en cuanto a sus intenciones... — Braulio carraspea—, tampoco ibas muy desencaminada.

—¡Pues escapé por los pelos!

El anciano suspira profundamente.

—Escúchame con atención, Carla. Como te he explicado antes, el espejo crea una anomalía, una especie de efervescencia espacio-temporal por la que puedes atisbar por un tiempo limitado la grieta de lo verdadero en distintos momentos de tu vida. Pero como comprenderás, esa anomalía es un desorden pasajero, no está en su naturaleza... perdurar. —Hace una breve pausa antes de mirarme fijamente—. ¿Has observado que a veces el espejo parece temblar, que su misma imagen parece volverse borrosa?

—Sí —murmuro.

—Ese es el momento de volver, Carla. Ese temblor anuncia que el tiempo se acaba, que la anomalía va a finalizar, que el agujero espacio-temporal va a cerrarse y, si no has entrado en el espejo antes de que eso suceda, quedarás atrapada para siempre.

Noto la boca seca. ¿Atrapada para siempre? «Siempre» es una palabra demasiado seria, demasiado definitiva, demasiado absoluta. Debe estar de broma...

—¿Cómo que *para siempre*?

—Para siempre. Los vigilantes fueron en otro día caminantes, Carla, ¿no lo entiendes? —Se impacienta Braulio—. Gente como tú, que entró en el espejo y no logró alcanzar la entrada antes de que desapareciese, y se quedaron atrapados en una dimensión que no era la suya.

—¡Oh, Dios, es horrible! —Y de golpe y porrazo, entiendo la expresión de rabia, odio y frustración de mi perseguidor.

—A largo plazo, el choque temporal que implica el espejo acaba afectando al cerebro de los caminantes atrapados. Su vida sigue en el *Veritatis Mundum*, pero ellos... —Mientras habla, Braulio niega con la cabeza—. Con el tiempo, su cordura se ve alterada; acaban olvidando quiénes son, de dónde vienen, a sus seres queridos, sus antiguas costumbres... Podría decirse que, según crecen en esa otra dimensión, dejan de ser humanos.

Me estremezco y trato de asimilar todo este torrente de información. Recuerdo que, cuando vi al vigilante, su mirada me aterrorizó porque faltaba algo en ella. Ahora sé lo que era: faltaba la humanidad, la capacidad de mostrar compasión, bondad, comprensión...

Abro la boca de nuevo para preguntar más cosas, pero en ese momento, la puerta de la tienda chirría a nuestras espaldas. Acaba de entrar un cliente, un tipo joven y trajeado.

—Buenos días —saluda con desenvoltura, mirando en derredor—. Verán, necesito una cómoda antigua para amueblar una casa rural.

—Ahora mismo le atiendo, caballero —sonríe Rosa—. Braulio, ¿por qué no pasas tú al almacén con la joven, a ver si allí tenemos lo que busca?

—Muchas gracias —mascullo, mientras sigo dócilmente a Braulio hacia la trastienda.

Treinta y ocho

La trastienda es una habitación pequeña, a medio camino entre una sala de estar y un almacén. Tiene un sofá y una mesita, y este escaso mobiliario está rodeado de cajas, baúles, paquetes, libros, y todo tipo de cosas colocadas unas encima de otras en un equilibrio tan precario, que temo que en cualquier momento se nos venga todo encima...

Aun así, tomo asiento en el sofá e intento ignorar las torres de objetos que se ciernen sobre mí. Me alegro de poder seguir charlando con Braulio lejos de oídos indiscretos, porque ahora que ya sé qué es el espejo, estoy decidida a llegar hasta el final.

—Cuéntame más cosas sobre el *Speculum Veritatis* —pido.

Braulio entorna sus ojos grises y se acomoda junto a mí.

—Escúchame bien, Carla —dice alzando la voz; y capto en su tono una intensidad especial, un matiz de urgencia—. Cuando entres en el espejo, has de quedarte cerca de él para volver a entrar si ves que el marco tiembla o se difumina, y también para poder huir si aparece un vigilante.

—¿Qué ocurriría si me atrapase un vigilante?

La respuesta de Braulio no se hace esperar:

—Si un vigilante te atrapa, no te dejará salir. Y si te quedas dentro, te convertirás en uno de ellos.

¡Convertirme en un vigilante! La idea es tan espeluznante que siento como se me pone de punta el vello de los brazos.

—Pero... ¿cómo es eso posible? —atino a preguntar.

—Carla, se sabe muy poco sobre el *Speculum Veritatis* —Braulio se encoge de hombros—. De hecho, su existencia ni siquiera ha sido oficialmente reconocida, pero todos los caminantes cuyos testimonios he tenido la oportunidad de conocer, coinciden en eso: los vigilantes son muy peligrosos. Hay que mantenerse lejos de ellos.

—La primera vez no aparecieron —murmuro pensativa.

—Porque no estuviste dentro el tiempo suficiente. —Aquí Braulio hace una pausa y acerca su cara a la mía—. Pero créeme, si te quedas en el *Veritatis Mundum* más tiempo del recomendable, los vigilantes acabarán apareciendo. Siempre lo hacen —añade. Sus labios se curvan de forma sombría en un amago de triste sonrisa. —Se sienten tan atraídos por los caminantes como las moscas por la miel...

Intento apartar de mi cabeza cualquier tipo de recuerdo relacionado con esos espantosos vigilantes y miro el reloj preocupada. Se está haciendo tarde; debo irme si no quiero que mi madre descubra que he faltado a clase...

—Me tengo que marchar —digo.

Braulio asiente.

—No olvides lo que hemos hablado hoy, Carla: cuando vuelvas a entrar en el *Speculum Veritatis*, debes tener muy presente lo que te he contado.

Suelto una carcajada.

—No se preocupe, no tengo la menor intención de volver a entrar en ese espejo.

Braulio da una especie de respingo. Es un gesto poco evidente, pero a mí no me pasa desapercibido. A continuación, me mira fijamente, sin parpadear, durante un tiempo que se me antoja eterno.

—¿No vas a entrar de nuevo? —pregunta finalmente.

Yo abro los ojos asombrada.

—¿Y eso le sorprende? —Extiendo el brazo derecho y le señalo las marcas blanquecinas con forma de media luna que las uñas del vigilante dejaron al clavarse en mi antebrazo—. Esto me lo hizo un... uno de *ellos* la segunda vez que entré.

Braulio inhala profundamente y examina con atención las marcas de las uñas en mi piel.

—Vaya, es cierto que escapaste por los pelos...

—Así es —suspiro—. Ahora entenderá que no tenga ninguna intención de entrar otra vez.

El anciano guarda silencio y aprieta los labios durante un momento, como si estuviese debatiéndose entre hablar o callarse.

—¿Es que no has visto las inscripciones del espejo? —pregunta. Y el

matiz de ansiedad que percibo en su voz me pone en guardia al instante.

—Sí, claro que he visto las inscripciones del espejo —contesto un poco a la defensiva.

Braulio asiente tenso.

—Esas tres inscripciones muestran... —titubea. Carraspea varias veces antes de continuar—: Muestran los axiomas que rigen el comportamiento del espejo. Son una especie de... reglas, algo así como el manual de instrucciones para acceder al *Veritatis Mundum*.

Se hace un nuevo silencio que, igual que el primero, no sé cómo interpretar. Cambio de postura en el sofá, incómoda, y vuelvo a mirar el reloj. Me estoy impacientando un poco. Braulio le está dando mil vueltas al asunto; si quiere decirme algo, ¿por qué no habla a las claras?

—No lo entiendo. —Me cruzo de brazos y doy pequeños golpecitos en el suelo con el pie.

—La primera frase es *veritati serviunt*, que significa «sirvo a la verdad»...

—Sí, lo sé —le interrumpo impaciente—, *necessitate est clavem* es la segunda, y quiere decir «la necesidad es la clave»; la tercera es *omne trinum perfectum*, que viene a decir algo así como «todo tres es perfecto» —termino.

—Exacto... —Braulio suspira—. Todos los caminantes entran tres veces en el *Speculum Veritatis*. Eso es lo que quiere decir esta tercera frase, tal vez la más enigmática de las inscripciones del espejo: que tres es el número adecuado de veces que has de caminar por el *Veritatis Mundum*.

—¿El número adecuado para qué?

—Para que el espejo cumpla su misión.

—¿Y cuál es su misión, si puede saberse?

Se hace un breve silencio, durante el cual los dedos de Braulio se retuercen nerviosos.

—Eso es algo que yo no puedo desvelarte, Carla, pero que averiguarás tú cuando entres las tres veces.

Me viene a la mente mi propia imagen gritándole a mi madre que la odio y, después, la de mi madre, llorando desconsoladamente.

Recuerdo el aliento gélido del vigilante en mi nuca, la marca de sus uñas en mi antebrazo... Niego con la cabeza.

—Pues me quedaré sin saberlo —digo poniéndome de pie—, porque no tengo la menor intención de volver a entrar. Lo que sí voy a hacer, en cambio, es deshacerme del espejo. —Esta última frase se me ha ocurrido sobre la marcha y la he soltado casi sin pensar, pero me doy cuenta de que tiene un profundo efecto sobre Braulio, que se estremece.

—Pero... —El anciano se pone de pie. Su expresión es de desconcierto. Y también de inquietud. Abre la boca. Me da la sensación de que va a continuar insistiendo...

—No se esfuerce —le interrumpo mientras salgo de la trastienda—. No va a convencerme, aunque, de todas formas, le agradezco muchísimo todo lo que me ha contado. —Sigo caminando hacia la salida—. Usted y Rosa han sido muy amables, gracias.

Mientras abro la puerta para largarme, noto las miradas... ¿reprobatorias? de Braulio y Rosa clavadas en mi nuca. Salgo a la calle y aspiro con fruición el fresco aire de la mañana.

—Carla, ¿me aceptas un último consejo?

Es Braulio; su enorme nariz asoma por la puerta entreabierta de la tienda.

Frunzo el ceño.

—Claro —respondo, más por educación que por verdadero interés.

Pero una vez más, el anciano consigue sorprenderme:

—¿Has hablado con alguien del *Speculum veritatis*? —pregunta casi con timidez.

Niego con la cabeza y Braulio exhala un suspiro de alivio.

—Es mejor que no lo hagas —dice.

—¿Por qué? —pregunto levantando la barbilla con cierto aire desafiante.

—Porque nadie va a creerte y... no quiero que tengas problemas. Verás... —Braulio parece haberse dado cuenta de que nuestra conversación está en el tiempo de descuento porque se aturulla un poco al hablar, como si tuviese prisa—. El *Speculum Veritatis* lleva siglos cumpliendo su misión y, aunque ha quedado constancia escrita de esta circunstancia en documentos de muchas y variadas épocas,

siempre se ha negado su existencia, disfrazándola de leyenda, de cuento popular... —alza las manos en un gesto ambiguo—, lo que sea.

Me muerdo el labio. Recuerdo fugazmente mis búsquedas por internet, y lo que leí en los libros de la biblioteca y, de alguna forma, sé que Braulio no me está mintiendo. De repente, tengo la sensación de que el *Speculum Veritatis* es una telaraña que quiere atraparme, una telaraña en la que se han quedado pegadas muchas personas antes que yo...

—La existencia del *Speculum Veritatis* siempre se ha negado y siempre se negará —añade Braulio con un suspiro resignado.

Muy a mi pesar, ha vuelto a captar mi atención.

—¿Por qué? —pregunto.

El anticuario tarda un poco en responder.

—La mayoría niega su existencia porque no podrían soportar saber que algo así es real —dice, sonriendo enigmáticamente y, de nuevo, me da la sensación de que hay cierta tristeza en el modo en que frunce los labios mientras me observa—. El escepticismo es la mejor defensa ante un temor insoportable: el temor de que algo que no tiene explicación sea cierto.

Treinta y nueve

Mi mente está hecha un revoltijo.

Pero un revoltijo feliz...

Por un lado, me siento satisfecha conmigo misma por haber conseguido resolver el misterio del espejo. He averiguado su procedencia, tal como me había propuesto y, además, he tomado una decisión: no volver a utilizarlo. Eso me hace sentir bien, como si me hubiera quitado un gran peso de encima...

«Asunto cerrado».

Por otra parte, mañana es jueves, día de... ¡prácticas de laboratorio! Creo recordar que mañana son de Química, en vez de Biología, aunque la verdad es que a mí me da exactamente igual; si esta vez tocase diseccionar una babosa de jardín, estaría igual de emocionada, porque lo realmente importante es que en las prácticas de laboratorio juntan a las dos clases de 3.º de la ESO, con lo cual... ¡volveré a coincidir con Hugo!

Solo de pensarlo siento un hormigueo en el estómago: las avispas asesinas han regresado, y no paran de zumbar dándole vueltas al Momento Casi Beso. Desde que he solucionado lo del espejo, solo puedo pensar en ese momento, que he rememorado cientos de veces. Y en todas y cada una de las ocasiones, el recuerdo me corta la respiración.

No sé qué me ocurre. Me han gustado otros chicos antes, pero lo de Hugo es distinto. No paro de darle vueltas intentando comprender cómo, cuándo y dónde han aparecido esos sentimientos tan intensos hacia él. Y mañana... Pensar en volver a tener a Hugo cerca me provoca inseguridad, miedo, curiosidad, y una especie de explosión interior que nunca antes he sentido. A lo mejor la mudanza me ha trastocado las hormonas o algo así..., ¿es eso posible?

Con esos enrevesados pensamientos circulando dentro de mi cabeza, abro la puerta de casa, cuelgo las llaves en nuestro nuevo soporte — que, gracias a la buena disposición de San Mauro, ya está instalado en el recibidor—, y camino hasta el salón, donde mi hermana Julia está planchando meticulosamente una camisa. Está tan abstraída en su labor de planchado que creo que ni siquiera me ha oído entrar. La observo divertida mientras me quito la mochila y la dejo sobre la mesa. No lo hace mal, pero va tan lenta...

—Al paso que vas, cuando termines de planchar esa camisa se habrá pasado de moda, cielo —le dice mi madre, que aparece en ese mismo instante por la puerta de la cocina armada con una cámara de video.

Julia gruñe y yo me río.

—Eso si alguna vez lo estuvo —apunto. Y escruto con exageración las mangas acampanadas.

Mi madre se ríe conmigo, mientras, apoyada en el quicio de la puerta, toca varios botones de la cámara.

—No tenéis ni idea de moda... —refunfuña Julia adoptando una expresión de mártir que nos hace reír aún más.

—¿Qué tal si la estrenas el viernes para ir a la granja-escuela esa? —pregunto con el único propósito de hacerla rabiar.

Julia deja de planchar:

—¡Mamá, dile que me deje en paz! —grita indignada.

—Carla, deja de pinchar a tu hermana —me ordena mi madre con escaso convencimiento, aún concentrada en la cámara de video que tiene entre las manos.

Me descubro de pronto pensando lo agradable que es reír, y lo poco que lo he hecho desde que llegué a Madrid. Sin venir mucho a cuento, me vuelve a venir a la cabeza la imagen de Hugo, la intensidad con la que me miraba, el contacto de su mano en mi cadera y de mis dedos en su cuello, la manera en que el tiempo pareció quedar suspendido entre nosotros...

Sonrío extasiada. La perspectiva de volver a verle mañana me produce un sentimiento cálido y turbador al que prefiero no intentar poner nombre. Me esfuerzo por amordazar la sonrisa; es demasiado amplia, demasiado intensa, para lo que mi familia acostumbra a ver en mi rostro y no quiero que me fríen a preguntas. Por suerte, Julia

ha vuelto al planchado y mi madre parece estar concentrada en otras cuestiones...

—A ver, chicas —dice al cabo de unos segundos, conforme por fin con los ajustes que ha hecho a la cámara—. La próxima semana es el cumpleaños de vuestro padre, así que había pensado grabaros en vídeo felicitándolo, y luego enviárselo por Skype. ¿Qué os parece?

—Me parece muy buena idea, mamá —digo sintiéndome un poco avergonzada por haber olvidado el cumpleaños de papá.

Julia ha dejado de planchar y observa a mi madre con una expresión extraña.

—¿Tú también saldrás en el vídeo, mamá? —pregunta.

Se hace un silencio breve e incómodo, durante el cual mi madre limpia con una insistencia innecesaria la lente de la cámara con una esquina de su jersey.

—No, yo no saldré —dice finalmente con cierta rigidez—. Bueno, ¿qué tal si os sentáis en el sofá? Es buen sitio para grabar, ¿verdad? —pregunta. Y hace ese gesto, tan característico en ella, que consiste en apartarse un mechón rubio de los ojos, ese pequeño gesto que tan bien conozco, que la hace parecer joven y vulnerable.

—Vale —digo yo, mientras me acomodo entre los cojines y me aclaro la garganta. Se me ocurre de repente que es bonito que mi madre quiera enviar un vídeo nuestro a mi padre, aunque ya no estén juntos. Es bonito y, a la vez, triste. Cierro los ojos con fuerza. Hoy prefiero fijarme en el lado bonito...

El sofá se mueve cuando Julia se sienta junto a mí, sobresaltándome.

—Carla... —Mi hermana me mira de arriba a abajo y arruga la nariz—. ¿Podrías arreglarte un poco esos pelos? ¿Y tal vez ponerte un poco de cacao en los labios? Los tienes todos agrietados y... —Señala con un pequeño gesto condescendiente hacia mi madre y la cámara de vídeo—. Ya sabes, estas cosas quedan para siempre.

Cuarenta

Nado a contracorriente en un mar de estudiantes distraídos hasta que alcanzo el laboratorio. Miro el reloj. Llego...

Unos minutos antes de la hora.

Doña Milagros enarca exageradamente las cejas, como dejando muy claro que esto es algo inusual en mí y que está muy, pero que muy sorprendida. A diferencia de la semana pasada, en la que iba de rubia, el pelo de mi profesora de Química tiene hoy un tono cobrizo fuerte, casi pelirrojo. Rezo para mis adentros para que el cambio de *look* haya suavizado su carácter porque esta es, junto con doña Leonor, la más severa y estricta de mis profesoras.

Mientras me siento, busco a Hugo con la mirada. No está. Saco mi cuaderno de prácticas, un boli y un portaminas. ¿Dónde se habrá metido? Frunzo el ceño pensativa. Me hago una coleta; doy una, dos y tres vueltas a la goma del pelo, hasta que queda bien prieta...

Absorta en peinarme, no lo oigo acercarse.

De pronto, sin previo aviso, está delante de mí, apoyado sobre la mesa.

—Hola —dice, y yo doy un respingo en la silla que hace que el boli y el portaminas caigan al suelo.

—Hola —saludo, mientras me agacho a recogerlos.

Él se agacha también.

—¿Cómo estás? —pregunta en cuclillas junto a mí.

—Bien —respondo; mis pulsaciones se aceleran—. ¿Y tú?

—Bien —dice él. Se levanta y tira de mí hacia arriba, ayudándome a ponerme de pie. Aunque breve, el contacto hace que me estremezca.

Hugo deja el boli y el portaminas sobre mi mesa y me mira. En sus ojos hay una expresión que no logro identificar.

—Escucha, Carla... —comienza, y luego hace una pausa y frunce un

poco el ceño, como si meditase sobre lo que va a decir—. Estos últimos días he pensado mucho en...

—¡SEÑORITA VINCI, SEÑOR ÁLVAREZ! —El grito de doña Milagros hace que se me ponga la piel de gallina—. Siento interrumpir su *apasionante* conversación, pero me gustaría empezar la clase, si les parece bien, claro... —Su tono es tan sarcástico que tanto Hugo como yo nos sentamos y clavamos la vista en nuestros cuadernos, avergonzados.

Solo cuando la clase está tan silenciosa que se podría oír el vuelo de una mosca, mi profesora comienza a explicar los fundamentos de la práctica que vamos a hacer hoy. Me esfuerzo por concentrarme en sus palabras: al parecer, estamos a punto de comprobar cómo las reacciones de oxidación-reducción de una molécula llamada «azul de metileno», son capaces de variar el color de una disolución...

Hugo se inclina hacia mí:

—¿Te regañó mucho tu madre el sábado por llegar tarde? —susurra en mi oreja, provocándome un escalofrío.

—No demasiado —susurro en respuesta—, ni siquiera estoy castigada.

—Uff, me alegro —dice en voz baja y aliviada.

— ¿Y a ti?, ¿te dijo algo tu padre?

Hugo hace un ademán con la mano, como restándole importancia al asunto.

—Mi padre ni siquiera había vuelto del despacho cuando llegué —dice.

—¿A las doce de la noche, un sábado? —pregunto con un susurro escandalizado.

Hugo me mira. Creo detectar una sombra de tristeza cruzando sus ojos, pero es algo tan rápido que, un instante después, no sé si la he visto de verdad o si la he imaginado.

—Ya te dije que trabajaba mucho —dice en tono neutro, encogiéndose de hombros.

—Ya, pero...

En ese momento, doña Milagros da un tremendo golpe en la mesa con la palma de la mano.

—¡Carla Vinci y Hugo Álvarez, os aviso por última vez! —grita,

echando para atrás su nueva melena pelirroja—, inada de hablar! La próxima palabra que oiga será seguida de una expulsión y una visita a la jefa de estudios... y esto va por todos —sisea furiosa, mientras recorre la clase con la mirada.

Hugo cierra la boca de golpe y fija la vista en la mesa con expresión contrita.

Mientras, yo saboreo la sensación de oír su nombre junto al mío.

«Carla Vinci y Hugo Álvarez».

Me parece que quedan bien juntos. Sé que este pensamiento es cursi, ridículo e infantil, pero me hace sonreír. Intento imitar a Hugo y plasmar una expresión de seriedad en mi cara, pero me es imposible; es como si alguien me hubiese cosido la sonrisa a la boca. Agacho la cabeza fingiendo estar absorta en mi cuaderno para que doña Milagros no vea mi sonrisa incontenible y se piense lo que no es...

Por suerte, mi profesora parece darse por satisfecha con el silencio sepulcral que ha seguido a su estallido y sigue con su explicación. Que si habrá que mezclar no sé qué sustancias químicas en el matraz. Que si las reacciones redox. Que si el tubo de ensayo. Que si el cambio de color de la disolución debido a no sé qué... Bla, bla, bla.

En algún momento durante su cháchara, Hugo desliza un trozo de papel de su cuaderno hacia mí, como quien no quiere la cosa, y sin desviar la vista de la profesora. Pongo la nota debajo de mi propio cuaderno y espero a que doña Milagros se dé la vuelta para leerla. La espera se me hace eterna, pero no quiero que nos eche otra regañina...

Cuando leo lo que Hugo ha escrito, tengo que hacer verdaderos esfuerzos por mantener mi expresión bajo control.

Carla:

Tenemos que hablar.

Y creo que no lo vamos a poder hacer en clase, así que...

Qué te parece este fin de semana?

Me das tu móvil?

Garabateo mi número al final de la nota de Hugo y se la paso.

Cuando la coge, nuestros dedos se rozan por accidente. Siento como si una corriente eléctrica me atravesase. Retiro rápidamente mi mano hacia el regazo y lo miro de reojo. Alcanzo a ver un indicio de hoyuelo en una de sus mejillas mientras se guarda la nota en el bolsillo de los vaqueros.

Cuarenta y uno

Nada más entrar en casa, oigo la voz de mi madre. Viene de la cocina y suena alegre.

—Sí, mamá, se están adaptando muy bien —escucho.

Un silencio. Está hablando por teléfono y ha dicho «mamá», así que habla con la abuela Lola. Y creo que habla de nosotras, ¿no?, de Julia y de mí... Me quedo en suspenso, inmóvil como una estatua, atrapada por una curiosidad imposible de vencer.

—Julia ya tiene una muy buena amiga de la que casi no se separa.

No sé qué debe decirle la abuela, pero mi madre se ríe con ganas.

—Sí, ya la conoces. No paran. Se pasan el día de compras, viendo series de vampiros y bichos raros, o por la calle, con otros amigos, no sé muy bien dónde...

Un nuevo silencio.

—Ya lo sé, mamá, ya lo sé... —Suspira, y oigo cómo abre la puerta del frigorífico—. ¿Crees que no me doy cuenta? Tiene solo trece años, pero miedo me da cuando esa niña se haga más mayor. ¡Es de armas tomar, tú lo sabes muy bien!

«De armas tomar». Es una expresión que ya nadie usa, tan anticuada como «hacer pellas», pero por alguna razón, me parece que define muy bien a Julia...

La puerta del frigorífico se cierra.

—¿Carla? Pues no sé qué decirte...

Contengo la respiración y aguzo los oídos. Sé que no debería estar escuchando tras la puerta de la cocina una conversación que no me atañe, pero oír el resumen que mi madre le hace a mi abuela sobre mí es demasiado tentador... Imposible resistirme.

—Mmm... —Mi madre duda—. Si te soy sincera, Carla me preocupaba más. Es tan... ya sabes, ¡tan suya! —hay un matiz de queja en su voz

mientras dice esto, como si pensase: «¿Qué es lo que he hecho mal?»—, y itan introvertida, a veces...! —No puedo evitar arrugar la nariz ante una descripción tan poco atrayente de mi persona—. Pero escucha esto: ha sacado muy buena nota en su primer examen y, este sábado, salió con un *amigo*. —Ha pronunciado la palabra *amigo* con un tonito raro, una especie de retintín irónico-seductor que, por supuesto, por fuerza ha tenido que llamar la atención de mi abuela, que es octogenaria, pero no estúpida. Cierro los ojos y me imagino los perspicaces ojos azules de mi abuela Lola (que han heredado mi madre y mi hermana), abriéndose con sorpresa ante la revelación de su hija.

Frunzo el ceño. Me lo tengo merecido, por escuchar detrás de las puertas...

—Sí, mamá, claro que me preocupa un poco, pero al mismo tiempo, me parece que es señal de que todo vuelve a la normalidad, ¿no crees?

Silencio.

—No sé si te he entendido bien, mamá...

Suspiro, comprensiva. A mi abuela Lola le encantan los refranes, a veces utiliza tantos en una misma frase que no se sabe lo que realmente quiere decir.

—Ya, ya... —asiente mi madre con aire dubitativo.

Un nuevo silencio, y esta vez más largo, señal de que mi abuela participa de forma activa en la conversación.

—¿Y tú crees que es preciso que tenga *esa* conversación con ella? —Sea la conversación que sea, por su tono, resulta obvio que a mi madre no le hace especial ilusión tenerla...—. Ay, no sé —se justifica—, ¡hoy en día, los jóvenes están tan informados de todo...!

Noto cómo me sonrojo. Ay, Dios, ¿no estará mi abuela sugiriéndole a mi madre que tenga conmigo una conversación sobre... sexo?

—No, por favor, no —ruego a las paredes.

—Pues ahora que lo dices... —La voz de mi madre tiene ahora un timbre confidencial, casi conspiratorio. Ha bajado el tono, lo que me obliga a dar un par de silenciosos pasitos para acercar la oreja a la rendija que hay entre la puerta y el marco de madera—. Cuando el lunes fui a poner la lavadora, me di cuenta de que... —Mi madre hace

una pausa teatral y casi puedo oír el redoble de los tambores cuando anuncia—: ¡Se había comprado ropa interior nueva! ¡Para la cita!

Noto como enrojeczo aún más. Mierda, ¡Julia y sus ideas de bombero! ¿Por qué me dejé convencer para comprar ese conjuntito rosa de lencería?

—Es algo muy inusual en ella —sigue diciendo mi madre bajito—. Porque no era ropa interior deportiva como la que suele llevar, noooo, qué va, era...

Oigo unos pasos bajando la escalera —no puede ser más que mi hermana Julia—, así que, muy a mi pesar —porque voy a perderme el final de la interesante conversación entre las dos cotillas más cotillas del mundo mundial—, continúo andando. De ninguna manera quiero que mi hermana me pille con la oreja pegada a la puerta mientras mi madre habla por teléfono. No después de todas las charlas que les he soltado a ambas sobre lo de llamar antes de entrar, el respeto a la intimidad, etc., etc.

Efectivamente, es Julia. Me cruzo con ella en el comienzo de la escalera.

—Oye —me dice— no me contaste nada de la cita con Hugo. ¿Qué tal estuvo?

Me lo ha preguntado como de pasada, pero me doy cuenta de que se muere por saberlo.

—Estuvo bien —digo—. Igual volvemos a quedar este fin de semana.

—¡Qué guay!

Su alegría parece tan sincera que le perdono inmediatamente el lío de la ropa interior en el que me ha metido...

—Gracias por echarme una mano, Julia.

Ella enarca las cejas, sorprendida.

—Con lo del maquillaje, y todo eso...

—Carla, si tu cita fue bien no creo que fuese por mi máscara de pestañas o mi *gloss* rosa... —responde con una generosidad que me asombra—, yo creo que el punto fue que pasases de él las primeras veces —prosigue con aire experto; se apoya en la barandilla—. A los chicos como Hugo no les gusta que anden detrás dándoles la plasta; si no, mira lo de su exnovia, la tal Elena...

El nombre hace que me dé un vuelco el corazón, pero lo disimulo.

—¿Qué exnovia? —pregunto con un hilo de voz.

—Una del instituto —hace un gesto despectivo con la mano— que no paraba de llamarle por teléfono para que volvieran...

Trago saliva.

—¿Y quién te ha contado eso?

—Pues Amaya, ¿quién va a ser? —concluye con total naturalidad y sigue bajando las escaleras. De pronto se detiene, como si hubiera recordado algo—. Oye, ¿te besó? —pregunta.

—Eh, pues... —Finjo estar absorta en el examen de las puntas abiertas de mi pelo castaño. Es una pregunta muy personal y, además, no tengo clara la respuesta.

—Ay, Carla... —Mi hermana suspira y pone los ojos en blanco—. ¿Te besó o no? No es tan difícil...

Me muerdo el labio pensativa. Nuestros labios ni siquiera se rozaron, así que, técnicamente, supongo que no me besó.

—No, no lo hizo.

Mi hermana entorna los ojos y baja otro escalón.

—Mmmm... —dice.

—Mmmm, ¿qué? —pregunto yo. No soy ninguna experta en romances, de hecho, Hugo es el primer chico que me ha gustado en serio en mi vida—, pero la expresión de mi hermana me da mala espina.

—Pues que es raro —concluye ella—. Lo normal sería que os hubieseis besado.

—¿Sí?

—Sí.

—Y... ¿por qué? —indago tímidamente.

—Pues porque sí, porque es lo normal, y además Hugo tiene fama de... —se interrumpe dubitativa—. Al menos, con la tal Elena... —vuelve a interrumpirse—. Amaya cree que llegaron incluso a *hacerlo* —dice finalmente bajando la voz.

En ese momento, la puerta de la cocina se abre y mi madre asoma la cabeza.

—Chicas, ¿qué preferís cenar, ¿superensalada o deliciosas espinacas gratinadas?

Los atractivos nombrecitos no ejercen ninguna influencia sobre mi

hermana, que responde, muy segura:

—Yo quiero *pizza*.

Yo sigo en trance. De un plumazo, estoy comprendiendo muchas cosas... Cosas como las miraditas de odio de Elena Pechugona o que le caiga tan rematadamente mal desde el primer día.

—Carla, ¿y tú?

—Yo lo mismo que Julia —digo distraída antes de seguir subiendo escaleras.

Cuarenta y dos

Viernes. Última clase del día y de la semana.

Miro el reloj: las dos y cincuenta de la tarde.

Paseo la vista a mi alrededor, aburrida. Aún quedan diez minutos de clase de Inglés, pero la mayor parte de los alumnos no prestan ninguna atención a doña Leonor. Algunos miran por la ventana; otros dibujan en los márgenes de sus cuadernos; los más discretos fingen contemplar el libro de texto, pero su mirada ausente revela que sus pensamientos están lejos del aula, muy lejos, instalados en el fin de semana que comienza.

Los hay que incluso han recogido ya —estuche, libro, cuaderno, boli..., ¡todo!—arriesgándose a una regañina por parte de doña Leonor. Pero también nuestra profesora parece imbuida de ese espíritu perezoso e indolente que solo espera que la campana que anuncia el final de la clase suene cuanto antes...

La única que no puede disfrutar del reino de Babia como Dios manda es la pobre Elena Pechugona, que está leyendo un artículo sobre el monstruo del lago Ness.

Mr. Campbell, a man..., a man... who has... observed the lake... for over... 50 years, described it... as a huge animal with... a small head, a...

Dos y cincuenta y cinco. Bostezo, decido que no merece la pena el esfuerzo de escucharla, y me abstraigo yo también...

Pienso en lo que me dijo Julia ayer. ¿Sería esta Elena la exnovia de Hugo, esa que supuestamente no dejaba de llamarle por teléfono? Lo cierto es que eso explicaría muchas cosas...

Observo a Elena de reojo. Es guapa, muy guapa. Lo mejor que tiene es el pelo, una melena rubia y sedosa que le llega casi hasta la cintura.

Bueno, y las supertetas, supongo, al menos desde el punto de vista de los tíos.

Hago una mueca. Supongo que, si nos ponen al lado, no salgo precisamente ganando con la comparación...

Me viene a la cabeza, de repente, la imagen de Hugo, tragando saliva y carraspeando, el día que nos conocimos, cuando Elena se acercó a pedirle un boli durante las prácticas de Biología. Frunzo el ceño. Se puso rojo como un tomate. No sabía ni dónde mirar. Era evidente que Elena le gustaba, ¿no?

«Sí, tenía que gustarle, ya que salió con ella...», cavilo.

Recuerdo también la pregunta de mi hermana: «¿Te besó?», y su conclusión: «Pues es raro, lo normal sería que te hubiese besado», y mi ceño se acentúa. Pues no, no me besó... Creo que estuvo a punto, pero al final no lo hizo. Tal vez se arrepintió en el último momento. ¿Es esa otra prueba de que aún sigue gustándole su exnovia, la rotunda, curvilínea y popular Elena Pechugona? No debe hacer mucho que lo han dejado, si él aún se pone nervioso en su presencia, y ella insiste en coquetear con él en clase...

¿Y eso de que han llegado a *hacerlo*? La mera idea me provoca urticaria, pero... Por lo que sé, el padre de Hugo prácticamente vive en el bufete en el que trabaja, lo que quiere decir que Hugo tiene la casa entera a su disposición, incluso los fines de semana.

Miro de nuevo a Elena. Ajena a mis pensamientos, ella sigue desgranando, en un inglés lento y castellanizado —puro «spanglish»—, la historia del famoso monstruo escocés.

During... the..., the... Second World... War, an Italian... newspaper... reported... that a bomb attack... on the lake... had killed... the... monster...

Su lentitud al leer se ha incrementado de forma proporcional a su mala pronunciación, pero ya ni doña Leonor la corrige. Mi profesora está comprobando con los dedos que ningún pelo se halla fuera de su impecable moño; mientras, la clase entera está inmersa en un perezoso compás de espera que solo el sonido del timbre puede romper.

Las dos y cincuenta y nueve.

Otro pensamiento inquietante: Hugo me pidió ayer el teléfono y aún no me ha llamado. Ni siquiera me ha mandado un WhatsApp... ¿Será que no está seguro de querer volver a salir conmigo? ¿Quizás ha llegado a la conclusión de que soy una estrecha? ¿Tal vez se ha dado cuenta de que sigue gustándole su exnovia?

«Tenemos que hablar», ponía su nota.

Es una frase un tanto ambigua, ¿no? ¿Hablar de qué? Igual solo quiere decirme que lo de la otra noche fue un error y que lo mejor es que no volvamos a quedar...

Cuando el timbre suena por fin, y los murmullos, los gritos y las risas llenan el ambiente, yo me quedo quieta en mi silla, atenta a un sentimiento extraño y desconocido que acabo de detectar en lo más profundo de mi interior.

Un sentimiento raro y ciertamente desagradable... Me cuesta reconocerlo, por lo desconocido. Son celos.

Cuarenta y tres

Qué horror. Llevo más de una hora surcando con un carrito de la compra los agitados mares de Mercadona.

—¿Qué más?

—Mmmm... —Entorno los ojos. Por la mala letra que tiene mi madre, cualquiera diría que es médico en vez de traductora; aun así, sigo leyendo—: Yogures, queso fresco, sermón... ¿*sermón*? —repito, sorprendida.

—Salmón —me corrige ella—, salmón ahumado.

—Latas de atún, espárragos, guisantes, sopa de sobre...

—Vale, eso ya está —me interrumpe mi madre, echando una ojeada al contenido del carro.

—Galletas, cereales...

—Eso no. —Levanta un dedo, y tras moverlo un segundo en círculo a la altura de la cabeza como si fuese una especie de sónar alimentario, apunta hacia un pasillo al fondo—. Vamos, que creo que están allí, cerca de donde hemos cogido el pan de molde.

Mi madre echa a andar y yo empujo perezosamente el carro tras ella; está tan lleno que casi ni veo por donde voy.

Por enésima vez en lo que va de mañana, saco mi móvil del bolsillo del vaquero y lo miro.

Nada. Ninguna llamada. Ningún mensaje.

Frunzo el ceño. Si Hugo pretendía quedar este fin de semana, tal como aseguraba en la notita que me pasó en las prácticas de Química, ¿no debería haberme llamado ayer?, ¿o esta misma mañana?

Guardo el móvil, aunque sé que volveré a consultarlo dentro de otros diez minutos...

—¡Carla! —me reclama mi madre diez metros más adelante con un paquete de galletas en una mano y una caja de All Bran en la otra—.

¡Cariño, que es para hoy!

Avanzo hasta ella, musitando «perdone» y «disculpe» cada dos por tres, mientras me abro paso como buenamente puedo en un pasillo atestado de carros y gente. Al parecer, no somos las únicas iluminadas a las que se les ocurre venir al supermercado el sábado por la mañana a hora punta...

—¿Qué te pasa, cielo? —me pregunta mi madre, mientras mete las cosas en el carro—. Estás empanada.

—Nada —suspiro. La respuesta es sospechosa de puro lacónica, hasta yo me doy cuenta. Elevo los ojos y hallo la mirada inquisitiva de mi madre. Intento sonreír para arreglarlo, pero no lo consigo del todo.

—No estarás enfadada porque ayer volví a salir con Mauro, ¿no? —pregunta tras una pausa.

—¡No!

—Vale, vale... —Los ojos de mi madre se estrechan hasta convertirse en dos hendiduras azules—. Es que no quiero que te preocupes por eso, Carla. No tengo ningún lío con Mauro. Es solo que...

—Déjalo, mamá, por favor —suplico—, que no tienes que darme explicaciones, de verdad.

Pero mi madre ha cogido carrerilla y ya no hay quien la pare:

—Es solo que él también se ha divorciado hace poco y... Igual ni te has dado cuenta, pero lo de tu padre... —Suspira y se mordisquea el labio inferior—. Para mí tampoco está siendo fácil, Carla. Y de vez en cuando está bien tener a alguien con quien hablar de estas cosas. Alguien que esté pasando por lo mismo, ¿entiendes?

—Que sí, que sí, que lo entiendo —digo, rezando para que mi madre corte ya el hilo de las confidencias. No sé porque, pero no me siento cómoda hablando de estas cosas con ella.

—Bueno, pues... si tú alguna vez quieres hablar de algo... —Mi madre sonrío y me acaricia la mejilla con la mano—. De chicos, por ejemplo, aquí me tienes.

—¡No quiero hablar de chicos, mamá! —casi grito. “Y menos contigo, pienso para mis adentros”. Resoplo, sulfurada. Mi madre, de nuevo, sintonizando con mis pensamientos como si fuese una emisora de radio... ¡Es realmente molesto! —De verdad que no tengo ningún problema de chicos —repito, e intento que mi voz suene convincente.

Mi madre tiene muchas horas de vuelo y, por la mirada que me lanza, sé que no la he engañado, pero guarda un prudente silencio y echa a andar de nuevo. Mientras la sigo maniobrando el carro a lo Fernando Alonso para no quedarme atrás, intento concentrarme en el momento presente y detener mis patéticas elucubraciones, pero es un poco misión imposible. La «no llamada» de Hugo me ronda como un moscardón...

A ver, ¿es posible que Hugo haya perdido interés después de nuestra primera cita? Repaso el encuentro en mi memoria, intentando observarlo con ojos críticos, y sacudo la cabeza, dándome por vencida. Nada, no hay manera: en mis recuerdos fue una cita fantástica. Con excepción, claro está, del momento Casi Beso, que no sé cómo interpretar...

Mi madre se ha detenido de una forma tan brusca que tengo que estirar del carro hacia atrás con todas mis fuerzas para no llevármela por delante. Por suerte, está tan concentrada mirando los ingredientes de no sé qué producto que tiene entre las manos, que no parece haberse dado cuenta de que ha estado a punto de perecer arrollada.

Tal vez para él no fue una cita tan fantástica, me veo obligada a concluir. Tal vez Julia lleva razón y que no nos besásemos fue algo significativo... Aunque el pensamiento es como un jarro de agua fría, mi runrún masoca sigue adelante, intentando diseccionar los últimos cinco minutos de nuestro encuentro... ¿No me besó porque no le gusto lo suficiente? Frunzo el ceño enfurruñada. ¿O tal vez pensó que era una estrecha con la que jamás iba a tener la interesantísima vida sexual de la que disfrutaba con su exnovia?

La alegre melodía de un móvil me saca de mis ensoñaciones y el corazón me sube a la garganta.

«¡Hugo!».

Palpo mis vaqueros con manos temblorosas y...

Mi gozo en un pozo.

El móvil que suena es el de mi madre, que ahora está rebuscando en su bolso, ese tan hiperorganizado en el que no encuentra nunca nada. La persona que llama debe conocerla bien —o tiene el mismo modelo de bolso, vete tú a saber—, porque el teléfono suena, suena y suena...

y sigue sonando durante varios minutos, paciente y comprensivo, dándole tiempo a que registre más de la mitad de los veintiún compartimentos...

Suspiro decepcionada.

—Diga —responde mi madre sofocada cuando por fin logra encontrar su móvil—. ¿Diga? —repite más alto, mientras frunce los labios y se tapa la otra oreja con la mano—. No oigo nada —susurra hacia mí y se aleja taconeando en busca de una zona menos ruidosa.

Yo vuelvo a suspirar y me apoyo en el carro. Mi corazón está hecho un auténtico desbarajuste. ¿Por qué no me habrá llamado Hugo?

—Carla, tenemos que irnos. —Mi madre ha aparecido junto a mí como un fantasma. Y no es solo una manera de hablar: realmente está tan pálida como un fantasma.

—¿Qué pasa, mamá? ¿Quién era? —pregunto mientras tiro del carro lleno hasta los topes para ponerlo en marcha de nuevo.

—No, deja el carro, ¡nos vamos ya! —Hay un pelín de histeria en su voz. Y su cara... En la cara de mi madre hay una expresión tan inusual que me cuesta reconocerla: es miedo. Por alguna razón, ver el miedo reflejado en la cara de mi madre me asusta más que cualquier otra cosa.

—¡Mamá! ¿Qué pasa? —insisto. Y antes de que responda lo sé: algo marcha mal, muy mal. Lo siento en las tripas y es un sentimiento fulminante, sin vuelta de hoja.

—Era tu hermana Julia —responde ella tirando de mí hacia la salida.

—¿Y qué te ha dicho? —pregunto con un hilo de voz. Aún sin confirmar, mi mal presentimiento me oprime el pecho.

—No estoy segura —responde sin mirarme—. ¡No paraba de llorar...!

Cuarenta y cuatro

Cuando llegamos a casa, hay un coche de policía aparcado frente a la cancela. Mientras me bajo del coche, distingo al padre de Amaya, a mi hermana Julia y a dos desconocidos enfrascados en una acalorada conversación en el recibidor.

Mi madre echa a correr hacia la puerta abierta y yo la sigo.

—¿Qué pasa? —Antes de que mi madre termine la pregunta, mi hermana Julia ya se encuentra entre sus brazos, sollozando. Entre hipidos, consigo entender algunas palabras entrecortadas que me desconciertan, algo sobre «Amaya» y «policía».

Miro al padre de Amaya —Ernesto, creo recordar que se llama—, y me sorprende haber sido capaz de reconocerlo desde el coche, porque parece haber envejecido diez años desde la última vez que lo vi. Está muy pálido y encorvado, como si soportase un gran peso sobre los hombros.

—¿Alguien puede decirme qué pasa? —vuelve a preguntar mi madre mientras se emplea a fondo para tranquilizar a Julia, que tiembla entre sus brazos. Aunque intenta controlarse, no puede evitar que su voz suene aguda, teñida de miedo y nervios.

—Por supuesto que sí, señora —dice uno de los hombres, el más alto. Abre la cartera para mostrarle una placa—. Soy el inspector Montero, de la Policía Nacional, y mi compañero —señala al otro hombre con un gesto de cabeza— es el subinspector Fernández.

Los dos policías son altos, delgados y nervudos, pero el inspector Montero le saca una cabeza a su compañero. Ambos visten de paisano.

—A su disposición, señora —murmura el subinspector Fernández.

Mi madre se ha quedado tan atónita que, aunque abre y cierra la boca varias veces, no acierta a decir ni una palabra, así que el

inspector prosigue:

—El señor Ernesto Álvarez ha interpuesto hoy una denuncia por la desaparición de su hija Amaya que, al parecer, no ha pasado la noche en casa.

—¿¿Qué no ha pasado la noche en casa?? —repite mi madre escandalizada. Los sollozos de Julia arrecian.

—El señor Álvarez llegó ayer de su despacho a la una de la madrugada —dice el inspector consultando un pequeño cuaderno de cuero negro que tiene entre las manos—, y dio por supuesto que su hija estaba acostada pero, al levantarse esta mañana, tanto él como su hijo Hugo han constatado que Amaya no se encontraba en su cama, y que esta estaba sin deshacer, lo cual han interpretado como un signo lógico de que no había dormido en casa.

—¡Oh! —se me escapa un ruido raro, una mezcla entre suspiro y gemido; me tapo la boca con las manos.

—¡Dios mío! —exclama mi madre consternada y aprieta a Julia contra su pecho, como si pensase que ella también podría desaparecer en cualquier momento.

El inspector Montero nos escruta, me da la sensación de que analiza nuestras reacciones, pero sigue hablando:

—El móvil de Amaya da tono, pero ella no responde —informa en tono monocorde y carente de emoción—. Nos encontramos en su domicilio, señora, porque Julia puede haber sido, después de Hugo, la última persona que viese a Amaya ayer.

Al oír las palabras del inspector Montero, Julia levanta la cabeza, que tiene sepultada en el pecho de mi madre.

—Mama..., algo... horrible... le ha tenido... que pasar... a Amaya —hipa—. ¡Ella nunca... haría algo así!

—Julia, cariño —dice mi madre con dulzura, apartándola lo suficiente para verle la cara—, deja de llorar, vamos a intentar ayudar al inspector, ¿vale?

Julia se seca los restos de lágrimas y asiente con valentía.

—Veamos... —El inspector pasa una hoja de su agenda y vuelve a consultar sus notas—. Su hija nos ha contado que ayer viernes Amaya y ella estuvieron con el instituto en la granja-escuela Jaramilla, ubicada en esta misma localidad. Llegaron a las nueve de la mañana

y, tras realizar diversas actividades y talleres, volvieron al instituto sobre las dos de la tarde, donde se despidieron.

Julia asiente. Ha dejado de llorar.

—Me dijo que se iba a casa —dice con voz trémula—, las dos nos íbamos a comer a casa. Ella iba a comer con Hugo lasaña que había sobrado del día anterior, me dijo. Solo tenían que calentarla al microondas.

—Y así fue. —El inspector nos mira a mi madre y a mí. Es obvio que este «resumen» es una cortesía hacia nosotras, que hemos llegado más tarde—. Según ha confirmado su hermano, comieron juntos y luego se pusieron a ver la tele. Él se quedó dormido y, cuando despertó, sobre las siete de la tarde, Amaya ya no estaba. No le extrañó, ya que Amaya suele salir mucho, sobre todo con su amiga Julia...

El inspector Montero sonrío brevemente a mi hermana y se agacha para quedar a su altura.

—¿Podrías decirnos otra vez que llevaba puesto Amaya? —pregunta. Me doy cuenta de que intenta suavizar el tono para hablar con ella; de hecho, lo consigue: la inflexión de su voz ha sido casi amable.

Julia asiente de nuevo. Se la ve más entera; poco a poco, su voz va recuperando el control. No ocurre lo mismo con Ernesto, el padre de Amaya, que parece más desfallecido con cada minuto que pasa, como si se estuviese marchitando... La palabra no puede ser más adecuada, porque realmente da la impresión de estar languideciendo por momentos.

—Unos vaqueros, un top blanco y una sudadera Adidas negra con rayas rosas —responde Julia—. Es que la profesora nos había dicho que era mejor ir de *sport* —añade como si intentase justificar tan horroroso atuendo.

—¿Y el calzado?

—Deportivas blancas.

El inspector asiente y consulta de nuevo sus notas.

—¿Recuerdas la marca?

—Mmmm —Julia frunce el ceño—. No estoy segura de la marca... No suelo fijarme mucho en la ropa de deporte.

—Seguro que mi hijo sí lo sabe —interviene el padre de Amaya con

voz apagada.

El inspector asiente con la cabeza.

—Sí, contrastaremos esta información con él, por si se nos ha escapado algún detalle.

—¿Dónde está Hugo? —pregunto yo bajito, a nadie en particular.

—Se ha quedado en la casa —dice el subinspector Fernández—. Tiene que haber alguien en el domicilio por si la muchacha regresa —aclara.

—Claro —murmuro yo estremecida. «La muchacha». ¡Ha sonado tan frío, tan impersonal! Pienso en lo preocupado que debe de estar Hugo, y siento una punzada de culpabilidad. Llevo horas y horas cavilando sobre las supuestas causas por las que Hugo no me ha llamado, y en ningún momento me he imaginado que pudiese haberle sucedido algo. Me fastidia reconocerlo, pero solo he pensado en mí. Me muerdo el labio. Experimento un deseo confuso de verle, de decirle que lo siento, que puede contar conmigo...

—Y dime, Julia. —El inspector Montero vuelve a centrar su atención en mi hermana—. Cuando te despediste de Amaya, después de la excursión del instituto, ¿notaste algo raro?

Julia ladea la cabeza.

—¿Cómo qué?

—Sí, por ejemplo... ¿parecía enfadada?, ¿triste, tal vez?, ¿tenía miedo?, ¿prisa?, ¿la notaste nerviosa?

—No, estaba como siempre. Nos despedimos rápido, porque las dos estábamos muertas de hambre. —Mi hermana suspira—. Y... bueno, igual estaba un poco fastidiada porque no encontraba su *tablet*, pero seguro que se la dejó en casa o está en su taquilla del instituto, como siempre... —Hace una pausa—. En general, estaba hambrienta, pero de buen humor. —Se le llenan los ojos de lágrimas cuando añade—: Amaya siempre está de buen humor.

Cuarenta y cinco

—¡Oh, Díos mío, Ernesto, qué cosa tan terrible! —Mi madre parece despertar del *shock* que le ha provocado la noticia de la desaparición de Amaya—. Comprendo lo preocupado que debes de estar —se compadece y le abraza brevemente—. Puedes contar con nosotras para cualquier cosa, lo que sea, de verdad, lo que sea...

—Gracias, Elisa. —El padre de Amaya intenta sonreír, pero la sonrisa le sale aguada y poco convincente. Bajo sus párpados, un poco hinchados, se aprecia una nota de color violáceo que acentúa la expresión de cansancio de su rostro.

—Pasad al salón, por favor —dice mi madre—. Hablaremos más tranquilos allí. Ernesto, te voy a hacer una tila —añade con un tono que no admite réplica—. Y ustedes, caballeros, ¿quieren tomar algo?

—Un vaso de agua, si no es molestia —dice el inspector Montero.

—Yo lo mismo —dice su compañero.

—Por favor, siéntense, pónganse cómodos —dice mi madre dirigiéndose a la cocina—. Carla, ayúdame: saca vasos, agua, y algún refresco.

Mientras saco del frigorífico la jarra de agua y dos latas de Coca-Cola, mi mente no para de dar vueltas. ¿Dónde está Amaya? ¿Es posible que le haya sucedido algo malo, tal como piensa mi hermana? ¿Un accidente? ¿Podría estar herida? ¿La habrán secuestrado? Me viene a la cabeza lo que escuché hace poco en la tele, en casa de Susana Garragosa y en la radio, en el coche de mi madre... Trago saliva. ¿Tendrá algo que ver la desaparición de Amaya con la de esas dos niñas? ¿La habrá secuestrado el mismo individuo?

Es curioso. Llevo toda mi vida sabiendo que esas cosas pasan, pero ahora me doy cuenta de que siempre he estado como anestesiada ante las desgracias ajenas, esas que se cuentan en los telediarios:

accidentes de coche, violencia de género, secuestros... Sabía que esas cosas sucedían, sí, pero... Sencillamente, no pasaban cerca de mí. Suspiro. No «pasaban». El tiempo verbal en pasado, en este contexto, significa mucho. Más de lo que me gustaría.

Cuando vuelvo al salón, el padre de Amaya está hablando. Su voz suena ronca y marchita.

—... Y, cuando abrí la puerta de su cuarto, todo estaba oscuro y la persiana estaba bajada; di por hecho que estaba acostada —se detiene, baja la mirada hasta sus manos, y permanece así unos segundos, luchando contra la emoción—, no entré porque era muy tarde y no quise despertarla.

—Señor Álvarez —carraspea el inspector Montero—, necesitaremos que nos permita ver la habitación de su hija.

Ernesto asiente, vencido.

—Registrarla, incluso —puntualiza el inspector—, y también necesitaremos fotos de Amaya, lo más recientes que sea posible.

—Las últimas son de las navidades pasadas, creo...

La entrada de mi madre con la taza humeante interrumpe la conversación.

—Ernesto, quiero que te tomes esta tila —dice con el mismo tono que si hablase con un niño—, te sentará bien.

El padre de Amaya no hace siquiera el gesto de coger la taza.

—¿Qué clase de padre llega un viernes del trabajo a la una de la madrugada? —pregunta en cambio, alzando la cabeza y el tono bruscamente—. ¿Qué clase de padre se acuesta sin darse cuenta de que uno de sus hijos no está en la cama? —casi grita.

Todos nos quedamos callados, sobrecogidos ante la culpabilidad y la angustia que laten en sus palabras. Mi madre y yo intercambiamos una mirada de espanto, al darnos cuenta de que, rota por el dolor, su compostura se tambalea peligrosamente...

Ernesto niega con la cabeza.

—Pero ¿qué clase de padre soy? —Le tiembla el labio inferior, como si estuviese a punto de llorar.

Yo miro a mi madre, mi madre al subinspector Fernández, Fernández a su jefe, el inspector Montero, y ninguno sabemos qué hacer ni qué decir. Por suerte, mi madre reacciona a tiempo,

rompiendo la burbuja de torpe silencio en la que todos nos hallamos inmersos.

—Uno que trabaja mucho, Ernesto —contesta con suavidad, pero al mismo tiempo con firmeza, abriéndole las manos para depositar en ellas la infusión—. Uno que trabaja sin descanso para que a su familia no le falte de nada; uno que ha sido capaz de sacar adelante a dos hijos solo —concluye mientras cierra sus manos en torno a la taza.

Ernesto traga saliva, y me da la sensación de que incluso ese sencillo acto le cuesta un gran esfuerzo. Su boca tiene un rictus tenso y extraño, que sé que está dirigido a contener el llanto.

La repentina aparición de Julia me hace dar un respingo, y también sobresalta a mi madre y a los dos policías. Absortos como estábamos en la congoja del padre de Amaya, ninguno nos habíamos dado cuenta de que Julia se había ausentado del salón. Lleva un folio en la mano.

—Acabo de descargar esta foto del móvil y la he impreso en color —dice tendiéndole el folio al inspector—. Nos la hizo Damián ayer en la granja-escuela y salimos muy de cerca. Cuando usted ha dicho lo de las fotos recientes, me he acordado de que Damián se empeñó en hacernos una con un burro. —Arruga la nariz al pronunciar la palabra «burro», como si alguien le hubiera acercado un calcetín sucio al rostro.

Todos nos arracimamos tras Julia y el inspector para ver la foto. Todos, excepto el padre de Amaya, que permanece quieto, derrengado en el sillón, lánguido como un muñeco de trapo. Siento mucha pena por él. Parece como si apenas tuviese fuerzas para sostener la infusión, que tiembla entre sus manos.

Tal como ha dicho Julia, la foto es un primer plano perfecto: Amaya y Julia posan con las cabezas muy juntas, hasta el punto de que el cabello rubio de una y el negro azabache de la otra se entremezclan. Julia sale de perfil, frunciendo el entrecejo mientras observa con desconfianza a un burrito, cuya cabeza peluda asoma por detrás, a su derecha. Ajena al pollino que tanto parece preocupar a mi hermana, Amaya mira a la cámara de frente y sonrío, relajada y feliz. Sus ojos negros son tan grandes y expresivos que restan protagonismo a cualquier otro rasgo de sus facciones. La foto derrocha tanto colorido y vitalidad que, en contraste, la gris pesadumbre que ahora llena el

salón resulta aún más evidente.

El subinspector Fernández deja escapar un silbido de admiración.

—¡Vaya, esta foto es perfecta! Y no puede ser más reciente... Se ve incluso la parte de arriba de la ropa que llevaba.

—Sí, la necesitaremos en calidad óptima —coincide su jefe y observa pensativo la fotografía—. Oye, Amaya es una chica muy guapa. ¿Tiene novio? ¿Tal vez ese Damián?

—No —contesta mi hermana Julia con seguridad—. Amaya no tiene novio. Damián es solo un amigo de la pandilla.

Mi madre da un sorbito a su vaso de agua.

—¿Ese Damián no es el que te pasaba notitas en clase, cariño?

—¡No! —dice mi hermana sonrojándose y, a continuación, mira de refilón a los policías—. Bueno, sí..., pero no creo que eso venga muy a cuento ahora, mamá.

El inspector Montero esboza una sonrisa comprensiva y se levanta. Su subordinado le imita y el padre de Amaya, que había permanecido en silencio mirando las punteras de sus zapatos, levanta la vista y mira a su alrededor desorientado, como una oveja sin pastor.

—Gracias por todo, señora —dice el inspector a mi madre—. Nos vamos a casa del señor Álvarez, necesitamos ver el cuarto de Amaya antes de lanzar el dispositivo de búsqueda. Tome, aquí tiene mi número de teléfono y mi correo electrónico —añade, tendiéndole una tarjeta—, por favor, envíeme en seguida la foto y llámeme si Julia recuerda algo más que pueda sernos de utilidad o si...

—Inspector. —El padre de Amaya se ha puesto en pie de repente, agarrando el brazo de Montero con una fuerza que parecía imposible unos minutos atrás. Su expresión tiene un punto de locura, como si acabara de darse cuenta de algo que lo perturba profundamente—. Mi hija no puede haber sido secuestrada por ese hombre, ¿no?, ese que ha secuestrado a dos niñas, ese que ha estado saliendo en los telediarios cada dos por tres en las últimas semanas...

La pregunta se estrella contra el inspector Montero como un perdigón. Clara y directa. La mandíbula del policía se endurece mientras guarda silencio... Un silencio repleto de palabras que no se dicen, pero que todos intuimos. Un silencio que amplifica la alterada respiración del padre de Amaya, que le mira sin pestañear. Un

silencio que ha caído sobre la estancia como una losa.

Entonces me doy cuenta de que la sospecha ha estado y está en la mente de todos, excepto en la del padre de Amaya, demasiado aturullada y carcomida por la culpabilidad como para pensar, razonar o atar cabos. El miedo se me aposenta en las entrañas.

—Es imposible saber qué ha ocurrido, señor, teniendo en cuenta lo reciente de la desaparición —dice el inspector Montero, cauto. Habla muy despacio, como si estuviese escogiendo las palabras cuidadosamente para decir algo sin decir nada—. Solo puedo asegurarle que tendremos en cuenta todas las posibilidades, y que haremos todo lo que esté en nuestra mano para encontrar a su hija. — Y en un viraje brusco de la conversación, se dirige a Julia—: Tu testimonio ha sido de mucha utilidad, jovencita —dice suavizando la expresión—. Y también la foto.

Cuarenta y seis

He gritado.

No solo en el sueño. De alguna manera, soy consciente de que también he gritado de verdad, y mi grito ha traspasado el sueño y me ha despertado. Ahora estoy sentada con la espalda erguida y parpadeo con furia, como si eso pudiese borrar de mi cabeza las cosas que he soñado...

«Ha sido una pesadilla, solo una pesadilla».

Respiro hondo y paseo la mirada por la aterciopelada penumbra de mi cuarto, comprobando que cada forma oscura es inofensiva y tiene explicación.

«Ya está, ya pasó, tranquila», me ordeno a mí misma.

La lluvia repiquetea con furia en el cristal de la ventana. Los fognazos y retumbos de truenos y relámpagos, que se suceden cada pocos minutos, no contribuyen en nada a mi intento de tranquilizarme.

Desinflo mis pulmones lentamente y, aunque mis ojos se han acostumbrado ya a la oscuridad, enciendo la luz de mi mesilla, rodeo mis rodillas con los brazos y me balanceo un poco adelante y atrás. La pesadilla ha sido tan vívida que aún me pregunto si de verdad no ha habido nada de real en ella.

He soñado que entraba de nuevo en el espejo.

Arrugo el entrecejo.

«¿Por qué he soñado eso?».

Me esfuerzo en recordar el sueño, antes de que se diluya en mi cabeza:

Me encuentro en un atestado centro comercial y miro escaparates, algo que no tengo costumbre de hacer. Me siento bien, relajada, feliz, ajena al barullo y las prisas de la multitud que me rodea, mientras

camino por un enorme pasillo flanqueado de tiendas, despacio, sin prisa y, por supuesto, sin la menor conciencia de estar dentro del espejo.

Entorno los ojos... Hasta ahí, todo bien. El sueño comienza a torcerse cuando, de pronto... ¡veo a Amaya! Sí, no hay duda: ¡es ella! Está en un escaparate, inmóvil, con un elegante vestido color coral. El corazón me da un salto de alegría en el pecho; corro hacia ella pero, cuando por fin logro apoyar la mano en el cristal, caigo en la cuenta de que me he equivocado... ¡no es Amaya! Es un maniquí, cuyos rasgos son exactos a los de la amiga de mi hermana: la misma cara redonda, los mismos ojos negros, el mismo pelo color azabache, la misma nariz respingona... ¡Dios, es como si alguien hubiese hecho una réplica exacta de Amaya en plástico barato! Pero... ¿por qué?, ¿qué es esto?, ¿una especie de broma macabra? En ese preciso momento, suceden dos cosas que hacen que el sueño dé un giro de ciento ochenta grados y se convierta en una pesadilla: primero, detecto la presencia de vigilantes; y segundo, comprendo que me hallo atrapada dentro del espejo.

En cuanto a los vigilantes, no sé muy bien cuándo los he visto ni cómo los he reconocido, porque su aspecto no difiere mucho del resto de las personas que me rodean. Creo que ha sido por su forma de moverse, de deslizarse entre la multitud, que tiene un cierto aire de depredador, y que me ha hecho recordar la manera en que se movían dos tiburones entre un banco de atunes en un documental del *National Geographic* que vi hace unas semanas. Sutiles y, a la vez, agresivos. Silenciosos, pero letales. Su boca está demasiado apretada y sus ojos, demasiado pequeños y muy separados, tienen la mirada penetrante y fría de un escualo... Son dos, como los tiburones de mi documental, y los dos tienen los rasgos del primer y único vigilante que he visto en mi vida, el que intentó atraparme en mi segunda entrada en el espejo. Sus ojos, duros como canicas, se clavan en mí durante unos interminables segundos, transcurridos los cuales, comienzan a perseguirme. Soy rápida y tengo las piernas largas, pero ellos son dos y corren como si les fuese la vida en ello. Hago lo que puedo, de verdad lo hago, pero poco a poco, la distancia que nos separa va reduciéndose...

Están a punto de atraparme cuando mi propio grito me despierta y emerjo de una persecución abocada al fracaso.

Suspiro. A la tenue luz de la lámpara de mi mesilla de noche se añade la luz gris de la tormenta, que se filtra por los agujeritos de la persiana. De algún modo, esa iluminación resalta el espejo y hace que me fije en él; las tres estrías, esas tres líneas sinuosas que recorren su marco, brillan como si estuviesen vivas bajo el cambiante juego de luces y sombras de la tormenta; parecen llamarme, imprecisas y misteriosas. De pronto, siento una necesidad inexplicable de bajar de la cama y caminar hacia el espejo. Casi sin pensarlo, aparto el edredón y...

Oigo unos golpecitos suaves en la puerta. Me detengo, insegura.

—¿Carla?

Es la voz de mi madre. No contesto, pero vuelvo a colocar el edredón en su sitio.

Tras unos segundos, la puerta se abre despacito.

—He llamado a la puerta, ¿eh? —advierte con suavidad.

—Lo sé...

—¿Estás bien, cariño? —pregunta con una mano en la puerta abierta y otra en el marco—. Me ha parecido oírte gritar.

Un nudo inesperado me atenaza la garganta.

—He tenido... una... pesadilla... —me cuesta hablar; todo lo que me pide el cuerpo es dejarle paso a las lágrimas.

Mi madre entra en la habitación, se sienta en mi cama y me envuelve entre sus brazos.

—Es normal, cariño. —Me acaricia el pelo con suavidad—. La desaparición de Amaya nos ha afectado mucho a todos, pero tienes que intentar dormir... La policía está haciendo todo lo posible por encontrarla; lo sabes, ¿verdad?

Asiento con la cabeza.

—Seguro que al final todo sale bien... —dice, aunque me da la sensación de que hay algo en su expresión que desmiente sus palabras.

Vuelvo a asentir. Es todo lo que soy capaz de hacer.

—¿Quieres que me quede un poquito aquí contigo?

Pedirle que se quede no parece muy maduro, pero me da igual.

—Vale —susurro mientras me acurruco entre las mantas.

Me pesan los párpados. La mano de mi madre, que sigue acariciándome el pelo, es como un bálsamo. Voy cerrando los ojos y, poco a poco, noto como el sueño me vence. Pero antes de que esto suceda, durante apenas unos segundos, mis ojos entornados enfocan la imponente silueta del espejo que se recorta sobre la pared del fondo, y una pregunta fugaz toma forma en lo más profundo de mi mente:

«¿Por qué he soñado que volvía a entrar en el espejo?».

Cuarenta y siete

Mi madre introduce el último *tupper* en la bolsa con decisión y se pasa una mano por la frente. Parece cansada, lo cual no es de extrañar, porque lleva metida en la cocina toda la mañana. Desde las nueve hasta... Bostezo mientras miro el reloj. Hasta la una.

—Bueno, ya está —suspira la atareada abeja cocinera echando hacia atrás la melena rubia—. Seguro que esto les viene bien. Están pasando por momentos malos y, por ahora, no se me ocurre otra forma de ayudar que intentar que no malcoman...

Contemplo el cielo gris a través de la ventana salpicada de lluvia. A juego con nuestro estado de ánimo, el tiempo es oscuro y tristón: la tormenta de anoche ha dejado paso a una lluvia ligera que, según lo que han dicho por la tele, durará varios días. Bostezo de nuevo, tapándome la boca con la mano; sospecho que lo mal que he dormido esta noche me va a pasar factura todo el día.

—Me arreglo un poco y voy para allá —dice mi madre, quitándose el delantal.

Tiene pensado ir a casa de Ernesto a llevarle comida casera: caldito de pollo, croquetas y menestra de verduras. Tal y como lo vio ayer, duda de que esté en condiciones de pensar en cosas prácticas y terrenales tales como comidas y cenas. Y, recordando su expresión ausente, yo no puedo sino darle la razón.

Me giro justo cuando mi madre está saliendo de la cocina.

—¿Puedo acompañarte a casa de Ernesto, mamá?

Ella duda.

—Mejor que no. No quiero que Julia se quede sola —añade más bajito—. Amaya podría intentar llamarla o incluso venir a casa, quién sabe. Mejor que estéis las dos. Además, yo no tardaré nada: voy, me aseguro de que están bien, les dejo los *tuppers* y me vuelvo —

concluye y entra en el cuarto de baño.

Llevo la bolsa con la comida hasta la entrada y pienso en el padre de Amaya. Después de haber perdido a su mujer hace unos años, ahora se enfrenta a la posibilidad de perder a una hija. Parece un poco injusto. ¿No ha tenido este hombre ya su ración de mala suerte? Me muerdo la mejilla por dentro, nerviosa. Seguro que ver a su padre tan... afectado es otro motivo de preocupación para Hugo. Y «afectado» es un bonito eufemismo para describirlo; siendo claros, parecía que se le estaba aflojando algún tornillo...

El sonido del timbre interrumpe mis sombrías reflexiones. Solo suena una vez porque estoy tan cerca de la puerta que abro al instante. Parpadeo varias veces, pasmada; es la última persona que esperaba encontrarme y, al mismo tiempo, la persona en quien estaba pensando justo en este preciso momento...

—¡Hugo! —Está pálido, casi cadavérico, como si le hubiesen chupado la sangre. Su gesto serio está enmarcado por mechones desordenados de cabello negro, lo que acentúa todavía más su palidez. Aun así, está guapo; parece una especie de vampiro *sexy* de esos que salen en las series que les gustan a mi hermana y a Amaya. Lleva el casco de la moto bajo el brazo derecho.

—Hola —saluda. Él también parece sorprendido de verme. Se mira la mano libre, como si no supiera qué hacer con ella, y al final opta por sepultarla en lo más hondo de su bolsillo. Cuando alza la cabeza, su rostro muestra una expresión desolada y vulnerable que me conmueve.

—Siento mucho lo de Amaya —digo atropelladamente y, casi sin pensarlo, le doy un abrazo. De primeras, él se queda rígido, como si no se lo esperase, pero luego me lo devuelve. El casco de la moto cae y rebota en el suelo de gres. Noto cómo sus brazos me rodean con fuerza.

—Hugo —susurro, e intento transmitirle con mi abrazo toda la calidez que no sé cómo expresar en palabras.

—Carla —murmura él con voz ronca. El sonido de mi nombre en sus labios basta para que un escalofrío suba por mi espalda. Su cuerpo está frío y mojado, y tiembla ligeramente, pero me da igual. En este preciso momento, lo único que me importa es que mi cabeza encaja

justo debajo de su mentón, como si ese hueco en su anatomía hubiera sido creado para mí. Siento el leve soplo de su aliento haciéndome cosquillas en el pelo, y noto el latido de mi corazón por todo el cuerpo, golpeándome con fuerza desde dentro, como puñetazos. El espacio entre nosotros parece reducirse, y no solo porque estemos fundidos en un apretado abrazo...

«Dios, creo que me estoy enamorando».

El pensamiento me parece inapropiado y... aterrador y, tras pensarlo un momento, me da la sensación de que tal vez el abrazo está siendo demasiado íntimo, más si tenemos en cuenta que mi madre ronda por la planta baja y que, probablemente, su dotada oreja parabólica también haya oído el timbre, o el sonido del casco al caer, o ambas cosas a la vez... y todo esto unido al repentino e inoportuno recuerdo de la charla sobre sexo que —gracias a la abuela Lola—, mi madre cree que debe mantener conmigo, me pone tan nerviosa que me aparto de él bruscamente, y choco contra el mueble del recibidor.

—¡Ay! —gimo, tambaleándome a la pata coja.

Hugo intenta sujetarme para que no pierda el equilibrio, cosa — bastante humillante, por cierto—, que se está convirtiendo en una constante en nuestra relación, o como sea que se llame lo que Hugo y yo tenemos... En cualquier caso, que nos hayamos separado —aunque haya sido de esta manera tan poco elegante— ha sido una suerte, porque mi madre acaba de asomar el hocico desde el cuarto de baño.

—¡Hugo! —grita, y saca una mano para saludar—. Ahora mismito salgo.

Hugo lanza un suspiro entrecortado que no estoy muy segura de saber interpretar.

—Vengo a daros mi número de móvil —dice tendiéndome un *post-it*. No sé si son imaginaciones mías, pero respira más agitadamente y me parece que sus mejillas han recobrado algo de color—. Si Amaya da señales de vida o... cualquier cosa, por favor, llamadme a mí en lugar de a mi padre. No se encuentra muy bien, y...

—¡Hugo, cariño! —exclama mi madre saliendo del cuarto de baño. Por su expresión preocupada, ha oído la última frase—. ¿Le pasa algo a Ernesto? —pregunta abrazándole con gesto maternal.

—Nada grave. —Hugo parpadea y me fijo por primera vez en sus ojos.

Los tiene irritados, como si hubiese dormido tan mal como yo; cosa lógica, por otra parte... Su tono se ha vuelto más formal ahora que mi madre ha entrado en escena—. Ayer le dio un colapso nervioso y hoy le han dado unas pastillas para que descanse un poco.

—Claro, pobre, sí, le vendrá bien descansar... Justo ahora iba para tu casa. —Mi madre levanta la bolsa con la comida—. He preparado un caldito casero y algunos *tuppers* de comida que os vendrán muy bien. Tu padre bastante tiene con...

Hugo abre mucho los ojos y, por cómo mira a mi madre, sé que el gesto lo ha conmovido.

—Muchísimas gracias, Elisa, pero no tienes que molestarte. Mi tía Merche está de camino. Esta misma tarde llegará a casa y...

—¡No es molestia ninguna! Pienso llevarlo todo a tu casa ahora mismo. —Mi madre endereza la espalda, pone los brazos en jarras y, cuando reconozco el gesto testarudo de su mandíbula, no tengo la menor duda de que lo hará—. A tu tía Merche le vendrá muy bien tener comida hecha —argumenta—. Así tendrá más tiempo para confortar a tu padre, el pobre...

—¿Se sabe algo nuevo, Hugo? —la interrumpo yo.

Él tarda unos segundos en contestar.

—La policía nos ha informado de que su móvil ya ni siquiera da tono. Está apagado. —Mi madre y yo emitimos un «¡Oh!» apesadumbrado y Hugo se apresura a tranquilizarnos—. Aunque el inspector Montero nos ha dicho que no debemos alarmarnos por eso, que lo más normal es que el móvil se haya quedado sin batería, sencillamente.

Mi madre y yo suspiramos al unísono, algo aliviadas.

—¿Se sabe con certeza qué ha ocurrido, al menos? —pregunta ella.

El atractivo rostro de Hugo se frunce en un gesto de preocupación mientras nos pone al día:

—El inspector Montero y el subinspector Fernández pertenecen a la Unidad Central de Secuestros y Extorsiones de la Policía Nacional. Creen que Amaya ha sido secuestrada por el mismo tipo que secuestró hace tres y cuatro semanas a niñas de la misma edad en dos pueblos del noroeste de Madrid. Ellos están al frente de ese caso. Llevan detrás de la pista del culpable desde el primer secuestro, hace casi un mes.

Suspiro. Lo sabía. El inspector Montero no lo reconoció ayer, pero... tampoco hizo falta: lo tenía escrito en la cara.

Hugo mira nuestros rostros apenados.

—Bueno, lo cierto es que hay una buena noticia —anuncia tímidamente.

Sonrío. Recuerdo nuestra cita, y me doy cuenta de que lo que más me gustó de él —además de lo obvio, es decir, que es guapísimo— fue su positivismo.

—Nos han dicho que no contemos nada, pero... —Hugo intenta mantener la calma, pero le cuesta; sea cual sea la buena noticia, es obvio que se muere por compartirla. Su voz tiene un tono de *quierocontarlo-quierocontarlo-quierocontarlo* que le delata, y sé que no va a poder resistir la tentación cuando empieza a justificarse—. Al fin y al cabo, Julia es la mejor amiga de mi hermana, y Carla, bueno, ejem, Carla..., —carraspea, repentinamente turbado—, en cualquier caso, la noticia saldrá a la luz pronto —dice, saliendo como puede del terreno pantanoso en el que estaba entrando—. Los medios están muy encima, así que no creo que pase nada porque me adelante un poco, supongo...

—Dilo, por favor —suplica mi madre, incapaz de aguantarse.

—Sí, dilo, dilo, dilo —la apoyo tras unos segundos, saliendo a duras penas del estado comatoso que me ha provocado la frase «Y Carla, bueno, ejem, Carla...».

«¿Y Carla qué? ¿Qué, qué, qué...?».

—De acuerdo, pero quiero que me prometáis que no diréis nada.

—¡Prometido! —entonamos mi madre y yo a coro.

La conversación continúa, pero mi cerebro se ha quedado estancado en la dichosa frasecita... ¿Qué ha estado a punto de decir Hugo? Y Carla, bueno, ejem, Carla es... ¿mi amiga?, ¿mi novia, tal vez? Noto que me sofoco solo de pensarlo. Intento evitarlo, pero me es imposible: el calor me invade primero el pecho y el cuello, y luego trepa hasta mi rostro. Lo único que puedo hacer es cruzar los dedos y rezar para que nadie se dé cuenta...

En ese momento, y por primera vez desde su llegada, veo una sonrisa en el semblante de Hugo. Es una sonrisa pequeña y compungida, que apenas deja entrever los hoyuelos de sus mejillas,

pero una sonrisa, después de todo.

—Ayer por la noche apresaron al tipo cuando intentaba secuestrar a otra menor. Hoy lo interrogan. —Hugo cambia el peso de un pie a otro visiblemente nervioso, pero detecto un brillo de esperanza en sus ojos negros—. Estamos a la espera de noticias, pero el inspector Montero está bastante seguro de que el tipo cantará...

Cuarenta y ocho

Camino por un pasillo de paredes blancas.

«¿Dónde estoy?».

No tengo la menor idea, pero continúo avanzando. Quedarme quieta no es una buena opción; esto es algo que sé de un modo confuso pero certero. Tras unos minutos, el pasillo se bifurca. Tengo tres opciones: seguir recto, girar a la derecha o girar a la izquierda.

Me detengo, dudo y, al final, sigo recto. Suspiro. Esto no me gusta... Y me gusta aún menos cuando, tras unos cien metros, me veo obligada a elegir de nuevo entre la derecha o la izquierda.

Cierro los ojos y respiro hondo una, dos, tres veces. Cuando los abro de nuevo, vuelvo a observar las paredes. Son muretes blancos, y ahora me doy cuenta de que no llegan hasta el techo. Si fuese más alta o tuviese una escalera, podría asomarme para tener una visión de conjunto del laberinto. Porque ahora lo tengo claro: estoy en un maldito laberinto.

«¿Y cómo he llegado hasta aquí?».

Da igual. Lo importante ahora es averiguar cómo salir... Recuerdo haber oído o leído en algún sitio que, para salir de un laberinto, el truco está en girar siempre a la izquierda. Frunzo el ceño. ¿O era a la derecha...?

Un grito interrumpe mis meditaciones. Si no fuese porque es imposible, creería que es... Amaya.

Vuelvo a oírlo, esta vez más alto y más claro:

—¡CARLAAAA!

¡Oh, Dios! Sí que es Amaya y... ¿está gritando mi nombre?

Creo que el sonido viene de la derecha, así que echo a correr en esa dirección, mientras intento ahuyentar el mal presentimiento que comienza a embargarme.

—¡Amayaaaaa! —grito mientras corro y corro, a lo loco, girando a veces a la izquierda, y a veces a la derecha, sin criterio alguno. Y mientras mi respiración se acelera y mi corazón late al galope, presiento que están aquí. Lo percibo...

«Vigilantes».

Como si mis miedos lo hubieran conjurado, un vigilante aparece a lo lejos. Me detengo y, tras retroceder un poco, vacilante, doy media vuelta y corro en dirección contraria, apretando los puños con tal fuerza que noto cómo las uñas se clavan en la piel de mis palmas, pero antes de que pueda llegar a la siguiente intersección, un nuevo vigilante aparece frente a mí.

Freno bruscamente y miro hacia atrás. El otro vigilante sigue a mi espalda.

Estoy atrapada. Entre dos vigilantes. En un pasillo estrecho.

«Maravilloso».

Durante unos instantes, ninguno de los tres nos movemos ni un milímetro. El silencio se hace eterno, hasta que el primer vigilante lo rompe con una carcajada aguda e hiriente que me pone los pelos de punta. Tras unos segundos, el segundo vigilante se le une y me da la sensación de que sus risas, yuxtapuestas, suenan a mil decibelios.

Me tapo los oídos sin saber qué hacer ni cómo escapar.

Ellos se acercan sin apartar los ojos de mí. Es como observar a dos leones avanzando con cautela, y yo soy su presa.

Sus risas rechinantes atruenan mis oídos. Creo que estoy comenzando a hiperventilar de puro miedo. La distancia que nos separa es cada vez menor. Uno de ellos está a punto de cerrar su mano como una garra en torno a mi cuello, cuando...

Abro los ojos de golpe. Estoy en clase. Todo el mundo se está levantando. Algunos compañeros me miran extrañados, y oigo algunas risitas. No puedo evitar sonrojarme por la atención. Debe de haber sido el ruido de las sillas rechinando contra el suelo lo que me ha despertado. O tal vez Carlos Rodríguez, cuya mano sacude mi hombro con suavidad.

—Carla, Carla —susurra—, te has quedado dormida en clase de Lengua.

—Ah... —artículo aún atontada.

—Ahora hay que ir al gimnasio, toca Educación Física.

—Vale, vale... —Intento sonreír—. Gracias, Carlos.

Me levanto. Saco mi móvil. Mientras salgo de clase y marco el número de mi madre, me pregunto cuánto tiempo más van a durar estos horribles sueños, estas pesadillas tan reales.

—¿Sí? —Es la voz de Julia. La desaparición de Amaya no se hará pública hasta esta tarde, así que el inspector Montero y mi madre han preferido que no vaya hoy al instituto.

—Julia, soy yo —digo e intento meterme en la corriente de estudiantes que va hacia el gimnasio.

—Dame el teléfono —escucho, y a continuación—: Hola, cariño.— Siento alivio al escuchar la voz de mi madre.

—Mamá, ¿has llamado al padre de Hugo? ¿Hay alguna noticia nueva? ¿Ha confesado ya el tipo ese?

Un silencio. Imagino el entrecejo de mi madre arrugado en un gesto de desaprobación, al otro lado del teléfono.

—Carla, ¿no puedes esperar a llegar a casa para enterarte? —me dice con tono de regañina—. No me gusta que andes distraída en el instituto.

—¡Venga, mamá! No estoy distraída, te estoy llamando entre clase y clase.

—Está bien... —cede con un suspiro—. El secuestrador ha confesado y ya han localizado a las dos primeras niñas. Estaban en dos pisos distintos en el centro de Madrid...

—¿Y están bien? —la interrumpo.

—Sí, están bien. Hambrientas y deshidratadas. Se han pasado desde el sábado por la noche hasta hoy lunes sin comer ni beber, pero bien, al fin y al cabo...

—¿Y Amaya, qué?, ¿no la han localizado?

—Pues... el secuestrador aún no ha confesado su paradero. —Mi madre suspira, y puedo oír la preocupación en su voz cuando añade—: pero la policía cree que acabará confesando también dónde está Amaya, que es solo cuestión de tiempo.

Como no podía ser de otro modo, la marea estudiantil de mi clase me ha conducido hasta el gimnasio, donde la señorita López está marcialmente plantada, con las manos a la espalda, entre un montón

de aparatos, entre los que distingo unas espalderas, un potro, un listón sujeto por unos mástiles y con colchonetas debajo, que imagino que es para practicar salto de altura, y algunos artilugios más de los que desconozco el nombre y la utilidad.

—Hoy toca gimnasia deportiva, chicos —anuncia nuestra profesora sonriendo mientras vamos entrando.

—Mamá, tengo que dejarte —susurro en mi teléfono—. Nos vemos en casa.

Al colgar, escucho el gemido de Carlos Rodríguez que, a mi lado, contempla los aparatos de gimnasia como si fuesen instrumentos de tortura.

—Odio el plinto... —se queja.

Sigo su mirada para saber cuál de los aparatos que desconozco es el plinto.

—¿Y qué hay que hacer en el plinto? —pregunto.

—Dar una voltereta encima.

—Vaya —enarco una ceja—. Si te sirve de consuelo, no creo que a mí se me vaya a dar muy bien...

—Pero ¿cómo voy a dar una voltereta encima de esos cajones, cuando no soy capaz de darla en el suelo, sobre una colchoneta? —gime él—. Si me saliese sería ciencia ficción, ¿no crees?

Me río un poco.

—¿No estás exagerando un pelín?

—En serio, si fuese capaz de dar esas volteretas estaría entrenando para las próximas olimpiadas, no en 3.º de la ESO...

Me tapo la boca para ahogar una carcajada y, por cómo me mira y sonrío, me doy cuenta de que Carlos está exagerando a propósito para animarme. Por eso su brusco cambio de tono y de conversación no me pilla por sorpresa...

—Oye, Carla, ¿estás bien? —pregunta serio.

Buena pregunta, pienso.

No, no estoy bien.

—Pues... sí —digo, en cambio—, ¿por qué?

—Porque cuando te has dormido en clase, estabas temblando y murmurando entre dientes.

Mientras escucho a Carlos, pienso en el sueño que acabo de tener, y

en el que tuve el sábado por la noche, y frunzo el ceño. Me da la impresión de que los sueños quieren decirme algo. Algo fundamental, algo clave, pero ¿qué? Por un lado, me gustaría averiguarlo, pero por otro, lo único que deseo es no volver a soñar nunca más ni con el espejo ni con Amaya ni con los vigilantes...

—Estoy bien, Carlos —digo. Por cómo me mira, me doy cuenta de que debo de haber tardado demasiado en responder—, pero gracias por preguntar —añado con suavidad.

Cuarenta y nueve

Las escalofriantes risas de los vigilantes retumban en mis oídos mientras me enjabono. Intento no pensar en ellas, borrar de mi mente el sueño que he tenido en clase de Lengua, pero el recuerdo se agarra a mi memoria como una garrapata al pelaje de un chucho... Imposible sacudírmelo.

Malhumorada, coloco la ducha en el enganche, sobre mi cabeza, y abro los grifos hasta que el agua retumba en mis oídos como si estuviese en las mismísimas cataratas del Niágara. Cierro los ojos, el agua caliente me moja el pelo y resbala por mi espalda. Dejo que arrastre mi cansancio y mis nervios por el desagüe y suspiro, haciendo un esfuerzo por pensar en otras cosas; en la conversación que acabo de tener con mi madre, por ejemplo...

Según me ha contado, el detenido niega haber secuestrado a Amaya, pero la policía está convencida de que miente. La última noticia, casi, casi una primicia, que nadie, ni siquiera la prensa aún conoce, y que Ernesto, un poco más entero que los últimos días, le ha contado a mi madre hace un rato, es que hay un pez gordo, una especie de experto en interrogatorios, que acaba de llegar de Estados Unidos y que va a interrogar esta misma tarde al secuestrador con el objetivo de averiguar si miente o si dice la verdad.

Sin motivo aparente, estas últimas cuatro palabras arañan mi cerebro.

«Si dice la verdad».

Lo siento de una forma casi física, como si dejaran un surco...

Veritati serviunt.

Y ahí, en medio de la ducha, desnuda y rodeada del estruendo del agua, se me ocurre una idea. Es tan sorprendente y a la vez tan obvia, que me sobresalto. Yo *sí* sería capaz de saber si el detenido miente o

dice la verdad si entrase en el espejo. Sería capaz incluso de más, de mucho más: podría escuchar sus pensamientos y averiguar dónde tiene retenida a Amaya.

Veritati serviunt.

«Sirvo a la verdad».

Me apoyo en las baldosas blancas de la pared, desnuda y mareada... Pero entrar en el espejo es peligroso, tal vez demasiado peligroso. Me muerdo el labio pensativa. Desde mi conversación con Braulio, el anticuario, me he comportado con el espejo como Superman con la kriptonita: manteniéndome bien lejos. Y me ha ido bien, ¿no?, al menos hasta ahora...

Parpadeo, intentando ver algo a través del vapor que se ha adueñado del cuarto de baño. De pronto, tengo la sensación de que el espejo y mis pesadillas, que hasta ahora eran trozos independientes de mi vida, comienzan a agitarse, a unirse entre sí y a formar algo sólido y con sentido.

Ya no creo que esté loca.

Por una parte, eso me alivia; sin embargo, por otra, no puedo evitar sentirme abrumada: la investigación sobre el espejo comenzó casi como un juego, pero ha ido más allá, y ahora me siento como si me hubiese subido a un tiovivo del que no puedo bajar.

Mientras giro el cuello para relajarme, algo hace clic en mi nuca y en mi cerebro:

Comprendo, de repente, que la idea de volver a entrar en el espejo no es nueva, sino que hace días que revolotea por los bordes de mi conciencia como una mariposa esquiva.

Comprendo que no he estado soñando con el espejo por casualidad, y que tampoco es una coincidencia que en los dos sueños haya aparecido Amaya.

Comprendo que ambas cosas están relacionadas, que son dos filamentos de una misma idea; una idea que lleva días desplegando las alas en las profundidades de mi mente...

Omne trinum perfectum.

Me siento en el plato de la ducha, bajo el agua, y me rodeo el cuerpo con los brazos. Creo que mi propio subconsciente me ha estado recordando que yo puedo ayudar a Amaya. Y, a la vez, me da la

sensación de que el propio espejo me ha estado enviando señales, avisándome de que me falta entrar una última vez, recordándome que debo cumplir sus reglas. Resultado: estas consignas se han apelonado en mi interior y han salido a la superficie en forma de esos extraños sueños cuyo significado no puede ser más que uno:

Tengo que volver a entrar en el espejo.

Una tercera vez.

Una última vez.

Salgo de la ducha y me miro en el espejo, observo cómo mi cara va tomando forma a través del vapor. Para cuando la totalidad de mis rasgos han aparecido, todo encaja.

Todo, menos una cosa... Me estrujo el cerebro intentando recordar algo que dijo Braulio sobre la necesidad de entrar tres veces, en nuestra primera y única conversación... Dijo que el espejo era una anomalía que permitía que se entrecruzasen distintos planos dimensionales de la realidad, de manera que la persona que entraba —el caminante—, podía visualizar presente, pasado o futuro, en función de su elección.

Entorno los ojos. ¿Qué elección? Es verdad que la primera vez el espejo me mostró el futuro y la segunda me llevó a un punto de mi pasado, pero... no recuerdo haber hecho ninguna elección, ni sobre el tiempo ni sobre el lugar.

Me cepillo el pelo húmedo abstraída en mis pensamientos. Dado que tengo que utilizar el *Speculum Veritatis* para observar al secuestrador, lo más fácil sería ir al interrogatorio de esta tarde. Lo malo es que, por más vueltas que le doy, sigo sin saber cómo hacer tal cosa; en ninguna de las otras ocasiones en que he entrado en el espejo he conseguido elegir dónde ir... Realmente, ¿hay alguna manera de escoger lo que se quiere ver?

Mientras me pongo lo primero que pillo, lo tengo claro:

Si hay una persona que pueda saberlo, ese es Braulio.

¡Solo espero llegar a tiempo!

Cincuenta

—Toma, te sentará bien —dice el anticuario tendiéndome un humeante café con leche.

Se lo agradezco con una sonrisa temblorosa. No suelo tomar café —mi madre no me deja—, pero tengo tanto frío que cualquier cosa caliente es bienvenida.

Me toco el pelo y compruebo que sigue empapado. Suspiro. He salido de casa como alma que lleva el diablo sin darme cuenta de que las finas gotas de lluvia que caían cuando volvía del instituto se habían transformado en chuzos de punta. Diez minutos: ese es el tiempo que he tardado en encontrar un taxi, y ha bastado para empaparme de la cabeza a los pies. Aun así, he seguido adelante, firme en mi propósito de llegar lo antes posible hasta la única persona que conozco que puede darme la información que necesito sobre el *Speculum Veritatis*...

—Tengo muchas dudas, Braulio —me quejo. Sujeto la taza de café con las dos manos para que el calor del vaso se trasmita a mis dedos ateridos.

—Ya —contesta él, y me escudriña como si buscara algo en mi interior—. A veces las dudas son buenas —añade.

«A mí no me parecen nada buenas», pienso. Doy un sorbito al café, pero lo único con lo que soy capaz de responder es con un sonoro castañeteo de dientes.

Estamos en la trastienda de su tienda de antigüedades, El Desván de Braulio. Aspiro una bocanada de aire. El aroma del café recién hecho se mezcla con el del papel, crea una mezcla rara y, a la vez, acogedora. Resulta curioso, la primera vez que estuve en este local me prometí a mí misma que no volvería. Entorno los párpados y doy otro reconfortante sorbito al café. En cambio, ahora, me siento tan

aliviada por haber regresado...!

Miro de reojo al anciano, sentado junto a mí. Braulio es el único anclaje entre mi vida normal y el *Speculum Veritatis*, la única persona con la que puedo hablar con libertad de las extrañas cosas que me están pasando últimamente sin temor a que me tome medidas para una camisa de fuerza.

—No sé ni por dónde empezar —murmuro, mirando la taza; en realidad, es un pensamiento en voz alta, pero Braulio sonríe.

—Déjame empezar a mí, entonces —sugiere con suavidad—. El otro día te marchaste muy deprisa y... ¡hablaste incluso de deshacerte del espejo! —Se estremece al decir esto, como si la idea aún le aterrara—. Apenas pegué ojo pensando en lo que dijiste. —Suspira sin apartar los ojos de mí—. Y creo que fue culpa mía, porque no supe transmitirte el milagro que supone que el *Speculum Veritatis* haya acudido a tu llamada.

«¿Mi llamada?». Esto es nuevo... Enarco una ceja y miro a Braulio.

—La otra vez, Rosa y tú me dijisteis que el espejo vino a mí porque estaba pasando por un momento complicado de mi vida. —Dejo la taza de café en la mesita.

Braulio me mira con fijeza y asiente.

—Y es cierto —suspira—, pero también hay otra razón... ¿Recuerdas que Rosa dijo que la mayoría de los caminantes resultan ser adolescentes?

—Sí.

—La principal razón de que los caminantes sean adolescentes tiene que ver con su mente, que aún no ha acabado de cerrarse.

Frunzo el ceño confusa.

—¿Cerrarse?

—Quiero decir, que todavía son capaces de aceptar lo desconocido, lo inexplicable.

—Mmmm... ¿cómo los niños?

—Exacto, como los niños —corroborra Braulio complacido—. Los niños tienen la mente muy abierta, pero no están preparados para desentrañar los misterios del espejo, ni tienen dudas existenciales que los inquieten. A los adultos les pasa lo contrario: las dudas les carcomen y están preparados para entender las enseñanzas del

espejo, pero no pueden entrar, porque su mente es demasiado cuadrículada. —Las arrugas profundas y paralelas que fruncen la frente de Braulio mientras habla sugieren una intensa concentración—. Sin embargo, los adolescentes se encuentran... en un punto intermedio entre la niñez y la vida adulta. Esto hace que algunos, unos pocos, en algún momento muy concreto de esa etapa de su vida, sean capaces de convocar la presencia del *Speculum Veritatis*.

Ladeo la cabeza pensativa. Lo de la apertura de la mente es una idea peculiar, pero no deja de tener su lógica. En cuanto a lo de «convocar» la presencia del espejo... ¿Había yo convocado al *Speculum Veritatis*? Hace unas semanas, lo hubiese negado, pero ahora... Recuerdo la primera vez que lo vi, plantado bajo el tragaluz de mi habitación. Yo no sabía de su existencia, jamás había oído hablar de él, pero... Trago saliva. Al verlo, tuve la impresión —la absurda e ilógica impresión— de que era mío, de que me pertenecía más que nada en el mundo, de que lo necesitaba más que cualquier otra cosa... Por eso quise quedármelo. En su momento no lo supe, pero ahora lo veo claro.

Doy otro sorbito al café. Frente a mí, un viejo reloj de cuco da las cinco y media, me sobresalta. Miro mi propio reloj con preocupación, espero no haberme relajado demasiado. Todo lo que Braulio me está contando es muy interesante y lamento no poder charlar con él largo y tendido, pero el interrogatorio es esta misma tarde. ¡Podría incluso haber comenzado ya! Decido ir al grano:

—Braulio, necesito saber cómo elegir dónde y cuándo ir al entrar en el espejo.

Se hace un breve silencio.

—¿Por qué? —pregunta él con suavidad—. Pensé que habías decidido no volver a entrar, que te parecía demasiado peligroso.

Me doy cuenta de que se trata de una pregunta retórica, porque los perspicaces ojos grises del anciano no muestran ninguna sorpresa.

—Tengo que volver a entrar —digo, y mi voz es poco más que un susurro—. La vida de alguien podría estar en peligro y creo que merece la pena correr el riesgo.

Braulio asiente con la cabeza. Se diría que mi respuesta le ha complacido; me mira como un profesor miraría a una alumna

cabezota que empieza a progresar.

—*Omne trinum perfectum* —sentencia.

Las palabras de Braulio resuenan en mi cabeza con el timbre exacto de una advertencia, y yo no puedo sino suspirar. Me viene a la cabeza la imagen de Amaya. Me la imagino asustada en un apartamento solitario. Recuerdo que tal vez lleve desde el sábado sin comer ni beber. Trago saliva angustiada.

—Braulio, ¿nunca se ha incumplido la regla de las tres veces? —pregunto.

—Nunca, que yo sepa. —Braulio me lanza una mirada entre sorprendida y acusadora que no sé cómo interpretar—. ¡Por eso me desconcertó tanto que, la primera vez que nos vimos, me dijese que no ibas a volver a entrar...! Creí que conocías el significado de las tres frases del espejo, Carla —se queja arrugando sus gruesas cejas—, es lo que me dijiste.

—Ya... —resoplo fastidiada— pero conocer no es entender, Braulio, parece mentira que no lo sepas...

—Tienes razón —asiente—. Si hubieses entendido las frases, no habrías tenido que volver hoy a mi tienda, porque la segunda frase contiene la respuesta a la pregunta que me has hecho.

Le miro sin comprender, lo que, con Braulio, comienza a convertirse en una costumbre.

—¿«La necesidad es la clave» es la respuesta a mi pregunta? —pregunto, y no puedo evitar que mi voz suene teñida de escepticismo.

—El espejo te transporta al último momento en el que piensas antes de tocarlo, ¿no te has dado cuenta?

Parpadeo pasmada. El cerebro me bulle por el exceso de información... Lo cierto es que, la primera vez que toqué el espejo, estaba preocupada porque iba a suspender el examen de Biología... y la segunda, estaba quejándome del divorcio de mis padres. Entorno los ojos con cautela.

—Entonces, ¿solo tengo que pensar en el lugar y momento al que quiero ir? —pregunto, agarrándome con fuerza al brazo de la silla en la que estoy sentada. Si solo es eso, no parece tan complicado.

—Sí. Pero dirigirlo conscientemente es difícil. Tiene que haber una gran necesidad.

—La necesidad es la clave —digo casi para mis adentros.

—Exacto. Si no hay una gran necesidad, tu mente será incapaz de dar la orden con la suficiente fuerza.

Pienso en Amaya. Pienso en la posibilidad de no volver a verla. Pienso en su padre, pienso en Hugo, pienso en mi hermana.

—La necesidad existe —digo, y yo misma me quedo sorprendida ante la seguridad con que pronuncio esas palabras.

—En ese caso, ve junto al espejo. Antes de tocarlo, relájate. Recrea el lugar y el momento donde quieres aparecer. Respira hondo y proyecta ese deseo, esa imagen, deja que penetre en cada célula de tu cuerpo.

Arrugo el entrecejo... Básicamente, es un poco como soñar despierta, ¿no? Y a mí siempre se me ha dado muy bien soñar despierta. Braulio cierra los ojos cuando se lo digo, y no estoy segura de si mi comentario le ha hecho gracia o si le parece una tontería.

—Se parece a soñar despierta... —reconoce finalmente, ladeando la cabeza—, pero ten en cuenta que tu deseo ha de estar conectado a un sentimiento muy intenso; todas las células de tu organismo han de vibrar al ritmo de esa necesidad.

Asiento, aspiro una gran bocanada de aire y lo suelto despacito. Ahora que he tomado la decisión, siento una punzada de miedo. Y al mismo tiempo, una gran determinación. Siempre había pensado que esos dos sentimientos eran incompatibles, pero al parecer no lo son.

Braulio me mira fijamente. Su semblante se oscurece como si lo atravesase una sombra cuando dice:

—Tienes que permanecer atenta a los vigilantes.

—Lo estaré.

—Y al marco del espejo —añade, y hay una nota de emoción en la voz que no me pasa desapercibida—. Recuerda: si tiembla y se difumina, se te acaba el tiempo.

—Lo sé —me conmueve verle preocupado. Al fin y al cabo, apenas me conoce.

—Ten en cuenta estas dos cosas y estarás segura... Todo lo segura que se puede estar en el *Veritatis Mundum*.

Vuelvo a asentir con la cabeza. Me doy cuenta de que estoy temblando y, esta vez, no es solo de frío.

El anticuario me mira y esboza una sonrisa nostálgica. Mientras

observo cómo recoge las tazas de café, una idea fugaz pasa por mi cabeza. Es solo una sospecha, pero presiento que es cierta:

—Braulio —digo, entornando los ojos—. Tú también entraste en el espejo cuando eras joven, ¿verdad?

Cincuenta y uno

Entro en casa tiritando.

Tiritando física y económicamente, ya que el taxi que me ha traído desde El Desván de Braulio ha consumido hasta el último céntimo de mis ahorros. Antes de subir a mi cuarto, asomo la cabeza al salón, donde mi madre y Julia ven la tele acurrucadas.

—¡Vaya! —Mi madre enarca una ceja, en un gesto irónico—. Fíjense bien, queridos espectadores, porque estamos contemplando un raro espécimen de *Carla* y esta esquivia criatura se muestra en muy raras ocasiones...

—Muy graciosa, mamá.

—¿De dónde vienes? —pregunta ella, casi a la vez.

—Necesitaba ir a biblioteca —improviso de forma convincente, mirándola a los ojos. Últimamente miento con la misma naturalidad con la que estornudo. De modo inconsciente, disecciono la frase en busca de matices que alivien mi sentimiento de culpa: no he dicho que haya ido a la biblioteca, lo que he dicho es que necesitaba hacerlo, lo cual es cierto..., ¿no?

Los ojos azules de mi madre me repasan a toda velocidad, se detienen un momento en mi ropa húmeda y suben hasta mi rostro, como si buscasen alguna pista sobre la veracidad de mi afirmación. Por si las moscas, decido no darle mucho tiempo para pensar:

—¿Alguna noticia nueva sobre Amaya?

Mi madre suspira.

—Nada concluyente, cariño. —He debido de cogerla cansada, o baja de reflejos, o ambas cosas a la vez, porque no dice nada sobre mi ropa mojada o mi pelo chorreante, a pesar de que los ha visto—. El tipo sigue negando haber secuestrado a Amaya. Pero las dos niñas que han aparecido estaban en pisos distintos, así que la policía no pierde la

esperanza: lo más seguro es que Amaya esté en otra casa. Están investigando sus propiedades y...

—...Y están a la espera de los resultados de los interrogatorios de esta tarde —la interrumpe Julia cruzando los dedos índice y anular de ambas manos—. ¡Ojalá hoy acabe esta pesadilla!

La última frase de mi hermana tiene un tono tan esperanzado que mi madre se apresura a darme explicaciones:

—Es por lo que te conté ayer —aclara—, ha venido un policía experto en estas cosas, uno que ha estado trabajando en el FBI, un tal comisario Ibi..., Ibinosequé... —Arruga sus finas cejas e intenta hacer memoria—. ¿Tú te acuerdas del apellido, Julia?

Mi hermana también frunce el ceño. El gesto acentúa su parecido, ya de por sí considerable; en este momento son dos clones, separados por treinta y dos años de edad y escasos centímetros de sofá.

—No —se rinde finalmente—, era raro y muy largo..., así como del norte.

—Bueno —continúa mi madre—, espero que el interrogatorio pueda desarrollarse con normalidad, porque creo que se ha montado una buena fuera de la comisaría, entre periodistas, curiosos, manifestantes...

—¿Manifestantes? —pregunto sorprendida.

—Sí, unos que piden que las penas en delitos contra menores se cumplan íntegras o algo así —dice Julia.

—No te quedes ahí en la puerta, Carla. Siéntate aquí con nosotras un ratito y te contamos... —me invita mi madre dando unos golpecitos al sofá.

Me gustaría, la verdad, pero no tengo tiempo para eso. Seguro que el tipo del apellido largo y raro ya está interrogando al sospechoso. No puedo perder un minuto.

—Estoy muerta, mamá y, además, me duele un poco la cabeza. Sé que es muy tarde para una siesta, pero me voy a tumbar un poco. —Hago un amago de bostezo tapándome la boca con la mano—. He dormido muy mal estas últimas noches.

Sé que tengo mala cara, así que espero que cuele. Mi madre, que es consciente de mis pesadillas, asiente.

—Como quieras —dice—. Pero sécate el pelo antes o cogerás una

pulmonía.

Mientras me dirijo a las escaleras, un nudo de miedo y nervios me oprime la boca del estómago. Me imagino que así debían sentirse los guerreros medievales antes de un torneo a muerte, o los gladiadores romanos antes de saltar a la arena.

Un escalón, dos escalones, tres escalones...

Recuerdo las palabras de Braulio:

«Recrea el lugar y el momento donde quieres aparecer. Respira hondo y proyecta ese deseo, esa imagen, y deja que penetre en cada célula de tu cuerpo».

Cuatro escalones, cinco escalones, seis escalones...

Desobedeciendo mi deseo de refugiarme en los brazos de mi madre, mis pies acaban con las escaleras, atraviesan el pasillo y entran en la habitación. Durante todo este trayecto, mi mente insiste en retroceder atrás en el tiempo, rememorando una y otra vez las instrucciones de Braulio:

«Tu deseo ha de estar conectado a un sentimiento muy intenso: todas las células de tu organismo han de vibrar al ritmo de esa necesidad».

Suspiro. Allí está. El *Speculum Veritatis*. Se diría que me espera. De nuevo esa sensación, la que me dice que, en este momento preciso de mi vida, él me pertenece tanto como yo a él.

Me acerco. La casa está en silencio. No hay más ruidos que el de la lluvia batiendo contra la ventana, el que hace mi madre en el piso de abajo, yendo y viniendo desde la cocina al salón, y el del aire que entra y sale por mi garganta.

«¿Te atreverás?», me pregunta una vocecita dentro de mi cabeza.

Tengo el estómago encogido y me tiemblan las rodillas. Tiendo la mano hacia el espejo y, cuando estoy a tan solo unos milímetros de tocarlo, me detengo. Tengo la impresión de que, desde que he entrado en mi cuarto, todo sucede a cámara lenta, como si el tiempo se hubiera detenido, aplastado por el pesado silencio que ha caído de pronto sobre la estancia...

«¿Es demasiado tarde para echarse atrás?».

Aprieto los labios.

«Sí, es demasiado tarde».

No sé muy bien cómo, pero soy consciente de haber pasado mi punto de no retorno; lo hice en el preciso momento en que crucé por segunda vez el umbral del Desván de Braulio y mis ojos colisionaron con los del anciano.

«Allá vamos...».

Mientras mis dedos acarician la suave madera caoba del *Speculum Veritatis*, me imagino al misterioso comisario venido desde tan lejos, y también al sospechoso al que interroga. Cierro los párpados y me figuro cómo será la comisaría; la he visto por fuera, está tan solo a unas manzanas de mi casa. Me concentro en la necesidad. Pongo en ello mis cinco sentidos: imagino las voces de interrogador e interrogado, preguntas y respuestas, pausas y silencios. Necesidad... Apenas puedo respirar; todo mi ser está concentrado en el sitio y el momento al que quiero acudir. Junto a mí, el espejo fluctúa, se ondula, como el agua de un lago cuando lanzas una piedra. Necesidad... Siento el deseo de ayudar a Amaya en cada poro de mi piel. Pensar en Amaya trae a mi cabeza la imagen de Hugo y un sentimiento cálido y potente inunda mi corazón, con tanta intensidad que creo que me va a estallar dentro del pecho. No puedo estar segura, pero creo que es esa potencia la que pulsa algo, una especie de interruptor invisible que llena la estancia de una energía vibrante y anticipatoria, como si se aproximara una tormenta eléctrica, que hace que se me erice el vello de los brazos y la nuca. Me dejo llevar. Un estremecimiento de proporciones sísmicas recorre cada célula de mi cuerpo cuando veo de nuevo la luz blanca y deslumbrante que hiere mis ojos. Siento el tirón y esta vez no me resisto...

Cincuenta y dos

No sé qué esperaba. Tal vez un hombre horroroso, con pinta de cavernícola y tanto pelo como un primate. O un tipo pálido, oculto tras gafas de sol y enfundado en una gabardina oscura, relamiéndose los colmillos de vampiro con la lengua...

No importa.

En cualquier caso, me he equivocado de cabo a rabo. El sospechoso no solo es normal, sino que cuanto más le miro, más me doy cuenta de que es agradable, incluso guapo: tiene unos treinta y cinco o cuarenta años, pero conserva todo el pelo, una densa mata castaña; sus ojos son también castaños, moteados de verde, y brillan como hojas húmedas; el conjunto se completa con una piel morena y lisa, sin apenas imperfecciones, una nariz recta, y unos labios carnosos y bien dibujados... Es indignante, pero todo en él sugiere un temperamento dulce y sensible.

Frunzo el ceño. No ocurre lo mismo con los pensamientos que proyecta: varios sentimientos oscuros y grasientos, como el ansia de poder, el odio, la lujuria y el resentimiento, flotan sobre él como entidades casi palpables que me hacen estremecer.

Mientras le observo, no puedo evitar pensar en las flores carnívoras y la forma en que sus brillantes colores atraen a sus víctimas.

El subinspector Fernández me saca de mi ensimismamiento:

—Canta ya, cabronazo... —masculla, cruzándose de brazos.

Estamos al lado, codo con codo —aunque por supuesto, él no lo sabe—, en una habitación oscura, observando al detenido a través de una especie de ventana. Mejor dicho, yo lo observo; lo que el subinspector Fernández hace va más allá de la mera observación: no aparta los ojos del acusado; es como si quisiese ver a través de él, como si pensase que, a base de taladrarlo con la mirada, fuese a averiguar sus secretos

más ocultos...

Suspiro. Diego Errial González. Este es el nombre del supuesto secuestrador de Amaya. Lo cierto es que me extraña un poco que Fernández lo mire así, con tanto descaro, y aún me extraña más que el tal Diego no parezca darse por aludido ni sentirse molesto porque lo observen como si fuera un mono de feria. Permanece sentado, mirándose las uñas, totalmente solo, ya que, según he leído en los pensamientos del subinspector, se encuentran en un receso del interrogatorio.

Suspiro impaciente. Por increíble que parezca, he logrado que el *Speculum Veritatis* me lleve al interrogatorio. Instintivamente, me giro para comprobar que el espejo sigue allí... Sí, allí está, junto a la puerta. Ni tiembla ni hay la más remota señal de uno de esos vigilantes. Cosa normal, por otro lado, porque acabo de entrar. Mis sentimientos son contradictorios: por un lado, me siento satisfecha por haberlo conseguido pero, por otro, estoy tensa. He conseguido llegar, pero ahora queda lo más difícil. Tengo que hacerlo bien, tengo que prestar mucha atención, no se me puede escapar ni un detalle...

—Canta ya, cabronazo —repite el subinspector Fernández más alto, al tiempo que una segunda persona entra en la sala del interrogatorio y se sienta frente a Diego.

A diferencia del secuestrador, que tiene pinta de no haber roto un plato en su vida, el recién llegado pone los pelos de punta: es calvo, y sus rasgos, duros y angulosos, recuerdan a los de una calavera. Lleva un traje negro que acentúa su delgadez. Está fumando, a pesar de que hay varios carteles en la sala que lo prohíben. Sus ojos, muy claros, destacan poderosamente en su rostro menudo y enjuto. Me estremezco. Si no llevase ahí casi diez minutos, tendría mis dudas sobre quién es el bueno y quién el malo.

En fin... «Importante: no juzgar por las apariencias», anoto mentalmente esperando tenerlo en cuenta en el futuro, cuando salga del espejo y no pueda ver los pensamientos de la gente latiendo a su alrededor...

En ese momento, la puerta de la habitación donde Fernández y yo estamos se abre, y entra otra persona. Es un chico joven y lleva un café en cada mano. Viste informalmente: camiseta negra y vaqueros

raídos, con varios rotos.

—Hola —saluda alegre. Le tiende un café a Fernández, y cuando este lo coge, extiende la mano libre hacia el interruptor—. Oye, no se ve ni torta...

El manotazo de Fernández interrumpe el camino entre su mano y la luz y le derrama medio café sobre la camiseta y los pantalones.

—¿Estás tonto, chico? —masculla en un rugido silencioso—. Pero... ¿qué os enseñan en la academia? ¿Es que no sabes que por el otro lado esta ventana parece un espejo?

El chico mira alternativamente sus pantalones, el espejo y el furioso semblante del subinspector Fernández. Ha enrojecido hasta la raíz del cabello.

—Si iluminamos más esta sala, el interrogado podría vernos, estúpido.

—Lo siento mucho, jefe, no me había acordado —murmura el muchacho, después de tragar un río de saliva, mientras se frota las manchas del vaquero con una servilleta de papel.

Fernández refunfuña. Le oigo murmurar algo nada halagüeño sobre los «policías en prácticas», mientras palpo el cristal, maravillada. Ahora entiendo por qué Diego no nos ha dirigido siquiera una mirada. ¡No nos ve! Lo que desde este lado es una ventana, desde el otro parece un espejo. ¡Vaya, y yo pensaba que estas cosas solo existían en las películas!

—Diego, ¿dónde está Amaya Álvarez?

El tipo calvo se ha sentado frente al detenido y le mira con expresión aburrida. En realidad, está fingiendo, porque —yo puedo verlo—, la tensión, la determinación y la expectación, forman a su alrededor un halo casi visible. Tiene un deseo ardiente de sonsacarle la verdad, toda la verdad. Me sorprende comprobar que Amaya le importa muy poco y que su principal motivación es mantener y engordar aún más, si tal cosa es posible, su ya flamante reputación de número uno. El comisario está muy orgulloso de su carrera profesional; ese orgullo envuelve su delgado cuerpo como una segunda piel, tan sólida como las paredes entre las que ahora mismo se cobija. Aunque al principio esto me desagrada, luego me da por pensar que tal vez es mejor así, que quizá es ese desapego el que le permite tener la cabeza fría y ser

tan bueno en su trabajo...

—No sé nada de esa Amaya —contesta Diego, mirando fijamente al inspector. No hay expresión en sus bonitos ojos castaños. Ni odio, ni rabia, ni desafío, ni culpabilidad. Arrugo la nariz. Es raro, muy raro... Si no fuese porque sus malos sentimientos pululan a su alrededor como una bandada de insectos, casi dudaría de que fuese una persona.

El subinspector Fernández y el policía en prácticas permanecen con el pico cerrado, atentos a lo que sucede en la sala, sin atreverse casi a respirar. Están tan cerca del cristal que casi lo tocan con la frente y parecen beber las palabras que cada uno de los hombres está pronunciando.

—Deja que te refresque la memoria —dice el calvo y pone una foto sobre la mesa. Reconozco la foto que mi hermana le dio al inspector Montero, la que tomaron en la granja-escuela el mismo día de la desaparición de Amaya. Solo que le falta la mitad; la imagen ha sido recortada para que el rostro de Julia no aparezca. La fotografía está bastante manoseada, así que deduzco que no es la primera vez que se la enseñan.

Diego coge la foto y la mira.

—Una chica muy guapa, ya se lo dije —suspira—, pero sigo sin saber dónde está.

El comisario permanece tan impasible como el cenicero lleno de colillas donde está echando la ceniza de su inacabable cigarro... Yo sé que está irritado, muy irritado, pero no lo demuestra. Al igual que el acusado, tiene un envidiable dominio de su lenguaje corporal.

—¿Este es el comisario Ibierrotemendia, el que ha venido de Estados Unidos? —pregunta el chico de prácticas, muy bajito.

—El mismo —susurra Fernández.

—Dicen que es muy bueno —comenta, y percibo admiración en su voz.

—Más nos vale que lo sea...

—Diego, de verdad que no te entiendo —continúa el comisario, cruzando una pierna sobre la otra—. Ya has confesado lo de las otras dos. ¿Por qué esta no?, ¿qué tiene de diferente?

—Que no tengo nada que ver con su desaparición, eso es lo diferente.

Yo retrocedo un paso, como si me hubiesen dado una bofetada. Entre el acre torrente de malicia que Diego libera cada vez que abre la boca, distingo... ¡verdad!

El nudo se aprieta en mi garganta: «No-puede-ser-no-puede-ser-no-puede-ser».

El comisario chasquea la lengua en señal de desaprobación y se enciende otro cigarro. Da una buena calada, exhala un anillo de humo y se afloja la corbata. No han pasado ni treinta segundos desde que apagó el anterior pitillo. Agradezco estar separados por un tabique y una ventana, espejo, o como quiera que llamen a este artilugio en la jerga policial... Como el comisario Calavera siga fumando a este ritmo, dentro de poco el tal Diego no podrá respirar sin la ayuda de una botella de oxígeno.

—¿Acaso crees que la pena va a ser muy distinta por secuestrar a dos chicas que por secuestrar a tres? No es así, y además, podrías tener atenuante por colaborar, si confiesas. Atenuante que ahora mismo estás tirando por el retrete.

«¿Así que de eso se trata?» Diego entorna los ojos, por el efecto combinado del humo y la inquietud. «¿Quieren colocarme también este marrón?». La idea le pone nervioso. Aunque la expresión de su cara apenas cambia, yo puedo ver blanquecinos filamentos de nervios, bullendo a su alrededor. «¿Buscan un cabeza de turco a quien colgarle esta nueva desaparición?». Los nervios se oscurecen para dar paso a la irritación.

—Ya he confesado —murmura entre grises jirones de ira y terquedad. El inspector lo mira en silencio durante un par de largos minutos en los que ambos parecen estatuas de piedra.

—Ya he confesado —repite Diego—. No sé dónde está esa puñetera cría. —Y a pesar de su miedo y su furia, que giran en torno a él como un torbellino impalpable, vuelvo a ver que... ¡oh, Dios mío, está diciendo la verdad!

Sacudo la cabeza y dejo escapar un quejido de decepción. No va a dar resultado. Ninguna de las tácticas del comisario Calavera va a dar resultado, vengan de Estados Unidos o del Congo Belga, sencillamente porque... el sospechoso no miente. No sabe dónde está Amaya. No tiene nada que ver con su desaparición.

—¿Sabes que puedo hacer que lo pases muy mal en la cárcel? — pregunta el comisario, inexpresivo. La pregunta lleva veneno, pero el detenido no responde a la provocación.

—Quiero hablar con mi abogada —dice, en cambio. Aunque aún mantiene la máscara de impasibilidad, un leve temblor nervioso hace vibrar su rodilla, como si la tuviera conectada a un cable de alta tensión.

—Si la niña no aparece, o la encontramos muerta, pueden caerte unos treinta años —insiste el comisario, y me parece advertir que sonrío taimadamente—. Cuando salgas, serás un viejo; no te resultará tan fácil engatusar a jovencitas.

Diego se cruza de brazos y guarda silencio, mirando a un punto en el vacío, a la derecha del comisario. Mientras, yo suspiro desolada... La situación ha dado un giro de ciento ochenta grados. Observo con fijeza los vaqueros del chico de prácticas, tan raídos como mis ilusiones.

No voy a averiguar dónde está Amaya.

Lágrimas de decepción me nublan la vista, y la sala, el subinspector Fernández y el policía en prácticas se disuelven en una masa de luces y sombras.

¡Yo que me las prometía tan felices! Entrar en el interrogatorio, ver los pensamientos del secuestrador, averiguar dónde está Amaya, rescatarla... ¡Qué ingenua, menuda heroína de pacotilla estoy hecha! ¿Qué me creía, Wonder Woman?

Vuelvo a estar como al principio.

Pestaño con furia para recuperar la visión. Miro el *Speculum Veritatis*. Al menos, sigue allí y no tiembla ni se difumina... Tampoco se ve a ningún vigilante.

«Hora de volver a casa», pienso.

Junto a mí, el chico en prácticas traga saliva y el subinspector Fernández toma aire lentamente.

—Al final confesaré, como ha hecho con las otras dos —dice, aunque detecto poca convicción en su voz.

A estas alturas, yo sé con certeza lo que Fernández apenas comienza a intuir... Diego Errial no confesará nada relativo al paradero de Amaya, por la sencilla razón de que no tiene nada que confesar.

Estoy casi rozando con mis dedos el marco del *Speculum Veritatis* cuando, de repente, oigo algo. Es un pensamiento débil, titubeante, cuya estela está rodeada de un halo de difusa y amarillenta culpabilidad...

«¿Puedo quedármela?».

Me detengo un momento, porque hay una imagen mental que acompaña a la frase. Se trata de un objeto cuadrado... No sé qué es, pero de alguna manera, me resulta familiar.

Permanezco inmóvil, levantando tan solo un poco la cabeza, cómo hacen los felinos cuando olfatean el aire para encontrar rastros...

De la ventana.

¡El pensamiento viene de la ventana!

Cincuenta y tres

Me acerco a la ventana y miro hacia el exterior. La lluvia acribilla el cristal con tanta furia que da la impresión de que en cualquier momento será capaz de atravesarlo. Contra todo pronóstico —dado el mal tiempo que hace—, la entrada de la comisaría está llena de gente. Algunos son mirones, que han venido atraídos por la curiosidad y el morbo de la desgracia ajena, pero la mayoría son manifestantes y periodistas. Mire donde mire, mis ojos parecen tropezar con pancartas reivindicativas, micrófonos o cámaras de video, protegidas por un mar de paraguas de tonalidades tan oscuras como el tiempo. Lo cierto es que no me extraña: el caso ha levantado mucha expectación y ha copado los informativos de la tele durante varias semanas.

Arrugo la nariz. *No* me extraña, pero *sí* me dificulta el rastreo del pensamiento que he oído hace unos segundos... Se oculta, se camufla entre una maraña de pensamientos diversos cuyo denominador común es la indignación, el enfado y la rabia.

Escaneo la multitud. La fuerte lluvia lo desdibuja todo, como en un sueño.

«Sí, puedo quedármela. Que yo sepa, nadie la ha reclamado».

¡Ahí está!

Lo tengo: el pensamiento proviene de un individuo enorme que se abre paso entre la gente. Así, a ojo, le echo unos treinta o treinta y cinco años. Su aspecto es... bastante raro. Aunque llueve, va de manga corta. Parece tener mucho vello en los brazos, no así en la cabeza, donde una cortinilla de pelo, extendida de derecha a izquierda y húmeda como la lengua de una vaca, trata de ocultar inútilmente una enorme calvorota. Este... «peinado» —por llamarlo de alguna manera—, le da a su rostro una pinta de oficinista cansado que desentona con

su fornido corpachón. Porque el hombre es un auténtico armario ropero, y... sí, no me he equivocado: el pensamiento se refiere a un objeto que aprieta contra su pecho, medio oculto bajo la camiseta.

Es un objeto plano, rectangular y...

Rosa.

El corazón me da un vuelco.

¿La *tablet* de Amaya?

Es una *tablet*, eso seguro...

«Podría ser de cualquiera, Carla», me dice mi lado más racional.

Pero siento frío, un frío imposible de definir...

¿Llevaría la *tablet* de ese señor, una extraña mezcla entre «Conan el Bárbaro» y «Mortadelo», una funda de color rosa?

«Pues no, es probable que no...».

Y, ¿no comentó mi hermana Julia que, el viernes, cuando se despidieron, Amaya estaba un poco disgustada porque no encontraba su *tablet*? Dijo que creía que la habría dejado en casa o en la taquilla del instituto, pero...

¿Y si no fue así?

Mi cerebro se agita, bulle:

El viernes, Amaya pensó que había perdido su *tablet*.

El viernes, Amaya desapareció.

Siento de pronto que me falta el aire: ¿y si no es una coincidencia?

Miro al hombre, que acaba de darse la vuelta y tengo un presentimiento, una intuición certera: ese tipo esconde algo...

¿O no? Me muerdo el labio inferior, incapaz de decidirme. ¿Y si es solo mi imaginación, jugándome una mala pasada?

Dudas, dudas, dudas. Estoy llena de dudas. Y mientras, el individuo ha salido de la muchedumbre y está a punto de cruzar la calle. Por suerte, el semáforo en rojo ha interrumpido su avance.

Me acerco aún más al cristal de la ventana y, con la punta del dedo, dibujo su contorno. Viste de chándal, una ropa que no cuadra nada con su absurdo peinado. Si existiese un libro llamado «Tipos Raros y Sospechosos», desde luego que este espécimen saldría en portada.

«¡Piensa, Carla, piensa...!».

Me concentro en él y trato de interpretar los pensamientos caóticos e inconexos que llenan su cabeza. Intenta aparentar que se aleja con

tranquilidad, pero yo puedo ver su nerviosismo: está ahí, parece que lo rodee como una aureola invertida...

¿Qué lo pone tan nervioso?

Observo el *Speculum Veritatis*. Sigue sin temblar, pero... Trago saliva, nerviosa. Perseguir a ese tipo hará que me aleje del espejo. ¿Y si se desvanece antes de que haya regresado? ¿Y si, mientras estoy lejos de él, aparecen los vigilantes?

«Los vigilantes». Cada vez que pienso en ellos se me acelera el pulso y siento el sabor amargo del miedo en la boca.

De nuevo, me parece oír la voz de Braulio:

«Se sienten tan atraídos por los caminantes como las moscas por la miel».

Me debato entre mi miedo y mis ganas de ayudar a Amaya; entre mi miedo y un palpito que es como una bofetada.

Miro por la ventana y gimo al comprobar que el semáforo se ha puesto en verde.

Tengo que tomar la decisión YA. ¡El hombre está cruzando!

¿Qué pensaría Braulio si supiese que estoy considerando la idea de salir del espejo sin haber cumplido mi objetivo? Sé que no hace mucho que conozco al viejo anticuario pero, por alguna razón, su opinión es importante para mí. Imagino la decepción en sus sagaces ojos grises...

Mis dedos tamborilean frenéticamente sobre el cristal.

¿Y si fuera Julia la que estuviese en peligro? ¿No querría que alguien intentara ayudarla?

Esto me acaba de decidir. Salgo corriendo hacia la puerta, esperando alcanzar a quién, a falta de un nombre mejor, acabo de bautizar como «Conan».

«Que empiece la fiesta».

Cincuenta y cuatro

El pensamiento late con fuerza, feroz y salvaje. A medida que se aleja de la comisaría, Conan se va sintiendo más seguro y confiado; su nerviosismo se diluye. Aun así, me sigue resultando difícil interpretar sus pensamientos: la cabeza de este tipo es tan caótica y estrafalaria como su aspecto. Me desconcierta su incontinencia mental, su carencia de filtros, la facilidad con la que salta de unos pensamientos a otros sin orden ni concierto...

«Decidido: me la quedo», piensa una vez más. Se refiere a la *tablet*. Frunzo el ceño, confusa. Me doy cuenta de que iba a la comisaría a algo —algo relacionado precisamente con la *tablet*—, pero se ha echado atrás. El bullicio que había en la puerta, su aversión a la policía, y su deseo de quedarse con el objeto que porta, medio oculto bajo la camiseta, se han combinado para hacerle cambiar de opinión... Un momento: hay algo más, otra razón, más profunda y tortuosa... ¿miedo a que lo despidan de su trabajo?

¿Mmmm? Ahora sí que no entiendo nada.

Una verdosa nube de remordimiento flota sobre su cabeza, pero Conan la aleja con otro pensamiento.

«A la Patri le va a encantar».

No sé quién es «la Patri», pero su hipotética felicidad debe de ser muy importante para él, porque borra de un plumazo los verdosos pensamientos de remordimiento.

Son imágenes parpadeantes, como de una película antigua, pero consigo distinguir a una mujer de mediana edad con la cara cubierta por toneladas de maquillaje.

Resoplo irritada y me aparto el pelo empapado de la frente. ¿Sería mucho pedir que se pusiese a pensar en la *tablet*? ¿De dónde la ha sacado? ¿De dónde, de dónde, de dónde?

Conan sonríe ensimismado, ajeno a mi impaciencia. Capto que para él es muy importante complacer a esta mujer, Patri, ya que sabe que en los últimos años la ha decepcionado en cosas que ella considera importantes. Como que le despidiesen de los dos últimos trabajos por beber...

«Pero de este no me despedirán», piensa con fiereza. Frunce el ceño y proyecta hacia fuera la mandíbula inferior; se parece tanto al neandertal que ilustra la portada de mi libro de Historia que por un momento casi espero verlo ponerse a hacer fuego con un palo y una piedra... Pero no, lo que Conan hace a continuación es bien distinto: saca una pequeña petaca del bolsillo de su pantalón y da un largo trago. Percibo el líquido ardiente bajando por su garganta y, aunque a mí me da la impresión de que ha bebido puro fuego, él se siente mejor. Mucho mejor. Definitivamente mejor. Ha satisfecho una necesidad rotunda y primaria, y el alivio ha sido tan intenso e inmediato que, de repente, comprendo que el estado de diarrea mental en el que se encuentra se debe, al menos en parte, a una ligera y persistente borrachera...

Trago saliva, apenada. Mientras, el ceño de Conan ha sido sustituido por una expresión de soñadora complacencia... En su imaginación, la mujer pintarrajeada —Patri—, tiene los brazos alrededor de su cuello y le besa como si intentase extraerle el estómago por la boca. Yo no soy ninguna virtuosa de los besos —mi Primer y  nico Beso fue el de Adrián y resultó tan decepcionante que ni siquiera se merece las mayúsculas...—, pero eso que estoy viendo en la mente de Conan no parece ni *sexy*, ni divertido, ni agradable..., vaya, ni tan siquiera cómodo o higiénico, por no mencionar que alguno de los dos podría empezar a tener pronto serias dificultades para respirar...

 Oh, Dios...!

Desvío la mirada, avergonzada.

Puaj,  lo que daría por poner un filtro a sus pensamientos!

Según avanzo, la idea de que Conan sabe algo de la desaparición de Amaya cobra fuerza. Hay algo en su cuello agarrotado y en el aura verdosa que lo rodea, que me hacen estar segura de que ha hecho algo que no debe...

Hago un resumen mental de lo que he averiguado hasta el

momento:

Uno: de alguna manera, la *tablet* de Amaya ha llegado a las manos de Conan.

Dos: Conan iba con la idea de entrar en la comisaría, pero se ha arrepentido.

Tres: a Conan lo han despedido de sus dos últimos trabajos por beber.

Cuatro: el miedo a que le despidan de su actual trabajo ha sido uno de los motivos que ha propiciado que no entre en la comisaría.

Mientras mi mente está ocupada buscando conexiones, mi sentido común me lanza una leve advertencia:

«¿No te estás alejando demasiado del espejo?».

Me detengo y miro hacia atrás. De repente soy consciente de todos y cada uno de los pasos que me separan de la comisaría. Paseo la mirada a mi alrededor con cautela, en busca de alguna señal de peligro. No la hay, pero el virus del miedo ha entrado en mi sangre, tan veloz como si me lo hubiesen inyectado en vena.

«No puedo regresar. Todavía no».

Los primeros filamentos de una idea han comenzado a desplegarse en las profundidades de mi mente. Y cuanto más me adentro en el pantano del cerebro de Conan, más me invade la extraña sensación de que estoy a punto de descubrir algo, a punto de juntar todas las piezas...

Alzo la cabeza para sentir la lluvia en el rostro.

«No, no puedo regresar ahora».

Cincuenta y cinco

Continúo caminando bajo la lluvia que cae en el *Veritatis Mundum* con la misma perseverancia con que lleva días cayendo en el mundo real.

«El mundo real, mi mundo».

Tal vez no tengo la mente tan *abierta* como Braulio piensa, porque el pensamiento de que haya dos mundos aún me resulta extraño. El anticuario me explicó que se trataba de distintos planos de una misma realidad; yo me los imagino como los anillos de un árbol, que se superponen unos a otros y aún así, coexisten en el mismo tronco.

«Dos mundos distintos de los cuales el espejo es una suerte de... punto de intersección».

Suspiro. Si no fuese porque ahora mismo tengo la cabeza en uno y los pies en otro, probablemente ni yo misma lo creería... Braulio hizo bien en advertirme que no hablase del *Speculum Veritatis* con nadie. ¡Por menos que eso quemaban a mujeres en la hoguera hace apenas cien años...!

El pensamiento de Conan me saca de mis ensoñaciones.

«Tengo que darme prisa; entro a currar en una hora». La afirmación está envuelta en una cenicienta bruma de pereza y dejadez.

Le miro animada. Acaban de suceder dos cosas buenas:

Primera, Conan ha dejado de pensar con lujuria en la tal Patri... ¡Eureka!; no sé si mi estómago hubiese podido soportarlo más. Segunda, en su cabeza de chorlito acaba de aparecer algo que puede ser interesante: ¡su trabajo!

Aprieto las mandíbulas y escruto a Conan con toda la intensidad de la que soy capaz. En sus pantanosos pensamientos se dibuja una habitación muy, muy pequeña, con una mesa y un ordenador... La habitación es del tamaño de un baño, lo cual me parece rarísimo,

hasta que me fijo en el material del que están hechas las paredes y caigo en la cuenta de lo que es... ¡Es una garita, una garita prefabricada! Intento concentrarme en lo que se ve desde la pequeña ventana: una cancela de hierro.

Mi corazón da un vuelco. Esto quiere decir que Conan es portero, o guarda de seguridad, o conserje, o...

En ese momento, distingo un cartel, colgado de los barrotes metálicos de la cancela.

«Granja-escuela La Solanilla».

Intento tragar saliva, pero tengo la boca seca.

¡Conan trabaja en la granja-escuela que la clase de Amaya visitó el viernes!

Miro mi reloj, pero se ha parado —debe de estar tan desquiciado como su dueña—, pero incluso sin poder ver la hora, deduzco que si entra dentro de poco, entonces es que trabaja... ¿por la tarde?

Como si hubiésemos intercambiado los papeles y fuese Conan quien pudiese leerme la mente a mí en vez de al revés, otro pensamiento emana de él: está agradecido, muy agradecido, infinitamente agradecido de que le cambiaran al turno de tarde-noche. Antes hacía el turno de mañana, que es cuando van todos esos...

«...asquerosos y repelentes niños, armando barullo, haciendo ruido, no hay quien tome ni un traguito, ni eche una pequeña cabezada, ni...».

Noto la ira de Conan, que arde como una hoguera al pensar, de repente, en...

«Esa monitora malencarada y mentirosa que se quejó al director porque el guarda olía a *whisky*».

El estremecimiento que recorre mi cuerpo se mezcla con la bocanada de alivio que exhala el suyo. Conan y yo suspiramos a la vez; ambos estamos satisfechos y emocionados, aunque por muy distintos motivos.

Él está pensando en la suerte que tuvo de que «la Patri» no se enterase siquiera del asuntillo ese, que al final se quedó en una amonestación...

Yo sigo dándole vueltas al descubrimiento que acabo de hacer: Conan es uno de los guardias de seguridad de la granja-escuela La

Solanilla, concretamente el que hace el turno de tarde-noche. Seguramente Amaya se dejó la *tablet* allí durante su visita. Por eso luego no la encontraba cuando se despidió de Julia en el instituto.

Mi mente hila ideas a la velocidad del rayo:

¿Y si Amaya recordó dónde había dejado la *tablet* y decidió volver a por ella? La granja-escuela no está muy lejos y... ¿no dijo mi madre que incluso había una línea de autobús urbano, la... vete-a-saber-qué-número, que iba hasta allí?

Es factible: la *tablet* es un regalo muy caro para una niña de trece años. Seguramente Amaya no quería decirle a nadie que la había perdido, no quería que su padre pensase que no era lo suficientemente mayor, lo suficientemente responsable como para tener ese tipo de cosas...

Sí, sí, vale, todo eso está muy bien, pero... Aquí hay gato encerrado; algo no cuadra. Si Amaya volvió a la granja-escuela por la tarde, ¿por qué Conan no la vio? Porque lo cierto es que Amaya no aparece en los pensamientos de Conan, eso es verdad. Su garita está junto a la puerta, ¿no?, y además, la cancela permanece cerrada cuando no hay visitas ni excursiones...

Mis deducciones se ven interrumpidas por una sensación, levemente familiar, que me pone en guardia. Una punzada de inquietud se extiende por mi cuerpo, a modo de hormigueo, desde las puntas de los dedos y la nuca, hasta alcanzar el estómago, donde cobra mayor intensidad. Me lleva unos segundos reconocer la sensación: estoy siendo observada.

Entonces los veo.

«Vigilantes».

Son dos. Un hombre y una mujer. Y aunque intentan camuflarse entre la gente, resultan inconfundibles; es como si dos leones trataran de pasar inadvertidos entre un rebaño de antílopes.

«Mierda, mierda, mierda».

Entre las veces que me he encontrado con ellos en la realidad y las que lo he hecho en sueños, su presencia en mi vida comienza a parecerme un gigantesco y horrible *déjà vu*...

Yo les miro, ellos me miran, y el aire entre nosotros parece erizarse como el pelo en el lomo de un gato.

Cincuenta y seis

Quiero moverme, echar a correr, pero me he quedado pegada al suelo.

Observo a los vigilantes, y trato de que mi rostro no deje traslucir el terror creciente que siento. El hombre es moreno; tiene profundas arrugas entre las cejas y alrededor de los ojos, como si se hubiese pasado media vida frunciendo el ceño, lo que no es descartable, si tenemos en cuenta que debió entrar en el *Veritatis mundum* siendo un adolescente, y ahora rondará la treintena... El rostro de la mujer, atemporal y sin expresión, es aún más inquietante que el de su compañero. Sus ojos azules son tan claros que sus pupilas casi se confunden con la parte blanca; con esos ojos y el pelo rubio casi plateado, parece una especie de mortífera guerrera de hielo.

Me ha bastado con verlos un instante para que todas las células de mi cuerpo se pongan en alerta máxima. Permanecen quietos, observándome con esos aterradores ojos de pupilas fijas y tenaces. Su inmovilidad es tensa y deliberada —como la de dos atletas en la línea de salida esperando al pistoletazo—, pero no me engaña: emanan ansiedad, una ansiedad que hiela la sangre en las venas, y sé por propia experiencia que, en cuanto me dé la vuelta y eche a correr, correrán tras de mí.

«El pistoletazo soy yo».

Por eso, aunque el cuerpo entero me pide a gritos huir entre alaridos, me obligo a quedarme quieta, muy quieta.

«Piensa, Carla, piensa».

Miro a mi alrededor. Conan ha desaparecido de mi vista, aunque ese es el menor de mis problemas ahora mismo. Vuelvo a escrutar con intensidad a los dos vigilantes, tratando de captar en sus pensamientos algo que me ayude, pero lo único que percibo es el tufo persistente de su determinación.

Inesperadamente, la mujer sonríe —si se puede llamar sonrisa a ese gesto raro que le deja los dientes al aire—, y tengo que volver a contener el impulso de salir corriendo. S e que debo aprovechar estos instantes para recabar información; para pensar en una forma de salir de este embrollo.

«Pensar, pensar, pensar».

Intento hacerlo, de veras, pero es como si mi mente tropezase con un escalón. No se me ocurre nada. Estoy en blanco...

Cuando la situación se vuelve tan insostenible que tengo que echar a correr, solo soy capaz de rezar para que estos dos vigilantes sean más lentos que el que encontr  en mi segunda visita al *Veritatis Mundum*.

Corro como nunca he corrido antes, dejándome la piel en cada zancada. El corazón me late tan deprisa que duele, y me cuesta respirar; pero, al mismo tiempo, un instinto de supervivencia que no sabía siquiera que poseía, me mantiene extra namente lúcida: mis nervios, mis músculos, todas y cada una de las fibras de mi cuerpo zumban, despiertas y espabiladas, cargadas de pura adrenalina.

Mientras esquivo a la gente, corriendo como alma que lleva el diablo, me atrevo a lanzar una fugaz mirada por encima del hombro.

Son tan rápidos como aquel primer vigilante, si no más, constato para mis adentros. Sobre todo la mujer.

«Mierda, mierda, mierda».

Me devano los sesos, desesperada.

Tiene que haber algo... Algo que pueda usar contra ellos.

Intento amordazar mi miedo y hacer un esquema mental de las cosas que s e sobre los vigilantes... Proceden del exterior del espejo, por eso pueden verme. Llevan mucho tiempo en el *Veritatis Mundum*. Han perdido sus recuerdos, así como su capacidad para sentir otra cosa que no sea la urgencia por atrapar a los caminantes; por eso son inmunes al miedo, al dolor, al cansancio... En otro tiempo fueron como yo, pero ahora ya no tienen nada que ver, ni conmigo ni con ningún otro ser humano. Pienso en la sonrisa de la mujer, toda dientes, como la de una gigantesca pira a, y me estremezco... Son más como animales. Esto último lo sabría aunque no me lo hubiera dicho Braulio; se nota en sus ojos. Creo que, si pudiese pelarlos capa a capa hasta la médula, descubriría que no hay nada en su interior,

aparte de ansia, pura ansia, un ansia capaz de impulsarlos como una turbina.

Gimo para mis adentros. Tienen un único objetivo y están dispuestos a todo por conseguirlo. No van a detenerse, pase lo que pase...

Esa última frase hace que se me encienda la bombilla:

«No van a detenerse, pase lo que pase».

¿Tal vez ahí está la clave?

«No van a detenerse. Por nada».

Una corriente fría me recorre la piel: de repente, tengo un plan, aunque no sé muy bien cuándo lo he desarrollado. Tampoco estoy segura de si funcionará o no.

«NO SE DETENDRÁN POR NADA».

La tenacidad es su mejor arma, pero ¿podría convertirse en su mayor debilidad?

El tener un plan, por descabellado que sea, me infunde valor. Además, mientras corro, corro, y corro, la sensación de que puede funcionar va ganándole terreno al miedo, devorando todos los pensamientos de indecisión que le salen al paso.

Miro de reojo hacia mi derecha. Los escaparates de las tiendas pasan fugazmente por la esquina lateral de mi ángulo de visión. Mirarlos me marea, pero me fuerzo a centrar la atención en ellos: su reflejo me muestra la gente, la acera, la calle... y también los coches, justo unos segundos antes de que pasen junto a mí; esa antelación será suficiente, tiene que serlo...

«No se detendrán *por nada*».

La garganta se me contrae al pensar en lo que estoy a punto de hacer, pero sigo adelante.

«Son ellos o yo».

Los músculos de las piernas me arden y me está entrando flato.

«Son ellos o yo».

Tengo que calcular bien la distancia. No puedo fallar, porque me lo voy a jugar todo a una carta...

Aminoró un poco la marcha, y lanzo una fugaz mirada hacia atrás. Los ojos de pantera albina de la vigilante se iluminan, y me estremezco al sentir su confianza en sí misma, su malsana fuerza de

voluntad, su aborrecible seguridad. Creo que incluso se ha relamido, con su lengua encarnada y felina... Aprieto la mandíbula. Piensa que me estoy cansando. Y tiene razón, si bien la causa de que vaya más despacio es otra: tengo que colocar el cebo con precisión milimétrica.

«Y el cebo es... Carla Vinci».

Paso a paso, zancada a zancada, finjo estar agotada y les dejo ganar terreno. Un metro, otro metro, medio más... Los segundos avanzan, corren conmigo, oprimiendo mi corazón a medida que mis perseguidores se aproximan. Su cercanía me pone los pelos de punta pero, si quiero que mi plan funcione, es necesario.

«La distancia».

Estoy física y mentalmente exhausta, pero a la vez, me siento alerta, concentrada en los detalles... La distancia, por ejemplo. Tengo que calcularla muy bien; cada maldito centímetro va a ser crucial. Justo antes del momento decisivo, mis perseguidores deben estar tan cerca que casi puedan tocarme alargando el brazo.

«No puedo fallar».

Sé que es cierto: no puedo fallar, porque tendré una única oportunidad.

Mientras pienso todo esto, sigo controlando los escaparates con el rabillo del ojo. Su reflejo me muestra el escenario donde se desarrollará mi plan. He dejado pasar varios coches porque iban demasiado despacio, pero creo que este que viene ahora circula a la velocidad correcta.

«Lo suficientemente rápido».

Mi corazón se acelera. La lluvia sigue cayendo, empeñada en poner banda sonora a lo que presiento va a ser el momento decisivo, el que decidirá si tengo éxito o fracaso, el que decidirá si vivo o muero...

«Ahora o nunca», pienso, mientras me lanzo a la calle, apenas unos segundos antes de que el coche pase.

Cruzo por los pelos, tal como había calculado, y el coche pasa junto a mí, casi rozándome la espalda y el cabello. Me tambaleo un poco; oigo un grito y el sonido de una frenada, seguido de un monumental estruendo y más gritos. Sigo corriendo, sin atreverme a mirar atrás; mi corazón late tan frenéticamente que me pregunto si algún día lograré recuperar mi ritmo cardiaco normal.

Solo cuando el olor a neumático quemado inunda mis fosas nasales, me arriesgo a echar una ojeada. El hombre no está o, al menos, no lo veo; tal vez se encuentra entre ese grupo de gente arracimada... Lo que sí veo es sangre. Roja, muy roja. En el coche, y también en la cara y la ropa de la mujer vigilante, que se abre paso entre la gente sin quitarme la vista de encima. Arrastra una pierna, torcida en un ángulo imposible, pero ni siquiera eso la detiene. Sigue avanzando, imperturbable, con la cara congestionada, los tendones del cuello marcados como cables, y los ojos, dos esquirlas de hielo sucio, fijos en mí. Leo en su rostro rabia, frustración y determinación. Cojea tanto que ha dejado de ser una amenaza, pero de algún modo, soy consciente de que seguirá tras mi rastro hasta que consiga abandonar el *Veritatis Mundum*.

Libre de perseguidores, la adrenalina que me hacía correr como el viento desaparece, y tengo que obligarme a seguir avanzando. Me duelen todos los músculos del cuerpo, incluidos algunos cuya existencia desconocía. Poco a poco, el aire va fluyendo más fácilmente hacia mis pulmones.

Cuando llego a la comisaría, caigo de rodillas frente al *Speculum Veritatis*: el marco está tan difuminado que apenas se ve y tiembla descontroladamente, pero me las apañó para tocarlo apenas una fracción de segundo antes de que desaparezca...

Cincuenta y siete

Me he perdido. Sí, no cabe duda ninguna.

Y lo que es peor, no hay nadie a quién preguntar: la calle está desierta. No sé si es porque llueve sin parar o porque es muy tarde...

El sonido de un trueno me sobresalta y, acto seguido, un relámpago ilumina la calle en la que me encuentro. Sí, definitivamente, no la reconozco.

«Maravilloso».

¿Qué hora será? La verdad, ahora me arrepiento de haber salido de casa con tanta precipitación. No hubiera estado de más entrar en internet, consultar un plano, localizar la estación de autobuses, enterarme de la hora, coger un chubasquero y un paraguas...

«Carla Cerebro Atolondrado».

Me aparto el cabello mojado de la cara. En fin, la euforia por haber conseguido salir del espejo sana y salva y las prisas por llegar a la granja-escuela me han jugado una mala pasada.

Estoy cruzando la calle cuando una luz me ciega. Es una luz intensa y... ¡viene hacia mí! Intento apartarme de su camino, pero resbalo, doy un traspie y me caigo. El miedo se instala en mis entrañas, mientras intento tomar el control de mis torpes extremidades. ¿De veras he sobrevivido a los vigilantes para morir atropellada por...?

¿Una moto?

Intento levantarme. Sí, es una moto. Y creo que no me ha visto, porque se acerca muy rápido... ¡Demasiado rápido! Mis poros comienzan a segregar un sudor frío; el pánico me invade. De repente, oigo una maldición seguida de un grito, la moto hace un quiebro raro —deduzco que debe de haberme visto en el último momento—, me esquivo de milagro, derrapa, recupera la posición, oscila de un lado a otro y, finalmente, cae de lado, resbalando sobre el asfalto mojado

hasta perderse de vista.

«Ay, Dios. Lo que me faltaba».

Cuando llego hasta la moto, con el sonido de la derrapada aún incrustado en los oídos, el conductor se está levantando.

—Puff... —farfulla tambaleándose—. ¡Joder, mi moto! Mierda...

Exhalo un suspiro de alivio. Está vivo.

—Pero ¿¿en qué demonios estabas pensando?? —Bien vivo, a juzgar por cómo me increpa—. ¡Podíamos habernos matado! Con la que está cayendo y la mala visibilidad que hay, no se puede estar en medio de la calle, ¡y menos sin chaleco reflectante ni nada, chiflada!

—Yo, yo...—balbuceo sin saber muy bien qué decir. No le veo la cara, pero la voz me resulta familiar. Muy familiar.

—Bueno, bueno... —el conductor respira hondo y se palpa el cuerpo haciendo recuento de daños—, yo estoy bien... —concluye; su voz se ha suavizado un poco—. ¿Y tú?, ¿tú estás bien? —me pregunta con ansiedad levantando la vista por primera vez.

Trago saliva. Ay, madre. Acabo de reconocerlo. Aun en penumbra, esos ojos negros son inconfundibles. A estas alturas, debería estar acostumbrada a encontrarme a Hugo en los momentos más inesperados, pero aun así, me cuesta evitar que se me abra la boca de asombro.

—Estoy bien —digo bajito, y doy un paso atrás.

Él se sacude el barro de la ropa y el pelo con movimientos enérgicos.

—¿Seguro? —Se acerca con expresión desconfiada —Déjame ver, no sea que...

El momento se congela cuando Hugo vence la sorpresa de verme allí.

—¿Carla?

—Hugo —consigo articular. Me da la sensación de que el intervalo entre los latidos de mi corazón se alarga, convirtiéndose en una eternidad.

—¿Qué... qué haces aquí?

No contesto. Tengo un nudo en la garganta del tamaño de Brasil.

—Yo vengo de la farmacia de guardia, de buscar unas pastillas para mi padre —dice él, ladeando la cabeza para observarme mejor.

Sigo sin hablar. Me da miedo echarme a llorar.

—Carla, ¿te pasa algo? ¿Por qué estás aquí sola tan tarde? ¿Seguro

que estás bien?

Muevo afirmativamente la cabeza, aunque no me siento nada bien.

Hugo suspira, me mira y sacude la cabeza. Luego frunce el ceño y me coge la mano con suavidad.

—Ven, anda; vamos a ver si la moto arranca y te llevo a tu casa.

Reacciono como si me hubiese pellizcado.

—¡No! —grito, y de repente, lo sucedido en las últimas horas se agolpa en mi mente hasta casi asfixiarme. Conan; la *tablet* rosa; la cancela; el cartel de «granja-escuela La Solanilla»; los vigilantes... Me estremezco como si un viento helado se me hubiese colado en el cuerpo—. Hugo, ¡tienes que llevarme a un sitio!

Hugo me escruta como si acabase de aterrizar en la Tierra procedente de otro planeta.

—Es importante —añado suplicante.

—Ya... Carla, hace una noche de perros, y tengo que volver con mi padre. —Su tono se ha endurecido. Seguro que piensa que soy una insensible por pedirle algo así, sabiendo la que tiene encima...

—¡Ay, no lo entiendes! —gimo desesperada.

Su rostro se nubla.

—No, es verdad, no lo entiendo —gruñe entre dientes mientras pone en pie la moto.

Doy una patada a un pedrusco. Me siento torpe e impotente. Va a ser difícil convencerlo de que me lleve a la granja-escuela basándome en una corazonada difusa sacada de una experiencia surrealista que, además, no puedo contarle...

Entre las piernas de Hugo, el motor de su moto vuelve a la vida con un ronroneo sordo. Frunzo el ceño. Es irónico, no puedo decirle la verdad porque creerá que le miento, o que estoy tan equilibrada como una pirámide boca abajo.

Hugo acelera la moto y se relaja un poco al ver que el motor responde. Me hace un gesto con la cabeza, señalando la parte de atrás.

—Sube, Carla —dice fríamente y, cuando nuestros ojos conectan, noto un deje de algo oscuro en los suyos—. Te llevo a casa.

Me acerco a él. Tengo que darle algo, algo, algo... Algún pequeño retazo de información que le haga cambiar de opinión. Me devano los sesos para encontrar algo convincente, corto y de efecto rápido.

—Hugo, no estoy del todo segura, pero creo que puedo tener una pista sobre el paradero de tu hermana... —digo apresuradamente.

Hugo abre tanto los ojos que su frente se pliega como un acordeón.

—¿Qué? —Me sorprende que no se haya vuelto a caer de la moto de la impresión.

Se hace un breve silencio. Un nuevo relámpago lo ilumina y veo su piel pálida contrastando con su pelo negrísimo, alborotado y embarrado.

—Carla, por favor, ¿te importaría explicarme qué está pasando? —Su voz intenta sonar tranquila, pero no lo consigue del todo. Me doy cuenta de que está haciendo grandes esfuerzos por mantener la compostura; su voz bulle con mil emociones que trata disimular con gran esfuerzo.

—Por favor, no me hagas explicártelo de principio a fin... —suplico—. No hay tiempo y es una historia... complicada. Cada segundo que perdemos es tiempo que pasa para Amaya, esté donde esté, y...

Hugo resopla y se tapa la cara con las manos. Su pecho sube y baja, como si estuviese respirando muy rápido y muy profundo. Creo que está intentando tranquilizarse, o decidir si hablo en serio, o tal vez ambas cosas...

—Te contaré la verdad cuando todo esto termine —prometo, con un hilo de voz—. Por ahora, simplemente confía en mí. ¿Podrás hacerlo?

Sé que le estoy pidiendo mucho. Y además, le estoy mintiendo un poco, porque también sé que nunca le contaré lo del espejo. Ni a él ni a nadie. De repente, tengo la certeza de que el *Speculum Veritatis* será siempre mi secreto, un secreto que guardaré en algún recóndito lugar en lo más profundo de mi ser, un secreto que nunca compartiré con nadie. De alguna manera, ser consciente de esto hace que me sienta mayor, como si hubiese madurado cinco años de golpe.

Hugo me mira fijamente a los ojos, y yo le sostengo la mirada. Durante un breve instante, el tiempo parece detenerse.

—Sube. —Su voz es firme—. ¿A dónde vamos?

Cincuenta y ocho

La moto de Hugo corta el aire frío como una cuchilla. El cuentakilómetros marca ochenta. A ratos, más. La línea amarilla de la carretera apenas se distingue.

Agarrada a su cintura como una garrapata, lo único que soy capaz de oír son las ruedas de la moto salpicando agua en todas direcciones al atravesar el río en que se ha convertido la carretera por la que circulamos.

Me consuelo pensando que no puede quedar mucho. Quince o veinte kilómetros, creo recordar que dijo mi madre hace lo que parecen ser... mil millones de años.

Tras unos minutos, llegamos al comienzo de un camino y Hugo reduce la velocidad. Al detenerse, la moto derrapa, generando una lluvia de barro y gravilla y hace un ruido raro, una especie de borboteo metálico. Hugo planta un pie en el suelo, la estabiliza, y yo suspiro aliviada por el milagro de estar... quieta.

—¡No, bonita, vamos, no...! —suplica él con voz ronca.

Bajo nuestros culos, el trasto petardea de forma poco alentadora durante unos segundos, antes de resoplar y quedarse definitivamente en silencio.

Hugo frunce el ceño y luego se encoge de hombros.

—Bueno, al menos no se ha descuajeringado por el camino —suspira; me alegro de ver que ha recuperado su incombustible y optimista forma de enfocar las cosas—. Además, ya casi hemos llegado —añade, desmonta ágilmente y me ayuda a hacer lo mismo—, a partir de aquí, lo mejor es seguir andando, está todo embarrado y con la moto nos la podríamos haber pegado...

—Sí, mejor seguir andando —coincido, aunque mis razones son otras: yo estoy pensando en que la moto hace mucho ruido y no

quiero que Conan nos oiga llegar...

Nada más tocar el suelo con los pies, me da la sensación de que las piernas me van a fallar. De algún modo, Hugo parece darse cuenta, porque me sujeta con fuerza; noto sus brazos alrededor de mi cintura y, al mismo tiempo, una especie de calor en el estómago, como si acabase de tomar un sorbo de vino.

Cuando Hugo habla lo hace junto a mi cuello, provocándome un escalofrío:

—Carla, ¿estás bien? —pregunta con suavidad—, ¿puedes andar?

—Sí —susurro. Miro el camino de grava que lleva hasta la granja-escuela—. Ha dejado de llover —señalo, cambiando de tema.

—Sí, somos unos tíos con suerte. —Hugo esboza un amago de sonrisa, pero me doy cuenta de que me observa con preocupación durante unos segundos antes de soltarme del todo. Tras unos instantes, lo oigo rebuscar en el pequeño maletero que hay bajo el asiento de la moto.

—Aquí está —murmura satisfecho, saca algo y se lo guarda en el bolsillo de atrás del vaquero. Creo que es una linterna, pero estoy tan cansada que ni pregunto.

Echamos a andar por el pantanoso camino, bajo un cielo gris ceniza que parece gravitar sobre nosotros. Reina la calma, lo que provoca en mí el efecto contrario. No puedo evitar pensar en manos descarnadas saliendo de la tierra y masas putrefactas de zombis tambaleándose por el camino. Intento mantenerme racional para no imaginarme esas cosas, pero me cuesta. Se me escapa un ruidito raro, algo así como una mezcla entre un gemido y un suspiro, y al oírlo, Hugo se detiene, extiende un brazo y me atrae hacia él.

—Ven aquí —susurra en mi oreja mientras me abraza—. Tranquila, ¿vale?

Asiento con la cabeza.

—¿Estás segura de que quieres seguir?

Vuelvo a asentir, esta vez más enérgicamente.

—Vale, pues entonces dame la mano.

Seguimos caminando. Aunque ha dejado de llover, la tierra está blanda y cede bajo nuestros pies. El camino está flanqueado por árboles y sus hojas han formado una especie de alfombra pastosa y

resbaladiza en algunas zonas del suelo. Me alegro de que Hugo no me suelte la mano.

—Cuidado, apóyate en mí —le oigo murmurar.

La luz grisácea da al paisaje un tono irreal y hace que parezca el escenario de un crimen de serie de televisión.

«Noooo, Carla, no», me regaño mentalmente al ver que estoy volviendo a las andadas, dejando que mi tétrica imaginación coja las riendas de mis pensamientos. Durante los siguientes minutos, desactivo mi mente y me concentro en no sentir nada y en dejarme llevar por la mano de Hugo, que tira de mí.

—Hemos llegado a la entrada —susurra Hugo.

Trago saliva y observo la cancela con el rótulo. La lluvia lo ha soltado de uno de los extremos y ahora cuelga tan ladeado que hay que girar la cabeza para leer el texto: «Granja-escuela La Solanilla».

—Menudos sitios bonitos a los que me traes —murmura Hugo con sarcasmo en mi oreja. Oír de nuevo la ironía en su voz me tranquiliza más que cualquier otra cosa que pudiese haber hecho. Suelto una risita histérica y me tapo la boca con la mano libre.

Junto a la cancela, la luz mortecina que irradia la caseta del guarda de seguridad destaca como un faro en medio de la oscuridad.

Miro los árboles, que se agitan de un lado a otro, como mis pensamientos... Vamos a ver: exceptuando la tormenta infernal que acabamos de padecer, seguramente esta es la misma situación en la que se encontró Amaya el viernes que desapareció. Si mis suposiciones son correctas, ella volvió a la granja-escuela, probablemente en autobús, y se detuvo cerca de la entrada, como Hugo y yo, y... ¿Qué vio? Mmmm... Me estrujo el cerebro. Probablemente la garita encendida y la silueta del guardia en su interior, prueba irrefutable de que no iba a poder pasar a la granja-escuela sin dar explicaciones...

—Carla, mira —me apremia Hugo apretándome la mano—. El guardia, o lo que sea, está cabeceando.

Sus palabras encienden un interruptor en mi cabeza.

¡Claro! ¡Qué tonta! Amaya vio lo mismo que acaba de ver su hermano: a Conan cabeceando por el efecto combinado del sueño y el *whisky* de su petaca. ¿Y qué hizo? Me muerdo el labio, intentando

meterme en la cabeza de una adolescente de trece años, cuya principal característica es el desparpajo... Apostaría lo que fuese a que Amaya esperó hasta que Conan se durmió y luego entró sigilosamente en la granja-escuela, en busca de la *tablet* perdida. Quién sabe, tal vez sabía incluso dónde la había dejado: en el comedor, en un baño, en el mostrador de recepción...

¡Eso explicaría por qué Amaya no aparecía en los pensamientos de Conan!, ¡Conan no llegó a verla! Sonríe y reprimo las ganas de estrujar a Hugo en un inmenso y victorioso abrazo de oso.

—Vamos a esperar hasta que Con..., ejem —rectifico justo a tiempo—, hasta que el guardia de seguridad se duerma —le digo a Hugo—. No tardará mucho.

Hugo enarca una ceja, ha adivinado el giro ilegal que se dispone a tomar nuestra... investigación.

—¿Y luego? —pregunta entornando los ojos.

—Luego entraremos.

Cincuenta y nueve

Estoy sentada junto a Hugo, con la espalda apoyada en el tronco de un árbol, y la cara mirando hacia la garita de Conan. Espero que no tarde mucho en dormirse... La reciente lluvia ha impregnado el aire de una humedad pesada que se me mete en los huesos y me hace temblar. Cierro los ojos e intento imaginarme que soy una reportera intrépida grabando un documental sobre el Polo Norte..., pero nada, a pesar de que soy muy buena en este tipo de cosas —en imaginarme que estoy donde no estoy, básicamente—, ahora no hay manera...

Hugo parece leer mis pensamientos. No todos, claro, solo los referentes al frío que tengo.

—Oye, ¿tienes frío? —pregunta. Levanta la mano como si fuese a tocarme, pero sin llegar a hacerlo—. Pareces helada...

No tengo muy claro por qué, pero ese sencillo gesto hace que en mi memoria surja una imagen que tiembla como si emergiera del fondo de un lago creando ondas concéntricas: Hugo va a besarme, pero al final no lo hace. Frunzo el ceño. En mi imaginación, la imagen titila y se mezcla con otra en la que mi hermana arruga la nariz y dice: «Mmmm, qué raaaro», lo cual no hace sino empeorar mi humor. Sé que, con la que tengo liada, lo que sí es «raro» es que yo ande pensando en este tipo de cosas, pero supongo que estar mojada, congelada y hambrienta en medio del monte no me ayuda a razonar con claridad...

—No, no tengo frío —miento e intento contener el castañeteo de mis dientes.

Hugo me sostiene la mirada. Parece desconcertado por mi tono de voz, que ha sonado cortante y desabrido.

—No seas ridícula, estás tiritando; ven aquí, anda —dice abriendo los brazos— nos daremos calor... Prometo ser un caballero —añade en

tono solemne, y me guiña un ojo.

Esa última frase me descoloca. ¿Es esto una alusión a lo que pasó el sábado pasado? ¿Me está tomando el pelo? No sé, en algún sitio he leído que cuando llevas mucho tiempo sin dormir, se parece a una borrachera. Tiene que ser algo así lo que me está pasando, porque de repente me oigo diciendo:

—¿Por qué no me besaste el sábado pasado? —Según hablo, una oleada de calor me recorre desde las puntas de los pies hasta las mejillas, pero no desvío la mirada. Sé que no es lugar ni momento para este tipo de cuestiones, pero tengo la sensación de que, si hoy no encontramos el rastro de Amaya, no tendré más oportunidades de preguntárselo... Y quiero saberlo.

Hugo me mira con cara de póquer. Está flipando, seguramente no le entra en la cabeza que haya podido preguntarle algo así de una forma tan directa.

—¿Qué? —farfulla cuando recupera la capacidad de hablar.

En realidad, a mí tampoco me entra en la cabeza. No sé cómo he podido soltar ese bombazo así, sin más ni más, pero creo que es demasiado tarde para echarme atrás. Está claro: cuando estoy cerca de Hugo es como si se me licuase el cerebro... De todas formas, creo que tras los niveles de chaladura que estoy mostrando en el día de hoy, Hugo no va a volver a hablarme en la vida, así que sigo adelante.

—Quiero saber por qué no me besaste. En la puerta de mi casa. El sábado. —Mi voz sigue sonando borde, aunque ahora no lo estoy haciendo aposta—. Parecía que ibas a hacerlo, pero... ¿te arrepentiste en el último momento?

Mi pregunta es seguida de un silencio. Un silencio que se alarga hasta hacerse casi incómodo...

—¿Que si me arrepentí? —Cuando Hugo vuelve a hablar, su voz ha pasado del asombro a ser un siseo furioso.

Me sobresalto al percibir el cambio de tono. De repente, soy consciente de que estoy a punto de provocar una situación de lo más embarazosa. Estoy cansada, y mi cansancio ha debido nublar mi capacidad de raciocinio; eso, o el frío ha congelado las pocas neuronas que me quedaban, una de dos...

—Olvídalo —susurro agobiada. De repente, me da miedo su

respuesta y no quiero saberla... Dios, DIOOS, ¿por qué cuando estoy con Hugo cambio de opinión como una jodida veleta?

Hugo suelta un bufido y, de repente, hace algo que me sobresalta: me coge por las solapas de la cazadora y me acerca hasta que nuestras caras quedan a milímetros. Forcejeo un poco para soltarme, pero, como no consigo moverme ni un ápice, al final me quedo quieta.

—¿Que si me arrepentí? —repite, y lo dice tan alto que le chisto, mirando hacia la caseta del guardia de seguridad.

«Ay, ay, ay», es lo único que acierto a pensar.

—Estás de broma, ¿no? —pregunta más bajito. Creo que se ha cabreado en serio. Sus ojos son más negros que nunca. Y su expresión es... ¿dura?

De repente, Hugo me suelta y se echa para atrás, apoyando la cabeza en el tronco. Le oigo soltar una carcajada amarga, casi un bufido.

—Joder, Carla... —Hace una pausa y sacude la cabeza, como si dudase si seguir hablando o no; al final se decide—. Hubiese hecho mucho más que besarte esa noche; si no te besé, fue porque creí que no querías que lo hiciese.

—Pero..., pero... ¿por qué pensaste eso? —susurro.

Resopla, como armándose de paciencia.

—Carla, cuando iba a besarte, me empujaste hacia atrás —hace el gesto con las manos—, como pidiéndome... ¿espacio?, ¿qué me fuera a tomar viento fresco? —Se cruza de brazos y frunce el ceño—. Eres un poco rarita, ¿sabes? Si querías que pasase, fue una extraña manera de demostrarlo...

Hago memoria. Todo está enmarañado. ¿Le aparté? Recuerdo haber tenido sentimientos contradictorios, recuerdo haber dudado, también recuerdo vagamente haberle puesto una mano en el pecho, pero... ¿empujé? No estoy segura, puede que sí... Tengo la mente llena de palabras e ideas desordenadas; no sé si negarlo o si reconocer que, ahora que lo pienso, no tengo claro lo que de verdad pasó ese día...

La voz de Hugo interrumpe mis pensamientos.

—Desde que te conozco, he intentado ir con mucho cuidado contigo... —dice, ahora con suavidad; habla muy despacio, como si estuviese escogiendo las palabras con esmero—. No sé, tengo la impresión de que si no, te espantarás y... —hace un gesto como de dar

una palmada con las manos— ... qué sé yo, saldrás volando como un pájaro, y...

—Pero...

—Quería besarte —me mira a los ojos—, y creía que tú también... —traga saliva—, pero luego me pareció que cambiabas de opinión y no me atreví a seguir...

Se hace un nuevo silencio, pero esta vez no me preocupa su duración.

De repente, soy yo la que le cojo por las solapas de la cazadora y acerco mi cara a la suya. Es un gesto que no he hecho en mi vida, pero de alguna manera me sale natural. Tal vez tenga algo que ver el hecho de que, de golpe y porrazo, me siento ligera, libre y segura de mí misma. Es un sentimiento... agradable y no muy habitual en mí.

—Pues muy mal —susurro en su oreja—. Debiste recordar las palabras de Séneca: «Lo que importa es intentarlo, aunque se fracase».

—Ya veo —responde él. No sonrío, pero hay un punto juguetón en su voz—. De la misma manera que tú te atreviste con el equipo de voley del instituto, ¿no?

Entorno los ojos.

—*Touché* —admito sin soltarle, y le oigo reír entre dientes—. Pero mira, ahora me atrevo a esto.

Pego mis labios a los suyos y le beso. Él tarda unos segundos en reaccionar, pero luego sus manos se deslizan por mi espalda, atrayéndome para devolverme el beso. Es un beso suave, casi delicado, por eso me asombra el chispazo tan rotundo que provoca en mi interior, como si alguien hubiese encendido un interruptor. Una de las manos de Hugo sube hasta mi cara y se detiene en mi nuca. Su pulgar recorre mi pómulos y mi mejilla, y me asombra el rastro de fuego que parece dejar sobre mi piel helada. Susurro su nombre en su boca, y él respira en la mía y, en ese momento, nuestro beso se hace más insistente, como si nos hubiese entrado la prisa, y yo cierro los ojos y vacío mi cabeza de todo excepto de Hugo, sus labios cálidos, el tacto firme de su espalda bajo mis dedos. El momento fluye, avanza, vuela, se me escapa de las manos, pero aun así, soy consciente de que no ha habido ningún Primer Beso antes, de que esta es la primera vez

que beso a alguien, la primera vez que alguien me besa.

Cuando nos separamos, los dos estamos sin aliento.

—Uff —suelta él.

—Uff —suspiro yo, casi al unísono.

Durante unos instantes, nos limitamos a respirar. Yo en su cuello y él en mi mejilla.

—¿Pensaste en serio que no te besé porque no me gustabas? —Sus palabras rebotan contra mi piel haciéndome cosquillas.

Pienso un poco.

—Yo que sé, olvídalo, por favor...

—Carla...

Le miro, asombrada de que una sola palabra baste para encender una llama en mi interior.

—Me gustas mucho. Desde el primer día... —Me coge la cara con ambas manos y me observa como si quisiese memorizar mis rasgos—. Eres... diferente, y... especial, y... preciosa.

Se ha ruborizado al pronunciar la palabra «preciosa», pero no ha dejado de mirarme y...

Dios, me mira de una forma... ¡alucinante! Intentaré explicarlo, pero no sé si podré siquiera aproximarme. Aún así, allá va: Hugo me mira como... si fuese la única persona del mundo. Siento un cosquilleo en el pecho y en el estómago, y creo que está relacionado con que me observo a través de sus ojos y... me gusta lo que veo. No sé si me explico... Desde siempre, he pensado que me gustaría tener los ojazos azules de mi madre y mi hermana, más pecho, la nariz más corta y respingona, o qué mi culo no fuese tan plano —«Culo Carpeta», me llama Julia cuando nos peleamos—. Pero ahora, viendo como Hugo me mira, la forma en que sus manos abarcan mi cara, el camino que trazan sus dedos al resbalar por mi piel, de repente, no desearía ser de ninguna otra manera.

De pronto, Hugo se queda quieto. Sus músculos se tensan. Por un momento, creo que me está leyendo el pensamiento —lo cual me parece bochornoso—, pero en seguida me doy cuenta de que mira algo detrás de mí.

—Carla, el guardia de seguridad —susurra en mi oreja—. Se ha dormido.

Sesenta

La cancela estaba cerrada, pero con Conan dormido, no nos ha resultado difícil trepar por las gruesas barras metálicas y acceder al interior del recinto.

Ahora estamos dentro, junto al edificio principal. Más adelante, diviso los establos y, junto a ellos, lo que parece ser un pequeño picadero. Reina el silencio, roto de vez en cuando por algún gruñido o graznido ocasional procedente de la zona de las cuadras.

Tiemblo de nervios y de anticipación. A mi lado, Hugo hunde la mano en el bolsillo de sus vaqueros y saca una horquilla larga y fina en forma de «U», de esas antiguas que usaban las abuelas para hacerse moños.

Enarco una ceja.

—Solo sé abrir cerraduras sencillas —me advierte. La introduce en la cerradura y la mueve hábilmente—, así que no te hagas ilusiones, ¿eh?

«Vaya, vaya, vaya...»

—Y no preguntes —añade ceñudo al ver mi expresión.

Durante el primer minuto, le hago caso y mantengo la boca cerrada, pero luego no puedo resistirme:

—¿Qué? —Mi tono suena irónico, y tal vez un poquito acusador—. ¿No nos llega con la paga?

Se hace un largo silencio. Casi he llegado a la conclusión de que no me va a contestar, cuando dice:

—Mi padre guarda todas las fotos y recuerdos de mamá bajo llave.

Me quedo de piedra. Por la forma en que ha pronunciado cada palabra, como si hablase para sus adentros, sé que Hugo acaba de confiarme algo importante, algo que nunca le ha dicho a nadie.

—¿Y por qué? —pregunto bajito, y cuando le acaricio la nuca, me doy

cuenta de que se ha puesto tenso. No se le nota en la cara, pero sí en la postura de los hombros y el cuello, en la rigidez de los músculos de la espalda.

De nuevo, Hugo se toma un tiempo para reflexionar antes de responder.

—Creo que a él le ponen triste —mientras habla, sigue moviendo la horquilla y acercando la oreja a la cerradura—. Y no quiere que Amaya y yo nos pongamos tristes también...

—¿Y no...? —Iba a preguntar si no es así, pero de repente me doy cuenta de que tal vez sea mejor no escarbar en esa herida que adivino antigua, pero no del todo cerrada... Sin embargo, Hugo me vuelve a leer el pensamiento.

—No, no es así —dice con firmeza mirándome a los ojos, y sonrío, como para suavizar la respuesta—. A mí me gusta recordarla.

Reprimo el deseo de besarlo, que es tan intenso que me asusta. A pesar de su incombustible buen humor, no todo es perfecto en la vida de Hugo, e igual que yo, igual que todo el mundo, Hugo tiene secretos... Me gusta que haya compartido este conmigo.

Hugo se incorpora.

—No hay manera. —Hace un gesto de rendición con las manos—. Lo siento, con esta cerradura no puedo.

—Pues yo ya he revisado todas las ventanas —digo—. Y lo mismo, cerradas a cal y canto...

Compartimos un largo silencio.

—Será mejor que nos vayamos, Carla —dice Hugo—. Si realmente piensas que aquí puede haber una pista del paradero de Amaya, tendremos que avisar al inspector Montero. Yo tengo su teléfono. Seguro que él puede conseguir una orden de registro, o lo que haga falta...

Intento tragarme la decepción que me embarga. ¡Después de todo lo que hemos pasado! Todo el frío, el cansancio y el esfuerzo que hemos hecho no han servido para nada.

—Vale, vámonos —acepto cabizbaja.

Mientras mis pies se mueven siguiendo la estela de Hugo, no paro de darle vueltas en la cabeza al asunto de avisar a la policía. Puff. Cuando me pregunten que de dónde he sacado la información, ¿qué cuento?

Será mejor que vaya inventándome algo... Madre mía. Menuda telaraña de mentiras. A este paso, seré capaz de escribir un libro: *Mis trolas y yo*, podré titularlo. No sé si será bueno, pero seguro que será laaaargo. Largo como un día sin pan, como diría mi abuela Lola...

Cuando estamos a punto de llegar a la cancela, Hugo se agacha y tira de mí hacia abajo. Me dejo caer junto a él.

—El guardia ise ha despertado! —gruñe en mi oreja.

Sigo la dirección de su mirada. Es cierto. Diviso la enorme silueta de Conan, que está asomado a la ventana de su garita, fumando. A pesar de que la ventana es pequeña, tiene medio cuerpo fuera. No puedo evitar pensar en un gigantesco cangrejo ermitaño, sacando las pinzas fuera de su diminuta concha.

«Calla, cerebro, calla».

Suspiro. Me duele el estómago de hambre. Estoy cansada y helada, y llevo días sin dormir como Dios manda. Ahora mismo, lo único que quiero es volver a casa, comerme un buen bocadillo, enterrarme bajo las mantas y dormir veinticuatro horas seguidas.

Mientras pienso todo esto, el Cangrejo Ermitaño ha salido de su concha, y ahora fuma junto a la cancela, dando paseos cortos en una y otra dirección. Miro a Hugo, desesperada. Resoplo. No me veo capaz de esperar a que Conan vuelva a entrar en la garita y dormitar sobre su mesa de trabajo; prefiero que me peguen un tiro ya mismo y acaben de una vez con mi sufrimiento...

Hugo me mira, y sé que está pensando algo similar.

—¿Le decimos algo? —propone dubitativo—. Igual si le explicamos por qué hemos venido, nos deja salir, sin más. Al fin y al cabo, no hemos hecho nada malo.

Miro a Conan, que ahora da pequeños saltitos, sin duda para entrar en calor. Sostiene un cigarrillo entre los dedos. Dedos que recuerdo gordos como morcillas y cubiertos de pelo, en unas manos grandes y vigorosas... Manos que pueden romper un cuello como si nada. Manos regidas por un cerebro que recuerdo un tanto caótico y desequilibrado.

Miro a Hugo y me estremezco. Observo la alambrada que rodea la finca. Frunzo el ceño. No se la ve muy nueva que digamos...

—¿Qué te parece si vamos hacia la entrada, pero andando junto a la

verja? Así, si en algún punto se ha vencido, podremos salir sin pasar por la puerta. Y si no, pues llegaremos a la entrada igualmente y... allí ya vemos.

—Mmmm... —Veo que le está dando vueltas a la cabeza a mi propuesta—. La verdad es que las instalaciones son muy antiguas. Me parece bien, tal vez tengamos suerte.

Comenzamos a andar. Hugo va delante y yo le piso los talones. Procuro no hacer ruido y no resbalar en el suelo mojado. Hugo lleva la linterna en la mano derecha, pero por ahora, no nos hace falta encenderla. La valla nos sirve de guía y la luna, que asoma de vez en cuando por detrás de las nubes, ilumina nuestro camino.

Tras unos minutos, Hugo se detiene tan bruscamente que tropiezo con él y doy un respingo.

—¡Ups!

—¡Ssshhh! —me chista, llevándose el dedo índice a los labios.

—¿Qué pasa? —susurro.

—Aquí hay algo.

—¿El qué?

Hugo enciende la linterna durante un segundo, y luego la apaga.

—Un agujero en la valla.

Mis esperanzas resurgen cual ave Fénix.

—¿Y cabemos? Quiero decir... ¿podemos salir por ahí?

—Pues.... —Hugo frunce los labios en un gesto de concentración—. Creo que sí, que es lo suficientemente grande.

No puedo evitar pensar que por fin algo se pone de cara en esta expedición de locos...

Sesenta y uno

Hugo estaba en lo cierto. El agujero en la valla era lo suficientemente grande como para permitirnos el paso, así que ahora seguimos caminando, pero por fuera de la finca. Aún así, vamos muy pegaditos a la verja, que sigue siendo la guía que nos marca el rumbo. Preferimos no encender la linterna si no es necesario. No queremos atraer al Cangrejo Ermitaño, ahora que sabemos que anda fuera de su concha...

De repente, oigo un golpe seco seguido de una maldición.

—¡Mierda! —grita Hugo—. ¡Au, au, au! —se queja más bajito, a la pata coja.

—Sssss —le chisto alarmada.

—Me he golpeado con algo —farfulla y, según habla, el resplandor de la luna ilumina lo que parece ser un pequeño murete de unos veinte centímetros de altura.

Mientras Hugo se frota la espinilla de la pierna herida, me acerco y lo toco. Es de hormigón. No me extraña que haya visto las estrellas... Pero ¿qué es?, ¿y qué hace ahí plantado, en medio de la nada?

Me acerco más y lo examino con atención. Es un murete circular. ¡Circular!

—Creo que es un pozo —gruñe Hugo poniendo voz a mis pensamientos.

—Sí, es un pozo —coincido asombrada.

Hugo guarda silencio y yo también. Supongo que los dos nos estamos preguntando qué puñetas hace un pozo ahí...

De pronto, una idea me viene a la cabeza. Es una idea horrible, un presentimiento que me pone enferma. ¿Y si Amaya...?

«No, no puede ser...».

El miedo me oprime las costillas y me cuesta respirar. Un escalofrío

se descuelga por mi espina dorsal, de arriba abajo, como un trallazo.

«No, no puede ser cierto. Salvo que...»

De repente, todo cobra sentido, como fichas de dominó, cayendo una a una sobre el tablero de mis pensamientos.

Salvo que Amaya hubiese encontrado problemas para salir sin ser vista, como nosotros.

Salvo que hubiese descubierto, también como nosotros, el agujero en la verja.

Salvo que hubiese tropezado, como su hermano, con el borde de cemento del pozo...

Salvo que, en vez de retroceder a tiempo, como Hugo, se hubiese caído dentro...

La certeza me pone de punta el vello de la nuca. Intento hablar, pero no puedo. La boca me sabe a metal, como si acabase de chupar la alambrada a la que me agarro para no perder el equilibrio. Miro a Hugo y él me mira a mí. Durante un segundo, tengo la impresión de que me está observando por dentro. Su mirada es indescifrable, pero por el modo en que está respirando, con aspiraciones profundas, como si le faltase el aire, sé que él también se ha dado cuenta de que su hermana puede estar en el fondo de ese oscuro agujero...

Hugo me aprieta la mano tan fuerte que creo que me la va a partir. A continuación, me suelta y acerca la cabeza a la boca del pozo.

—Amaya —dice. La voz de Hugo suena extraña, como si no fuese la suya; retumba lúgubrementemente en las paredes de piedra del pozo.

Silencio. Silencio absoluto.

Nos miramos de nuevo. Los ojos de Hugo son pura tormenta. Traga saliva. Veo su nuez subir y bajar, antes de probar suerte otra vez.

—¡Amaya! —vuelve a llamar. Su voz tiene ahora un tono de súplica. Se agarra al borde del pozo con tanta fuerza que los nudillos de ambas manos han tomado un color blanquecino.

De nuevo, el silencio.

Cierro los ojos. En estos momentos, mi mundo se reduce a dos cosas: mi pulso vertiginoso y mi temblor de piernas. Se me ocurre que podría rezar, pero llevo tanto tiempo sin hacerlo que no sé ni por dónde empezar.

—¡AMAYAAAA! —grita Hugo por tercera vez.

Tras unos segundos, me parece oír algo. Unos sonidos raros que no olvidaré jamás: una mezcla entre pequeños quejidos, como el maullar de un gato agonizante, y el sonido gutural que hacen las cañerías cuando se atrancan. Sin embargo, son sonidos humanos. Débiles y extraños, pero humanos. Y me hacen sentir un alivio indescriptible, un alivio casi eufórico.

A través de las lágrimas que me empañan la vista, veo que Hugo se incorpora y saca su móvil. La tormenta que había en sus ojos ha desaparecido, sustituida por una feroz determinación. Su aspecto es intenso y resolutivo. Me alegro de verle tan entero, porque yo me siento cada vez peor. Algo dentro de mí se está desinflando como un globo. Noto un sudor frío que me empapa la frente y las manos. Creo que me estoy mareando.

«Qué bien, yo siempre tan oportuna».

Por suerte, Hugo ha cogido las riendas de la situación.

—¿Inspector Montero? —Su voz suena firme, aunque sus ojos hablan de tensión, urgencia y miedo.

Me siento en el suelo y apoyo la espalda en la alambrada; intento permanecer atenta a la conversación que Hugo mantiene al teléfono, pero me cuesta. Creo que me va a estallar la cabeza y mi cuerpo es un escalofrío continuo.

—Inspector, soy Hugo Álvarez. Necesito que venga inmediatamente a la granja-escuela La Solanilla. Creo que hemos encontrado a mi hermana Amaya...

Hugo sigue hablando, pero ya no soy capaz de entender las palabras; a partir de ese momento, todo comienza a estar confuso, lejano, extrañamente desenfocado...

Sesenta y dos

Siento que unos dedos acarician mi cara y se deslizan suavemente por mis mejillas y mis labios. Es una sensación agradable. Mejor dicho, sería una sensación agradable si no fuese porque me siento... rara, como si estuviese en una piel extraña. Como si hubiese cogido la piel de otra persona y me la hubiese puesto por encima a modo de pijama...

La idea es tan ridícula que me hace sonreír. En ese momento, las caricias cesan y siento cómo alguien se cierne sobre mí. Noto un aliento cálido en mi frente.

«¿Por qué me cuesta tanto abrir los ojos?».

Oigo algo, una voz que me habla desde muy cerca.

Giro la cabeza en dirección a ese sonido. Cuando por fin consigo despegar los párpados, todo me deslumbra. A pesar de la luz, consigo ver unos ojos que me son muy familiares. Son lo contrario a la luz blanca que me está molestando: unos ojos tan oscuros como la noche más negra que jamás haya existido.

—¿Dónde estoy? —quiero preguntar, pero no me sale más voz que un áspero resuello.

—Chist, no hables —me calma Hugo, y me acerca un vaso de agua que está junto a la cama.

Estoy en una cama, sí, pero ¿dónde?, ¿cómo?, ¿por qué?

Más importante aún, ¿el camisón blanco que llevo puesto deja el culo al aire? Intento comprobarlo, pero en ese momento, Hugo me levanta la cabeza con delicadeza y me ayuda a tomar agua.

—¿Te encuentras mejor? —pregunta—. Llevas día y medio en el hospital. Perdiste el conocimiento en la granja-escuela. Pillaste una buena pulmonía.

—¿Una pulmonía? —repito, mientras mis recuerdos van tomando

forma en mi cabeza. Lo cierto es que no me extraña; ahora que lo pienso, es probable que haya pasado más de veinticuatro horas en remojo.

—Has tenido mucha fiebre, ¿sabes?

Intento sonreír, pero de repente, lo recuerdo todo. Doy un respingo.

—¿Y Amaya? —pregunto, mientras me incorporo en la cama.

—Amaya está bien —sonríe Hugo, y noto como la alegría empapa esas tres palabras, que burbujan en su voz como el champán—. Tiene una pierna rota y dos esguinces de muñeca. También cogió una pulmonía, como tú. Y está muy débil, llevaba varios días sin comer. Pero se pondrá bien. Está en la habitación de al lado.

Me siento tan aliviada que me entran ganas de abrazar a Hugo y correr por la habitación al mismo tiempo. Suspiro y saboreo la noticia.

—¿Podemos verla?

—Pues... —Hugo vacila—, tendremos que preguntarle primero a tu enfermera.

—¡A la porra la enfermera! —río feliz y saco una pierna de la cama.

—Si la conocieses no tendrías ganas de enfadarla, créeme, es tremenda —dice Hugo intentando volver a taparme. Su tono me hace sospechar que ha sido incapaz de camelarse a la enfermera... Vaya por Dios, esto sí que es una sorpresa: ¿existe un ser del sexo femenino inmune a los hoyuelos de Hugo? Desde luego, si mi enfermera es ese raro espécimen de mujer, cuenta con todos mis respetos.

Hugo sigue intentando meter mi pierna rebelde bajo las sábanas.

—No tengas tanta prisa, Carla —dice—, aún no sabemos si te ha bajado del todo la fiebre y mi hermana está tan escayolada que parece la momia de Tutankamon; no va a ir a ningún sitio por unos días, te lo aseguro.

De repente, recuerdo que no me ha dado tiempo a comprobar si llevo un camisón de esos que dejan el culo al aire, así que dejo de intentar salir de la cama.

—¿Con quién está Amaya?

—Con mi padre.

La mención a su padre hace que yo me acuerde de mi madre.

—¿Y mi...?

—Tu madre y Julia acaban de ir a por un café. No se han separado de tu cabecera desde que ingresaste antes de ayer. Han dormido las dos aquí.

Me siento en la cama y me tomo unos segundos para mí. Amaya va a recuperarse: eso quiere decir que todo ha salido bien, que mi plan funcionó, y que culminé con éxito mis tres entradas en el espejo.

Omne trinum perfectum.

Mientras pienso todo esto, noto como el nudo de tensión que llevo días arrastrando, bien prieto en el estómago, se disuelve como un terrón de azúcar en un vaso de agua. Me siento ligera y aliviada, tan relajada como si estuviera un poco borracha, solo que la sensación es aún mejor porque no lo estoy.

Antes de que pueda darme cuenta, los ojos de Hugo están muy cerca de los míos. Despacio, me aparta un mechón de la cara y lo coloca tras la oreja. El aire parece detenerse a nuestro alrededor, como conteniendo el aliento, igual que estoy haciendo yo.

—Carla, ¿cómo lo supiste?

—¿El qué? —Sé perfectamente a que se refiere, pero intento ganar tiempo.

—Que Amaya estaba en ese lugar.

—En realidad no lo sabía seguro. Solo...

Unos golpes en la puerta me interrumpen. Sin esperar respuesta, la puerta se abre.

—Buenos días, jovencita —saluda el inspector Montero. Tiene el mismo aspecto que el día que lo conocí, con la misma ropa de tonos neutros y la misma libreta de notas en una mano. Sin embargo, su rostro está más relajado: la tensión alrededor de los ojos se ha suavizado y las comisuras de su boca insinúan el gesto previo a una sonrisa—. Me alegro de verla tan recuperada.

—Uff —resopla el subinspector Fernández, entrando tras él y cerrando la puerta a sus espaldas, tan apresuradamente como si le persiguiese un brontosaurio—. La enfermera dice que nos da diez minutos contados, y ni uno más —se queja, pasándose la mano por la frente.

Enarco una ceja. Mi curiosidad por conocer a mi enfermera crece minuto a minuto.

Sesenta y tres

Solo hay dos sillas, de modo que Hugo se instala en la cama, junto a mí, para que los dos policías puedan tomar asiento.

—Venimos de ver a Amaya —comienza el inspector Montero mientras abre parsimoniosamente su libreta de cuero negro—. Nos ha contado que se olvidó la *tablet* en la repisa de una de las ventanas de la granja-escuela y que volvió a por ella por la tarde, en autobús.

—La tenía desde hacía solo diez días —me explica Hugo—. No quería que mi padre le echase la gran bronca por perderla...

Los dos policías asienten comprensivos.

—También nos ha dicho que trepó por la cancela, aprovechando que el vigilante de seguridad estaba dormido —continúa el inspector—, y que, tras comprobar que la *tablet* no estaba donde creía haberla dejado, salió por un agujero en la verja. —El inspector Montero pasa un par de páginas de su cuaderno—. Se estaba marchando cuando cayó al pozo y perdió el conocimiento.

—Cuando despertó, era noche cerrada y estaba demasiado débil como para gritar —prosigue el subinspector Fernández tomándole el relevo—, luego llegó la fiebre y, a partir de ahí, sus recuerdos son muy confusos: creemos que la pobre permaneció en un estado de semiinconsciencia hasta que vosotros la encontrasteis.

Hugo resopla. Le miro. No hablamos, pero es como si nuestras manos se comunicasen telepáticamente, porque avanzan por la colcha hasta encontrarse.

Yo sonrío. Él sonríe.

«Magia potagia», pienso embelesada.

El subinspector Fernández escoge ese preciso momento para carraspear ruidosamente.

—Amaya tuvo mucha suerte —dice mirando nuestras manos unidas

con aire escandalizado—. El pozo tenía casi seis metros de profundidad. ¡Podía haberse matado!

—No solo eso. —Su jefe levanta el dedo índice—. Llegasteis justo a tiempo: si hubieseis tardado más en encontrarla, habría muerto de inanición o incluso ahogada, ya que el pronóstico era de lluvias, y el nivel del pozo estaba subiendo de forma preocupante.

Hugo se remueve, inquieto; me doy cuenta de que hablar de la muerte de su hermana le pone enfermo, aunque sea de forma figurada y ella esté vivita y coleando en el cuarto de al lado... Los dos policías ni se enteran, porque toda su atención está puesta en mí.

—Menos mal —digo con cautela al sentir sus cuatro ojos de sabueso sobre mi persona.

—Sí —suspira Hugo apretándome la mano—, ¡menos mal!

—El caso es que nos preguntamos cómo lo supiste —dice el inspector Montero—, cómo supiste que Amaya estaba allí, quiero decir.

Hugo me pasa un brazo por encima de los hombros y sonrío.

—Pues estáis de suerte, porque Carla estaba a punto de explicármelo cuando habéis entrado.

—Fantástico —dice el inspector, quita el capuchón a su boli y me mira inquisitivamente.

Carraspeo un poco antes de empezar a hablar:

—Pues veréis..., el día del interrogatorio del sospechoso, me acerqué a la comisaría. Había un montón de gente en la entrada: periodistas, cámaras, curiosos... Pero entre todo aquel follón, había un hombre que me llamó mucho la atención...

El inspector Montero toma notas y asiente con la cabeza con cada una de mis frases, como animándome a seguir hablando.

—¿Y por qué te llamó la atención, Carla? —pregunta.

—Pues... primero, porque iba en manga corta, a pesar de que hacía frío y estaba lloviendo.

Según hablo, me voy sintiendo más y más segura. En las últimas semanas, he desarrollado una novedosa y elaborada técnica de mentir: consiste en mezclar verdades y mentiras; las verdades, en pequeñas dosis, sirven para que las mentiras resulten creíbles. Os aseguro que no falla.

—¿Y segundo? —me ayuda el subinspector Fernández pensando que

me he distraído.

—Y segundo, porque pude ver cómo se metía una *tablet* con una funda rosa bajo la camiseta, como si no quisiera que se le mojase...

—¡La *tablet* de Amaya tenía una funda rosa! —me interrumpe Hugo—. ¡Así que fue eso!

—Sí. Y además recordé que Julia había mencionado que el viernes, cuando se despidieron en la puerta del instituto, Amaya estaba un poco disgustada porque no encontraba su *tablet*.

—¿Reconociste la *tablet* de Amaya? —pregunta el subinspector Fernández, sorprendido.

—No exactamente. Pero el aspecto de ese hombre —enorme, peludo — no me cuadraba con el de una persona que le pone a su *tablet* una funda de color rosa. Así que deduje que tal vez no era suya... Y la forma en que se alejaba, como si intentase pasar desapercibido... —Entorno los ojos, totalmente metida en mi papel de detective—. Además, parecía algo alterado; hablaba entre dientes, como si no estuviese en sus cabales...

—Mmmm... —Los dos policías intercambian una mirada—. No me sorprende —dice finalmente el inspector—, tras interrogarlo, hemos comprobado que tiene un pequeño problemilla con la bebida.

—Ahora que lo dice, puede que oliese un poco a *whisky* —apunto, para dar más credibilidad a mi historia, y tal como imagino, el inspector acaba confesando:

—Llevaba una petaca de *whisky*.

El subinspector se encoge de hombros.

—Dice que fue a la comisaría pensando en devolver la *tablet*, pero que luego se arrepintió, no fuésemos a pensar que la había robado.

Asiento con la cabeza, satisfecha.

—El caso es que le seguí durante unos segundos y le oí mascullar algo sobre que iba a llegar tarde al trabajo, y le oí también protestar sobre lo lejos que estaba la granja-escuela... —Hago una pausa teatral, antes de finalizar—: Y luego echó a correr y lo perdí de vista.

El inspector deja de escribir por un momento y asiente, pensativo.

—¿Y dices que eso sucedió a la entrada de la comisaría?

—Sí.

Ahora es Hugo el que frunce el ceño, desconcertado.

—Pero yo te encontré casi a las afueras del barrio, en la calle que enlaza con la carretera...

—Sí, es cierto, intentaba encontrar la estación de autobuses para acercarme a la granja-escuela, pero como no conozco bien el barrio, me perdí, y al rato, casualmente, apareciste tú, de camino a la farmacia, y como llevabas moto...

—Me pidió que la llevase a la granja-escuela —concluye Hugo—. Me dijo que tal vez allí encontraríamos una pista del paradero de Amaya, así que... —Se encoge de hombros—. El resto ya lo sabéis.

Sesenta y cuatro

Por suerte, Hugo se encarga de contar el resto de la historia, desde la llegada a la granja-escuela, hasta el descubrimiento del pozo. Mientras él habla, yo me hundo en el colchón intentando parecer débil y enfermiza, a ver si, con un poco de suerte, no me preguntan nada más.

—Fuisteis muy valientes, chicos —suspira el inspector Montero cuando Hugo termina—. Y tuvisteis mucha suerte.

—Menuda casualidad que te fijases en ese tipo, Carla —dice Fernández—. Tienes buen olfato. Tal vez estemos ante un futuro miembro del cuerpo de policía —añade socarrón, y guiña un ojo a su jefe.

Sonrío educadamente, mientras pienso en cómo desviar la atención de la historia que me he inventado. Es la segunda parte de mi depuradísima táctica de las mentiras: una vez las sueltas, bien mezcladitas con verdades..., a otra cosa, mariposa.

—¿Cómo es que había un pozo allí? —pregunto fingiendo estar muy interesada en esta cuestión.

—Sí, ¿y por qué estaba sin tapar? —pregunta Hugo a su vez.

El inspector Montero suspira con fastidio.

—Por lo que hemos podido averiguar, se trata de un antiguo pozo, que debió de pertenecer a particulares hace mucho tiempo, cuando esa zona no era territorio municipal. Estaba obturado y debía llevar mucho tiempo abandonado, sin utilizarse. No estaba registrado en ningún inventario, de modo que sospechamos que, en su día, debió de ser un pozo ilegal.

—¿Ilegal? —pregunta Hugo—. ¿Y eso es posible?

—Desgraciadamente, sí. Según nos ha informado la Confederación Hidrográfica, en los años sesenta y setenta se realizaron multitud de

pozos «alegales», es decir, no registrados en los inventarios del Dominio Público Hidráulico —explica el inspector con la cansada entonación de quien ha explicado lo mismo una y otra vez con anterioridad—, y aunque la situación de muchos se regularizó más tarde, aún quedan algunos cuya situación puede asemejarse al que estuvo a punto de causar la muerte de Amaya...

—El pozo no estaba debidamente tapado y se confundía con la maleza, lo que hacía de él un verdadero peligro —añade el subinspector a sus espaldas.

—¿Y qué ha pasado con el guardia de seguridad? —pregunta Hugo—. Cuando los bomberos estaban sacando a Amaya del pozo, vi como la policía se lo llevaba esposado.

—Sí, dio positivo en el test de alcoholemia y se resistía a ser interrogado, así que...

De repente, me ruge el estómago de hambre. Me pongo colorada.

—Perdón —susurro, noto que me estoy haciendo pis.

Mierda, ¡y sigo sin saber si el absurdo camisoncillo que llevo puesto deja o no el culo al aire!

Frunzo el ceño irritada. Irritada porque no puedo salir de la cama así, e irritada también con mi cuerpo, que me traiciona. Vamos a ver, estoy con la policía, hablando de cosas importantes, y mi estómago y mi vejiga a su bola, pidiendo cosas ridículas y primitivas, tales como salir pitando al baño, zamparme un plato de macarrones con queso...

El pensar en macarrones con queso hace que me vuelvan a sonar las tripas. Por suerte, esta vez, el vergonzoso clamor de mis intestinos queda enmascarado por unos golpes en la puerta. Una mujer con uniforme de enfermera entra sin esperar respuesta y se dirige directamente a mi cama.

—Han pasado los diez minutos —dice al pasar junto a los policías con una voz cargada de autoridad.

Abro mucho los ojos. Vaya, cuando Hugo me ha dicho que mi enfermera era «tremenda», no pensaba que hablase literalmente. Pero puede que sí, porque mide por lo menos uno noventa. Es una enfermera *King Size*, vaya.

Tras esa contundente frase, la mujer se vuelve hacia mí.

—Hola, encanto —sonríe mostrándome una hilera de enormes

dientes de caballo.

—Ho... hola —farfulto. Madre mía, pero ¡qué dientes! Uno solo de esos ejemplares bajo la almohada, y me imagino al ratoncito Pérez huyendo entre alaridos o presentando su dimisión.

—¿Cómo te sientes? —pregunta. Me pone un termómetro bajo el brazo y me estira de los párpados hacia arriba y hacia abajo para verme el ojo por dentro.

Me está haciendo un poco de daño, pero no me atrevo ni a quejarme.

—Me... mejor —susurro.

No puedo girar la cabeza, pero distingo por el rabillo del ojo unas sombras que se mueven sigilosamente a mi derecha. Son el inspector Montero y el subinspector Fernández, poniendo pies en polvorosa.

—Ejem... Nosotros nos tenemos que ir —dice el primero.

—Seguimos en contacto, que te mejores —dice el segundo, casi al unísono, mientras ambos se escabullen por la puerta.

¡Jolín con la enfermera! Me quito el sombrero.

Sesenta y cinco

El espejo no está.

Desde ayer por la mañana.

Ha desaparecido.

Como lo oyes...

Ayer me levanté de la cama, me enfundé los vaqueros y una camiseta, y cuando me disponía a bajar a desayunar, salivando por el olor a tostadas que llegaba desde la cocina, mis ojos legañosos se posaron en él y... Bueno, sería mejor decir que se posaron en el hueco donde había estado, porque allí ya no había nada.

Nada de nada.

Es surrealista.

¿Cómo puede desaparecer un espejo que mide uno ochenta de alto y que debe de pesar tonelada y media? ¡Por Dios, ni King Kong sería capaz de cargar con él! Por no hablar de sacarlo de mi habitación sin ser visto ni oído... Vaya, que no, que no existe en el mundo mundial ladrón capaz de perpetrar semejante robo.

Para colmo, cuando bajé corriendo a la cocina y se lo dije a mi madre y a mi hermana, ninguna me prestó la menor atención. Lo cierto es que, y esto es de «agárrate y no te menees», como diría mi abuela Lola, no parecían recordar que, hasta hace poco, yo tenía un espejo de cuerpo entero en mi buhardilla.

¿Tú lo ves normal?

Porque no tiene nada de normal.

Me he pasado dos días dándole vueltas al asunto, erre que erre.

Ahora estoy intentando estudiar, pero no me concentro. He debido leer la misma frase tropecientas veces...

Una pregunta repiquetea sin cesar en mi cerebro: ¿DÓNDE ESTÁ MI ESPEJO?

De repente, la puerta de mi cuarto se abre de golpe y entra Julia. Frunzo el ceño y mi expresión debe de ser bastante amenazadora, porque Julia dice «ups», sale y llama a la puerta.

—¡Toc, toc! —berrea cuando ve que no respondo.

Muy a mi pesar, me río.

—Puedes pasar —digo.

—¡Oh, gracias! —dice ella afectadamente, volviendo a entrar en mi cuarto

Intento no prestar atención a cómo va vestida, pero me es imposible. Lleva una chaqueta rara, así como de peluche, de color azul turquesa, una falda vaquera y unas medias a rayas, azules y amarillas. No puedo apartar la mirada de las medias, que son tan chillonas que es como si literalmente gritasen para llamar mi atención. Suspiro. Tras pasar varias semanas en la fase verde y morada, mi hermana está ahora entrando de lleno en la fase amarilla y azul. Sí, Julia es un poco como Picasso, solo que con ropa en vez de con cuadros. Cuando era más pequeña, la criticaba mucho... Por su bien, ¿eh?, no quería que en el cole se metiesen con ella por ser distinta. Pero ahora paso... Ahora sé que a mi hermana la resbalan las críticas. Ella va por la vida feliz, haciendo lo que le sale del bolo.

—Carla, dice mamá que no hagamos planes para esta tarde.

—¿Por?

—La abuelita Lola viene a pasar unas semanas con nosotras, y tenemos que arreglar el cuarto de invitados.

Arrugo la nariz. No es que no quiera a mi abuela Lola, pero la sombra de la supuesta charla sobre sexo que ella cree que mi madre debe mantener conmigo planea sobre su visita y la ensombrece. Y encima, ahora se supone que tengo un medio novio... Me estremezco. Seguro que este inocente detalle eleva la charla a la categoría de máster universitario. ¡No quiero ni pensarlo!

—¿Cuándo viene? —pregunto.

—Pasado mañana. ¡Estoy deseando que llegue!

No me extraña. Tiene el gen de la compra compulsiva, como ella. Son tal para cual.

—Me encanta pasear con la abuela —palmotea Julia, feliz.

Pasear, lo que se dice pasear... Lo que a estas dos les gusta es

mariposear de escaparate en escaparate y volver a casa cargadas de bolsas. Tú propones que vayan a pasear a un parque, ya verás dónde te mandan.

—Oye, Julia...

—Dime.

—¿En serio que no te acuerdas de un espejo que yo tenía ahí, en esa esquina de mi cuarto, que era gigante, de madera caoba, con...

—¡¡Ay, que pesadita estás con el dichoso espejo!! —me interrumpe ella, ceñuda—. Ya te he dicho que no me acuerdo de que tuvieses ningún espejo en tu cuarto. Además, tú no eres nada de espejos, y siempre te ha importado un bledo la pinta que tienes... ¿para qué ibas a querer tú un espejo? De verdad, no entiendo esa obsesión que te ha entrado ahora... —Y como ya esperaba, no tarda ni un segundo en irse por los cerros de Úbeda—. ¡Uy, me voy, que tengo que llamar a Amaya! —dice, mientras se da la vuelta—. Esta tarde vamos a ver una peli en su casa. ¿Te apetece venir? Así ves a Hugo —añade, guiñándome un ojo con picardía.

Es alucinante. No es solo que mi madre y Julia no hayan notado que mi espejo falta... ¡Es que ni siquiera recuerdan que estuvo aquí! En cuanto se lo menciono, se les ponen ojos de huevo cocido y, tras farfullar como robots que «no se acuerdan de ningún espejo», se distraen, como si el tema del espejo estuviese rodeado de un campo de fuerza que repudiese sus pensamientos, como si algo las impidiese concentrarse en ese tema en concreto.

Es de locos.

Paranormal. Digno de un programa de *Cuarto milenio*.

Suspiro, apago el ordenador, me visto y me pongo el plumas. Creo que mi madre y mi hermana tendrán que arreglar el cuarto de la abuela Lola sin mi ayuda...

Espero que mi madre no me regañe mucho cuando se entere de que me he largado. Igual no. Desde que estuve en el hospital, está muy mimosa y blandita.

Y yo tengo que ir a ver a Braulio. No puedo posponerlo más. El viejo anticuario es la única persona que puede saber qué narices está pasando aquí.

Sesenta y seis

Cuando llego, me encuentro un local en obras.

No me lo puedo creer.

Me froto los ojos y vuelvo a mirar. Efectivamente, lo que antes era El Desván de Braulio, una tienda de antigüedades mitad coqueta, mitad decrépita, es ahora un local en obras. Varios operarios deambulan de aquí para allá: transportan sacos, pintan la fachada, desembalan muebles...

Observo atontada uno de los ventanales. «Próxima apertura: Pizzería Family», anuncia un cartel con grandes letras multicolores.

Con esto no contaba... ¿Y ahora qué hago?

Me invade una sensación de soledad tan grande que casi me ahoga.

«Braulio...».

Noto un nudo en la garganta del tamaño de un huevo de avestruz. Me siento en un banco y espero a que se me pase antes de acercarme a uno de los obreros.

—Disculpe... —le digo—. Aquí había antes un anticuario, ¿no?

—Sí, había otro negocio, no sé muy bien de qué... —responde el hombre, limpiándose las manos en el peto—. Algo de muebles, creo.

Trago saliva, intentando mantener una expresión serena.

—¿Y sabe desde cuándo...?

—Ni idea, guapa. Nosotros llevamos aquí dos días.

—Ya... Gracias. —Me estoy dando la vuelta para irme, cuando oigo de nuevo la voz del operario.

—Oye, espera... ¿Tú no serás... —se saca un sobre arrugado del bolsillo del mono y ladea la cabeza— Carla Vinci?

El corazón me da un vuelco en el pecho al oírle pronunciar mi nombre.

—Sí, soy yo.

—Pues toma —dice, tendiéndome el sobre—. El antiguo propietario, un viejo de barba blanca, me lo dio para ti. —Me mira fijamente, sin duda extrañado por mis ojos húmedos, y añade—: Parecía bastante seguro de que vendrías.

Asiento, incapaz de hablar.

—Gracias —consigo articular.

No sé muy bien qué hacer, así que me vuelvo a sentar en el banco, esta vez con el sobre. Le doy vueltas entre las manos, sin atreverme a abrirlo. Es un sobre de color *beige*, cuyo papel he aprendido a reconocer bien: es un papel grueso, más grueso de lo habitual y tiene pequeñas florecillas rosadas en un lateral. Es el papel que me condujo hasta Braulio, el papel que me guio hasta la única persona con la que he podido compartir el mayor secreto de mi vida: el *Speculum Veritatis*.

Y ahora esa persona no está y, de alguna manera, como si notase su ausencia, el secreto se expande en mi interior hasta oprimirme el pecho.

«Braulio...».

Siento ganas de llorar.

¿Por qué se ha ido? ¿Por qué no me ha esperado? Sabía que vendría, de la misma manera que lo supo cuando llegué a su tienda la primera vez.

«Has tardado mucho en venir», recuerdo que me dijeron él y Rosa en tono acusador, el día que nos conocimos. «Has tardado muy poco en irte», tengo ganas de recriminarle yo ahora...

Suspiro. Miro el sobre. Me da miedo abrirlo, porque temo encontrar dentro la confirmación de que no volveré a ver al viejo anticuario.

Minutos más tarde, respiro hondo y comienzo a rasgar el envoltorio. No tiene sentido martirizarme postergando el momento. Mis dedos trémulos extraen una tarjeta, escrita a mano, con una elegante caligrafía de letras picudas y ligeramente inclinadas hacia la derecha. Aunque nunca la he visto, reconozco la letra de Braulio.

Apretando los dientes, comienzo a leer:

Déjame adivinar... ¿Tu espejo ha desaparecido? No te preocupes. Nunca se ha oído que el *Speculum Veritatis* interrumpa su eterno

viajar... Si se ha marchado, es porque ya no te hace falta y se dirige hacia una persona que necesita mirarse en él para avanzar. Ha sido un placer conocerte, Carla. Espero que hayas encontrado útiles las enseñanzas adquiridas en el *Veritatis Mundum* y que, ahora que has realizado las tres entradas, hayas comprendido la misión del espejo. Considera esta carta como un tercer encuentro. Ya sabes: *Omne trinum perfectum*.

La leo varias veces, primero en voz alta y luego para mis adentros. Acto seguido, sin poder aguantarme más, rompo a llorar. Tal como imaginaba, la carta confirma mis peores temores: nunca más volveré a ver a Braulio.

Epílogo

Pulso el botón del secador de pared y meto la cabeza debajo, disfrutando del choque del aire caliente contra mi cabeza empapada. Estoy en el vestuario del polideportivo de mi instituto, donde he jugado... ¡mi primer partido de voley aquí en Madrid! Bueno, lo cierto es que el entrenador me ha sacado solo los últimos diez minutos, cuando ya estaba claro que íbamos a ganar, pero aun así, estoy feliz como una perdiz. Aunque he fallado un par de remates, he hecho un bloqueo que ha botado justo en la línea lateral del campo contrario y ha sido... ¡sencillamente genial!

El ruido del secador amortigua el bullicio que reina en el vestuario y, absorta en su rítmico y uniforme rugido, cierro los ojos y sonrío para mis adentros, rememorando el glorioso momento del bloqueo y la celebración del punto con mis compañeras de equipo... Un grito —un berrido, más bien—, vertido directamente en mi oreja derecha, me saca de golpe de la agradable ensoñación en la que estoy sumida y doy un respingo.

—¡Ay! —grito, mientras me golpeo la cabeza contra el secador.

Oigo una carcajada a mis espaldas y reconozco en seguida a su propietaria: se llama Raquel y me han bastado un par de entrenamientos con ella para darme cuenta de que le encanta pinchar a todo bicho viviente.

—Mi turno, Piernas Largas —sonríe, sacándome la lengua.

Suspiro. Aunque no tengo el pelo seco del todo, me dirijo al espejo, donde lo cepillo con energía, esperando eliminar así los restos de humedad.

—Oye, Carla...

Me giro hacia Raquel, que ahora ocupa el hueco que acabo de dejar libre bajo el secador.

—¿Sí?

—Estábamos pensando en acercarnos a la pizzería de al lado a tomar algo —dice, levantando la voz para hacerse oír por encima del bramido del aparato—. ¿Te apuntas?

Dudo un poco. Hoy hace un mes desde que el *Speculum Veritatis* desapareció de mi vida, y había planeado aprovechar la tarde para terminar de escribir su historia, que ya tengo casi acabada... Verás, es que tras ver la facilidad con la que mi madre y mi hermana han olvidado el espejo, me ha entrado un miedo terrible de que algo así pueda sucederme a mí también en un futuro y, para qué mentir, la mera idea me da escalofríos... El espejo me ha enseñado cosas que no quiero olvidar. Cosas sencillas —de las que probablemente me habría dado cuenta yo sola, si no hubiese estado tan absorta en mí misma—, pero a la vez importantes. Igual sueno demasiado seria, demasiado mayor diciendo esto, pero... creo que esas cosas son las responsables de la sensación que ahora tengo de verlo todo mucho más claro, como si lo observase desde arriba, como un halcón. Por eso he decidido escribir mi aventura de pe a pa, empezando por el día en que encontré el espejo al llegar a mi nueva casa, y acabando en el momento en que descubrí que había desaparecido para siempre. Y para que nadie piense que estoy loca de atar si por un casual alguien la encuentra, le estoy dando la forma de una novela a la que he titulado... ¿lo adivinas? Sí, *Reflejos*. ¿Qué otro título podía tener?

Ajena a mis pensamientos, Raquel intenta convencerme:

—Anda, Carla, vente —sonríe melosa, sacando la cabeza de debajo del secador. Le encanta pincharme pero, a la vez, le caigo bien; lo sé porque es recíproco.

—Sueno divertido —digo, más para mí misma que para ella. Y es en serio: me apetece ir y, además, pensándolo bien, no tengo porqué acabar de escribir la historia esta misma tarde, ¿no?

—Venga, ánimo, que vamos todas —insiste ella—. Lo pasaremos genial... ¿O ya has quedado *con Hugo*? —pronuncia las palabras «con Hugo» poniendo morritos y pestañeando con tanta afectación que hago el gesto de lanzarle el cepillo. Raquel suelta un grito y se encoge.

—Bueno, ¿qué? —pregunta en seguida, entre risas.

—Que sí, pesada, que me apunto —sonrío, mientras me hago una coleta.

Table of Contents

UNO

Dos

Tres

Cuatro

Cinco

Seis

Siete

Ocho

Nueve

Diez

Once

Doce

Trece

Catorce

Quince

Dieciséis

Diecisiete

Dieciocho

Diecinueve

Veinte

Veintiuno

Veintidós

Veintitrés

Veinticuatro

Veinticinco

Veintiséis

Veintisiete

Veintiocho

Veintinueve

Treinta

Treinta y uno

Treinta y dos

Treinta y tres
Treinta y cuatro
Treinta y cinco
Treinta y seis
Treinta y siete
Treinta y ocho
Treinta y nueve
Cuarenta
Cuarenta y uno
Cuarenta y dos
Cuarenta y tres
Cuarenta y cuatro
Cuarenta y cinco
Cuarenta y seis
Cuarenta y siete
Cuarenta y ocho
Cuarenta y nueve
Cincuenta
Cincuenta y uno
Cincuenta y dos
Cincuenta y tres
Cincuenta y cuatro
Cincuenta y cinco
Cincuenta y seis
Cincuenta y siete
Cincuenta y ocho
Cincuenta y nueve
Sesenta
Sesenta y uno
Sesenta y dos
Sesenta y tres
Sesenta y cuatro
Sesenta y cinco
Sesenta y seis
Epílogo